
release
How hard can you fall
before you can't get back up?
LUCIA FRANCO



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

Colaboración







¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

Nota

La traducción de este libro es un proyecto de Erotic By PornLove, Just Reading y Reading Girls, No es, ni pretende ser o sustituir al original y no tiene ninguna relación con la editorial oficial, por lo que puede contener errores.

El presente libro llega a ti gracias al esfuerzo desinteresado de lectores como tú, quienes han traducido este libro para que puedas disfrutar de él, por ende, no subas capturas de pantalla a las redes sociales. Te animamos a apoyar al autor@ comprando su libro cuanto esté disponible en tu país si tienes la posibilidad. Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros

Ningún colaborador: Traductor, Corrector, Recopilador, Diseñador, ha recibido retribución alguna por su trabajo. Ningún miembro de este grupo recibe compensación por estas producciones y se prohíbe estrictamente a todo usuario el uso de dichas producciones con fines lucrativos.

¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

Mas Títulos de Lucia Franco

Títulos independientes

You'll Think of Me
Hold On to Me
Hush, Hush
Say Yes

Off Balance Series
Balance
Execution
Release
Twist
Dismount

¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

Introducción

Estimado lector:

La serie Off Balance es una serie de continuación. Las novelas deben ser leídas para seguir la historia.

Esta historia es puramente ficticia y no refleja acontecimientos de la vida real.

Cada novela de esta serie de cinco partes sigue un intenso romance de mayo a diciembre entre una gimnasta y un entrenador. Si considera que este tema y cualquier contenido relacionado con él es perturbador, la serie Off Balance no es para ti.

La gimnasia es un deporte práctico que implica horas de contacto estrecho con un entrenador. Mi objetivo era centrarme en la belleza del deporte en detalle, mostrar el aspecto emocional de la dedicación que hace un atleta y mostrar cómo dos personas son capaces de cruzar límites prohibidos y evolucionar juntos.

Esta historia te empujará, te cuestionará y te llevará fuera de tu zona de confort.

La serie Off Balance está dirigida únicamente a lectores mayores de 18 años. Se recomienda la discreción del lector.

Lucia



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

A mis fieles lectores,

siento mucho de nuevo el colapso que les dejé en Execution.

Si pensaron que era malo, les sugiero que agarren un paquete de cigarrillos y una botella de vodka ahora.

Abróchense el cinturón.

Todavía no han visto nada.

¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

"Me estoy destruyendo lentamente y nadie es capaz de detenerme".

¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

Sinopsis

Después de la devastadora traición de Kova, Adrianna debe convertirse en una campeona y anteponer su sueño olímpico a todo lo demás. Al hacerlo, ignora las señales de advertencia, ya que tanto el entrenamiento extremo como el interminable desamor empiezan a pasarle factura.

No hay manera de perdonar lo que hizo Kova. El voto que hizo no puede deshacerse. Con los límites establecidos y las líneas claramente definidas, Kova tendrá que ser quien ceda el control para recuperar la confianza de Adrianna.

Aunque la dinámica cambia entre el entrenador y la gimnasta, nada puede prepararlos para la agonizante verdad que está por llegar. La lucha por un sueño se convierte en solo la mitad de la batalla cuando el destino de Adrianna está sellado, dejándolos a ambos con su mayor desafío hasta el momento.

¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

Índice

Colaboración
Nota
Mas Títulos de Lucia Franco
Introducción
Sinopsis
Índice
Acerca de Lucia Franco
Capítulo 01
Capítulo 02
Capítulo 03
Capítulo 04
Capítulo 05
Capítulo 06
Capítulo 07
Capítulo 08
Capítulo 09
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

Acerca de Lucia Franco

Lucia Franco reside en el soleado sur de Florida con su esposo, dos hijos y dos adorables perros que la siguen a todas partes. Fue atleta de competición durante más de diez años -gimnasta y animadora-, lo que inspiró en gran medida la serie Off Balance.

Su novela Hush, Hush fue finalista en el concurso Stiletto 2019 organizado por Contemporary Romance Writers, un capítulo de Romance Writers of America. Sus novelas están siendo traducidas a varios idiomas.

Cuando Lucía no está escribiendo, puedes encontrarla relajándose en la arena de una playa cercana. Se alimenta de cafeína, zumo de apio, limonada de lavanda, sol abrasador y cuatro horas de sueño. Ha escrito nueve libros y tiene previstos muchos más en los próximos años.

¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?



Capítulo 01

Estoy atrapada en una pesadilla de la que no puedo despertar.

Encerrada en una caja oscura, aspiro mi oxígeno. Mis pulmones arden en busca de aire fresco y mi corazón late cada vez más fuerte. Aquel angustioso momento se repite cruelmente en mi cabeza una y otra vez, burlándose de mí por mi credulidad. Suplico que alguien me saque de la oscuridad que me asfixia, pero nadie puede oír mis puños golpeando la pared.

Kova está casado.

Me había engañado, y continuó haciéndolo, después que yo le entregara hasta la última fibra de mí misma. Se había casado con Katja tres meses antes en secreto.

Mi mente se llena de momentos inocentes que habíamos robado en el transcurso de un año. Intento recordar todos los momentos en los que estuvimos juntos y lo que podría haberme perdido o confundido con otra cosa, pero me quedo en blanco cada vez.

Él es Konstantin Kournakova y yo soy Adrianna Rossi. Él es mi entrenador y yo su gimnasta. Nada más.

Había hecho la frenética llamada a Hayden, sabiendo que no perdería el tiempo. En menos de cinco minutos está en World Cup, tirando de mí en sus brazos y abrazándome con fuerza. Aprieto su camisa, encajando perfectamente en él, como si nuestros cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro. En cierto modo, lo estamos, pero no de la forma que importa.

—¿Por qué tengo una fuerte sensación de déjà vu? —pregunta, con compasión en su voz. No hay ningún juicio procedente de él—. Dios, estás temblando.

Hayden está ahí para mí cuando nadie más lo está. Ni mi madre, ni mi padre, ni Kova, ni siquiera Avery. Todos me han mentido deliberadamente sin pensarlo dos veces. Sí, todos dijimos pequeñas mentiras blancas, cada uno de nosotros, pero llega un momento en que tomamos la decisión consciente de sangrar esas líneas en rojo.

—Soy tan estúpida. —Las lágrimas brotan de las esquinas de mis ojos y mis sienes palpitan con fuerza—. Lo sé mejor.

Había sido tan ingenua al pensar que lo que teníamos significaba algo para un hombre como Kova. Que se fuera y se casara con Katja me destrozó el alma. Y lo que es peor, lo mantuvo en secreto durante meses y me hizo el amor mientras tenía una esposa. Cómo vive consigo mismo después de la forma en que trató a alguien que supuestamente le importa es asombroso. Realmente no tengo palabras.

Me siento utilizada, sucia… asquerosa.

Somos un equipo: yo exhalo, tú inhalas. Él era el aire que respiraba, y en última instancia lo que me sofocaba.

La desgarradora verdad es que, en lo que respecta a Kova, yo siempre he sido una idea tardía para él, en segundo lugar después de su preciosa Katja. Él no me quiere, nunca me ha querido. La eligió a ella. Se casó con ella.

—No puedes seguir haciéndote pasar por esto —dice Hayden, en voz baja.

—Lo sé. —Mi cabeza gira más rápido que una montaña rusa, sin estar preparada para la avalancha de emociones. Estoy demasiado fría y entumecida, y me rompo por dentro—. Tienes razón.

—¿Qué ha pasado esta vez? —Hayden aparta el cabello pegado a un lado de mi rostro húmedo. La idea de decírselo me deja un sabor agrio en la boca.

—Solo llévame a casa, por favor.

No puedo seguir permitiendo que ese hombre haga estragos en mi mundo. Me duele el corazón de un modo que ni siquiera sabía que era posible. Las acciones hablan más que las palabras, y aunque Kova es un cúmulo de contradicciones, su última acción habló alto y claro.

Un matrimonio secreto es la máxima traición.

No estoy segura de cuándo o cómo, todo está borroso, pero Hayden me metió en su auto y nos trajo de vuelta a mi apartamento. Me cambié el leotardo y fuimos a mi habitación. No me ha presionado para que le diera respuestas, pero tampoco se ha desentendido. Sabe por qué estoy tan angustiada. Ya hemos pasado por este camino.

—Aid, di algo. Me estás asustando. No has hablado desde que salimos del gimnasio.

—No sé qué decir.

Hayden sacude la cabeza, con la incredulidad cruzando su cara. Unas profundas arrugas delinean su frente y sus fosas nasales se encienden, prueba que conoce la causa subyacente de mi dolor. Aun así, no dice nada mientras yo permanezco aturdida. Sé que está decepcionado, y debe estarlo. Dejé que esto sucediera de nuevo cuando había prometido que no lo haría.

Me duele la mandíbula de tanto rechinar los dientes. Estoy segura que si mi madre me viera ahora, me diría que no valgo nada, y me preguntaría por qué un hombre rico y de categoría como Kova querría a una puta de dieciséis años en vez de a una hermosa bomba que puede lucir con orgullo en su brazo.

Mi madre. Ni siquiera puedo soltar un resoplido sarcástico. Esa es otra historia. Joy. A partir de ahora llamaría Joy a la mujer que me crio.

Hayden me pasa unos mechones de cabello suelto por detrás de la oreja y me limpia las lágrimas frescas de la mejilla antes de darme un beso en la frente. Mis ojos se cierran, pesados por el cansancio y el peso del día. Suspiro, acercando mi cuerpo al suyo,

y él responde inmediatamente. Necesito sentir. No me gusta este vacío, este hueco, este enorme vacío en mi pecho que Kova ha creado.

—Me mata verte así. —Hayden me aprieta la mano en la parte baja de la espalda y me abraza más fuerte. Gime en el fondo de su garganta, y siento la profunda y grave vibración de su pecho a un lado de mi rostro—. Dime qué puedo hacer para que sea mejor para ti. Haré todo lo que necesites, solo dímelo.

Está sufriendo por mí. Donde Hayden calienta mi alma con su presencia, Kova la oscurece con su pasión. La luz contra la oscuridad. El bien contra el mal. El contraste siempre existió entre ellos. Hayden es desinteresado, de corazón blando, un buen tipo en general. Kova, sin embargo, toma, y toma, y toma, dejándome destrozada y rota. Vacía.

Una lágrima agonizante se desliza por mis ojos mientras permanezco en silencio. Hayden toma el asunto en sus manos y me saca de mi dormitorio para sentarnos en el sofá. Puede que no sea tan grande como Kova, pero no es en absoluto normal. Me siento pequeña pero segura en sus brazos, y es lo que necesito.

Ajustando mis piernas a los lados de sus caderas, dejo caer mi cabeza en la curva de su cuello y me siento aquí hasta que estoy lista para hablar. Lo respiro, absorbiendo todo lo que me ofrece. Me mueve el cabello para colocarlo sobre mis hombros y sus manos acarician mi espalda con tranquilidad. Me amoldo a su cuerpo caliente y finalmente respiro profundamente por primera vez desde que volví del gimnasio.

—¿Lo sabías? —pregunto.

—¿Saber qué?

—Que Kova está casado.

Hayden se congela lo suficiente como para que yo me aparte para mirarlo.

—¿Hayden? —Mi corazón se acelera mientras lo miro fijamente, esperando una respuesta que no me sorprendiera.

Oh, Dios. ¿Lo sabía?

Intento ponerme en pie, pero su agarre de las caderas me impide moverme.

—¿De qué demonios estás hablando? —El calor de sus dedos atraviesa las capas de nuestra ropa—. Kova no está casado.

—Sí, lo está. Lleva meses casado.

Los ojos azules de Hayden se vuelven glaciales. Una espesa tensión llena el espacio entre nosotros hasta que mis nervios se agitan.

—Déjame adivinar, el bastardo nunca te lo dijo. —No digo nada. No es necesario.

Los labios de Hayden se curvan con disgusto.

—¿Y dejó que te enteraras en el entrenamiento?

La vergüenza me inunda. Todo mi cuerpo empieza a temblar y la respiración se hace difícil.

—Voy a matar a ese hijo de puta.

—Lo siento. —Es todo lo que se me ocurre decir.

Lo siento.

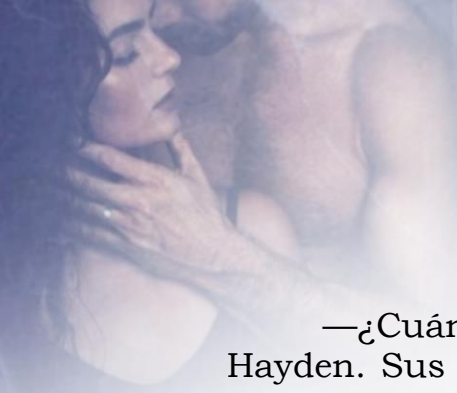
Se me revuelve el estómago.

Prosti[1].

Aprieto los ojos, tratando de contener las lágrimas mientras la noche anterior llena mi mente. No fue como ninguna otra vez que habíamos estado juntos. Kova había actuado como si me amara. Me había adorado de la manera más cariñosa y desgarradora.

Y resulta que me había estado pidiendo disculpas todo el tiempo que me hacía el amor.

[1] Palabra rusa que significa lo siento



—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con él? —pregunta Hayden. Sus ojos se entrecierran, como si esperara que confirme sus peores pensamientos.

Abro los ojos y respiro profundamente. No puedo decirle que solo había sido anoche.

—No quiero hablar de ello.

—Pero, ¿se estaba follando a ti y a su mujer al mismo tiempo? —Hayden hace una pausa—. Aid, creo que deberías hacerte la prueba.

—¿Prueba para qué?

No se molesta en enmascarar la mirada de incredulidad en su rostro.

—ETS.

Se me cae la mandíbula. No lo había pensado hasta ahora.

—Él usa protección cuando está con Katja. —La mentira sale volando de mis labios. No necesito que él me haga sentir aún peor de lo que ya me siento.

Hayden inclina la cabeza hacia un lado y entrecierra los ojos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Se lo pedí una vez. —Otra mentira.

—Esto es más que jodido. ¿Así que él usa un condón cuando tiene sexo con su esposa, pero contigo no? Aid, deja de mentirme a mí y a ti misma.

—No quiero hablar más de ello —digo, antes de acurrucarme en su calor.

—Adrianna —dice en voz baja, y me acurruco aún más contra él en un ruego silencioso para que deje la conversación.

Sacudo la cabeza y sollozo.

—No sé qué decir. La he cagado.

Otra lágrima resbala por mi mejilla y vuelvo a cerrar los ojos. Necesito dejar de llorar pero no sé cómo.

Hayden me toca la mandíbula, levantando mi rostro hacia el suyo. Nuestros ojos se encuentran. Hace poco tiempo que lo conozco, pero está demostrando ser mejor amigo que incluso Avery.

Avery. Otra situación en la que no quiero pensar.

Me tiembla la mandíbula. Me han herido tanto las pocas personas que me importan de verdad. No me queda nadie más que Hayden, y por suerte, sé que él nunca me decepcionara.

—Vamos, Aid. Esta no eres tú. Esta no es la chica que conozco. Has luchado para clasificarte en la élite. Sudor, sangre, lágrimas, y tal vez un poco de Motrin de más te ha llevado a alcanzar tu meta. Todo por lo que has trabajado tan duro se esfumará en un abrir y cerrar de ojos porque dejaste que este imbécil te arruinara. No dejes que te despoje de tu sueño. Eres mejor que esto. —Tiene razón.

—Habla conmigo. Déjame entrar. —La desesperación tiñe su voz—. ¿Qué es lo que necesitas de mí? Sea lo que sea, es tuyo. Déjame ayudarte a superar esto.

Me quedo mirando por encima del hombro de Hayden. La cuestión es que no quiero hablar, no quiero pronunciar una palabra. No quiero que él sepa la verdadera verdad de por qué estoy tan molesta.

Eso requerirá admitir que amo a Kova, y nunca lo admitiré en voz alta. Nunca.



Capítulo 02

Siempre había supuesto que el amor no debía doler, que debe ser como pasear por un jardín de mariposas con los vibrantes colores de la vida. El amor es fácil, natural y omnipresente.

Una mariposa. Una prueba más de mi ingenuidad. Debería haber sabido que no sería así. El amor es un círculo vicioso y tan delicado como las alas de una mariposa. Incluso he oído decir que el aleteo de un ala puede provocar un tifón en medio mundo. Es realmente irónico -un pequeño aleteo, como un certificado de matrimonio firmado- que dos cosas delicadas y comunes tengan el poder de causar una vida de desesperación.

—Tus ojos cambian de color cuando lloras. —Hayden me distrae de mis pensamientos.

—¿Lo hacen?

Sus cejas bajan.

—¿Nunca te lo han dicho?

—No.

La comprensión llena la tierna mirada de Hayden.

—No dejas que nadie te vea llorar, ¿verdad?

He bajado la guardia y él vio a través de mí.

Una sonrisa triste se dibuja en mis labios, y él la devuelve inmediatamente. No hay ningún juicio en sus sorprendentes ojos azules, solo aceptación. El sentimiento incipiente que ha estado

cultivando en mi corazón durante los últimos meses se convierte lentamente en reconocimiento.

Amo a Hayden. Pero lo amo de una manera totalmente diferente a como amo a Kova. Hayden es la definición de un buen amigo. A pesar de todo, nunca quiso arruinar mi felicidad, solo aumentarla.

—Estaba tan cegada y fui tan estúpida. En serio, no sé en qué estuve pensando, pero no puedo dejar de lado el hecho que esté casado. Me molesta mucho —digo.

—Sí, es mucho para asimilar y una mierda mental total. Nunca debería haber estado contigo en primer lugar.

Es demasiada emoción para mi yo de dieciséis años. Pero, por otra parte, ¿qué joven de dieciséis años se involucra con un hombre de treinta y dos?

Las yemas de mis dedos callosos recorren su fuerte hombro, se curvan alrededor de su nuca y juego con los pequeños cabellos de la base de su cuello. Los enrosco alrededor de mi dedo índice y doy un pequeño tirón. Normalmente, me avergonzaría la aspereza de mis manos, pero como Hayden es un gimnasta y tiene el mismo tacto, y no me molesta.

Expresando un suspiro pesado y mentalmente agotado, me preparo para decirle a Hayden al menos la verdad parcial. A estas alturas de mi vida, es lo único que se me da bien: hechos incompletos.

—No te va a gustar lo que tengo que decir.

Hayden mira mi hombro desnudo. Sus nudillos me rozan delicadamente la clavícula y se dirigen hacia el lugar donde ha caído la camiseta. La piel se me pone de gallina y mis pezones se convierten en pequeños picos duros por la intensa mirada de sus ojos.

Se lame los labios y vuelve a colocarme la camiseta en el hombro, luego desliza su mano a lo largo de mis costillas y su pulgar se mueve suavemente hacia adelante y hacia atrás cerca de mi pecho.

—Ponlo sobre mí. Para eso están los amigos.

Una triste sonrisa se dibuja en mi rostro. *Amigos*.

La cabeza de Hayden se inclina hacia la mía. Hay un pequeño hoyuelo en el que nunca me había fijado.

—¿En qué estás pensando? —pregunto.

Lo estudio, captando la insinuación de juego que coquetea conmigo en sus ojos. Mi cabeza da vueltas a preguntas para las que nunca tendré respuestas reales, y a cosas en las que no quiero seguir pensando. Quiero olvidar, aunque sea por un rato; quiero que desaparezca este dolor de cabeza tan intenso.

Hayden se mueve en su asiento y mis caderas se hunden más en su regazo. Me sonrojo al sentir su longitud debajo de mí y mantengo mi atención en los músculos acordonados de su cuello, la curva de su hombro, su fuerte mandíbula. Todo menos sus ojos.

—Lo siento —digo, un pelo por encima de un susurro—. A estas alturas debes estar muy molesto conmigo y con este drama. Debes pensar que es ridículo lo que siento.

—Lo que sientes no es ridículo. Él te hizo sentir así y lo odio por ti. Ojalá pudiera mejorarlo.

Me acurrucó más en su regazo y siento un grosor creciente que no esperaba. Nuestras miradas se cruzan y está claro que no se avergüenza de estar empalmado.

—Me preocupo por ti, Aid, más de lo que probablemente sabes... más de lo que debería permitirme. Verte herida, me duele.

—Eres el único que se preocupa por mí —digo en voz baja, y esa es la triste verdad.

—No digas eso. Sabes que no es verdad.

—Oh, lo es, créeme. No sé qué he hecho para merecer esta trifecta de mierda que me han echado encima.



Nos miramos a los ojos y sé que él puede ver la melancolía escrita en mi rostro.

Me duele el corazón con esta necesidad interminable de ser deseada, querida, amada por un hombre en concreto, y el chico que tengo delante es abierto y honesto, y quiere darme todo lo que el único hombre que quiero no puede.

Hayden me pone las manos alrededor de las caderas y me acerca a él, empujándome contra su endurecida longitud. La mirada ardiente de sus ojos me hace revolver el estómago.

—Veo tanto bien en ti —dice—. Solo deseo que tú también lo veas.

Mis dientes se clavan en mi labio y su mirada se dirige a mi boca, donde permanece demasiado tiempo. Es demasiado bueno conmigo, demasiado bueno en general, y yo no me lo merezco. Su cabeza se inclina hacia un lado y sus ojos se vuelven pesados por el hambre. Siento que mi propia señal de deseo se agita y me pregunto brevemente si debo actuar en consecuencia. ¿Puedo utilizar a Hayden en mi propio beneficio? ¿utilizar a mi amigo para que me ayude a escapar de los pensamientos que pasan por mi cabeza, aunque sea por un rato? ¿En qué clase de persona me convierte eso, y me importa?

—Hayden… —Levanta la mirada y decido arriesgarme—. Solo quiero olvidar. Hazme olvidar a Kova.

Con los ojos muy abiertos, niega con la cabeza. La lucha está escrita en su cara y la herida de mi corazón se ensancha al verlo. Sabe lo que le pido y conozco su respuesta antes que abra la boca.

—Ahora mismo eres vulnerable, y yo no soy un monstruo.

No estoy de acuerdo.

—Sin embargo, estoy preguntando. Hay una diferencia. No te convierte en un monstruo si estoy preguntando, ¿verdad?

—No sería correcto —dice, con mucho pesar en su voz.



Me tiembla la mandíbula y se me escapa un suspiro. No debí haber preguntado, porque es un desastre emocionalmente cargado y jadeante. Pedirle que haga un esfuerzo adicional está mal, sobre todo cuando es la única persona que siempre ha tenido en cuenta mis intereses, que lo ha dejado todo cada vez que lo he necesitado. ¿Y para qué? El sexo no lograra nada. No cambiará mi situación actual. No borrará mágicamente el pasado…

Pero me hará olvidar por un rato. Me hará sentir deseada. Aliviará el dolor de mi corazón y la sensación de náuseas en mis entrañas.

Hayden inclina la cabeza hacia un lado y me toma en cuenta. Apuesto a que sería amable y cariñoso entre las sábanas, alguien que me mostrara respeto tanto dentro como fuera del dormitorio.

—Dios. —La palabra sale sonando más como una derrota—. Debes pensar que soy la peor clase de humano vivo.

Levanto la rodilla para apartarme de Hayden, pero él me detiene, levantando una mano hacia mi mejilla y volviéndome hacia él.

—Oye —dice, con la voz baja y ronca. Sus dedos se enredan en mi cabello lleno de tiza y me acerca para susurrarme en los labios—. Nunca podría pensar eso de ti. Creo que Kova es el peor tipo de humano vivo, pero tú no. Creo que eres increíble. Creo que eres fuerte. Creo que eres ambiciosa. Y creo que eres hermosa. —La esquina de su boca se levanta—. Pero me sentiría mal teniéndote así. Quiero que vengas a mí por voluntad propia, no porque estés herida e intentes olvidar a otra persona.

—Te alejé por Kova, porque me aferré tontamente y esperé que hubiera más. Pero he terminado. He terminado con él. Te lo prometo. Incluso si no hacemos nada, he terminado con él.

—¿Así que solo me quieres ahora que él está fuera de escena? —Se aparta. El dolor enmascara sus rasgos y eso me hace sentir aún peor.

—No. No, no es así. Sabes que no es cierto. —Suspiro, lamentando lo que he dicho. No tiene ningún sentido y deseo aún



más no haber preguntado lo que hice—. Solo quiero olvidarlo, olvidar el dolor… solo por un rato.

—Dime la verdad, Aid. ¿Qué pasa realmente entre ustedes dos? Es algo más que follar, ¿no?

Me siento en un silencio aturdido. Hayden me está pidiendo demasiado. No puedo responderle, no honestamente.

—Jesucristo, te enamoraste de él. Te enamoraste de ese maldito pedazo de mierda.

Oh, mierda.



Capítulo 03

Me limpio las cálidas lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

Soy un desastre. Antes que Kova llegara a mi vida rara vez lloraba, y ahora lo hago a todas horas. Hoy soy una Suzie Sensible llorosa con un río de lágrimas.

—Aid. Vamos. Habla conmigo —me suplica Hayden. Me ha seguido hasta la cocina después de levantarme, incapaz de quedarme quieta mientras desmenuzo mi mayor secreto.

—Solo vete —digo, dándole la espalda. Hayden me pone una mano en el hombro y me anima a darme la vuelta. Caigo en él sin mirar, mi pecho se astilla por el centro. Trago con fuerza y tengo hipo—. Estoy tan avergonzada que no puedo ni mirarte.

—Estoy aquí, Aid. Dime qué está pasando.

—Él era... Nunca pensé que me enamoraría de él de la forma en que lo hice. Nunca pensé que nada de esto sucedería.

Hayden escucha en silencio mientras yo derramo mi alma.

—No te enfades conmigo —dice, cuando por fin recupero el aliento—. ¿Pero qué esperabas que saliera de tu relación con él? ¿Pensabas que acabarían juntos?

—No tengo ni idea, no que se casara con otra persona, eso seguro. No la quiere, sé que no la quiere.

Hayden duda un momento.

—Tiene que amarla, aunque sea un poco para casarse con ella. No lo digo para herirte, pero es imposible que no la quiera después de haber estado con ella tantos años.

Otra lágrima resbala por mi mejilla. Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio en carne viva. Él tiene razón. Me estoy mintiendo a mí misma. Por supuesto, Kova tiene que querer a Katja.

—Dios, ¿cómo puedo ser tan estúpida? —Expulso un fuerte suspiro.

—No eres estúpida. —Hayden presiona un beso en la parte superior de mi cabeza.

—Nunca lo vi venir. ¿No debería haberlo visto?

—No, porque él lo quiso así.

Mi pecho arde con la realidad de cuánta razón tiene.

—¿Cómo se supone que voy a olvidarlo?

Hayden levanta mi rostro manchado hacia el suyo. Nuestros ojos se cruzan. El sorprendente azul cristalino como un diamante me atraviesa las entrañas. Sus ojos contienen una mirada apasionada que he visto muy pocas veces. Sus manos me toman la mandíbula y contengo la respiración mientras su mirada baja hasta mi boca, sus párpados se vuelven más pesados cuanto más tiempo mira mis labios. Se acerca hasta que me veo obligada a retroceder y apoyarme en el mostrador. Me agarro a sus brazos, mientras sus palmas se deslizan por mi nuca y luego por el cabello de la misma.

—No puedo borrar tu memoria, aunque lo haría si fuera posible. Haría cualquier cosa por verte sonreír y olvidar a ese pedazo de mierda. —Las yemas de sus dedos callosos amasan mis hombros doloridos y un pequeño suspiro sale de mis labios.

—Lo sé —murmuro. Mi cabeza se inclina hacia un lado y mis ojos se cierran por el contacto de sus dedos que se sienten demasiado bien. Hayden se apoya en mí, su cuerpo se acopla al mío y enciende un hambre febril entre nosotros.

Hayden lanza un profundo y resignado suspiro.



—No te preocupes por mí, Aid —respira contra mi boca en silencio antes de descender. Sus labios son suaves y flexibles como los de Kova, pero la impresión es totalmente diferente. Aprieto su camisa y le devuelvo el beso, presionando mis labios contra los suyos, preguntándome si mañana me arrepentiré de haber fomentado esto.

Solo que Hayden me sorprende y pierdo el hilo. Toma la iniciativa deslizando su lengua entre mis labios. Me ablando ante el golpe de su sensual beso y la forma en que acaricia mi boca. Nos compenetramos y me recuerda nuestro momento juntos en Nochevieja. Me abraza con más fuerza y sus manos recorren rápidamente mi cuerpo como si no tuvieran suficiente.

La lujuria no tarda en aumentar entre nosotros. Con el corazón golpeando contra mis costillas, mis manos se deslizan por debajo de su camiseta y sus abdominales se hunden un poco cuando mis dedos inseguros encuentran su piel tensa. Estoy muy nerviosa, y no sé por qué. Antes que pueda avanzar más, Hayden rompe el beso y se aparta para mirarme.

—Te he deseado durante lo que parece una eternidad. Preferiría que fuera en otras circunstancias, pero aceptaré lo que pueda conseguir.

Se lleva la mano a la nuca, se agarra la camiseta y se la quita de esa forma tan sexy que tienen todos los hombres y la deja caer al suelo. Mis labios se separan y las mariposas se arremolinan en mi estómago ante la atracción. Sus magníficos pectorales llaman mi atención y coloco mis manos en su estómago, y las arrastro hasta sus sólidos abdominales, sintiendo las hendiduras mientras rozo su pecho. Siento que respira profundamente antes de atacar mi boca. Es asertivo pero suave, su lengua gira en torno a la mía, tirando y tirando, encendiendo un resplandor en todo mi cuerpo. Mis brazos se enroscan alrededor de sus hombros, enredo mis dedos en su cabello y me entrego a la pasión más dulce que surge en mí, a diferencia de la necesidad dominante a la que estaba acostumbrada con Kova.

La erección de Hayden me empuja la cadera mientras devora mi boca con ganas. Un dolor sordo resuena entre mis muslos. Todo

pensamiento lógico abandona mi mente cuando me sube a la encimera y empieza a mecerse dentro de mí.

—Yo también te he deseado —admito, porque lo he deseado. Es atractivo de una manera diferente a la que estoy acostumbrada, pero ahora necesito algo diferente.

—No lo digas por decir. Ya me tienes.

—No lo hago —digo—. Lo digo en serio.

Enrollando mis piernas alrededor de su espalda, cierro mis tobillos y tiro de él más cerca. Un suave gemido suena en el fondo de mi garganta. Tiro de su labio inferior con los dientes y él sonríe. Rompe el beso y al instante me acerca a él, pero me aparta la mano y me quita rápidamente la camiseta, dejándola caer al suelo donde está la suya.

Observo su expresión, sus ojos se abren de par en par mientras asimila mi visión. Es casi como si nunca hubiera visto unos pechos en su vida. Su mirada embriagadora me hace sentir deseada. Kova ha liberado algo dentro de mí y me ha hecho sentir cómoda en mi piel, lo que me facilita dejar que Hayden se saciara. Mis pezones se endurecen hasta convertirse en pequeños y apretados brotes, y puedo ver cómo su erección se tensa contra sus pantalones cortos. Se inclina hacia mí y respiro cuando me agarra el pecho y se lleva un pezón a la boca, chupándolo con fuerza.

Un largo gemido escapa de mis labios separados y me apoyo en los codos, sin esperar el cosquilleo entre mis muslos. Aunque lo he pedido, en el fondo no puedo creer que se lo permitiera. Pero tan rápido como ha empezado, se detiene.

—No puedo hacer esto aquí arriba, no es físicamente posible.

Recuerdo cuando Kova me follo contra la pared a pocos metros de donde estamos sin problemas, pero no lo menciono. Por razones obvias, por supuesto.

En cuestión de segundos, Hayden me ha levantado en brazos y me lleva al salón. Tengo uno de esos sofás de gran tamaño lo suficientemente amplio como para dormir cómodamente. Me tumba, mis piernas se abren de buena gana para él. Durante una

fracción de segundo se me aprieta el estómago y siento que me resbalo.

Con la frente arrugada, duda.

—¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza.

—Nada —miento con una sonrisa forzada. Lo deseo, pero hay algo que no encaja hasta que él sonríe y su cara de niño me golpea en el pecho. Me ablando bajo él, dejándolo todo.

Agarro el elástico de su bóxer y se lo bajo, y él me quita las bragas a su vez. Hayden está lleno de músculos. Ancho pero delgado, no tiene las caderas estrechas. Apenas puedo apartar la mirada de su cuerpo de color ámbar dorado, que desprende un lado sensual que yo no conozco. Seguro de sí mismo y orgulloso, con una erección que casi le llega al ombligo. Nunca había visto una polla que no estuviera circuncidada, pero su aspecto es definitivamente interesante. Inmediatamente busco esa vena palpitante que me encanta solo para no encontrarla. Supongo que no todos los hombres la tienen, lo que probablemente es bueno, de lo contrario siempre estaré buscando a Kova. Hayden es mi impecable chico americano de al lado.

También es muy diferente en comparación con Kova.

—Te deseo —dice, y luego cierra la distancia con su boca. Sus caderas se abalanzan sobre las mías, y su longitud dura y caliente se posa sobre la parte interior de mi muslo. Normalmente me avergonzaría lo mojada que estoy, pero no lo hago. Quiero que vea lo excitada que me pone.

—Besas muy bien. Lento, y lo suficiente para hacer que mi cuerpo se derrita —digo, tratando de morder su labio.

Su gemido me eriza la piel y es bastante sexy. Agarrando la parte de atrás de mis muslos, tira de mis caderas hacia él. Me gusta lo asertivo que es conmigo. Su polla me acaricia el coño y yo levanto las caderas para obtener más. Mi espalda se arquea y mis pechos se aprietan contra su pecho. Una energía deseable corre por mis venas. Le agarro el cabello y tiro de él. Mis uñas marcan su espalda

y él se flexiona bajo mi atracción. Necesito sentirlo, sentir algo más que tristeza, y él me está dando solo una muestra cuando yo necesito algo más.

Hayden me besa por el cuello, arrastrando su nariz por mi clavícula. Sus dientes rozan seductoramente mi piel sensible. Sus dedos se clavan en mí como si estuviera luchando al límite. Sabe lo que está haciendo, la tormenta que está creando dentro de mí, igual que sé lo que le estoy haciendo a él.

—Necesito asegurarme que quieres hacer esto —dice, con voz ronca.

Asiento con la cabeza. Hay una voz en el fondo de mi cabeza que me dice que no lo haga, que Kova se angustiara si se entera, pero estoy demasiado lejos para detenerme. Kova se ha casado con Katja, y ahora necesito liberar el control que tiene sobre mí. Es como un tatuaje en mi piel, la sangre que corre por mis venas, y la única forma de liberarme de él es sustituir lo que me hacía sentir por otra persona.

Si fuera mejor persona, le diría a Hayden que se detuviera.

Pero no lo soy.

—Sí —susurro—. Quiero esto.

Hayden busca sus shorts en el suelo y saca rápidamente un condón de su cartera.

—¿Siempre llevas eso encima?

Sonríe mientras abre el paquete con los dientes.

—Por supuesto. ¿Qué clase de animal sería si no lo hiciera? Además, una ETS no se vería bien en mí.

Me estremezco, pero me merezco totalmente su brusquedad. Pienso en Kova y en que nunca llevaba preservativos. Había sido descuidado, y Hayden, por desgracia, lo sabe.

—Cierto —respondo con toda sinceridad.



Hayden hace rodar el condón por su erección y luego palmea su grosor, apretando la cabeza de su polla y girando la muñeca. Mi pecho sube y baja mientras estamos suspendidos en la cima de la anticipación. Ver cómo Hayden se toca a sí mismo es muy excitante. Apenas puedo apartar mi mirada de él, de la forma en que agarra su grosor, de cómo lo acaricia y lo trabaja aún más. Como lo haría Kova.

Durante una fracción de segundo vacilo en mi decisión. Quiero a Hayden, pero lo que me asusta es que no lo necesito, no como he necesitado a Kova.

—¿Estás segura? —pregunta.

El hambre que hay en los ojos de Hayden me agita la sangre y hace que el calor me recorra el cuerpo cuanto más lo miro. Quiero decirle que baje sobre mí para poder correrme en su lengua, pero esa sensación de empuje se arremolina en mi estómago, como si alguien me sujetara los hombros y me tapara la boca para que no salgan las palabras de mis labios. En el fondo de mi mente sé por qué, pero no quiero reconocerlo, así que no lo hago.

Arqueando la espalda, estiro los brazos por encima de la cabeza para burlarme de él, mis pezones ansían de nuevo su boca.

—Hayden, deja de mirar y fóllame ya.

Sus cejas se alzan. Eso ha hecho el truco.



Capítulo 04

Posicionando su punta en mi entrada, Hayden empuja con fuerza y rapidez en un solo movimiento hasta que llega lo más profundo posible. Trago, esperando que me duela un poco y agradeciendo que no sea así. Nuestras miradas se cruzan, nuestros labios se separan una fracción de los del otro, y gemimos en armonía mientras él baja contra mi carne. Su lengua recorre la costura de mis labios y luego me besa como si estuviera hambriento. Exhalo por la nariz y me deleito con la pequeña gratificación que intento permitirme.

Alcanzando su espalda, Hayden engancha una de mis piernas y la hace descansar sobre su hombro. Un calor agonizante me desgarra la pantorrilla y aprieto las manos por el dolor de los pequeños desgarros que tengo en el Aquiles. Vuelvo a exhalar por la nariz y lo bloqueo. Sus caderas se echan hacia atrás y vuelve a introducirse con una lentitud tan deliciosa que mis ojos se ponen en blanco.

—Oh —digo, cuando presiona mi clítoris. Necesito la estimulación allí para tener un orgasmo, y afortunadamente lo consigue porque, sinceramente, no estoy segura de poder correrme con todo lo que tengo en la cabeza. Mi espalda se arquea por la presión entre mis muslos que no había esperado sentir. Me concentré en ello, tratando de construir esa sensación que deseo. Hayden me agarra, dando un buen tirón a mis caderas para asentarse más dentro. El calor fluye por mi cuerpo y un gemido bajo y sexy brota de sus labios.

—¿Sientes eso? —pregunta entre empujones.

Asiento y capturo su boca con la mía. Muerdo su labio inferior y lo introduzco en mi boca.

—Te gusta morder —observa. Le respondo con los dientes. El ligero mordisco con dolor siempre me pone al límite y quiero que él también se sienta así.

Las suaves caricias llevan nuestro placer a un nuevo nivel mientras mi lengua acaricia la suya. Un pequeño gemido gutural vibra en el fondo de mi garganta, animando a Hayden a empujar más profundamente, a moverse más rápido. Jadeo cuando está a punto de llegar a ese punto tan deseado que ansía atención, y empujo mis caderas para encontrarme con las suyas.

—Hayden —gimo—. Necesito más. Más fuerte.

Tengo ganas de algo más duro, más oscuro, algo que me quite el miedo y me lleve a otro nivel. Necesito algo como lo que estaba acostumbrada con Kova. Sé que está mal, pero no puedo detener mis pensamientos. Quiero lo que he conseguido con Kova de Hayden. Tengo que hacer suyo mi placer como lo hacía Kova o esto nunca va a funcionar.

Al retirarse, Hayden se sienta sobre sus rodillas y se detiene. Respira profundamente como si estuviera sin aliento, y el placer que yo había sentido por fin empieza a disminuir.

—Pásame esa almohada —dice. Lo hago y me indica que levante las caderas. Exhalo un fuerte jadeo y le miro a la cara, sin saber a dónde quiere llegar.

—Confía en mí —dice, con una sonrisa de satisfacción al ver mi mirada.

Colocando la almohada bajo mis nalgas, agarra mis caderas elevadas y se levanta sobre sus rodillas. Se retira muy lentamente y luego vuelve a introducirse y se queda quieto. Exhalo un suspiro sin aliento. Esto es lo que necesito. Mis muslos se estremecen mientras una ola de placer recorre mi columna vertebral. En este ángulo, siento todo lo que Hayden tiene. Su longitud, su anchura, la fuerza de su agarre, cómo presiona mi bajo vientre para sujetarme. Todo.

—Otra vez —jadeo.

Las caderas de Hayden inician un ritmo propio, llevando el gozo más allá de lo que podría haber esperado. La forma en que su cuerpo se mueve, como si fuera un bailarín erótico, lo hace mucho mejor. Golpea mi clítoris y ese punto oculto dentro de mí. Como si estuviese cronometrado, pequeños jadeos y gemidos escapan de mis labios separados cuanto más aumenta su velocidad y potencia.

—Oh... Esto es... Increíble —logro decir. Pequeñas estrellas aparecen en mi visión. Su mano se posa en mi estómago y se mueve hasta que su pulgar encuentra mi clítoris, y entonces lo presiona. Mi cuello se arquea hacia atrás y me aprieto a su alrededor, con las rodillas apretando su cintura, sin importarme cómo sueno cuando gimo su nombre. El doloroso placer que se acumula en mi interior se amplifica en este ángulo. Busco algo a lo que agarrarme y me sujeto al borde del sofá. Intento empujar mis caderas, pero no tengo ninguna palanca. Hayden tiene el control absoluto y, sorprendentemente, sabe lo que está haciendo.

Su pulgar rodea mi clítoris con cada golpe de su eje. No puedo aguantar mucho más y me retorcí, estirando las piernas hasta que los dedos de mis pies quedaron en punta y lo aprieto con los muslos.

—Oh, mierda, Hayden...

—Quiero que te corras así... desnuda para mí —jadea, con una voz que no es la suya—. Si pudieras ver lo que yo veo... Joder, eres preciosa.

Observa el encuentro de nuestros cuerpos unidos, sus ojos codiciosos únicamente en mi sexo, su pecho enrojecido por el esfuerzo.

—Tu clítoris... tus labios están empapados. Lo que daría por sentirte sin condón.

Jadeo, con los latidos de mi corazón disparados. Ni en un millón de años habría esperado que el bueno de Hayden hablara así.

—Hazlo entonces, fóllame como quieras.

Niega con la cabeza y mi corazón se desploma un poco. Esperaba que se convirtiera en un salvaje y me tomara con rudeza.

Apretando los dientes, dice:

—Solo lo he hecho con una persona.

Pellizcar mi clítoris hace el efecto, y grito al llegar a ese deseado pico de intenso placer. Mis tobillos se bloquearon detrás de su espalda y aprieto. Quizá demasiado, porque me recompensa con una palmada en el muslo. El orgasmo sacude mi cuerpo con tanta violencia que tiemblo por todas partes. Suelto un largo suspiro y vuelvo a apretarlo con la esperanza que me diera otro golpe. No lo hace, pero sus embestidas son más rápidas y bruscas, y eso ayuda. Mi cuerpo palpita de pies a cabeza y extiendo la mano a ciegas, encontrando su muñeca, y me aferro a ella. Mis uñas se clavan en su piel. Estoy segura que mañana tendrá pequeñas huellas de media luna, aunque no me importaba.

—Eso es, nena, dámelo.

Hayden no se detiene. Entre los círculos de mi clítoris y los pellizcos, me saca todo el placer que puede.

Justo cuando bajo de mi agradable subidón, él se corre. Las pulsaciones de su polla le provocaron pequeños estallidos de éxtasis. Siento sus espasmos, su cuerpo temblando de tanto correrse. Respira con fuerza, gimiendo de satisfacción mientras baja el ritmo.

—Oh, joder —digo, con una ligera risa.

Hayden se rio. Sus dedos se separan mientras sus manos suben sensualmente por mis muslos, sobre mis caderas y hasta mis costillas. Se inclina sobre mí y me agarra la barbilla entre el pulgar y el índice, obligándome a girar el rostro hacia él. Quita la almohada de debajo de mí, se inclina hacia abajo y captura mi boca con un beso que me deja sin aliento. Le rodeo el cuello con los brazos mientras él se separa de mí, sin romper el beso hasta que se coloca encima mío. Mis dedos encontraron su cabello y lo acaricio. Nos besamos despacio y sin pausa, besándonos como dos adolescentes

con las hormonas revueltas, que lo somos. Pero nunca me había besado así. Y al ritmo que íbamos, no voy a querer parar.

Un nuevo dolor resuena en lo más profundo de mi sexo y volvía a surgir. No entiendo de dónde proviene este anhelo, solo que quiero seguir alimentándolo.

Quiero más.

Necesito más.

Quiero tomar todo lo que pueda y no parar. No hasta que mi cuerpo no pudiera soportar más indulgencia. Así es como siempre fue con Kova, y quiero reemplazar esa experiencia con Hayden. Quiero sexo con el uso de la almohada de nuevo. Quiero que me incline. Y quiero que Hayden me lo dé como lo hacía Kova pero a su propio estilo. No hay nada, y quiero decir nada, mejor que la sensación de un orgasmo. Nada.

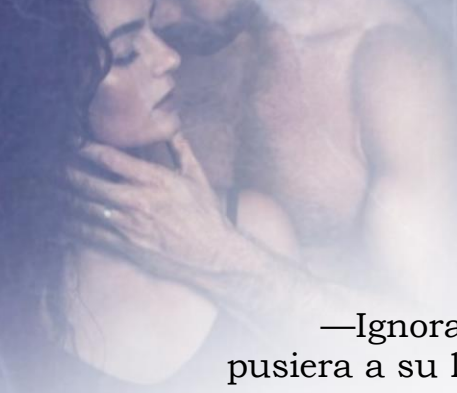
Rodeo mis caderas contra las de Hayden y levanto mi rodilla, apoyándola en sus costillas. No he terminado. Mi cuerpo zumba alto y necesito sentirlo contra mi centro de nuevo, necesito la presión desesperadamente.

Gimoteando en su boca, tiro de las puntas de su cabello y me vuelvo voraz. Encierro mis brazos y piernas alrededor de él como un mono araña. Hayden se rio y desliza su mano entre nosotros. Sus dedos acarician mis labios hinchados deliberadamente con un toque suave como una pluma y suspiro, con los ojos en blanco cuando desliza un dedo dentro. No estoy acostumbrada a toques tan suaves como aquel.

—Joder —dice con más sorpresa que otra cosa—. Estás muy mojada.

—Mmmm... quiero más —suplico, gimiendo contra su boca. Los dos estábamos húmedos de sudor, pero no me importaba. Ahora mismo tengo la mente en una sola dirección—. Vamos a follar otra vez. —Se rio.

El sonido de un teléfono vibrando interrumpe mi atención.



—Ignora eso —ordena Hayden, y luego tira de mí para que me pusiera a su lado. No me ha soltado, pero sigo enrollada alrededor de él. Sus manos tocan mi trasero y nos lleva al baño. Accionando el interruptor, se dirige a la ducha y la abre. Pequeñas gotas de agua fría salpican mi espalda, pero no ayudan a refrescarme. Tras un par de movimientos bruscos, supe que Hayden se ha quitado el condón y lo ha tirado a la basura. Se mete en la ducha y se pone bajo el chorro caliente conmigo en brazos.

Hayden me besa y luego se retira. Nuestros ojos se cruzan y una suave sonrisa se extiende por mi rostro. Incluso después de lo que acabábamos de compartir, me sonroje.

—Tus labios están rojos y muy hinchados. Parece que te han inyectado.

Se rio y dice:

—Eso es porque alguien ha estado atacando mi boca. Ella es una cachorra feroz. Apenas podía respirar.

Levanto las cejas y me encojo de hombros sin darle importancia. Miro fijamente su boca regordeta y me lamo los labios.

—No puedo evitarlo. Besas muy bien, Hayden Moore, y me encantan los besos.

—Creo que me lo dijiste una vez.

—¿Lo hice?

Asiente con la cabeza y se inclina hacia abajo, con el chorro de la ducha cayendo sobre nosotros. Con los azulejos a mi espalda, dice:

—Hay tanta pasión en ti. Podría besarte todo el día, sabes.

—Entonces hazlo. —Sugiero con una sonrisa. Y lo hace. En pocos minutos está duro y caliente contra mi coño—. ¿Tienes más condones?

—No. ¿Y tú?

Sacudo la cabeza, incapaz de encontrar palabras. Ahora deseaba haber comprado una caja. La punta de su polla se frota ilícitamente a lo largo de mi sensible coño y sé que le encanta por la pesada mirada que tiene. Arqueando mis caderas hacia atrás, su erección se desliza entre nosotros y se alza.

—Ahí —digo, y rechino contra su longitud desnuda, hambrienta de más. La mandíbula de Hayden se flexiona y su gemido vibra en su pecho. Está cayendo en el erotismo de estar carne con carne.

—Joder —ruge Hayden, dejando caer su cabeza sobre mi hombro. Su puño golpea la baldosa junto a mi cabeza.

—Quiero más —digo.

—No tenemos condones y me niego a hacerte tomar el Plan B como ese imbécil.

Gimoteo y sigo frotando mi coño contra él. Un zumbido constante se acumula en mi interior, un suspiro sale de mis labios.

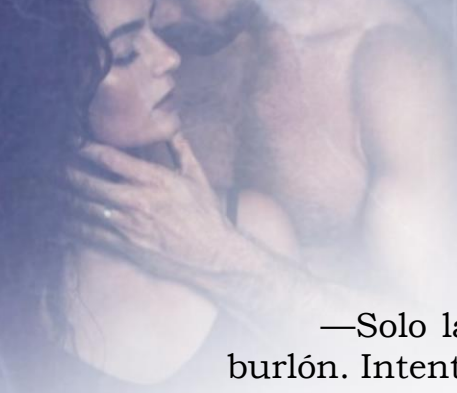
—Por favor.

—No podemos —gruñe, subiendo y bajando las caderas. Su cuerpo contradice sus palabras, al igual que Kova, y a mí me encanta en secreto—. Joder, te sientes bien.

Usando los músculos de mis muslos, me levanto para que la corona se alineara con mi abertura, y me cerní sobre él. Nuestros ojos se fijaron mientras el pecho de Hayden se expande con cada respiración que hace, y supe que está luchando por hacer lo correcto. No está en su carácter ser cruel, pero sería tan fácil para mí deslizarme hacia abajo y no importarme, tomarlo como quisiera. Sin embargo, no le haría eso a Hayden. A Kova, sí, porque es un cabrón y puede soportarlo. Pero Hayden no lo es y no puede.

—Solo la punta —sugiero, presionando mis duros pezones contra su pecho.

Hayden se rio.



—Solo la punta —repite mi petición con un tono dulce pero burlón. Intento hundirme, pero él es más fuerte que yo y lo impide.

—No. —Hayden se demora en su respuesta, pero sus acciones desafían sus palabras. Tarareo ante el sedoso tacto de su polla.

Por eso me gustaba estar con Kova. Era despiadado, obsesivo y malvado. Llevaba la astucia como si fuera una declaración de moda. Sin pretenderlo, despertó algo en lo más profundo de mi ser que me atrajo. Ninguno de los dos podía comprenderlo, pero nos complementábamos de la peor manera posible.

—No podré parar una vez que esté dentro.

Inclinándome hacia delante, le acaricio el cuello con la nariz. Su nuez de Adán se balancea y paso la lengua por ella, haciéndola girar por su cuello y chupando la piel entre mis dientes. Muerdo. Su cuerpo se tensa y tiembla contra el mío.

—Joder —murmura Hayden en voz baja y yo sonrío. Está perdiendo la batalla y me doy cuenta que, en secreto, me encanta doblegarlo. El poder de la seducción es algo que me resulta embriagador. Lo hice con Kova y ahora lo estoy haciendo con Hayden.

—¿Y parar sería algo malo? —pregunto, tratando de bajar y apretar alrededor de la punta para atraerlo. Funciona, porque él sisea, empujando aún más hacia adelante. El placer recorre mi cuerpo por la pequeña victoria.

—Muy mal. —Sus palabras están llenas de necesidad—. No puedo follarte sin condón.

—¿Por qué? Se siente increíble, Hayden.

—Créeme, sé lo que se siente —dice—. Ahora puedo ver por qué Kova no puede resistirse a ti. Nunca me pondría del lado del bastardo, pero tengo la sensación que todo lo que ha pasado entre ustedes dos ha sido por tu culpa. Lo haces jodidamente imposible. Joder. Imposible. De. Decir. No.



Entonces, agarrando mis caderas con fiereza, me empuja hacia abajo sobre su longitud y me da desinteresadamente lo que quería.

Solo espero no arrepentirme.



Capítulo 05

Cuando salgo de la ducha, me visto rápidamente y me dirijo a la sala de estar para ordenar mientras Hayden termina en el baño. El peso en mi pecho es sorprendentemente un poco más ligero, aunque la pena todavía late en mis venas. Podía respirar de nuevo, pero solo en respiraciones cortas y apretadas. Una punzada en la cola, pero la aceptaría.

Me agacho, recojo los cojines y los vuelvo a colocar en el sofá. La parte posterior de la pantorrilla todavía me duele un poco y sé que tendré que tomar un poco de Motrin pronto. Doblo la manta y recojo los shorts de Hayden. Un suave golpe llama mi atención. El teléfono móvil de Hayden está en el suelo, cerca de mis pies. Lo cogí y le doy la vuelta, comprobando que la pantalla no se ha roto, cuando empieza a vibrar en mi palma.

Reagan.

Hay algo en ver el nombre de Reagan parpadeando en el móvil de Hayden que no me gusta. No es que sea mío, ni que otras chicas no pudieran llamarle. No es así a menos que se tratara de Kova, pero tenía la impresión que apenas eran amigos y más bien conocidos. Nunca los había visto hablar en el gimnasio, y teniendo en cuenta que estábamos allí más de cuarenta horas a la semana, había mucho que observar y anotar. Se puede aprender mucho sobre alguien sin tener que comunicarse.

A menos que hubiera algo malo con su gemela, Holly. Ese es probablemente el caso. Holly y Reagan son buenas amigas.



Me dirijo hacia mi dormitorio para avisar a Hayden que su teléfono estaba sonando. Al llegar a la puerta, el timbre deja de sonar, y yo también.

Se me aprieta el estómago. Cuatro llamadas perdidas, todas de Reagan. Ni una de su hermana. Me quedo parada mientras el teléfono vibra en mi mano con un mensaje de texto entrante, seguido de otro, y luego otro.

La traición se abalanza sobre mí como un semicamión por segunda vez en el día. El aire de mis pulmones se disipa y me aprieto el pecho, pensando en lo peor.

Reagan: ¿A qué hora vienes?

Reagan: Te necesito.

Reagan:¿Hola? ¿Está todo bien?

Había estado tan ciega. La idea que estuvieran juntos me revuelve el estómago. Reagan lo necesitaba, como yo lo había necesitado antes.

El teléfono vuelve a zumbar en mi mano cuando llega un cuarto mensaje que me confunde por completo:

Reagan: OMGGG ¿Dónde estás? Necesito mis pastillas.

¿Patillas? ¿Qué tipo de pastillas? ¿Por qué Hayden tendría sus pastillas?

Me dirigí a mi habitación y tiro su teléfono sobre mi cama. No es asunto mío y no tengo nada que decir sobre lo que hacen los demás, pero todo esto no tiene sentido. ¿Qué pastillas necesitaba Reagan? ¿Y por qué enviar un mensaje de texto a Hayden al respecto?

Sacudo la cabeza y un violento latido rebota contra mis sienes. Ya no sé qué pensar de nadie. Un millón de pensamientos pasaron por mi cabeza, un gigantesco laberinto de mentiras discretas utilizadas para apaciguarme se agrupó de repente en una gran conspiración.

Probablemente estoy pensando demasiado, como siempre, pero no puedo dejar pasar esto. Simplemente no puedo, especialmente si había drogas de por medio.

El día va cada vez mejor.

Mi estómago es un desastre. Odiaba esta sensación de desequilibrio que se estaba gestando en mi interior. Está en todas partes y no soy tan estable como normalmente me consideraba.

No desde que Kova me echó un montón de mierda encima hace horas. No desde que descubrí lo de Avery y Xavier, y la verdad sobre Joy.

Hayden sale del cuarto de baño con una toalla envuelta en la cintura. El vapor filtra el aire fresco mientras las gotas de agua caen desde su cabello hasta sus hombros, resbalando por su pecho. Sonríe, y por un momento olvido por qué estoy molesta, hasta que su mirada se dirige a mi cama. Mira hacia abajo, con las cejas arqueadas por la incertidumbre.

—¿Revisaste mi teléfono? —Su pregunta está cargada de acusaciones.

Cruzo los brazos con firmeza frente a mi pecho.

—Parece que Reagan te está esperando.

Hayden me mira de forma mordaz.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunta, y coje el teléfono de mi cama. Lo fulmino con la mirada, dejando que el fuego de mis ojos dijera todo lo que yo no podía.

—¿Qué tienes con ella?

—Nada.

—¿Nada? Esos mensajes de texto definitivamente no son nada. —Hayden no responde. En cambio, desbloquea su teléfono y lee los mensajes—. Ella menciona pastillas, Hayden. Eso no es nada.

—Aid —dice mi nombre en un tono casual, como si no hubiéramos estado desnudos juntos momentos antes—. Siempre he sido tu amigo y he estado ahí cuando me has necesitado, pero esto no es realmente de tu incumbencia.

—¿No es asunto mío? —Mi mandíbula cae, mi pulso se agita en mis oídos—. Después de todo lo que he compartido contigo en confianza, ¿cómo puedes quedarte ahí y decirme que no es de mi incumbencia cuando alguien te manda mensajes sobre pastillas?

Hayden se mueve sobre sus pies y agarra firmemente la toalla con una mano.

—Esto no es algo que debas saber, Aid. Mantente al margen.

—Mantenerme al margen... —Hago una pausa cuando un recuerdo me refresca la mente. Recuerdo el momento con Reagan en la habitación del hotel en el encuentro del que me sacaron. Me enfrenté a ella por un frasco de pastillas. Ella insistió en que eran píldoras para adelgazar, pero yo sabía que no era así—. ¿Quién eres tú? —Miro detenidamente a Hayden. Dulce, relajado, siempre ahí para mí, Hayden. ¿Le estaba suministrando drogas? No. Hayden nunca haría eso. No es el tipo de persona que vendía drogas. ¿Lo es?

Hayden sacude la cabeza y aprieta los labios. Casi parece un poco dolido, lo que me confunde. O yo estoy muy equivocada, o acababa de descubrir su pequeño y sucio secreto.

—Eres increíble, ¿lo sabías? De repente dudas de mí porque estabas fisgoneando. Estás siendo irracional.

—No estoy siendo irracional. —Me acerco a él—. Está claro que no eres quien yo creía que eras. Dime la verdad.

Su pecho se contrae y exhala una bocanada de aire entre los dientes apretados. Cuando no responde, presiono:

—¿Le estás vendiendo drogas?

Hayden se burla:

—¿Distribuyéndole drogas? De verdad, Aid, esto no es un especial para después de la escuela.

No lo ha negado, y si le suministraba a ella, ¿a quién más del equipo le suministra?

—¿Y los demás? ¿Estás tratando con alguien más que con ella?

—No es tu maldito asunto, Adrianna. Solo déjalo.

—¿Quién más? Dime. Merezco saberlo.

Ahora hay hielo en sus ojos azules.

—¿Mereces saberlo? ¿Me estás tomando el pelo ahora mismo? Como si fueras un ángel inocente —se burla—. ¿Quién crees que eres? Te has estado follando a nuestro entrenador y crees que mereces saber lo que hago en mi tiempo libre.

Aspiro en silencio, sorprendida por su hostilidad.

—¿Por qué no me dices cuándo fue la última vez que estuviste con Kova? —réplica—. Apuesto a que han estado follando como animales todo este tiempo y te da demasiada vergüenza admitirlo, porque mientras él te mancillaba, estaba hasta las pelotas dentro de su mujer.

Las lágrimas me queman el fondo de los ojos. Nunca había visto esta faceta de Hayden, una faceta en la que se pone a la defensiva y se enfrentaba. Una faceta en la que posiblemente había drogas de por medio. Su tenor, su mirada furiosa, su lenguaje corporal, todo se me viene encima como un huracán.

Hayden me mira por encima de la cabeza y busca en la habitación, presumiblemente su ropa.

—Tienes lo que querías, ¿verdad? Entonces, ¿hemos terminado aquí? —Los ojos duros se posan de nuevo en mí.

No puedo creerlo. Su respuesta me enciende un fuego bajo el culo y me devuelve a la realidad.

—No estamos cerca de terminar aquí —digo en voz baja.

—Lo que hago en mi tiempo libre realmente no te concierne. Como he dicho, no es de tu incumbencia. De todos modos, ya has tomado una decisión antes que pudiera decir nada.

—Oh, pero es totalmente tu asunto con quién me acuesto, ¿verdad? Tuve que contarte todo sobre Kova, pero no puedes decirme si traficas con drogas o no.

Un resoplido sale de los labios curvados de Hayden.

—Eres una maldita ilusa, ¿lo sabías? No es gran cosa.

Dándome la espalda, se dirige hacia el salón donde estaba su ropa, con los hombros más tensos a cada paso. Deja caer la toalla y echa un vistazo al piso.

—¿No es gran cosa? Te aprovechas de nuestros compañeros de equipo. —Necesito algún tipo de respuesta.

Se sube el bóxer y suelta el elástico con un chasquido, su mirada severa me atraviesa.

—¡Les doy lo que necesitan, eso es todo! —grita.

Me echo hacia atrás.

—¿Pero por qué harías eso? Es ilegal. Podrían salir perjudicados.

—Eso es todo lo que necesitas saber. No voy a hablar más de ello.

—¿No te preocupa que te atrapen?

—En serio, déjalo.

Todo el mundo a mí alrededor son unos mentirosos, así que ¿por qué iba a ser diferente? *Uno es con quien se asocia.* La frase de mi padre resuena en mi mente. Solía decirme que tenía que rodearme de gente que fuera un reflejo de mí, un espejo de mí misma, de lo contrario no sería percibida como alguien respetable

y digna de confianza. Entonces, ¿qué dice todo esto de mí? Esta nueva comprensión no es algo con lo que quisiera lidiar ahora.

—Hayden, ayúdame a entender esto.

—No hay nada que entender. No es de tu incumbencia, Adrianna. No hago nada diferente por ellos que no haga por ti.

—No consumo drogas.

—No, pero me usas, ¿no?

Me invade un silencio espeluznante y frío. Inmediatamente se levanta un muro y me encierro en mi interior.

—Vete —digo, en voz baja y contenida—. Solo vete, ahora. —Empujo el pecho de Hayden hasta que se tambalea hacia atrás—. ¡Fuera! —grito, llena de dolor.

Me agarra de la muñeca con fuerza y me tira para que me detuviera.

—Aid —dice suavemente, cambiando el tono—, no quería...

—¡Fuera! —grito.

—Adrianna. Para. Escúchame, por favor, lo siento mucho. No era mi intención —dice Hayden. Su agarre se tensa, pero pude apartarme—. No quise decir eso. Tienes que saberlo. Solo estaba enfadado porque no dejabas de presionarme. —Hayden habla con suavidad, pero las palabras ya habían salido y no podían ser desdichas.

Sacudiendo la cabeza, miro la alfombra y señalo hacia la puerta.

—Por favor, vete.

Hayden da un paso hacia mí, pero rápidamente levanto la mano para que se detenga , y lo hace.

—Confié en ti y para que digas eso... Los amigos no hacen eso.

—Aid...

—Solo vete.

Pero parece que Hayden no va a parar hasta conseguir su objetivo. Levantando la voz, habla por encima de mí, con el pecho enrojecido por la irritación del esfuerzo.

—Me estabas echando mierda por lo que hago en mi tiempo libre. Hiciste suposiciones. Me puse a la defensiva. Cualquiera lo haría.

—No es justo —digo en voz baja y tranquila—. Lo que hago en mi tiempo privado no tiene nada que ver contigo y aun así te he confiado cuando nunca tuve que hacerlo. Yo siempre estoy dando y tú siempre estás tomando.

Hayden se queda parado en su sitio un momento más. Sus fosas nasales se encienden y puedo percibir su frustración.

—Sabía que esto era un puto gran error. Pero aquí estoy, intentando ser el chico bueno, como siempre, y darte lo que quieres porque me importas. Y para que conste, tomas más que nadie que haya visto. ¿Qué me has dado a mí o a cualquier otro por tu propia voluntad? Nada.

Me rechinan los dientes.

—No hagas que parezca que tener sexo conmigo fue una tarea. Lo has deseado durante meses. Finalmente te di la oportunidad. ¿Solo te follas a cualquiera para ser amable? ¿Quizás echar un par de pastillas y dar por terminado el día? ¿Es eso lo que llamas ser un “buen tipo”?

Se le cae la cara y casi deseo poder retractarme, pero estoy tan cansada que me mientan las personas en las que más confiaba.

Con los labios sellados, dejo caer mi mirada al suelo, y un momento después la puerta se abre y luego se cierra de golpe. Hayden se ha ido.

Miro alrededor de mi apartamento vacío, sintiéndome tan vacía como mi pecho. Todos los objetos materiales dan la ilusión de un mundo de ensueño. Escenificado, perfecto, y tan alejado de la

realidad de mi vida. Me froto los brazos, tratando de mantener la compostura.

Por primera vez en mi vida, el silencio es inoportuno.



Capítulo 06

Un golpeteo apresurado me despierta de mi estupor somnoliento. Me pongo de lado, me limpio el cabello de los ojos y bostezo. Me pareció que me había dormido hace dos minutos, pero un rápido vistazo al reloj de la mesilla de noche me indica que en realidad llevaba horas durmiendo.

Maldita sea, estaba cansada.

Me siento y me estiro, la parte baja de la espalda palpita con un dolor tan intenso que me deja sin aliento. Jadeo, cerrando los ojos y deseando que desaparezca.

Necesito Motrin. Urgente.

Me levanto lentamente, con el cuerpo dolorido de pies a cabeza. Soy demasiado joven para la artritis, pero tengo la sensación que no hay cartílago entre mis articulaciones y que solo hay hueso sobre hueso rozándose. Me limpio el rostro con la camiseta y expulso un suspiro de fatiga mientras me dirijo al baño. Enciendo las luces y me estremezco al ver mi reflejo en el espejo. Tengo los ojos hinchados y rojos, al igual que la nariz. Cuando lloro, se me hinchan los labios. Me recuerda a Joy cuando se puso bótox, solo que a mí me parece que me han puesto el triple de una sola vez.

Uf. Soy una llorona fea.

Agarro el frasco de Motrin y me echo cinco pastillitas naranjas antes de volver a mi habitación para tirarme de bruces en la cama. Un fuerte golpeteo en el salón me hacer saltar y el dolor me atraviesa el tobillo. Mierda. Siento como si alguien le estuviera

apuntando con un fósforo. Con todo lo que está pasando, había olvidado que había aterrizado mal antes durante mi pase de volteretas y no lo he tratado adecuadamente. Se me ha dado bien pasar por alto mi lesión y seguir adelante, pero ahora siento cada pizca de agonía en mi cuerpo. Soy un desastre.

Los golpes vuelven a sonar y exhalo un fuerte suspiro mientras me dirijo a la puerta y la abro a toda prisa. Mi frustración se transforma rápidamente en rabia al ver a Kova de pie, alto y digno al otro lado, y vestido demasiado bien para su propia salud.

—¡Oh, diablos, no! Vete a la mierda. ¿Cómo te atreves a mostrar tu cara aquí?

—*Ria*...

—Vete a la mierda, Kova.

—*Ria* —dice mi nombre—. Todo el mundo puede escuchar nuestros asuntos.

—Me has destrozado y no quiero hablar contigo. Me dejaste enterarme de tu matrimonio de la peor manera posible. Eres tan patético que ni siquiera pudiste decírmelo tú mismo.

Intento cerrar la puerta de golpe, pero él enrosca los dedos en el borde para detenerme.

—¡Vete a la mierda! No quiero ni mirarte.

—No me iré hasta que abras. —Empuja la puerta y yo uso mi cadera para empujar hacia atrás.

—¡Entonces estarás ahí de pie toda la noche! —grito con los dientes apretados—. ¡No quiero verte!

—Solo necesito explicarme. —Su voz se quiebra, y casi cedo.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? Vete a casa con tu esposa.

Le doy un buen empujón a la puerta, y esta vez consigo meter los dedos entre ella y la jamba. Kova sisea pero se sujeta con fuerza. Me da satisfacción esa pequeña hazaña.

—Sabes que no lo estoy intentando, ¿verdad? Podría entrar fácilmente, pero no quiero hacerte daño.

—Demasiado tarde para eso. Lo único que sabes hacer es herirme.

—*Prosti* —suspira, y siento su maldita pena en esa estúpida palabra rusa.

Algo explota en mi pecho y detono como un cohete.

Si no conociera el significado de esa palabra, diría que su tono me hace creer que es genuino, pero no es así.

—¡No quiero volver a oírte decir eso! —grito, empujando la puerta con toda la fuerza que puedo reunir. Quiero romperle los dedos para que no pueda volver a usarlos conmigo—. ¡No estas prosti, maldito mentiroso! Prosti, prosti, prosti.

Oh, sí, me burlo totalmente de él.

—Voy a contar hasta tres antes de forzar mi entrada. —Suena enojado—. Raz. Dvah. —Me pongo un poco nerviosa, y justo antes que diga “tres”, salto hacia atrás.

Las palabras se me escapan mientras está a medio metro de Kova. Cierra la puerta de un golpe tan fuerte que el cuadro de la pared se sacudió. Me mira con desprecio y aprieto los dientes, sintiendo que la sangre me corre por las venas. Estoy al borde de la cordura por culpa de este ruso loco.

—Si no te vas, voy a gritar tan fuerte que la gente pensará que me están asesinando.

Levanta una ceja al mismo tiempo que una de las comisuras de sus labios se levanta.

—Sabes que me encantan los buenos retos, *Ria*.



Mi corazón late con fuerza contra mis costillas.

—Kova.

—Adrianna.

—Te odio, joder. —La mirada en sus ojos grita culpabilidad, pero no dejo que me afecte—. Odio todo de ti, joder.

—Nunca podría odiarte. —Se acerca a mí, y el tenor de su voz me debilita las rodillas.

—Te sorprendería el tipo de emociones oscuras que una persona puede evocar de otra cuando ha sido destrozada por alguien que le importa.

Da otro paso.

—Por favor…

Sacudo la cabeza, con una sonrisa astuta dibujándose lentamente en mis labios. No pensaba contarle lo de Hayden, pero es la única baza que tengo algo comparable al cuchillo que me había clavado en la espalda. No le gustaría. De hecho, lo odiaría. Kova es un hombre realmente celoso y amargado, y quiero hacerle daño. Apuesto a que ni siquiera compartía sus juguetes cuando era niño.

Respirando hondo, siento que tira de todos los nervios inciertos de mi cuerpo y exhalo audacia en mis siguientes palabras:

—Me folle a Hayden. —Le doy un momento para dejar que las palabras se hundieran—. Más de una vez.

No reacciona como yo esperaba. Se queda parado, como si mis palabras no le hubiesen inmutado. Entonces exploto, me abalanzo sobre él y lo abofeteo tan fuerte como puedo en la cara. El dulce aroma del alcohol me quema las fosas nasales. Huele como si se hubiera bañado en botellas de vodka. Casi me preocupa el hecho que hubiera conducido hasta aquí borracho.

—Desearía no haberte conocido nunca.

Jadeo cuando me agarra las dos muñecas con una mano y me rodea la espalda con el brazo libre. Me levanta del suelo y me lleva al salón.

Ignoro el dolor de mi tobillo y pateo mis piernas, luchando contra él con uñas y dientes, pero es mucho más fuerte que yo. Lo único que veo es el rojo y la necesidad de hacer sufrir a Kova. Mi pie conecta con su espinilla y él gruñe, luego grita algo en ruso. Mueve la cabeza hacia un lado y veo mi oportunidad. Me lanzo hacia delante y le clavo los dientes en el cuello, mordiendo más fuerte cuando se estremece.

—Duele, ¿verdad, imbécil?

Kova me arroja sobre el sofá, y una bocanada de aire sale volando de mis pulmones cuando mi espalda se conecta con el sofá. Lo miro con asombro. Tiene los ojos brillantes y no parece tan borracho como yo sabía que está.

—Maldita sea, Adrianna —dice, y luego dispara otra ronda de ruso cuando le doy una patada en el estómago.

—Te odio. Te odio. Te odio, joder. —Aprieto los dientes cuando Kova me agarra por los tobillos y me tira bruscamente hacia él, obligándome a deslizarme hasta la mitad del sofá. Se sube encima de mí, presiona sus rodillas a los lados de mis caderas y deja caer su peso sobre mí. Me inmoviliza en mi sitio, utilizando su fuerte agarre para presionar mis brazos contra el cojín por encima de mi cabeza.

—Me merezco todo tu odio, y más.

—¡Cómo has podido! —Hiervo por dentro, mi sangre hierve a un nivel destructivo—. ¡Cómo has podido hacerme esto, después de todo! —le grito en la cara y me revuelco contra su agarre, intentando cualquier cosa para quitarme de encima a este hombre, al que amo y odio con la misma voracidad—. Ni siquiera tuviste la decencia de decírmelo, maldito cobarde.

—No es lo que piensas.

—Nunca lo es. Quítate de encima y déjame en paz. No te quiero aquí. Vete a casa con tu esposa, donde debes estar.



—¿Cómo puedo hacerlo si solo pienso en ti? Vives en mi mente cada miserable segundo de mi vida. No puedo escapar de ti, por mucho que lo intente. —Le oigo tragar saliva—. Cuando te vi en la colchoneta, la forma en que tu rostro palideció y casi te derrumbaste de rodillas, me rompió, mierda, *Ria*. No sabes lo que me hizo. No conocía la definición de tortura pura y dura hasta que vi tu rostro. Pensé que iba a tener un ataque al corazón. No sabía lo que se siente al herir a alguien que me importa hasta ese momento. Lo daría todo por volver atrás y borrar lo que hice, por no volver a ver esa mirada en tu rostro.

No tengo ni idea de lo que significa para mí. Mi corazón se acelera tanto que sé que él puede sentirlo.

—Ahora estás casado. ¿No te importa haber roto tus votos?

—Por primera vez en mi patética vida, tengo las manos atadas. —La voz de Kova es un poco más baja y está llena de tristeza—. No puedo ir contra ella porque no solo me destruiría a mí, sino que también te arruinaría a ti. Nunca lo quise, pero no tuve opción.

—Siempre tienes una opción. —Mi voz se quiebra entre el intento de mantenerme fuerte y el puto rompimiento interior. Somos dos mitades de un todo que ya no encaja. Nuestras piezas se han roto, alterado y destruido, sin posibilidad de volver a estar completas—. La otra noche tuviste algo más que sexo conmigo. ¿Cómo pudiste hacer eso estando casado?

—Adrianna… Hay muchas cosas que no sabes.

—Sé que hemos terminado, Kova. Esto es todo. Hemos terminado.

—Ahí es donde te equivocas. Esto no ha terminado. No hemos terminado.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Realmente pensaste que seguiría contigo una vez que supiera que estabas casado? ¿Qué clase de persona despreciable eres? —Engañar a una novia, aunque superficial, era una cosa, pero engañar a un cónyuge es una situación totalmente diferente.

—Esos votos no significan nada para mí.

Mis ojos se abren de par en par.

—Estás realmente loco. ¿Acaso has esperado mucho para romper tus votos?

Responde con un encogimiento de hombros arrogante.

Este hombre no tiene corazón y carece de la más simple emoción. Estoy segura de ello.

Kova cierra los ojos y desvía la mirada. He dado en un punto sensible.

Como no responde, sigo adelante:

—¿Acaso la amas?

Quería que dijera que sí. Al menos así se aliviaría el dolor y tendría un poco de sentido. En lugar de eso, se encoje de nuevo de hombros, como si le hubiera preguntado qué le parece su mediocre ensalada casera.

—Katja y yo tenemos una historia. Siempre se vio venir, ya sabes.

Me quedo boquiabierta. Mis labios se separan en un suspiro desconsolado. *Esto iba a pasar.*

—Entonces, ¿te acuestas conmigo, sabiendo todo el tiempo cuál es tu objetivo? ¿Eres tan narcisista?

La mirada de Kova se endurece.

—No soy un narcisista. Soy un hombre que se debate entre el deseo de hacer lo que quiero y la necesidad de hacer lo que se espera de mí. Hay una diferencia. Una puta gran diferencia y la odio. Uno de los dos iba a perder y tuve que tomar una decisión que no quería tomar.

—¿Esa es tu razón para ser un idiota? ¿No puedes admitir el hecho que tomaste el camino más fácil?

Kova se tensa, su cuerpo tiembla de desafío. Volviendo a sentarse sobre sus rodillas, levanta la voz:

—¿Qué propones que haga? ¿Qué me divorcie y confiese mi amor por ti delante de todo el mundo y actúe como si no fuera gran cosa, cuando en realidad lo arruinará todo? Usa tu cerebro, Adrianna. Eso nunca podría pasar. Jamás.

Hirviendo por lo despiadado que puede llegar a ser, me siento y me empujo contra su pecho. Kova se echa hacia atrás y yo miro su cuerpo desplomado.

—No te pido que declares nada. Te pido que seas un ser humano decente. Realmente no es tan difícil.

Kova aprieta los labios. Tengo la impresión que intenta evitar decir algo de lo que se arrepentirá.

—Es más difícil de lo que puedes imaginar. Le hice una promesa a Katja hace muchos años, y siempre cumplo mis promesas. A ti no te hice ninguna promesa. No en esta relación, y no en la gimnasia.

Mi corazón cae en picada y una fría lluvia de claridad me baña. Había sido una completa estúpida. No sé qué es peor, si el hecho de haberme enamorado tan profundamente, o que él lo hubiera permitido conociendo sus intenciones.

—Tienes razón. Nunca me hiciste ningún tipo de promesa. En cambio, me utilizaste. De plano, me usaste para tu propio beneficio.

Kova niega con vehemencia con la cabeza.

—Retira esas palabras —exige.

—No —digo, aferrándome a las pocas fuerzas que me quedan—. Tú creaste esta mentira. Nunca fuimos un equipo. Tú exhalaste falsas promesas y yo inhalé tu mierda. Tú dirigías el espectáculo y yo bailaba a tu son, atrapada en esta burbuja de mentiras que creaste. Nunca fui tu debilidad. Esa es la verdad y tú lo sabes. Solo que no quieres oírla.

Sentado, Kova alarga la mano y me agarra la mandíbula. Sus ojos brillantes me miran, y puedo ver cómo se debate entre perder la cabeza por completo y tratar de conservar la cordura.

—Nunca te he utilizado. Nunca. —Su voz es un susurro roto—. Si hay algo que creer, créelo, Adrianna. —La respiración de Kova se hace más profunda, y por una fracción de segundo, quiero creerle.

—Adelante. Cuéntame otra mentira.

Kova suelta un fuerte suspiro y mira al techo.

Me tiembla la mandíbula y respiro profundamente. Oh, Dios. Deseo que él no tenga el poder de hacerme llorar. No quiero que vea lo mucho que lo necesito, porque no quiero demostrarle a Konstantin Kournakova que realmente lo amo. No puedo ni imaginar lo que me haría si supiera la verdad.

Kova me aparta el cabello del rostro con una delicadeza que no esperaba. Sus manos tiemblan y trato de no interpretarlo. Está demasiado cerca y eso me asfixia.

—Nunca quise hacerte daño.

Sus palabras me provocan un profundo dolor en el pecho y mis ojos se entrecierran hasta convertirse en rendijas. No quiero escucharlo más. Si nunca hubiera querido hacerlo, entonces no me habría hecho daño. Sus palabras no significan nada.

—Por favor, vete. Vete a casa con tu esposa. Ya sabes, ¿Katja? ¿La mujer que lleva el diamante que pusiste en su dedo?

La mandíbula de Kova se flexiona e inclina su cara hacia la mía. Intenta rozar su nariz con la mía, pero yo aparto rápidamente la cabeza.

—No quiero volver a oír esas dos palabras en la misma frase nunca más. —Su nariz recorre mi mandíbula hasta mi cuello—. Especialmente de tus hermosos labios. En otro tiempo, en otro mundo, ese anillo estaría en tu dedo y no estarías luchando contra mí. Estaría haciendo el amor contigo todo el día, todos los días. No estaría con ella.



Mi aliento se aloja en mi garganta. No tiene límites. Lo dice con tal malevolencia y aversión que casi lo cuestiono. Pero no puedo. No quiero comprometerme.

—¿Cuánto has bebido esta noche? —No es que el alcohol sea una excusa, pero no puedo imaginarme que, aunque fuera por un segundo, lo que dice es en serio. Ahora lo sé mejor, y me niego a permitir que sus palabras me afecten, nunca más.

—No es suficiente. —Se rio, y maldita sea, me produce un escalofrío. Sin embargo, no me dejo disuadir. Aprieto los dientes y levanto un muro tan grande que él nunca será capaz de escalarlo.

—Ha sido un largo día. Necesito que te vayas. Quiero estar sola ahora.

En silencio, y para mi sorpresa, acepta con una ligera inclinación de la barbilla. Dejo escapar un silencioso suspiro de alivio y observo cómo se levanta y busca las llaves en los bolsillos.

Kova mira hacia abajo y la mirada de devastación en su rostro me rompe el corazón en pedazos. Sus ojos... sus ojos siempre me afectaban. Pero no me dejaré influir. Esta vez no.

Tragándome el nudo en la garganta, digo:

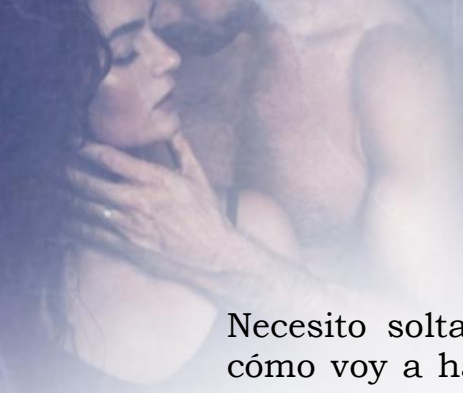
—Te veré temprano el lunes para la práctica.

No dice nada. Solo se queda aquí, con sus ojos pidiendo tantas cosas. Suplicando en silencio que lo perdonara, que le pidiera que se quedara. Y eso me destroza porque me está alcanzando sin hacer nada, pero así somos nosotros. Podemos sentir sin tocar, podemos escuchar sin palabras. Todo lo que necesitábamos es esa mirada, esa inhalación, y eso era todo. Kova no necesita hacer nada más que estar ahí.

—Tienes una sesión de blading después —dice, con voz resignada.

—Lo sé.

Me gustaría que no hubiera mostrado que está cuidando de mí. Quiero que no se preocupé. Necesito que me deje en paz.



Necesito soltarme emocionalmente y separarme, y me pregunto cómo voy a hacerlo. Aunque mi cuerpo es una cáscara vacía, mi corazón sigue latiendo por él. Late por sus seductoras mentiras. Late por quien es en el fondo. Kova no es un mal hombre. Solo toma decisiones horribles.

Después de otro momento, Kova se da la vuelta y me da la espalda, con los hombros caídos. Cuento cada paso que da hacia mi puerta mientras se aleja. Tengo que hacer todo lo posible para no gritar y detenerlo. Me pican los dedos para estirar la mano y el pecho sigue agarrotado por la pérdida.

Seis. Seis pasos desgarradores es todo lo que necesita para llegar a la puerta y abrirla. Pero es el siguiente paso el que me hizo caer.

Se supone que el siete es un número de la suerte, pero representa nuestra desaparición. En el séptimo paso, me da lo que quiero y se va. Siete pasos, y se lleva mi corazón con él, lo único que me queda de sentimiento.

Kova ha consumido mi mente, mi corazón y mi alma. No puedo dejar que consumiera mi vida por más tiempo. Enamorarme de mi entrenador de gimnasia es la forma más insoportable de autodestrucción. De ahora en adelante, solo lo amaré en la oscuridad.



Capítulo 07

Llego al World Cup el lunes como una persona diferente.

Un mismo objetivo. Un destino. Y una prioridad menos.

Mi alma está tranquila. No hay obstrucción, ni perturbación, ni complicación. Mis emociones están estancadas, como si hubiera cerrado una puerta y ya no me estorbaran. Ya no me siento hueca. Estoy en paz, pero no lo estoy. Es como si no existiera. No estoy ni aquí ni allí. Soy indiferente.

Meto el bolso en la taquilla y me recojo el cabello en un moño desordenado, colocando los cabellos detrás de las orejas. La última vez que había estado aquí fue cuando Reagan me ayudó tras la conmoción del matrimonio de Kova. Parece que ha pasado mucho tiempo.

Mi mente sigue dándole vueltas a por qué había sido tan amable conmigo, y había estado a mi lado con unos ojos comprensivos que no pude rechazar. No he hablado con ella desde entonces. Mi instinto me dice que no se lo diría a nadie, y si lo hace, bueno... no me importa. Lo negaría de todos modos y, francamente, entre su adicción a las pastillas y el hecho que Hayden se las suministrara, ahora tengo algo que echarle en cara.

Respirando hondo, cierro de golpe la puerta metálica de la taquilla. El día de hoy será interesante. Estoy preparada para la remota posibilidad que Kova me acorralara. No. Él no hará eso. Eso es demasiado personal. A partir de ahora será solo el entrenador. Planeo decirle al entrenador que a menos que estuviera relacionado con la gimnasia, no se le permite hablar conmigo.



Me empieza a doler la cabeza cerca de la sien y presiono la zona dolorida con la mano. Siento calor, como si tuviera fiebre. Rápidamente, vuelvo a abrir mi taquilla y saco algunos Motrin. Después de tragármelos como si fueran un caramelo, me dirijo al gimnasio con las piernas inquietas. Lo último que necesito es ponerme enferma.

Naturalmente, el entrenador y Madeline ya están aquí, junto con el resto del equipo. Sus ojos se encuentran con los míos. No hay tristeza en su mirada ni la impresión que tuviera algo en mente. El corazón me da un vuelco cuando mis ojos se dirigen a su mano izquierda y ven el brillante anillo de platino. Ese anillo va a ser mi muerte. Se me revuelve el estómago como si se tratara de olas que se estrellan, mientras los sentimientos que había mantenido a raya tratan de aflorar.

—Señoras, tienen un encuentro este fin de semana. —El entrenador da una palmada, recuperando mi atención—. Uno muy importante. Vamos a empezar con los estiramientos y luego a correr tres kilómetros. Quiero que pasen directamente a los calentamientos. Trabajaremos suelo y viga la primera parte, y barras y salto la segunda mitad del día.

Él y Madeline se quedan a un lado donde charlan y anotan cosas en su cuaderno mientras nosotros estirábamos durante treinta minutos. Una vez terminado el calentamiento, el equipo vuelve a los vestuarios y los entrenadores se van por separado. Nos ponemos los pantalones cortos y nos calzamos las zapatillas de correr, tomamos unos sorbos de agua y nos aseguramos de tener el cabello recogido en coletas. Cuando meto mi bolsa de lona en mi taquilla, siento la esquina afilada de algo alojado en su interior. Al inclinarme, aparto la bolsa y veo una familiar espiral plateada.

La rabia hierve instantáneamente dentro de mis venas al ver nuestro cuaderno. Mi taquilla es un desastre y necesita ser limpiada, así que no me había dado cuenta que estaba aquí la primera vez, pero ahora que lo he hecho, quiero destrozarlo con los dientes. ¿Cómo se atreve a poner esto aquí? Si piensa que voy a escribir mis sentimientos en este estúpido libro después de lo que ha hecho, se merece otra cosa.

Cierro la puerta de golpe y me doy la vuelta para apoyarme en ella. Doblando los brazos sobre el pecho, me clavo las uñas en la piel. Estoy furiosa. Cree que puede escribir unas cuantas disculpas sinceras y que todo quedaría perdonado. Está delirando si cree que voy aceptar unas cuantas anotaciones falsas en su diario. Habíamos terminado. No habrá más Kova y *Ria*. Ese barco ha zarpado del Atlántico y se ha hundido junto al podrido Titanic cuando decidió casarse a mis espaldas.

Holly y Sarah se ríen y hablan, cuando Reagan se acerca a mí. Observo cómo la gemela de Hayden sale de la habitación, preguntándome qué ha hecho para que entrara en vigor la regla de no salir. Hayden no me lo dirá, y Kova tampoco, pero yo voy a tener la misión de averiguarlo.

—Te veré afuera. ¿Está bien?

Reagan me estudia un momento y luego asiente con la cabeza antes de salir del vestuario.

Cuando me aseguro que han abandonado el edificio, vuelvo abrir mi taquilla y saco el libro, y luego me dirijo al despacho de Kova. Cuando me acerco, le oigo hablar en ruso.

Está al teléfono con su esposa.

Sin llamar, abro de golpe la puerta de su despacho. Kova está sentado detrás de su escritorio con el teléfono pegado a la oreja. No tiene tiempo de reaccionar. Con toda la fuerza que puedo reunir, le arrojo el cuaderno, apuntando a su maldita cabeza. Se me daba fatal lanzar la pelota, así que no esperaba que le diera. Cierro la puerta rápidamente, oyéndole maldecir un par de veces, y luego salgo corriendo.

—¿Por qué hay una regla de no salir? —le espeto a Reagan cuando la alcanzo, pero no lo suficientemente alto como para que nadie más lo oyera. Ella me mira y luego ve al frente, con las cejas fruncidas mientras caminamos una al lado de la otra hasta llegar a la pista—. ¿Qué hizo Holly, y por qué es un secreto? ¿Lo sabes?

—No lo sé —dice.

—No me mientas, Reagan. Tengo la sensación que lo sabes desde que pasas más tiempo con Hayden. —No se le escapa mi doble sentido al tropezar con su pie y lanzarme una mirada enloquecida y agravada.

Una pequeña sonrisa de oreja a oreja asoma en mis labios, pero no es maliciosa. Quiero que sepa que conozco su pequeño secreto, pero no que fuera a hacer nada con él. Nunca tiraría a alguien bajo el autobús de esa manera, pero es bueno tenerlo en el bolsillo.

Antes que pueda hablar, le digo:

—No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. Creo que ambas sabemos a estas alturas que soy como una bóveda de todos modos.

Reagan se muerde el labio inferior y mira hacia otro lado. Se queda callada hasta que llegamos a la pista. Nuestros pies se levantan simultáneamente y trotamos una al lado de la otra.

—¿Por qué te importa? —pregunta ella.

—Tengo curiosidad.

Hemos completado una vuelta cuando Reagan finalmente dice:

—No lo sé. Les he preguntado a Hayden y a Holly y son muy reservados al respecto. Se niegan a decirme nada. Al final me he rendido porque, sinceramente, me importa una mierda. Solo soy una entrometida.

Completamos otras dos vueltas. La cabeza me da vueltas y el exceso de pensamientos me agotaba.

—¿Qué podría ser?

—No lo sé. Podría ser cualquier cosa, realmente. Ya sabes cómo se pone Kova. Puede ser un nazi y su palabra es ley, así que quién sabe. Podría ser algo grande o algo pequeño. Quiero decir, si te metes con su horario de TOC, y pierdes su tiempo, se enfada. Así que quién puede saber con ese tipo. Es tan hormonal, lo juro.

Esta vez me rio.

—Sí, lo es totalmente.

—Recuerdo a Holly llorando mucho y faltando a los entrenamientos durante unas semanas. Fue… —La miro mientras mira hacia el cielo y entrecierra los ojos—. Diría que no menos de un año antes que llegaras al Wolrd Cup, pero definitivamente más de seis meses.

—¿Se perdió los entrenamientos durante unas semanas? —Me sorprende mucho que se le permitiera faltar tanto tiempo y seguir entrenando después.

—También fue en la época en que otro entrenador fue despedido inesperadamente. Me alegré que lo echaran. No lo soportaba.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Por qué?

—¿Por qué no lo soportabas?

—Me ponía la piel de gallina. Tenía esa mirada, ya sabes, el tipo de mirada violadora que puedes detectar a una milla de distancia. La que tu instinto te dice que te mantengas alejada. Su sonrisa era espeluznante y siempre miraba demasiado tiempo, como si tuviera pensamientos desagradables. Me alegré que Kova lo despidiera. Casi renuncio por su culpa.

Un recuerdo pasa por mi cabeza mientras miro al frente, tratando de recordar si había oído hablar de esa situación. Recuerdo que Kova mencionó que había despedido a alguien, pero no puedo ubicar cuándo ni dónde me lo dijo.

—¿Era un entrenador malo? —Respiro con fuerza mientras un dolor sordo y bajo comienza en la parte baja de mi espalda, pero me lo quito de encima. Sé que si me detengo aunque sean cinco segundos, tendré problemas.

—Chica, solía escupir cuando hablaba. Cada. Tiempo. Era tan asqueroso. Era un entrenador desagradable y tan abusivo

verbalmente. Hacía llorar a Holly todo el tiempo. Kova y Madeline pueden llevarnos al suelo, pueden empujarnos al borde hasta que nuestros cuerpos estén listos para colapsar, pero no son como él. Ni siquiera se acercan. Kova se peleó varias veces con él porque no estaba de acuerdo con su método de entrenamiento. Era el tipo de entrenador del que se habla en las noticias.

Nos quedan dos vueltas más. Estoy muy sedienta. Los muslos apretados, la parte baja de la espalda me duele cada vez que mis pies tocan el asfalto. Necesito agua pronto.

—¿Así que realmente vas a ignorar el enorme elefante en la habitación? —dice Reagan.

Gimo para mis adentros. Joder. Mi. Vida. Sabía que esto iba a pasar.

—No puedes esperar que no te cuestione. Te dije que soy una entrometida.

—¿Y qué haces con la suciedad que tienes sobre la gente?

Se da un golpecito en la sien y su cabeza se mueve hacia un lado.

—Lo guardo en la bóveda.

—Hasta que necesites usarlo —respondo.

—O montas o mueres, Adrianna.

Reagan es astuta. No puedo culparla por ello, pero aun así pienso cuidadosamente antes de hablar. Una agudeza me atraviesa el pecho y respiro profundamente para expulsar el dolor, ocultándoselo a ella tanto como pueda.

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué me gusta nuestro entrenador? De acuerdo. Bien. Me gusta. Es guapísimo y tiene el cuerpo de un dios griego. No puedes decirme que no lo piensas.

—Creo que es sexo en un palo, pero eso no significa que me lo vaya a follar.

Se lanza a la yugular.

—No me lo voy a follar, Reagan.

Por fin hemos llegado al final de la octava vuelta y bajamos la velocidad. Con el dorso de la mano, me limpio el sudor que me cae por el rostro. Reagan se toma unos momentos para respirar antes de volver a hablar.

—A todo el mundo le gusta, Adrianna. Pero la gente no reacciona como tú lo hiciste el otro día si no estuvieran involucrados. No me mientas.

Jadeando, pregunto:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me ayudaste?

Sacude la cabeza y se encoge de hombros, mirando al frente como si ella misma se hiciera la pregunta.

—No lo sé. Supongo que tuve un momento de compasión y me sentí mal, cosa que rara vez hago. Si la gente tiene el conocimiento para tomar la estúpida decisión en primer lugar, puede manejar el resultado. Sabías lo que estabas haciendo, pero por alguna tonta razón que no puedo explicar, me sentí mal.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Qué quieres decir? —Me mira, perpleja.

—Eres muy cínica. Implacable. Algo tuvo que pasar para que seas así.

—Nací siendo una perra con un monstruoso resentimiento, Adrianna.

Cuando la miro de manera mordaz, continua:

—Bien, de acuerdo. Digamos que cuando tu ambición y tus medios no se alinean exactamente puede cambiar a una persona. Endurecerlos. Tengo el talento y el impulso para superar este lugar. —Señala con la cabeza el gimnasio en general—. Pero mis padres no tienen exactamente los fondos para más que esto. Y yo quiero

más. Conseguí una beca completa para una universidad de primera división. Y lo conseguí dejando que nada ni nadie me detuviera. — Arquea una ceja, como si quisiera señalar que yo he estado haciendo lo contrario.

Entiendo su mensaje de fondo. No ha dejado que nadie se interponga en su camino, especialmente yo. Es una chica que persigue sus propios sueños.

—Por cierto, no estamos teniendo una reunión aquí. Solo te lo digo como si fuera la única vez por tus escapadas sexuales con nuestro entrenador. Créeme, no volverá a ocurrir.

Me rio.

—Puedes ser una perra a veces.

—Soy lo que soy.

Sé que nunca seremos las mejores amigas, pero ahora veo a Reagan con otros ojos. Tuvo que hacerse una piel gruesa para mantenerse a flote y no hundirse y ahogarse. Yo conozco ese sentimiento. No es una excusa para que sea una zorra, pero al mismo tiempo entiendo por qué es así.



Capítulo 08

En el transcurso de la práctica en el suelo, ya no puedo ocultar la palpitación de mi tobillo. Es un calor bajo y sordo, un hormigueo con pequeños chispazos, pero suficiente para que aspire una respiración tranquila entre los dientes al final de un pase de volteretas y vuelva cojeando al final de la línea.

—Ve a buscar tu cinta, Adrianna —ordena Kova.

Me doy la vuelta para responder, pero me quedo boquiabierta. Hay un chinchón rosado en la parte superior de su frente con una ligera hendidura donde la esquina de mi cuaderno debió de haberle golpeado. No lo había notado cuando volvimos de correr, pero ahora que han pasado unas horas, lo veo tan claro como el día. Le va a salir un moretón.

Aprieto los labios y lucho contra una sonrisa. Victoria.

—Adrianna. —Su voz es firme esta vez. Lo miro y sus ojos bajan a mis pies—. Agarra tu cinta. —Lo miro fijamente durante unos segundos y luego asiento sutilmente—. Y nada de Motrin —grita cuando me alejo.

Murmuro en voz baja y lo ignoro. Le aplico la misma mentalidad que él me aplica a mí: lo que no sabe no le hará daño.

Rápidamente, busco en el bolsillo lateral de mi bolsa y saco dos pequeñas píldoras de color naranja, y luego me acerco a la estantería y cojo mi agua de coco. Tragando, vuelvo a tapar el envase y luego rebusco en mi bolsa de lona en busca de mi cinta adhesiva cuando mi mano atrapa la esquina de algo.

El cuaderno.

Otra vez.

Voy a matarlo.

La irritación me llena las venas. Debió de meterlo a escondidas mientras corríamos. Tengo un impulso feroz de abrirlo y ver lo que Kova escribió, pero sé que si lo hago me consumirá. Me enfurecerá.

¿A quién quiero engañar? No puedo pasar todo el día sin leerlo. Al abrirlo, me doy cuenta que hay dos entradas nuevas. Voy primero a la penúltima.

Lo siento eternamente. Sé que no quieres hablar conmigo, pero tienes que saber que esto no es lo que quería.

Por una fracción de segundo me siento mal por haberle tirado el cuaderno, hasta que recuerdo que él respira mentiras. Mentiras. Mentiras. Mentiras. Es todo lo que procesa. Está tratando de arreglar su cagada y de alimentarme con mentiras que cree que me tragare. ¿Quién se cree que es? ¿Cree que será tan fácil y me tragare sus mentiras otra vez? Ruso arrogante.

Paso la página a la siguiente entrada.

Si la gimnasia no funciona, deberías mirar el lanzamiento de peso.

¿Tiro al blanco? ¿Qué demonios es el lanzamiento de peso? Probablemente algún juego ruso del que nadie ha oído hablar.

Cierro el libro con una mueca y lo vuelvo a meter en mi taquilla. Cierro la puerta de golpe y me aseguro que está cerrada con llave, y luego vuelvo a entrar en el gimnasio con una expresión gélida en el rostro.

Me siento en el suelo de moqueta azul y levanto la rodilla. La cinta esta precortada, así que arranco tres trozos mientras Kova se acerca y se arrodilla frente a mí. El imbécil huele delicioso, pero me niego a mirarlo. Le entrego la cinta y me inclino hacia atrás, dándole mi pie mientras observo cómo mis compañeros practican en el suelo.

Kova tiene una mano en mi talón mientras flexiona mi pie y señala mis dedos con la otra mano.

—¿Algún dolor? —pregunta.

—No.

Su mano se desliza por mi pantorrilla y aprieta suavemente el músculo dolorido.

—¿Y aquí?

—No.

Aprieta un poco más.

—¿Ahora?

—Se siente muy bien. —Muerdo, aún sin mirarlo.

Entonces, va por mi Aquiles. Literalmente. Kova pellizca la parte trasera de mi tobillo lesionado, no lo suficientemente fuerte como para hacerme daño, pero sí lo suficiente como para provocar una reacción.

Mis fosas nasales se encienden y aprieto los dientes traseros.

—¿Cómo es esto?

—Se siente bien.

—Apuesto a que esto también se siente muy bien —me dispara, pellizcando un poco más.

Mis dedos de los pies se curvan de dolor.

—Perfecto, entrenador. Igual que ese chinchón en tu cabeza grande.

Kova se congela y yo sonrío, sintiéndome un poco triunfante. Lo único que se mueven son sus penetrantes ojos verdes que me atraviesan. Lo miro, todavía con una sonrisa. No me muevo. No parpadeo. No insinúo ningún otro sentimiento. Simplemente lo

atravieso con la mirada y le muestro cómo van a ser las cosas a partir de ahora.

Sin decir nada, me venda el pie, estirando el elástico lo suficiente para ayudar a aliviar el dolor, y luego se pone de pie. Me tiende una mano, pero me levanto por mi cuenta.

—Vuelve a la fila —dice.

—Sí, entrenador.

Me salto la tutoría, almuerzo poco y trabajo el resto del día hasta el atardecer. No tengo apetito, pero sé que necesito comer algo, así que me obligo a comer una barrita de proteínas grasas "saludable". La mierda no es buena, pero mantener mi mente alejada de las cosas es clave, y si tengo que renunciar a algunas tareas escolares y comer basura, que así fuera.

Incluso ahora, mientras espero a que Kova termine para que podamos empezar con el blanding, no tengo hambre, pero sí un fuerte dolor de cabeza y los huesos me duelen tanto que parecen quebradizos. Mis mejillas están teñidas de rosa y siento calor. El Motrin no hizo una mierda para mi fiebre, pero me esforcé y mantuve la concentración en el punto.

Bostezo. Seguramente estoy deshidratada, cansada y necesito dormir.

Mientras estoy sentada con un viejo leotardo con la tiza cubriendo mi cuerpo, miro fijamente a la pared y pienso en que ninguno de nosotros tiene realmente tiempo para descansar. Ni siquiera los entrenadores. Todos estamos concentrados y decididos. Acepté cada una de sus órdenes y críticas con los labios apretados.

Todo lo que decían que hiciera, lo hacía. Hoy no me han criticado por los errores, lo cual es una novedad.

Miro el reloj, preguntándome cuánto tiempo más tendré que esperar, cuando Kova sale. Nuestras miradas se cruzan y me deja ver la pena que ha ocultado todo el día.

—¿Lista? —pregunta. Asiento con la cabeza y me pongo en pie, sintiendo que cada paso me atraviesa los huesos mientras lo sigo por el pasillo hasta la sala de terapia. Kova enciende las luces y yo me dirijo hacia la mesa y me subo, esperando, observando. Solo para cumplir con el procedimiento.

Se mueve tan silenciosamente, meticulosamente, mientras desenvuelve las herramientas. Él también está cubierto de tiza, con su gorra hacia atrás, y su espalda tan bien formada y fuerte. Hay algo intrigante en solo observarlo. Kova mueve una herramienta a un lado y el brillo de su alianza se refleja bajo las brillantes luces.

El aire se contrae en mi garganta. La emoción amenaza con brotar de mí. Estamos solos, y el devastador y reluciente símbolo que me recuerda que se lo han llevado me destripa. Quiero pedirle que no lo lleve cerca de mí, pero eso demostraría que me importa, y yo intento actuar como si fuera indiferente.

No llores. No llores. No llores.

—Hoy estabas pálida, Adrianna —dice de espaldas a mí.

Pongo los ojos en blanco y me quedo callada, aspirando mis sentimientos. O es tonto o simplemente ignorante si no puede ver cómo me han afectado sus acciones.

Como no respondo, mira por encima del hombro. Me limito a mirarlo con una expresión ilegible en el rostro y un pozo vacío en el pecho.

Mi cabeza está muy jodida.

—¿Me has oído? —pregunta, por encima del hombro.

—Sí —digo, manteniendo la voz baja.

Kova se da la vuelta y se apoya en el mostrador. Nos miramos fijamente, con tantas palabras no pronunciadas suspendidas en el aire entre nosotros. Tiene ganas de hablar, pero no me importa lo que tenga que decir.

—Hoy me has preocupado.

No respondo, solo miro fijamente. Sus nudillos se vuelven blancos mientras agarra el mostrador detrás de él.

—¿Así es como va a ser? —pregunta.

—¿Usted qué cree, entrenador?

La mandíbula de Kova se flexiona, y su barbilla se hunde profunda y lentamente como si estuviera agravado.

—Date la vuelta —ordena.

Me doy la vuelta, me pongo boca abajo y me apoyo en los codos. Siento que todo mi cuerpo se hunde como una piedra por el cansancio. Por suerte, esto solo durará quince minutos y luego podré irme. Tengo mi noche planeada. Comer, ducharme y dormir. Así no tendré tiempo de pensar en nada.

Kova se coloca al final de la mesa y me quita la cinta de la pantorrilla y el talón. Aplica un bálsamo y lo masajea en el músculo dolorido.

—¿Te duele algo?

—No.

—Necesito una respuesta honesta de tu parte, Adrianna.

Me quedo mirando la pared blanca.

—No tengo dolor, entrenador.

Sus manos se detienen.

—¿Por qué me llamas entrenador?

—Porque eso es lo que eres.

—Nunca he sido solo entrenador para ti.

Mantengo mi voz neutral y firme:

—Bueno, eso es lo que eres para mí ahora.

Sus manos suben lentamente por mi pantorrilla, como si estuviera sumido en sus pensamientos.

—Sé que estás enojada conmigo, pero necesito saber si tu Aquiles te está doliendo.

—Bien.

—Adrianna, no me entrené para que me des respuestas de una sola palabra y me mientas. —Su acento es mucho más fuerte cuando está molesto—. He gastado tiempo y dinero en aprender a hacer esto por ti. Es importante que lo sepa.

Hay tanto que puedo decir, pero no voy hacerlo.

—De acuerdo, entrenador.

Kova chasquea la lengua en voz baja. Sus manos se apartan y oigo el choque del acero de las herramientas. Sé que está frustrado conmigo.

Bienvenido a mi vida.

El frío del metal toca mi piel y respiro profundamente. Esto va a ser una mierda, pero el lado positivo es que estaré lista y curada del tratamiento para el encuentro de este fin de semana.

Kova recorre la hoja cóncava por mi piel, presionando y alisando el músculo de la pantorrilla. Después de unos minutos, dice:

—Estás toda roja e inflamada. —No digo nada. Baja hasta mi tobillo y raspa alrededor de los puntos huecos—. Estás toda descamada aquí...

Kova no se contiene, aunque no esperaba que lo hiciera, y me clava y corta la piel como si estuviera tallando piedra con un cuchillo de mantequilla. Me muerdo el interior del labio mientras

repito mis rutinas una y otra vez en mi cabeza para bloquear la maldita agonía. Lo juro, Dios me odia.

—Estarás adolorida cuando termine. Mañana iremos un poco más ligero con la práctica.

No, necesito la práctica, la concentración para alejar mi mente de toda la mierda que me rodea.

—Tomaré más Motrin. Problema resuelto.

Kova hace una pausa.

—Sabes que no puedes tomar eso mientras estás haciendo las inyecciones de plasma. Nada de antiinflamatorios.

Mierda.

Había olvidado que no podía tomarlo y lo he estado comiendo a puñados.

Como no digo nada, Kova me golpea la pierna con su instrumento.

—No lo has estado tomando, ¿verdad, Adrianna?

—No —miento.

Vuelve a tratarme, esta vez empujando un poco más fuerte. No me inmuto, pero me duele muchísimo.

—Me estás mintiendo.

—No lo hago.

Miro por encima del hombro y lo observo. Concentrado, los dedos perfeccionistas de Kova salpican los instrumentos. Su pulgar se desliza hacia arriba y hacia abajo por el borde de una herramienta que recuerdo que su sexy amigo médico, Ethan, dijo que era más definida para llegar a lo más profundo de los surcos y emparejar los puntos más trabajados. Básicamente, va a ser agonizante.

Su brillante anillo de bodas de platino choca con la aburrida plata y yo aparto la mirada.

Ojalá no lo viera ahora cada vez que lo miro.

—Si tomas cualquier tipo de medicamento antiinflamatorio, dificultarás el crecimiento y la recuperación de tu Aquiles.

Voy a tirar todas las botellas de mi apartamento cuando llegue a casa. Puede que haya tomado algunas decisiones cuestionables en lo que respecta a mi vida amorosa, pero no soy tan tonta cuando se trata de mi salud. No quiero empeorar aún más mi lesión, pero me había olvidado de no tomarlo. Tomar Motrin es como beber agua para mí.

—Sé que lo tienes en tu bolso, y probablemente una botella en tu camioneta. Los quiero antes que te vayas.

—De acuerdo.

—Deja de tomarlas —dice.

—Dije que no los voy a tomar.

—Eres una terrible mentirosa.

—Lo siento. No estoy tan versada en el campo de jugar con las emociones de la gente y mentirles como tú.

—Eso fue un golpe bajo, *Ria*.

—Adrianna. Llámame Adrianna.

Espera un largo minuto antes de responder:

—Me haces parecer un monstruo —dice, sonando distante, y yo desprecio mi corazón traidor por sentirme mal.

—Tienes dos caras. Te has hecho esto a ti mismo. Ahora vamos a terminar con esto para que pueda irme a casa.

—Tenemos que hacer tiempo para hablar. Hay cosas que no sabes.

—No. Realmente no hay nada que hablar en este momento. Perdiste tu oportunidad cuando me enteré de la forma en que lo hice. Deberías haber tenido la decencia de respetarme, pero de nuevo, eres Kova, y solo te preocupas por ti mismo. De aquí en adelante, a menos que sea durante la práctica y sobre la gimnasia y mi futuro en la gimnasia, no quiero hablar contigo en absoluto.

Continua raspando alrededor de mi tobillo.

—No puedes ignorarme para siempre.

—Puedo.

—Eres mi gimnasta…

—Y solo tenemos que hablar aquí o en las reuniones. —Hago una pausa—. No me presione en esto, entrenador.

Me levanto sobre los codos y miro por encima del hombro, dejando que mi mirada antipática le muestre que no estoy jugando. Al menos hoy he acertado con una mirada.

Cuando llega el momento de empujar y te lanzan desde un puente a un mundo oscuro y gélido de dolor, descubres lo sucio que vas a luchar para mantener la cabeza fuera del agua. Ya no soy salvaje y libre. Soy una esclava de mí misma y no confío en nadie.

Me recuperaré, pero nunca lo olvidaré.



Capítulo 09

Por una vez, Kova me respeta y hace exactamente lo que le pido. En los entrenamientos, nos centramos en el deporte y en entrenar. No más miradas acaloradas, ni bromas internas, ni toques persistentes. Me había escuchado, se ha adherido a mis deseos y ni una sola vez me ha presionado para que hable con él. Por la noche, se queda en casa y no hace apariciones a medianoche en mi apartamento como ha hecho tantas veces en el pasado. Me siento secretamente aliviada porque desde que llego a casa hasta que me acuesto, me ahogo en un charco interminable de lágrimas.

Apenas puedo dormir a pesar de lo fatigada que estoy. Si no es el cansancio, es la tos lo que me mantiene despierta. Algunas noches me siento en un ovillo bajo una ducha caliente y sollozo, y a su vez eso me ayuda a aliviar el picor de mis pulmones. Cuando no estoy llorando, estoy en mi cabeza intentando averiguar lo ingenua que fui al no saber que se había casado. Lo único que me viene a la mente es la noche en que me había enviado mensajes de texto cuando estaba borracho y me había parecido lindo. Ahora ya no lo pensaba tanto.

No entiendo por qué no puedo seguir adelante, o por qué cuando cruzo el umbral de mi apartamento y cae la máscara, las lágrimas aparecen segundos después. ¿Quién iba a saber que alguien puede estar tan vacío por dentro y seguir llorando de tanto aguantar?

Por las mañanas utilizo una bolsa de hielo para bajar la hinchazón y todo tipo de cremas caras para reducir la hinchazón de mis ojos. Incluso me pongo corrector para disimular, algo que

nunca había hecho. Llevar maquillaje a los entrenamientos y a las prácticas nunca tuvo sentido hasta esta semana. El maquillaje me ayuda a ocultar la fea verdad.

Hacia la mitad de la semana empecé a notar que Kova no me ha ridiculizado ni una sola vez durante todo el tiempo que entrenamos. Y teniendo en cuenta que pasamos cerca de diez horas al día juntos, se notaba. No me obliga a hacer un acondicionamiento extra, no me ha gritado, no me ha hecho repetir mis rutinas o habilidades tantas veces hasta el punto que pierdo la cuenta. No se está comportando como su habitual cabeza de chorlito, y eso me preocupa.

La cosa es que al principio no me gustaba su forma de ser tan imbécil, pero ahora me he acostumbrado y descubrí que disfruto con ello. Así que el hecho que se detuviera de repente y no reciba el mismo trato que antes me preocupa. Me hace sentir que o bien se ha ablandado conmigo, o simplemente ya no le importa una mierda mi carrera en este deporte.

Se mantiene concentrado y solo me habla cuando practicamos, y cuando entrena a otra persona, nunca mira en mi dirección. Normalmente podía sentir sus ojos en mí, pero ya no. Sus ojos, sin embargo, han perdido el verde deslumbrante que solía conocer y que había llegado a amar. La mayor parte de la semana tiene un aspecto sombrío, con ojeras, pero lo achaqué a que está preocupado por los próximos encuentros y lo importantes que son para todos nosotros.

Tengo muchas ganas de preguntarle de qué se trata, pero eso requeriría hablar con él a solas y no quiero hacerlo. No quiero mostrarle preocupación ni darle la oportunidad que la conversación tome otro rumbo. Si lo hago, me debilitaría y cedería. No quiero hacer eso cuando ya estoy luchando por mantener la calma en el exterior.

A última hora de la tarde del jueves empiezo a molestarme, sobre todo porque tengo un encuentro en menos de dos días. Madeline ni siquiera me está presionando, y entre los dos, mi estómago se revuelve de inseguridad. Ya he pasado el punto de estar estresada y ahora estoy resbalándome en inseguridad. Siento que no estoy haciendo lo suficiente, pero sigo negándome

a hablar con él, así que en su lugar saco el cuaderno y le hago una pregunta.

¿Por qué estás siendo blando conmigo? No me gusta. Presióname como solías hacerlo.

Meto el cuaderno en el cajón de su escritorio, sin esperar una respuesta esta noche, pero para mi sorpresa, me ha contestado antes que terminara el entrenamiento y lo dejo en mi bolso. Menos mal que lo he leído en casa y no antes de subir a mi camioneta, porque no solo releí su nota anterior diciendo que lo sentía eternamente, la que había escrito antes que le tirara el libro a la cabeza, sino que su nueva y estúpida respuesta me hizo llorar.

No lo necesitas. Has estado practicando mejor que nunca. Estoy asombrado y no puedo esperar a verte competir este fin de semana.

Mientras estoy sentada en mi cama luchando contra el impulso de enviarle un mensaje de texto, mi teléfono vibra en mi mano. Frunzo el ceño al no reconocer el número y lo dejo pasar. Después de escuchar el buzón de voz, me doy cuenta que es mi médico el que llama desde otro número de teléfono. Suena un poco urgente, así que devuelvo la llamada inmediatamente, solo para que me enviaran a su buzón de voz. Lo volvería a llamar mañana.

Miro fijamente mi teléfono, debatiendo si enviar un mensaje a Kova o no. No es de los que aligeran la carga de trabajo cuando las cosas van bien. La tranquilidad no está en su vocabulario. Siempre es ir, ir, ir, especialmente durante la temporada de encuentros. El hecho que escribiera lo que sentía no contribuyó a aliviar mis preocupaciones. Lo último que necesito son juegos mentales antes de una competición, y Kova es el rey cuando se trata de ellos. Agarro el cuaderno, lo meto en la mesita de noche y cierro el cajón de golpe.

En contra de mi buen juicio y de mi anterior norma de “no contacto”, empiezo a enviar un mensaje de texto a Kova, pero justo antes de pulsar el botón de enviar, un dolor de cabeza

furioso me atraviesa el cráneo y la presión en las cuencas de los ojos me duele por la luz de la habitación. Me atraviesa y jadeo tanto que empiezo a toser. Tiro el teléfono en la cama y me levanto inmediatamente para apagar las luces.

Diez minutos más tarde estoy casi escribiendo en agonía. El dolor de cabeza es tan intenso que todo mi cuerpo se siente pesado y dolorido. Apenas puedo moverme. No puedo concentrarme en nada más que en el dolor punzante, que se intensifica a medida que pasan los segundos.

Me rindo y llamo a Kova. No le envío un mensaje de texto. Necesito ayuda rápidamente y sé que él tendrá una respuesta. Más le vale, ya que no puedo tomar Motrin como quiero.

Lo coje al segundo timbre.

—*¿Adriana?* —Su voz está aturdida.

—Siento despertarlo, entrenador, pero necesito su ayuda.

—*¿Qué pasa? ¿Estás bien?*

Su tono se convierte en preocupación. Oigo algunos ruidos de fondo y a Katja hablando en ruso.

—Sí, estoy bien, pero necesito hacerte una pregunta.

—*Bien. Espera.* —La voz de Kova se apaga por un segundo mientras habla de lado, respondiendo a su esposa—. *¿Qué está pasando?* —pregunta.

—No quería llamar, pero tengo un dolor de cabeza insoportable que surgió de la nada y me duele el cuerpo. Incluso me duelen mucho las articulaciones. Sé que has dicho que no puedo tomar ningún antiinflamatorio, pero ¿qué puedo hacer? Tengo un trapo húmedo y frío en la cabeza pero no ayuda. Creo que tengo gripe.

—*¿Por qué te duelen las articulaciones?*

—No lo sé, simplemente lo hacen.

—Eso no es normal, Adrianna. No has hecho nada extra o fuera de lo normal esta semana. Tu cuerpo no debería doler tanto.

Aprieto los ojos.

—Soy muy consciente de ello. Gracias. —digo en tono inexpresivo—. ¿Puedo tomar Tylenol? ¿Y Excedrin?

—Preferiría que no tomaras nada de eso. ¿Tienes por casualidad sal de Epsom?

—No lo sé, déjame ir a ver.

—Mientras miras, ¿por qué estás despierta tan tarde? Deberías estar durmiendo. Tu cuerpo necesita descansar.

Entro en mi cuarto de baño y me pongo en cuclillas para buscar las sales de baño bajo el lavabo sin encender la luz. Revuelvo algunas cosas, pero está demasiado oscuro para leer las etiquetas.

—Estoy cansada, pero no puedo dormir —respondo.

—Pero tienes que intentarlo. Tienes práctica en cinco horas.

—Sí, lo sé.

Al no encontrar la sal, enciendo la luz y al instante me siento mal. Gimo, sujetando mi estómago, rezando para no empezar a vomitar. Casi se me cae el móvil.

—*¿Qué fue eso?* —pregunta, con preocupación en su voz.

—Tenía las luces apagadas por el dolor de cabeza, pero creo que soy sensible al fuerte resplandor o algo así porque esto ha estado sucediendo últimamente. Cuando encendí la luz del baño, me atravesó. —Reanudo la búsqueda y la encuentro—. La tengo. Dice sal de Epsom con lavanda calmante… —Se me corta la voz. No recuerdo haber comprado esto.

—*Perfecto. Quiero que tomes un baño tibio con la sal, nada caliente que te queme la piel. Apaga las luces y enciende algunas velas. El Señor sabe que tienes muchas* —murmura.

La tristeza me invade ante eso. Él me conoce. Tengo un montón de velas alrededor de mi condominio, casi en cada superficie.

—¿Pero no hay medicamentos? —pregunto, esperanzada.

—No. Tienes que dejar de depender de esas cosas de todos modos. Tomas demasiado y vas a destruir tus órganos. Te dije que te veías pálida…

Antes que Kova pueda continuar, es interrumpido por Katja. Habla en ruso a toda velocidad. Su voz se eleva, con un tono cada vez más alto. Kova la corta y sus voces se apagan.

Estaban discutiendo como siempre. Puedo simpatizar ligeramente con Katja. Ligeramente. Es tarde en la noche y otra mujer está llamando a su marido. Si fuera cualquier otra persona, podría entender su problema, pero yo soy su gimnasta, así que no estoy segura de por qué sonaba tan furiosa. Necesito ayuda, y él tiene que dármela.

Se me hace un nudo en el estómago y trato de concentrarme en otra cosa que no sean los calambres cuando veo una gran mata de cabello en el suelo. Mis dedos se aprietan contra el lateral de la bañera. Hay muchos, y me pregunto cómo no me había dado cuenta antes. Me llevo la mano al cabello y me meto los dedos en él, tirando lentamente hasta que llego al final. Al abrir la mano, veo que se han caído más mechones.

Se oye un portazo en el teléfono y luego Kova regresa. Suena como si estuviera poniendo unos cubitos de hielo en un vaso y, por alguna extraña razón, encuentro algo íntimo en ello.

—*¿Sabes que estabas pálida el lunes?*

—Sí. Lo sé. Me lo has dicho. ¿Qué quieres que haga? ¿Usar colorete?

Suspira al teléfono.

—¿Por qué te pones a la defensiva?

—No me pongo a la defensiva. Simplemente no me importa estar pálida. De todos modos, no trato de impresionar a nadie, así que ¿qué importa?

—No estás durmiendo, y tu cuerpo te duele cuando no debería. No tienes buen aspecto. No me culpes por estar preocupado.

Cambio de tema.

—¿Cuánto tiempo debo estar sumergida en la bañera? —Por algo no me veía bien, y ya habíamos hecho esta canción y baile antes. No voy a volver a hacerlo.

—Hasta que se enfríe.

—Espera —digo. Cojo mis velas, las enciendo, me quito la ropa y me meto en la bañera—. Odio los baños, por cierto.

—Nunca entendí por qué las mujeres los toman, para ser honesto —dice—. Se empapan de su propia suciedad.

Una risa triste sale inesperadamente de mis labios.

—Así lo veo yo también. Nunca tomaría uno si no fuera necesario. —Me doy cuenta que me estoy riendo con él y vuelvo a endurecer mi corazón.

—Pues lo tienes que hacer ahora, aunque lo odies, y tendrás éxito. El tiempo, el dolor, tu cuerpo. Tu mente. Todo valdrá la pena. Un día te despertarás y te preguntarás cómo lo has hecho. *Kak vy popali iz tochki v tochku A v tochku Z:* llegaste del punto A al punto Z. Mirarás hacia atrás y te preguntarás una y otra vez, y te desconcertará porque realmente no lo sabrás. Te sentirás bien por no haberte rendido cuando las cosas se pusieron feas. Yo lo hago ahora. No tengo ni idea de cómo demonios logré lo que hice. No puedo responder, todo está borroso, pero lo que importa es que logré mis objetivos. Algún día sentirás lo mismo. No conozco a ningún atleta profesional que se arrepienta de haber trabajado. El resultado hace que todo valga la pena.

Trago saliva, pensando en lo que ha dicho. Ya he hablado bastante con él y le he dedicado demasiado tiempo.

En voz baja, digo:

—Me voy a ir ahora. Siento haberte despertado y siento que Katja se haya enfadado. Te veré mañana.

—*Espera*.

Hago una pausa, esperando, respirando fuerte pero lentamente. Debería colgar.

—Adiós, Entre...

—No me he ablandado contigo esta semana. —Sale rápidamente—. Has entrenado excepcionalmente bien. Mejor que nunca. Si por un segundo hubiera sentido que necesitabas más, ya deberías saber que nunca me contendría, independientemente de lo que pase entre nosotros. Dentro del Wolrd Cup, somos entrenador y atleta. Nada más. Fuera de esas puertas, somos un puto lío que no tiene sentido. Si eso me convierte en un imbécil, que así sea. Me importa una mierda. Ya sabíamos que lo era de todos modos. Pero sé lo que esto, la gimnasia, significa para ti. Nunca te quitaría eso. Jamás. En todo caso, solo te presionaría más fuerte.

Le oigo tomar un sorbo de algo y dejar su vaso. Se supone que desde el principio no tendríamos más que honestidad entre nosotros, y ahora cuestiono cada palabra que sale de sus labios pecaminosos. Me apacigua con palabras inventadas y sentimientos que ansío de alguien que creí que se preocupaba por mí.

Levantando el tapón con los dedos de los pies, dejo escurrir el agua y digo:

—Nos vemos mañana por la tarde. Adiós, entrenador.



Capítulo 10

Me tizno las manos y luego me escupo las palmas antes de volver a sumergirlas en el enorme cuenco de tiza. Las muevo bajo el montón de tiza pulverizada para crear una capa gruesa, doy una palmada y luego tiro de los grips. Apoyando el rostro en el hombro, toso.

Con el salto en alto, me quedan tres turnos para esta competición: Barras, viga y suelo.

Estoy en primer lugar después de una rotación, lo que no es realmente una sorpresa. El salto es mi especialidad, y muy pocas gimnastas pueden hacer lo que yo con un aterrizaje limpio. Me quedo a dos décimas de la puntuación perfecta, pero lo acepto. He trabajado mucho para ese salto, nadie me lo va a quitar.

—¿Quieres que te vea? —pregunta Kova cuando se acerca a la eliminatoria.

Niego con la cabeza, flexionando los dedos para asegurarme que los agarres están bien puestos.

—No. Yo me encargo de esto.

—¿Estás segura? Puedo estar allí si me necesitas, o si prefieres Madeline, ella también puede.

Estaría bien joder a Kova y tener a Madeline en su lugar, pero no ire por ahí. Esto es demasiado importante para los dos como para jugar a juegos infantiles.

—Estoy bien, entrenador. Gracias —respondo, como si estuviera hablando del tiempo.

Kova me mira fijamente durante un largo momento, sin parpadear ni una sola vez.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres.

—Lo que quiero nunca importa. —Con una sonrisa sacarina, me alejo.

Me sorprende lo mucho que Kova ha retrocedido. Ni siquiera ha coqueteado, ni me ha mostrado su lado sarcástico, y no me ha dado ninguna charla de ánimo antes de cada evento. Aunque echo de menos esos pequeños momentos con él, me siento aliviada. Me ayuda a concentrarme.

Desde que llegamos a su casa la noche anterior con el equipo, volando fuera del estado, hasta ahora, nos hemos hablado tal vez cinco palabras. Eso me demuestra que tiene al menos una pizca de respeto por mis límites.

Pasos de bebé.

Reagan aterriza su desmontaje, sus pies se estrellaron contra la alfombra. La tiza rebota alrededor de sus pantorrillas mientras saluda a los jueces.

Respiro profundamente, entro en la colchoneta y me quedo mirando las barras asimétricas, visualizando mi rutina. Dejo que todo ruede por mis hombros y exhalo los pocos nervios que me quedan.

Mi desmontaje fue más difícil que el de Reagan, pero su rutina tuvo una ligera ventaja sobre la mía. Todo se redujo a la ejecución. Sin embargo, la semana que viene he planeado añadir uno o dos elementos más y un cambio en mi desmontaje que aumentaría mucho mi puntuación de dificultad. Una vez que domine esas habilidades, lo que no me llevara más de una semana, superare a mis compañeros de equipo en salto y barras. También tengo planes para añadir un ajuste más a mi rutina de suelo que me pondrá en una liga propia.

Hasta entonces, es el momento de arriesgarlo todo y de hacer lo que sea necesario para demostrar que puedo recorrer los 15 kilómetros adicionales.

Los jueces me dan luz verde y levanto los brazos. Aclarando mi mente, me subo a la barra baja. Tengo aproximadamente cuarenta segundos para completar diecisiete habilidades sin esfuerzo mientras floto de una barra a la siguiente. Con piruetas y giros, y múltiples movimientos de liberación emparejados para obtener puntos extra, me esfuerzo y me muevo con libertad y elegancia entre los dos metros de distancia. Mi forma es ajustada, con el cuerpo alargado en las paradas de manos y los dedos de los pies en punta. Me preparo para mi desmontaje, golpeando con fuerza para ganar impulso, y me suelto en mi segunda rotación. Me elevo en el aire, volteando hacia atrás y girando, sabiendo en el fondo de mi cabeza que tengo que alcanzar una altura y distancia aceptables para obtener el máximo de puntos. Al ver el suelo, aterrizo, clavando mi desmontaje con los dos pies juntos. Trago saliva, saludo a los jueces y finalmente exhalo.

Me sentí bien, muy bien.

Intentando recuperar el aliento, salgo de la colchoneta, retiro las tiras de velcro de mis agarres y repaso mi rutina, preguntándome si algo estuvo mal. Bajo de la plataforma y me meto un grip y una muñequera bajo el brazo cuando Kova se abalanza sobre mí con los ojos muy abiertos.

Levanto la vista y mis movimientos se ralentizan. El miedo me llena el estómago. Mierda.

—Qué mal —digo con voz ronca.

Sus cejas se fruncen y se echa hacia atrás.

—¿Mal? No. —Casi se rio—. No está nada mal.

—¿Entonces por qué pareces tan asustado?

—Me he quedado sin palabras.

Me quito el otro grip y camino a su alrededor hacia mi mochila.

—Tus palabras no corresponden con tu expresión —digo sarcásticamente—. Odio cuando te pones así.

Se deshace de mi comentario.

—Entre el salto, y ahora las barras, nunca te he visto actuar de forma tan... increíble.

Lo miro confundida.

—Sin embargo, me ha ido bien en los encuentros anteriores.

—Sí, pero no así. Esto es la perfección. Esto es no contenerse. Esto es no mostrar miedo. Esto es impecable e imposible de apartar la mirada.

Tengo los ojos muy abiertos, luminosos por la emoción. Lo observo mientras habla como si estuviera asombrado por mi actuación. Una pizca de emoción me recorre las venas. Siento su atracción, la energía que irradia de él. Lo miro y sé que lleva la misma mirada de recelo en los ojos. Los dos estamos rebosantes de triunfo, aunque seguimos siendo reservados.

—Oh... gracias —digo, y vuelvo a mi mochila.

Sus ojos se entrecierran. Justo cuando Kova abre la boca para hablar, la multitud estalla a nuestro alrededor. Mi espalda se endereza con la suya y miramos a nuestro alrededor intentando averiguar por qué rujen.

Los labios de Kova se separan. No recuerdo haber visto una vez su mandíbula caer lentamente o sus ojos agrandarse así. Sigo su mirada y miro al frente.

Oh.

Oh.

Junto a mi nombre, y el evento, está mi puntuación.

Casi no me creo lo que estoy viendo. Parpadeo de nuevo y miro.

He conseguido el máximo de puntos permitidos. Por primera vez, he obtenido una puntuación perfecta, y no sé cómo reaccionar, pero Kova sí lo sabe.

Levanta los brazos y cierra los puños como si acabara de cruzar la línea de meta. Se da la vuelta, mira hacia abajo e inmediatamente me abraza con fuerza y me levanta.

—Te lo dije. Impecable —dice, tan condenadamente feliz en mi oído. No tengo más remedio que seguirle la corriente. Su corazón late tan fuerte contra su pecho que puedo sentirlo golpeando el mío—. Has conseguido una puntuación perfecta, y la primera puntuación perfecta de la temporada de élite. ¿Tienes idea de lo grande que es esto?

Con la mandíbula desencajada, sacudo la cabeza con incredulidad. Una puntuación perfecta es algo grande, pero no sé cómo procesar semejante logro.

—Guau —digo en voz baja.

Me tira hacia atrás, perplejo.

—¿Guau? ¿Eso es todo lo que puedes decir? —Vuelvo a mirar el marcador y siento que una leve sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios—. Estoy muy orgulloso de ti —dice, tirando de mí para darme un abrazo tan fuerte que gruño, y luego me deja en el suelo. Mis compañeros de equipo y Madeline se acercan y me chocan los cinco, felicitándome, y luego pasamos a la siguiente rotación.

Tengo que admitir que me siento bien al ser la primera gimnasta de élite de la temporada en obtener una puntuación perfecta, pero no me voy hacer ilusiones. Conseguir una puntuación como esa, en la que se alcanza el máximo en las categorías de dificultad y ejecución, requiere un gran esfuerzo y no es frecuente que un gimnasta lo consiga dos veces en la misma competición. No es algo inaudito, pero sí casi imposible de conseguir.

Luego llega el suelo, mi prueba favorita. Decido que no voy a ver a mi equipo ni a nadie mientras espero y caliento.

—¿Necesitas algo? —pregunta Kova, acercándose a mí. Irradia energía—. ¿Te sientes segura?

Sacudo la cabeza y aprieto los labios.

—Estoy bien.

Con las manos en las caderas, cuadra su postura.

—Actúa como si no tuvieras nada que perder.

—Lo hago —respondo rápidamente—. No tengo nada que perder. Voy a hacer lo que sea necesario.

—No olvides sonreír.

Muestro una sonrisa falsa y sus ojos brillan. No lo olvidaría. La gimnasia es la única razón por la que sonrío. Dando unos golpecitos de tiza entre los muslos y luego otros en las manos, exhalo una respiración tensa y me preparo mentalmente cuando escucho el sonido de advertencia.

Caminando alrededor de Kova, subo los escalones y llego al piso alfombrado de color azul, con los dedos de los pies en punta, tomo mi posición y siento que mi alma cobra vida.

El suelo es mi favorito. He hecho esta rutina cientos de veces y puedo hacerla hasta en sueños. Ahora voy a demostrar al mundo de la gimnasia lo mucho que amo este deporte, lo mucho que significa para mí, todo ello con una buena dosis de arrogancia. Si voy a ganar esta prueba, tengo que demostrarlo con un poco de descaro y orgullo. Voy a mover el mundo con mi cuerpo.

La música suena y bloqueo el ruido de fondo, dejando que mi cuerpo tome el control. A través de la memoria muscular, de todas esas horribles clases de ballet y de horas y horas de práctica, libero cada fibra de mí. Bailo ligera de puntillas de una esquina a otra, dejando que brille mi pasión. Gracia balletística, sin esfuerzo, líneas corporales caprichosas. El suelo me obliga

a sentir emociones, lo quiera o no, y lo necesito. Necesito esa liberación.

Saltando por el aire, mi corazón vuela más alto que mi cuerpo, y cuando completo un pase de volteo que me rompe el cuello, no tengo que forzarme a sonreír. Todo mi rostro se ilumina de felicidad. Puedo sentirla desde la cima de mi cabeza hasta la punta de mis pies. Si pudiera compartir con el mundo lo que siento por dentro cuando actúo. Es indescriptible. Es un subidón natural y un subidón como ningún otro.

Noventa segundos más tarde, estoy terminando mi rutina de suelo personalizada que me deja más sin aliento que de costumbre, pero sintiéndome increíble.

Saludo a los jueces y me retiro de la pista. Madeline me choca los cinco y me elogia, seguida de mis compañeros de equipo. Respiro tan profundamente que un dolor agudo me atraviesa el pecho, pero lo ignoro. En cuclillas, saco un cartón de agua de coco de mi bolsa. Tengo la boca tan seca que me la trago toda.

Sigo teniendo mucha sed y rebusco en mi bolsa para conseguir otra botella cuando los zapatos de Kova aparecen a mi vista.

—¿Todo bien?

Levanto la mirada.

—Sí. ¿Por qué?

—Estás buscando frenéticamente en tu bolsa.

—Solo estoy buscando mi agua... —Mi voz se interrumpe —. Pensé que tenía otra botella de agua aquí. —Me levanto y miro a mi alrededor en busca de la gran nevera con vasos de papel para conos que se guarda en cada evento.

Me doy la vuelta para decirle a Kova que volveré enseguida, pero ya se está alejando. Se detiene frente a sus pertenencias y baja la mano.

Me muerdo el labio inferior. Va a darme su bebida, lo sé , pero no quiero que lo haga. Sé que la idea es estúpida, pero no quiero nada extra de él, aunque sea algo tan simple como el agua.

Kova se dirige hacia mí con el brazo extendido. Se me hace la boca agua solo con mirarla y la agarre. Pero no le doy las gracias. Lo único que puedo hacer es mirarlo a los ojos, destaparla y engullir la mitad de un trago.

Se acerca dos pasos y mi corazón se acelera. Bajando la voz, dice:

—Eres poética cuando actúas. La forma en que se mueve tu cuerpo, tus líneas, la forma en que sientes la música. — Sacude la cabeza como si no pudiera creer lo que está pensando. Parece tan lejano—. La forma en que te dejas llevar y sientes el deporte, es casi…

Kova aprieta los labios. Lo que sea que estuviera pensando hace que su voz cambie y se detiene. Lo observo, con su mirada anhelante, como si estuviera saboreando el recuerdo. Casi quiero que termine.

Traga, su manzana de Adán se balancea.

—No importa. Es difícil apartar mis ojos de ti. Podría mirarte durante horas.

Recorro la gran sala de espectadores, tratando que mi corazón no sienta más sus falsas palabras.

—¿No es ese su trabajo, entrenador? ¿Observarme? — pregunto sin mirarle.

No dice nada durante un buen rato, y finalmente le miro.

—Me sorprendes cada día. Tu actuación fue, una vez más, impecable.

Me chupo los labios para no responder y entrecierro los ojos en la pantalla esperando mi puntuación. En el pasado,

cuando los jueces tardaban en dar una puntuación, significaba que había deducciones o que no se ponían de acuerdo en algo.

—¿Por qué tarda tanto? —le pregunto, impaciente. Me empieza a doler un costado de la cintura, probablemente por la ansiedad, y lo presiono en un intento de aliviarlo un poco.

Él mira por encima de su hombro a Holly. Todavía no se había ido, pero ella sabía que no era así. Kova se empeñó en publicar la puntuación antes de que compitiera la siguiente gimnasta. Así, si quería una investigación sobre la puntuación, podría conseguirla. Si la siguiente gimnasta iba, y la puntuación de la gimnasta anterior aparecía después de su rotación, él no podría cuestionarla.

Finalmente, en lo que me parece una eternidad, mi puntuación aparece sobre nuestras cabezas justo cuando tomo un sorbo.



Capítulo 11

La multitud estalla a nuestro alrededor. Lentamente, me quito la botella de los labios mientras la piel de gallina me recorre los brazos. Vuelvo a tapar el agua mientras me quedo mirando con absoluta conmoción.

Debajo de mi nombre había una puntuación perfecta. Por algún milagro, he conseguido de nuevo el máximo de puntos permitidos por ejecución y dificultad para mi rutina. Tuve la sensación que lo había hecho bien, pero no creí que lo hubiera hecho tan bien.

Parpadeo un par de veces, esperando que no sea un engaño de mi mente. Dos puntuaciones perfectas son casi demasiado buenas para ser verdad, y estoy lidiando con el agotamiento. Las alucinaciones son posibles.

Kova grita, realmente grita de emoción, y bombea el aire con el puño. Casi me rio. Nunca lo había oído hacer un sonido como ése ni lo había visto bombear el puño. Se da la vuelta, poniéndose en cuclillas hasta quedar a mi altura, y se agarra a mis hombros, dándome una pequeña sacudida. Se le ilumina la cara y empieza a hablar en ruso.

Vuelvo a sentir el ligero tirón en mis labios. Kova, como todos los entrenadores con sus gimnastas, me levanta en brazos y me aprieta en un fuerte abrazo por mi puntuación perfecta.

—¡Entrenador... entrenador! —digo, tocando su hombro para llamar su atención.

—¡Sí! ¿Qué?

—Estás hablando en ruso. No te entiendo.

Kova retrocede. No se había dado cuenta que se ha deslizado en su lengua materna y me parece cómico. Sus ansiosos ojos verdes brillan bajo las luces del estadio y están llenos de adoración. Siento una emoción familiar en mi vientre. Intento no reírme, pero es imposible. Sonrío y eso produce una sonrisa aún mayor en él. En esta sala, Kova es feliz y, por un breve momento, yo también lo soy.

Kova me estudia. Echa la cabeza hacia atrás y una bulliciosa carcajada sale de su pecho.

—¡Esto es increíble! ¡Dos puntuaciones perfectas! Estoy muy orgulloso de ti —dice, dejándome en el suelo.

—Gracias —respondo, un poco tímida—. Estoy un poco sorprendida.

—No lo estoy.

No puedo apartar los ojos de mí y su mirada se prolonga un poco más de lo habitual.

—Tengo que prepararme para la viga ahora —digo, y él asiente sutilmente—. Creo que Holly te está esperando. —Kova echa una mirada por encima de su hombro y luego vuelve a mirarme—. Bien. Tu sonrisa empieza a ser espeluznante. Ve a ver a Holly. —bromeo.

—Donde quiera que esté tu cabeza, mantenla ahí. Estás haciendo algo extraordinario.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Tengo plena confianza y creo en ti. Puede que no lo veas, pero eres mucho mejor que ellos. Y no lo digo solo para engañarte. Cuando te sueltas y te entregas, eres absolutamente magnífica.

¿Magnífica? ¿Quién dice eso ya?

Cuando puedo sentir las cándidas notas de su voz golpear en lo más profundo de mis huesos y envolverme, realmente me hace cuestionar quién es. Se me mete en la cabeza. Quiero creer que Kova es una buena persona con un buen corazón, pero en el fondo de mi mente todo lo que puedo ver es su alianza y las mentiras incrustadas en ella.

Un sentimiento de ansiedad se filtra en mi torrente sanguíneo y se aferra a mí. No me gusta sentir sus palabras en mi corazón, y eso es lo que tengo que trabajar para bloquear. Sus elogios me animan a ser la mejor versión de mí misma. La inspiración aumenta del mismo modo que la energía ilumina una habitación. Sin embargo, conozco demasiado bien esta canción. Con el tiempo, la luz se apagará, la miseria se instalará y la oscuridad volverá a ser el centro de mi pecho.

Suspiro para mis adentros y recupero la concentración. Mi equipo pasa a la prueba final y me preparo mentalmente, liberando cada nervio ansioso y dejándome llevar. La viga se trata de controlar mis pensamientos y dejar que la memoria muscular intervenga. Tengo que confiar en mí misma, pero eso es mucho más difícil de lo que parece.

Saludando a los jueces, subo a la colchoneta y coloco ambas manos sobre el trozo de madera de diez centímetros que puede hacerme ganar o perder. Agarrando el aparato, estabilizo mi alma y comienzo.

Inmediatamente, paso a una serie de destrezas requeridas que no me llevan más de noventa segundos. Saltos ágiles, suaves pasos de ballet que parecen que bailo a ciegas, y habilidades combinadas que incorporan saltos de conexión potencialmente paralizantes. Me mantuve concentrada a pesar del dolor que me palpita bajo las costillas. Ni un solo tambaleo ni un segundo de incertidumbre. Ni siquiera cuando completo triples giros sobre las puntas de los pies. Estoy segura, sin un ápice de inquietud, y es liberador.

De pie en el extremo de la viga de equilibrio, lo único que me queda es mi desmontaje. Me lanzo en un salto hacia atrás, con los pies golpeando la madera y los dedos de los pies curvándose alrededor del borde. Me levanto para preparar el

desmontaje y me llevo las rodillas al pecho, metiéndolas con fuerza para girar hacia atrás en una doble flexión hacia atrás. Veo el suelo y aterrizo, con los pies juntos, los brazos en alto, y aprieto todos los músculos de mi cuerpo.

Pero no es suficiente, y mi corazón se hunde.

Puedo sentir cómo mi cuerpo se ve obligado por el peso de mi aterrizaje a dar un paso hacia afuera para recuperar mi posición. Contengo la respiración y aprieto cada músculo todo lo que puedo y saludo a los jueces para demostrar que he conseguido mi aterrizaje.

Solo dura unos segundos, pero esos segundos me parecieron nueve meses. Bajo los brazos y tuve la intención de soltar una respiración tranquila, solo que sale volando de mí con un enorme resoplido. Sorprendentemente, la sonrisa se mantiene en mi rostro mientras me alejo del suelo. Aunque no quede clasificada en esta prueba, estoy contenta con mi resultado. Ya no siento que la viga es mi dueña y eso es una sensación indescriptible.

Kova me está esperando en cuanto bajo las escaleras. Antes que pudiera decir una palabra, me abraza como un oso y me aprieta hasta que apenas puedo respirar.

—¡Fantastika! ¡Fantastika! Fantastika! —dice Kova—. ¡Ty sdelal neveroyatnoye[2]!

—Gracias, entrenador. —Sonrío mientras me deja en el suelo.

Los ojos de Kova parpadean durante un breve instante como si lo hubiera insultado, pero necesito mantenerlo así, aunque empiezo a sentirme mal.

—Si esos jueces no te dan el máximo de puntos, presentaré una apelación.

[2] Lo hiciste increíble



Mis cejas se disparan hacia la línea del cabello. Toso y me tapo la boca con el dorso de la mano. Estúpida tiza en el aire.

—¿Lo hice bien?

Me mira como si hablara un idioma que no entendiera.

—Sí. De lejos, la mejor.

Me quedo sin palabras. Kova nunca me había aplaudido como hoy. De vez en cuando lo hacía aquí y allá, como con las otras chicas, pero no después de cada evento ni en esta medida. O está siendo amable y tratando de ablandarme, o está diciendo la verdad.

Quiero creer que dice la verdad si dice que va a apelar. Eso requiere una gran suma de dinero en el acto, una redacción de toda mi rutina en la que mi entrenador considera que debería haber recibido la máxima cantidad de puntos, y un visionado del vídeo. Y hay que hacerlo en cuatro minutos. Nunca me había pasado eso, pero no pienso que llegará a eso.

Madeline y el equipo se acercan y me felicitan, como hicimos con todas las chicas.

—Buen trabajo, Big Red —dice Reagan, y yo sonrío—. Espero que ganes a Sloan. —Sloan Maxwell es una de las tres mejores élites y actualmente está en primer lugar en viga. Aunque yo la superaba en las otras tres pruebas, la viga es su especialidad.

Espero ansiosamente junto a Kova, preguntándome si mis splits alcanzaban los ciento ochenta grados, si mi pausa entre ellos fue demasiado larga para los puntos de conexión extra, o si tuve suficientes habilidades acrobáticas y de baile. Su brazo me rodea el hombro y me atrae a su lado. No le doy importancia a este gesto, ya que es algo habitual entre los entrenadores.

Nuestras cabezas están inclinadas hacia la pantalla para ver los números. Mis manos están entrelazadas delante de mí, con los dedos apretados y retorcidos por la incertidumbre, mientras Kova permanece estoicamente.

Finalmente, mi puntuación aparece en la pantalla superior.

Mi corazón se desploma y doy un paso atrás, tropezando con los dedos de los pies. Me quedo mirando en estado de shock, parpadeando repetidamente para ver si he leído bien los números. No he obtenido el máximo de puntos, pero no tuve muchas deducciones y recibí la puntuación más alta debido a la dificultad de mi rutina.

—¡Lo hiciste! ¡Adrianna! ¡Lo hiciste! —dice Kova, sacudiendo mis hombros con entusiasmo. Nunca había quedado primera en las cuatro pruebas de un encuentro, y menos en una reunión de élite.

Me abraza y me besa la mejilla. Mis brazos rodean sus hombros y cierro los ojos, dejando caer mi rostro en la curva de su cuello. Somos el cliché del entrenador y la gimnasta por la forma en que animábamos juntos. En este momento, no puedo odiarlo. En este momento, lo que me pasa a mí, nos pasa a los dos, y es algo que debemos compartir juntos.

Con sus labios junto a mi oreja, me dice:

—¿Ves lo que pasa cuando confías en ti misma y te dejas llevar? Has brillado ahí fuera. Te esforzaste y trabajaste tanto, y conseguiste lo que querías a través de todo el caos, porque eres feroz, salvaje y fuerte, y tienes lo que se necesita para llegar lejos. Sabía que podías hacerlo.

Kova me suelta y Madeline se acerca, tirando de mí en un abrazo después, pero nuestra conexión es demasiado fuerte para cortarla. No podemos apartar los ojos el uno del otro, incluso mientras Madeline me abraza. Kova se queda mirando un minuto más y luego se aparta, llevándose mi corazón.

—Dime, ¿qué pasaba por tu cabeza? —pregunta Madeline, con los ojos brillantes.

Hago una pausa, contemplando una respuesta. Me volví intrépida después de haberme vuelto tonta, emocional y a punto de perderlo todo. Encontré la fuerza porque no tuve otra opción.

Lo hice, no solo por mí, sino por la única cosa que me hizo seguir adelante y sentirme lo suficientemente digna desde que soy una niña: la gimnasia. Cuando toqué fondo, me dio el coraje que estaba reteniendo sin saberlo y me armó con la confianza que necesitaba para intentar una empresa tan atrevida.

La miro y me dejo llevar por lo que me dice mi corazón.

—No es solo por mí que estoy haciendo esto. También lo hago por ustedes. Recordé quién soy, lo que quiero y cambié el juego.

Madeline me agarra la mandíbula y vuelve a sonreír.

—Bien hecho, cariño.

—Bueno, eso fue impresionante —dice Holly. Se acerca a mí y empezamos a ponernos los pantalones juntas.

—Gracias —digo, cerrando la cremallera de mi mochila—. Es surrealista, ¿sabes?

—Oh, sí. Apuesto a que sí. No me lo puedo imaginar.

—¿Qué quieres decir?

Una tenue sonrisa aparece en su rostro.

—Nunca he conseguido una medalla en las cuatro pruebas en un mismo encuentro.

—Oh. —No lo había sabido.

—No es fácil. —Hace una pausa, actuando con un poco de codicia—. Felicidades, chica.

No estoy segura qué pensar al respecto, salvo que sé que tengo que seguir siendo humilde. Quedar fuera de la lucha por las medallas sería devastador, que es lo que le ha pasado a Holly hoy.

Me echo la mochila al hombro, me subo la cremallera de la chaqueta y me limpio el exceso de tiza de las manos. Observo a mis entrenadores y compañeros de equipo caminando delante

de nosotras, y pienso en cómo se desarrollo la serie de eventos de hoy. Es la hora de la medalla, y después de la cena nos subiríamos a un avión para volar de vuelta a casa.

Kova se asoma por encima de su hombro y nuestras miradas se encuentran inmediatamente. Mi corazón se estremece. Lleva el bolso colgado a la espalda, agarrando la correa con fuerza en el puño. Pasa un momento entre nosotros, con sus ojos verdes llenos de tanta adoración que me hace tropezar. Aunque estoy resentida con él, sigue siendo una parte importante de mi logro. Sé que lo correcto es expresarle mi gratitud, aunque me duela hacerlo.

Una tímida sonrisa se escapa de una esquina de la boca. No quiero cederle ni un centímetro porque él se llevará un kilómetro, pero no puedo no hacerlo. No tengo eso en mí, no hoy. Kova lo capta y sus hombros se relajan. Asintiendo sutilmente, se da la vuelta.

Sé que el éxito puede ir por uno de estos dos caminos: ahogarse en la oscuridad y perderse, o nadar en la luz y disfrutar de la gloria. Se trata de una serie de acontecimientos que realizo con constancia para alcanzar el éxito, pero también de un momento que me pone a prueba hasta el punto de romperme. Y eso es lo que ha ocurrido. Me había puesto contra la pared con la ansiedad de perderlo todo por culpa de las acciones de otra persona. Nadie puede ganar por mí. Tengo que ganar por mí misma. Tengo que desearlo lo suficiente. Tengo que dejarlo todo y escuchar esa voz en mi cabeza que me dice que lo dé todo. No puedo pensar en volver a intentarlo mañana. Tengo que concentrarme y preocuparme por el momento. Y eso es exactamente lo que hice. Luché duro y lo di todo. Tengo lo que hay que tener.

Tengo las ganas y el empuje. No dejaré que nada se interponga en mi camino.

Iba a quitarme todo…

Al igual que Kova lo hizo.



Capítulo 12

Lo siento antes de verlo.

Miro por encima de mi hombro justo a tiempo para ver a Kova acercándose a mí. Recorro su cuerpo con los ojos, observándolo. Las mariposas se arremolinan en mi estómago cuando él está cerca y eso no es nada bueno. Es francamente tortuoso. Hablando de fanfarronería. Es tan jodidamente sexy y odio que lo tenga a raudales.

Desvío la mirada y arreglo las gomas de mis grips que sujetan las correas y me hago la desentendida. No creo que me vuelve inmune a él, pero hemos mejorado en mantener una relación platónica entre nosotros. O al menos eso creo yo.

Kova se detiene frente a mí. Me mira durante un minuto. Algo le da vueltas en la cabeza.

—¿Qué te parece si cambiamos tu desmontaje en las barras? —sugiere.

—¿Qué tienes en mente?

—Un completo blind full a un laid out full-out.

Con los ojos bien abiertos, mis cejas se disparan. Mientras que un blind full es una combinación popular justo antes del desmontaje para conseguir un par de décimas de bonificación añadidas, era solo cambiar la forma en que agarraba la barra a mitad de la oscilación, el laid out full-combies lo que me preocupa. Lo había practicado aquí y allá, pero no estoy segura de estar preparada para incorporarlo a mi rutina en corto plazo.

Ya estoy haciendo un doble salto hacia atrás con un giro completo. Ahora quiere que haga lo mismo, pero con el cuerpo recto. Ambas cosas son difíciles, pero el laid out es mucho más difícil.

—¿Crees que podría hacer eso? ¿Y cambiarlo a mitad de temporada?

Su frente se arruga como si le hubiera hecho la pregunta más tonta del mundo. No se molesta en responderme.

—También pensé que podríamos trabajar en una disposición Jaeger a un agarre en L, y luego Jaeger a horcajadas.

Se me cae la mandíbula.

—¿Como una combinación? —El agarre en L es tan incómodo de usar, por no decir, difícil. Y no estoy segura de tener la fuerza necesaria para dos Jaegers seguidos.

Asiente con la cabeza, volviendo a lanzarme la misma mirada como si fuera un imbécil furibundo.

—Quiero subir la apuesta y hacerte imbatible en las barras. Tal vez añadir un salto completo y un stalder o dos.

—Así que quieres cambiar completamente mi rutina. Básicamente, quieres volver a coreografiarla.

Capto a Reagan con el rabillo del ojo observándonos, pero no le presto atención.

Kova cruza los brazos delante de su pecho y me mira fijamente.

—¿Tienes algún problema con eso? —Su voz es severa y autoritaria.

Mi mandíbula se mueve.

—No.

—Bien. —Da una palmada y se aleja. Recoje una gruesa alfombra de aterrizaje de color azul real y la coloca delante de la barra alta. La colchoneta absorberá mi aterrizaje y no creará un choque por el impacto. Perfecto para la lesión que intento no irritar aún más.

—Pongámonos a trabajar. Calculo, como mucho, una semana para que domines esta habilidad.

Una cosa es cambiar una habilidad a mitad de temporada. La mayoría de los gimnastas trabajan las habilidades durante la temporada baja y no las ponen hasta que no aumentan su resistencia. Otra cosa es cambiar por completo mi rutina. Si Kova quisiera hacer eso, aprendería este desmontaje en tres días.

—Para este desmontaje, tienes que quedarte completamente curvada en el golpe y no abrirte demasiado pronto. Le dará a la barra una flexión, no mucha, así que no te emociones demasiado. Pero le dará a tu pecho una buena posición de arco pronunciado para que cuando patees, obtengas la altura que necesitas en el vuelo y puedas completar fácilmente la rotación.

La barra de las mujeres casi no se dobla ni se afloja como la de los hombres, así que es más difícil utilizar la barra de la forma que necesitamos. Tenemos que trabajar más para ello.

—Empezaremos con layout dobles de cuerpo recto. Tenemos que conseguir tu tiempo correcto.

Asiento con la cabeza y me dirijo al bol de tiza, donde Reagan ya está empolvándose.

—¿Un rapidín mañanero? —pregunta secamente. Aquí vamos—. Me gustan los rapiditos mañaneros. Entrar y salir y ya está todo el día. —Mantiene su voz baja para que solo nosotras la escuchemos—. Parece que Kova tuvo uno bueno con ese ánimo en su paso y todo. Parece feliz por una vez.

Aprieto los labios.



—No debes estar recibiendo la polla adecuada si necesitas pastillas para pasar el día.

Se burla. Afortunadamente, se marcha y se dirije a otro conjunto de barras desiguales. Rociando las palmas de mis puños con agua, las coloco en el polvo e imagino lo que estoy a punto de hacer, luego aplaudo para quitar el polvo sobrante, para repetir los movimientos dos veces más para una buena fricción. La tiza flota en el aire, haciéndome cosquillas en la nariz.

De pie frente a la barra baja, miro a Kova, que está detrás de la barra alta para ver mi aterrizaje. Está lo suficientemente cerca como para entrenar también a Reagan en el otro juego de barras junto a mí. Ella nos mira con resentimiento porque Kova me presta atención. Tengo que ignorarla.

—Necesitas un giant rápido. Eso va a ser la clave aquí. Una rotación rápida para un layout adecuado.

Asienti con la cabeza. Kova no me está dando ningún margen de maniobra. Quiere giants rápidos, pero solo me permite hacer dos. Respirando hondo, tengo que profundizar.

Montando la barra baja con un kip de deslizamiento estándar, el cuerpo extendido hacia delante y las caderas planas, muevo rápidamente las piernas a una posición de pica y los dedos de los pies a la barra hasta que mis caderas se balancean hacia atrás. Arrastro la barra hasta las espinillas y los muslos, y tiro hacia arriba para que mis brazos se mantengan cómodos a los lados, donde me pongo de pie rápidamente. Mirando hacia arriba, alcanzo la barra alta y completo otro kip, me coloco de pie y aprieto el cuerpo antes de bajar para completar dos rotaciones completas de trescientos sesenta grados. Justo cuando mis pies pasan por la barra baja, golpeo los dedos de los pies, dándoles una fuerte patada hacia arriba para ganar todo el impulso posible y me suelti, realizando dos volteretas hacia atrás con el cuerpo recto sobre la suave alfombra de aterrizaje.

—Eso fue una mierda. Tus piernas se separaron, tus caderas se cerraron y no tuviste suficiente amplitud en el vuelo, lo que hizo que tu pecho estuviera bajo. Otra vez.

Vuelvo a montar, y cuando llego a la barra alta, respiro profundamente y me balanceo hacia abajo.

—Pecho... Pecho... Hueco fuera.

Dice cada palabra con cada golpe. Aterrizo y fue mejor, aunque nada para llamar a casa.

—Otra vez. Necesitamos más de un scoop en tu swing trasero. Una vez que estés vertical, puedes hiperextender el pecho en el swing delantero —explica, usando su mano, y luego mira a Reagan mientras vuelvo a marcar con tiza. Observo su cara mientras la mira, orgulloso y satisfecho por su nivel de habilidad y ejecución.

De vuelta a la barra, hago exactamente lo que me indicó.

—Presta atención a tu forma. Tu vuelo se verá más bonito y, lo que es más importante, evitará que te lesiones. Sé que el impulso de arquear la espalda está ahí, pero resístelo.

El impulso está ahí. Al igual que las ganas de batir las caderas, de sacar la cabeza, de añadir otro giant. Hay muchas cosas que quiero hacer y que creo que me ayudarían, pero en realidad solo me harán retroceder o me harán perder tiempo. La forma lo es todo, pero también lo es escuchar a mi entrenador. Todo lo que tengo que hacer es escucharlo la primera vez y todo saldrá bien.

Asiento con la cabeza, sintiéndome un poco más segura. Hacer un doble layout no es nada nuevo para mí, ya lo había hecho antes, solo que no lo practico con la suficiente frecuencia como para incorporarlo a mi rutina, y mucho menos para añadir un giro completo.

Con su mano, Kova dobla los dedos para representar mi cuerpo.



—Golpea a unos cuarenta y cinco grados en horizontal y suelta. Los dedos de los pies apuntan hacia el techo cuando sueltas. —Su mano representa una L parcialmente abierta mientras me mira a los ojos y me da instrucciones.

Asiento con la cabeza.

—No te vas a liberar después de tu tap. ¿Quieres que te vea?

Aunque tiene una vista de águila, todavía me sorprende que pueda ver eso porque ni siquiera puedo sentir que no golpeo lo suficientemente fuerte. Por supuesto, no quiero que me descubra, quiero demostrar que puedo hacerlo por mi cuenta, pero tampoco me gusta la idea de soltarme tan pronto.

—Sí.

—¿Quieres hacerlo en el pozo de espuma?

—No, puedo hacerlo aquí.

Por el brillo de sus ojos, es la respuesta que quería, y en el fondo eso me hace sentir bien.

Kova se acerca a mí y me hace saltar.

—Relájate para mí —susurra, y coloca una palma de la mano en mi pecho y la otra en la parte superior de la espalda, entre los omóplatos, de forma que queden paralelos. Mi mano roza su muslo y la aparto rápidamente, enlazando los dedos delante de mí.

—Levanta los brazos. —Los pongo por encima de mi cabeza, junto a mis orejas. Kova empuja mi espalda hacia adelante solo ligeramente para que mi pecho sobresalga—. Vas a hiperextender tu cuerpo en el balanceo hacia adelante para que estés abierta. —Empuja mi pecho hacia adentro y lo encaja— Y te ahuecarás así cuando golpees y sueltes. ¿Entendido? Piernas pegadas, dedos de los pies en punta, y bloquea las rodillas.

—Entendido.

—Es muy importante hacer lo que digo, de lo contrario podrías aterrizar demasiado corto y arriesgarte a una lesión en el tobillo o la rodilla. Eso es lo último que necesitamos después de haber llegado tan lejos.

Asiento con la cabeza. La culpa se cierne sobre mí como una nube negra. Si él supiera el tipo de dolor en el tobillo con el que lidio por la noche cuando estoy en casa.

—Lo sé.

—Despunta el suelo y aterriza con las rodillas ligeramente flexionadas, enderézalas, levanta los brazos y saluda.

—Entendido.

Bajo los brazos y Kova se dirige de nuevo hacia la barra alta, donde se queda con las piernas abiertas y preparadas para una medida rápida.

Me espolvoreo las manos con más tiza y proceso lo que ha dicho. Justo antes de subirme a la barra baja, levanto la vista del peso de la mirada de Kova y me encuentro con sus ojos mientras imagino la habilidad en mi cabeza.

Es como si supiera lo que estoy pensando, porque me consuela diciendo:

—Estaré aquí mismo vigilándote.

Mi labio inferior rueda entre mis dientes y asiento con la cabeza. En unos pocos segundos, porque eso es todo lo que se necesita para llegar a la barra alta, aspiro un poco de aire y me lanzo a una parada de manos, escuchando exactamente lo que decía mi entrenador, sin importar lo asustada que éste. Si se me escapa el agarre y Kova no me atrapa, cosa que dudo mucho que permitiera que ocurra, al menos golpeare la alfombra de aterrizaje suave y no será malo. Siempre y cuando no caiga sobre mi cuello. Intentar una nueva habilidad las primeras veces es siempre un desafío para los nervios. Temo perder la barra, o no conseguir la altura suficiente y golpear la barra al bajar, o que me entre el pánico a mitad de camino y hacer

alguna locura. Pero el hecho que Kova esté aquí me da la seguridad y el ánimo que necesito.

Dos giants y me suelto cuando me lo dijo, buscando el momento adecuado. Veo el suelo en rotación, Kova preparado, listo para atraparme con los brazos levantados en el aire. Un poco nerviosa, mantengo la calma para no asustarme a mitad de la rotación. Tengo que tener fe en mi entrenador y en mí misma, incluso cuando estaba aterrorizada.

Pero aterrizo. Por mi cuenta.

Por. Mi. Cuenta.

La emoción me golpea con fuerza y enseguida miro a Kova con una sonrisa radiante. Mi aterrizaje fue un poco desordenado, pero al menos lo hice. La primera vez siempre es la más difícil y la que más miedo daba.

Por supuesto, Kova no sonríe. En el gimnasio está en piloto automático y es incapaz de sentir.

—No está tan mal teniendo en cuenta que eres una élite, pero nada que podamos llevar a un encuentro, eso es seguro. Tenemos que perfeccionar tu ritmo. Vuelve a subir y déjanos hacerlo de nuevo.

Todavía estoy sonriendo. Estoy feliz de haber sido capaz de hacerlo la primera vez. Cuando te desprendes de todo para tomar una decisión valiente, ves la mayor recompensa en la gimnasia y ganas la confianza para hacer más.

Kova me da una palmada juguetona en el hombro y me empuja en dirección a la barra baja. Sus ojos se iluminan y dice:

—Ve.

Después de completar tantos layouts dobles que perdí la cuenta del número, Kova está listo para pasar al siguiente paso. Vuelvo a estar un poco cansada y, por una vez, tengo hambre, pero no se lo voy a decir. Estamos en racha y no quiero parar.

—Solo voy a tomar un poco de agua e ir al baño. ¿Está bien?

—Sí, pero no tardes mucho.

Asiento con la cabeza y salgo corriendo del gimnasio hacia los vestuarios. Rebuscando en mi bolsa, busco a mis amiguitos naranjas, cuando caigo en la cuenta... Me había deshecho de todo el Motrin por el tratamiento que tengo en el Aquiles.

Gimo para mis adentros, muy molesta. No durare todo el día, no con lo intenso que es el dolor. Quizá Kova tenga algo que yo pudiera tomar.

Voy a buscar a Kova y lo encuentro de pie junto a las barras. Me mira cuando me acerco a su lado.

—Bien. Has vuelto.

—Um, en realidad... —Tuerzo los dedos, esperando que no me rechaze—. ¿Tienes algo que pueda tomar que sea al menos similar al Motrin? Sé que no puedo tomarlo, pero mi tobillo me está matando y me duele la cabeza.

—Sígueme.

Menos mal que comprendió lo importante que es el antiinflamatorio en la vida de un gimnasta y no me ridiculizó por ello. Ansiosa, sigo a Kova fuera del gimnasio y hasta su despacho. Abre la puerta y enciende la luz, luego se dirige a su escritorio donde abre unos cajones mientras yo me quedo a un lado.

—Me alegro que hayas acudido a mí en lugar de llevártelos.

Le dirijo una sonrisa tensa. Justo cuando encuentra la botella, suena un ligero golpe y me giro para ver quién está allí.

Katja.



Capítulo 13

—Konstantin —dice Katja a modo de saludo.

—Katja, ¿qué estás haciendo aquí?

Inclina la cabeza hacia un lado, con los ojos entrecerrados.

—¿Olvidaste que teníamos una cita para comer?

Kova la mira fijamente. Está claro que se había olvidado de su cita para comer. Mirando hacia mí, lanza la botella en un lanzamiento solapado y la atrapo.

—Oh, Adrianna, no te vi ahí parada. —Sus ojos recorren mi cuerpo. No llevo más que un leotardo y estoy cubierta de tiza—. ¿Has perdido peso?

Me muevo sobre mis pies y le dirijo a Kova una fugaz mirada de incomodidad.

—Eh, he estado trabajando muy duro y puede que haya perdido algunos kilos, pero también he ganado algo de masa muscular —miento. Es decir, me estoy esforzando al máximo, pero no creo que hubiera perdido peso.

Mira mis manos y luego a Kova.

—¿Le das la medicación a todas las gimnastas?

Si supiera el tipo de pastillas que me ha dado.

—No sabes, y nunca entenderás, por lo que pasa el cuerpo de un gimnasta. Eso —Señala hacia mí y abro las palmas de las manos, con la botella rodando entre ellas— es el elixir de un

atleta. Lo necesitan para sobrevivir en este mundo. El Señor sabe que todavía me despierto con dolor cada mañana.

No tenía ni idea que Kova estuviera lidiando con las secuelas de ser un atleta profesional. Nunca se había quejado ni parecía tener ningún tipo de dolor. Y lo que es más preocupante, tampoco entendía la hostilidad de su voz hacia ella.

Mira hacia el suelo, con los labios apretados por la molestia.

Kova me mira y me lanza una mirada que dice que necesita estar a solas con Katja. Como me miraba mi padre, la mirada que todo niño no quiere ver de sus padres.

—Ah, ha sido un placer verte, Katja. Tengo que volver a la práctica. —Ella no responde.

Envío un silencioso agradecimiento hacia Kova y vuelvo al vestuario. Una vez allí, leo la etiqueta y refunfuño. Se trata de un remedio natural y probablemente no es tan fuerte como el verdadero. Sin embargo, es mejor que nada. Me tomo un par de pastillas y un trago de agua de coco, y lo meto todo en mi taquilla.

Las voces silenciosas se extienden por el pasillo cuando salgo de los vestuarios.

—Pero, Konstantin, prometiste comer conmigo —se queja Katja.

—Lo siento, Katja, pero no puedo irme ahora.

—¿Por qué no?

—Estoy en medio del entrenamiento de Adrianna en un nuevo desmontaje. No puedo ir.

La voz de Katja se endurece.



—Hace semanas que no pasas tiempo conmigo, y siempre que tenemos planes, surge algo. Soy tu esposa. ¿Por qué me tratas así? Me tratas como si no significara nada para ti.

Me acerco de puntillas a la puerta y me escondo detrás del marco. No puedo evitar la curiosidad.

—¿Tienes la osadía de entrar en mi gimnasio y exigirme por qué te trato así? Ya sabes por qué, Katja. No eres mi esposa, no en el sentido real de la palabra. Tú nos obligaste a esta mentira. Tú forzaste mi anillo en tu dedo. Nunca te perdonaré por obligarme a hacer esto. —La voz de Kova está impregnada de malicia, haciendo que la confusión se agolpe en mi cabeza.

—Nunca me pones en primer lugar y se está volviendo agotador.

—¿Sientes que te pongo en último lugar? Eso es, porque yo te pongo en último lugar. —La brutal honestidad es sorprendente. Acaricio mi boca—. Es donde debes estar.

—¿Dices que tengo audacia? Mira lo que has hecho. Al menos me estoy esforzando y tratando que funcione. —Ella suspira—. Es lo que es, Konstantin, ¿por qué no sacar lo mejor de ello? Estoy aquí y, después de todo, te amo. Al menos danos una oportunidad. Me lo prometiste hace tantos años. Siempre hemos estado destinados a estar juntos.

—¿Te parece bien estar casada con un hombre que no está enamorado de ti, Katja? —dice Kova con una pizca de disgusto.

Mis ojos se abren de par en par. En mi interior no se registra más que una absoluta conmoción. Hay que tener mucho valor para decirle a una persona con la que ha estado años y años que no está enamorado de ella. Aunque no creía que Kova estuviera enamorado de Katja, sí creía que la quería. Tuvo que hacerlo, aunque fuera un poco. Nadie se casa por gusto.

Nada tiene sentido.

—Con el tiempo verás que estamos destinados a ser. Estoy aquí, Konstantin. Aquí mismo, todos los días, tratando de hacer

lo que es correcto. Te quiero y te deseo. Sé que lo que hice estuvo mal, pero sé que puedes perdonarme, al igual que yo te he perdonado por lo que hiciste. Tus pecados son mucho peores que los míos. Llevará tiempo, pero creo que estaremos bien. Así que, haz lo que tengas que hacer. Descarga tus frustraciones en mí. Utilízame.

Me quedo mirando al suelo, esperando en silencio, con la esperanza que no la utilizara.

—Bien. ¿Quieres que te use, Katja? Quítate la ropa y ponte de rodillas.

Se me cae el estómago. Debí haberlo sabido. La bilis se me sube a la garganta cuando oigo lo que solo puexi suponer que es el arrastre de la ropa que se quita. Necesito irme, pero no puedo dejar de escuchar.

—Haré lo que quieras, Konstantin —dice ella, con la voz quebrada.

No puedo evitar preguntarme qué ha pasado entre ellos, y por qué Kova dice que Katja le ha forzado la mano. Parece que todo su matrimonio es una farsa, y en el fondo no estoy segura de cómo debo sentirme al respecto.

—No hables.

Sus frías palabras son distantes, y si no estuviera escuchando, o no conociera el sonido de su voz, no habría identificado a Kova.

—Katja, puede que hayamos venido a este país para construir nuestra vida juntos, pero las cosas han cambiado. Ambos hemos cambiado, y nada volverá a ser igual. Ahora, ponme duro y abre la boca.

Gruesos jadeos y palabras en ruso susurran en el aire. Tengo que salir de aquí, los sonidos, sus voces, sus palabras, me están poniendo enferma. Pero lo que me pone al límite es el sonido de los gruñidos, seguido de un suave gemido que me recuerda al sexo.

—*Ty moya lyubimyy*. —Habla solo para sus oídos, su tono me recuerda al instante cuando me dijo *prosti*, e hizo que se me cayera el corazón.

Mantengo la mirada fija en el linóleo mientras vuelvo al gimnasio. Me pregunto con qué frecuencia Kova y Katja se acostaban en su despacho del World Cup durante las horas de entrenamiento.

Tengo la cabeza nublada, como si intentara abrirme paso por un laberinto nublado con no más de 30 centímetros de visibilidad delante mío. Ya no sé qué pensar, salvo que todo es un juego para Kova. Tiene que serlo.

Lo que me hizo sentir, también se lo hizo sentir a Katja. Lo que me dijo a mí, también se lo dijo a ella.

Me hizo admitir que lo amaba. No fue justo. Es vengativo e implacable.

Al entrar en el gimnasio, levanto la vista y veo a Hayden. Me dedica una sonrisa tentativa, pero no me atrevo a devolverle el gesto. No estoy segura de cuánto tiempo durará el retozo de mi entrenador, así que decido trabajar en los dobles layouts en la barra alta sobre el foso de espuma en lugar de en las barras asimétricas. Odio salir de esa cosa, pero no tengo a mi entrenador allí para vigilarme.

Tampoco estoy en el estado de ánimo adecuado para arriesgarme a aterrizar en el suelo real. Así que ahí está eso.

Al salir del foso, Hayden está allí esperando con la mano extendida. Está cubierto de tiza y se ve tan lindo. Mi corazón se desploma por segunda vez en menos de una hora. Echaba de menos a mi amigo.

—Gracias —digo.

—Veo que te tiene trabajando en un nuevo desmontaje.

—Sí.

Nos quedamos allí, estudiándonos el uno al otro. No debería ser tan extraño entre nosotros. Sí, me había acostado con mi mejor amigo, pero hay otro asunto que tenemos que resolver.

—¿Dónde está tu entrenador?

—Está en el descanso del almuerzo. ¿Y el tuyo?

—Follándose a su mujer en su despacho. —Pongo los ojos en blanco, intentando no mostrar lo dolida que estoy sabiendo lo que Kova está haciendo, que lo hiciera, ahora mismo.

Las cejas de Hayden se alzan y sus ojos parpadean con picardía. Acercándose, su aliento me hace cosquillas en la curva del cuello.

—¿Nos vemos en los vestuarios? —susurra.

Inclino ligeramente la cabeza. Un profundo rubor llena mis mejillas.

—Por favor, Aid. Deberíamos hablar. Deja que me explique y entonces podremos tener un final feliz. —Él sonríe y yo entiendo la indirecta alto y claro.

—Hayden —susurro—. Cualquiera podría entrar ahí.

—Venga, vamos.

Lo detengo y me puse seria.

—Solo si me dices la verdad sobre ti y Reagan. Te lo cuento todo, así que es justo que me cuentes lo de las pastillas.

Duda durante una fracción de segundo y luego acepta.

—No es que venda pastillas a un montón de gente. —Hayden mantiene la voz baja mientras caminamos hacia el vestíbulo—. Y no soy un traficante ni mucho menos. Solo le vendo a un puñado de personas, y una de ellas es Reagan. Ella consigue Adderall para concentrarse y analgésicos que yo nunca uso.

Miro a mi alrededor con nerviosismo. Nadie puede oírnos, pero yo sigo paranoica.

—¿Por qué no puede ir ella misma al médico a buscarlo?

—Porque no se puede entrar en la consulta de un médico y pedir una medicación específica, y por lo que me ha contado, lo ha intentado y se lo han negado. Yo recibo una pequeña farmacia de medicamentos cada mes, y Holly también. Le vendo a Reagan lo que tengo.

Entramos en el vestíbulo y Hayden me agarra de la mano, tirando de mí hacia los vestuarios. Al acercarme a la puerta del despacho de Kova, lanzo una mirada en esa dirección, y mi corazón cae instantáneamente en el estómago, retorciéndose en una docena de nudos cuando oigo que algo cae al suelo. Me obligo a mirar en la otra dirección. No son ruidosos, pero como estamos al otro lado del pasillo, y sé lo que está pasando, no puedo dejar de pensar en ello.

Tragando grueso, pregunto:

—¿Lo sabe Holly?

—No, y nunca lo hará.

Sacudo la cabeza cuando entramos en el vestuario.

—¿Pero por qué, Hayden? ¿No te preocupa que te descubran?

—Necesito el dinero. Hay toda una historia que no conoces y no voy a entrar en detalles ahora. —Su rostro se endurece, diciéndome que no lo presione con el asunto—. Hubo un tiempo en que Holly y yo tuvimos que vivir con Kova y Katja. Ellos nos cuidaron hasta que mis padres y Kova pudieron llegar a un acuerdo. Necesitábamos dinero y la gimnasia no permite un trabajo a tiempo parcial, así que decidí hacer lo que podía y empecé a vender mis recetas.

Mis cejas se disparan hasta la línea del cabello. ¿Qué otra cosa ocurre dentro de las paredes del Wolrd Cup que yo no sepa? ¿Hayden y Holly vivían con Kova? Es una bomba enorme para

soltar sin tiempo para procesarla, y mucho menos para hacer preguntas.

—No soy un mal tipo —dice Hayden, cerrando silenciosamente la puerta y girando la cerradura que ni siquiera sabía que estaba allí.

—Nunca te tomé por un mal tipo.

Hayden me empuja contra la pared y baja la mirada. En este momento dejo todo fuera del vestuario y cierro mis pensamientos. Tengo que hacerlo si voy a hacer esto. Apretando su cuerpo contra el mío, dice:

—No estoy haciendo daño a nadie. Necesitamos dinero para vivir y esto nos ayuda. ¿He respondido a suficientes preguntas?

—No estoy de acuerdo con lo que haces, pero lo entiendo. Solo que prefiero no saberlo.

—Trato —dice, y luego inclina su boca sobre la mía.

—Hayden —susurro, rompiendo el beso—. ¿Y si nos descubren?

—No te preocupes. No lo harán. Nadie lo sabrá.

Por una fracción de segundo tengo la sensación que ya lo ha hecho antes, pero lo dejo porque no quiero volver a pelearme con él.

Curiosamente, está preparado, con condones y todo. No nos llevó mucho tiempo, tal vez cinco minutos como máximo de principio a fin. Hice que Hayden me tomara por detrás para que no tuviera que ver la angustia que se abría en mi rostro. No discutió y me dijo que era su posición favorita de todos modos. Fue la definición de un polvo rápido, y fue el primero.

Fingí, otra novedad para mí. Podría haber ganado un premio por mi actuación. Por mucho que quisiera tener un orgasmo, me vendría muy bien, supe que no podría correrme una vez que entramos en la habitación, por mucho que lo

deseara. No con Kova al otro lado del pasillo. No pude concentrarme mientras él estuviera dentro de su mujer, aunque Hayden estuviera dentro de mí.

—Deberíamos intentar colarnos aquí más a menudo —dice Hayden, y yo solo asiento. Ni siquiera me he mojado y él no se había dado cuenta.

Nos fuimos por caminos separados y me pongo a calar, sintiéndome más tensa que aliviada y con ganas de gritar. No sé en qué estuve pensando, pero nunca debería haber aceptado ir con Hayden. Todavía no he tenido un orgasmo como el que tuve con Kova y eso empieza a molestarme. Apenas puede excitarme como lo hacía él, así que no estoy segura de por qué esta vez iba a ser diferente.

Me arreglo el maillot, me subo a las altas alfombras de bloque y me agarro a la barra alta. Siento el tirón en los hombros y suspiro, sintiéndome bien. Me desplazo, con el polvo de tiza salpicado en el rostro, y luego hago un pull-over para que mis muslos se apoyen en la barra.

Rebotando con mis caderas, me balanceo hacia abajo y realizo un primer giant tras otro. Necesito esa velocidad de flotación libre para sentir que vuelo tan rápido que todo lo que tengo dentro se destierra de mi interior. La gimnasia consiste en tener el valor de resistir, pero la fuerza de soltar. Me gustaría saber cómo aplicar eso a mi vida personal.

Cuando estoy sola y metida en mi cabeza, solo tardo segundos en derrumbarme y debilitarme emocionalmente cuando necesito ser valiente y fuerte. Columpiarme en la barra alta me da precisamente eso, y es la razón por la que intento pasar todo el tiempo posible en el World Cup. Un subidón de adrenalina me recorre, me hace más fuerte y más audaz... y me encanta esta sensación. Es una sensación que persigo e inhalo en mis pulmones.

Al soltarme, hago un flyaway hacia el foso. Salgo y vuelvo a levantarme, esta vez para ponerme manos a la obra y completar una doble disposición. Pierdo la cuenta de la cantidad de desmontajes de práctica que realizo, una bendición, ya que

lo último que quiero es llevar la cuenta del tiempo que Kova se acuesta con Katja.

—Ahora, cuando estés en el segundo layout, vas a aplaudir.

Sorprendida, levanto la vista del pozo de espuma. El mismísimo diablo está de pie con las manos en las caderas mirándome fijamente. Se me hace un nudo en el estómago y apenas puedo mirarlo.

—Mira quién ha decidido agraciarme con su presencia —digo con tono inexpresivo.

Kova continua con la mirada.

—En el segundo layout…

—Oh, vamos a ir allí. Entendido. —No puedo creer que vaya a actuar como si nada hubiera pasado. Había planeado hacer eso ya que yo soy igual de culpable por escuchar a escondidas, y más, pero la forma en que se acerca y actúa como si no hubiera hecho nada más que tomar un trago de agua me revuelve seriamente.

—Adrianna.

—¿Qué? —Me quejo. Kova me tiende una mano abierta, pero no la tomo. Disimulo mi disgusto tanto con él como conmigo misma y salgo por mi cuenta. Me pongo delante de él y me arreglo el leotardo. El pozo de espuma siempre me provoca un calzón chino.

—En el segundo…

—Te escuché la primera vez. —Le corto de nuevo—. ¿Qué quieres decir con aplaudir? ¿Como un aplauso de verdad? —Nunca había oído hablar de eso. Me imagino literalmente un aplauso.

—Sí, como una palmada real —dice—. Cuando estás dando una palmada, a veces es difícil juntar las manos debido a la inercia, pero es un buen ejercicio para conseguir la

sincronización correcta para saber cuándo empezar a girar. Una vez que estés en rotación, tu cuerpo querrá seguir en esa dirección. Se necesitará una fuerza externa para que cambies la dirección de ese movimiento, y dar una palmada en tu centro. —Me mira el torso y señala cerca de mi ombligo— digamos que justo ahí, te ayudará con eso.

—Huh. —Cada día aprendes algo nuevo—. ¿Aprendiste esto en Rusia con tus entrenadores lunáticos?

Baja los ojos, sin impresionarse.

—No, en el Centro de Entrenamiento Olímpico.



Capítulo 14

Frunzo los labios y me dirijo al cuenco de tiza, frotando un poco de tiza en mis manos antes de subirme a la barra.

Me balanceo hacia arriba y estiro los brazos a los lados hasta que la barra se apoya en mis caderas, y visualizo una palmada en el segundo trazado. Miro el pozo gigante de espumas cuadradas. No parece demasiado difícil. Normalmente, mis brazos están pegados a mis costados en una disposición doble.

—Adrianna.

Miro por debajo de mi hombro hacia donde esta Kova.

—Solo haz un doble. Yo te avisaré cuando debas aplaudir.

Asiento con la cabeza.

—Es una buena idea.

Me coloco de pie, doy dos vueltas a la barra y me suelto, escuchando sus indicaciones. Justo al comienzo de mi segunda voltereta hacia atrás grita:

—¡Ahora!

Levantar las manos para aplaudir es mucho más difícil de lo que esperaba. Mi estómago se tensa y la fuerza de la gravedad actúa en mi contra. No me lo esperaba.

Al aterrizar en el pozo, me levanto y alcanzo su mano. Me saca de un tirón y casi salgo volando hacia él.

—Incómodo, ¿verdad?

Mis ojos se abren de par en par.

—Sí. Fue un poco difícil.

—Pero ahora tienes una idea de dónde tienes que aplaudir, ¿no?

Asiento con la cabeza y me doy la vuelta. Voy a necesitar una tonelada de estos ejercicios para conseguir la sincronización correcta. Ya me di cuenta.

—Ah, ¿Adrianna? —Miro por encima de mi hombro justo antes de añadir más tiza a mis manos—. Practiquemos esto por allí. —Engancha un pulgar por encima del hombro hacia las barras asimétricas—. No quiero que te acostumbres en la barra alta con tan poco tiempo para practicar.

Le sigo y me detengo, de espaldas a la barra baja. No necesito decir lo que le pido, él sabe que debe levantarme para que pueda alcanzar la barra alta. Kova se coloca detrás de mí y pone sus manos en mis caderas. No es nada raro que un entrenador esté tan cerca, pero el calor que desprende justo antes de levantarme no pasa desapercibido.

—¿Estás bien? —Asiento con la cabeza.

Sé a lo que se refiere y eso es todo lo que pienso en este momento.

Una vez que estoy en pleno vuelo, aplaudo en el segundo trazado. Es un aterrizaje muy diferente al que había preparado y siento un pequeño golpe en el tobillo. Mi forma no fue muy buena, pero eso era de esperar la primera vez.

Gruño, agarrándome el tobillo. Recoge la colchoneta y la coloca bajo la barra sin tener que preguntar.

—¿Te duele? —pregunta, inclinándose para ajustar la colchoneta en el lugar correcto.

—No. —Sacudo la cabeza, mirando más allá de él hacia las chicas en la barra de equilibrio. Me niego a mirarlo. Estoy demasiado avergonzada. Reagan está allí con Holly, Sarah y

Madeline. Vuelvo a ponerme debajo de la barra, esperando. Al acercarse por detrás, sus manos vuelven a encontrar mis caderas. Esta vez están más abajo, con los dedos extendidos, tocando suavemente la línea del bikini, con los pulgares apenas por encima de mi culo. Respiro tranquilamente y espero a que sus manos se deslicen hacia arriba para agarrarme.

Pero no lo hacen. Kova se acerca a mi trasero hasta que siento la parte delantera de su duro cuerpo contra mí. Su aliento caliente rueda por mi cuello y trago.

—No te enfades conmigo. No es lo que piensas. Ni mucho menos —susurra solo para mis oídos—. Sabía que estabas ahí escuchando —añade. Mi corazón se estrella como un peso muerto en mis entrañas e instintivamente doy un pequeño paso adelante, pero él me detiene presionando sus dedos en mi piel—. Un día lo entenderás.

—En serio eres el peor humano vivo —digo—. Haces que me arrepienta de haberte conocido.

—Hacemos lo necesario para pasar cada día y sobrevivir. Algunos días son más duros que otros, y puede que no seamos capaces de mirarnos al espejo, pero hacemos lo que tenemos que hacer.

Mi nariz se enciende. Me está poniendo a prueba. Miro a mi alrededor con nerviosismo. Estamos cerca, demasiado cerca, y eso hace que mi corazón se acelere. Sin decir nada, levanto los brazos para ver qué hace. Para mi alivio, Kova me levanta, pero no como debería haberlo hecho.

Me desliza lentamente a propósito por la parte delantera de su cuerpo. Me encaja en cada una de sus curvas y contengo la respiración con anticipación.

—No me he corrido —me dice al oído.

No está mintiendo. Siento cada centímetro duro de él. Cierro los ojos, tratando de no sentir lo que él está haciendo. Quiero soltar la barra y tirarme al suelo para poder empujarle y maldecirle.

Por supuesto, no lo hago.

Sus manos se deslizan por mis muslos de forma demasiado seductora y sus dedos rozan la piel desnuda cerca de mi culo. Quiere que lo sienta, pero finjo que no lo hago y mantengo mi atención entrenada hacia adelante. Me muerdo el interior del labio hasta saborear la sangre y me levanto.

Subida a la barra, despejo mi mente y visualizo el comienzo de la palmada, poniendo todo mi ser en la destreza, y aterrizo sin comprobar el equilibrio. Es como mi forma de decir "jódete, imbécil".

—Aplaude antes la próxima vez. —Asiento con la cabeza y me pongo a dar más tizas—. Se entrena mejor cuando se está enfadado —dice en voz baja, poniéndose de nuevo detrás de mí.

La ira. Dolor. Hostilidad. Todo ello me hizo ver las cosas con claridad. También me obliga a concentrarme más.

—Eres un maestro de la manipulación. Déjanos ir —me burlo de él y levanto los brazos, esperando que me levante. No le impresiona mi cutre intento de acento ruso. Suspiro. No tengo derecho a enfadarme teniendo en cuenta que está casado, pero él sabe meterse en mi piel como nadie.

Esta vez, cuando hago la doble palmada de disposición, fijo mi tiempo antes y siento una diferencia notable.

—Bien. Hazlo de nuevo. —De vuelta a la barra y lista para empezar, veo a Kova agacharse con el rabillo del ojo. Está en la zona y es muy sexy verlo así. Con los codos sobre las rodillas, me escudriña. En el momento en que aterrizo, se levanta de un salto—. ¡Excelente! Así de fácil. Otra vez.

No quiero que me vea sonreír, así que me doy la vuelta rápidamente. Verle feliz por haber sido capaz de ejecutar sus indicaciones me hace extasiarme por dentro.

Somos tan tóxicos y a la vez tan perfectos juntos. Ojalá no se hubiera ido y lo hubiera estropeado.

Esta vez monto en la barra baja y salto a la barra alta, donde inmediatamente hago un kip, me lanzo a la parada de manos y me balanceo hacia abajo. Kova está agachado de nuevo y siento que me observa, asegurándose que me suelte en el momento adecuado. En mi segunda disposición, aplaudo donde me siento bien y aterrizo. Le miro.

—Otra vez.

Está orgulloso.

Aclarar, enjabonar, repetir.

Hago tantas repeticiones de este ejercicio que pierdo la cuenta. Fácilmente cientos, y todo el tiempo no pronuncio una palabra a mi entrenador, solo sigo sus indicaciones. Pasan horas y ni siquiera me doy cuenta. Todo el tiempo es una descarga de endorfinas para mí. Aunque parezca una locura, me encanta lo que estoy haciendo antes de darme cuenta que la mayoría de los gimnastas se han ido por el día. Las muñecas me están matando y el tobillo está definitivamente inflamado, pero no es nada comparado con el dolor palpitante en la parte baja de la espalda. Probablemente por la fuerza de los aterrizajes.

Rozo un poco de agua en mis puños mientras Kova se acerca a mí.

—La próxima vez, cuando des una palmada, quiero que completes un medio giro. Pero solo medio giro, ¿sí?

—Sí —digo, mirando los trozos de tiza en el bol gigante.

—¿Quieres que te vea?

Hago una pausa, pensando en su pregunta y en la nueva habilidad que estoy a punto de realizar, una que nunca había hecho en mi vida. Probablemente es mejor que lo haga.

—Eso sería genial, entrenador.

Me froto los puños y luego doy una palmada. Un velo de tiza se hincha frente a mi rostro y me doy la vuelta. Kova alarga la mano para agarrarme de la muñeca y tira de mí para que me

detenga. Por primera vez en la tarde, le dejo ver lo enfadada que estoy. No hay que ocultar mi desprecio, lo llevo alto y orgulloso, y añado el resentimiento como accesorio. El reconocimiento aparece en su rostro. Sabe lo que ha hecho. ¿Y lo peor? Le importa un bledo.

Kova me guía hasta situarse bajo la barra alta. Con sus manos en mis caderas, demasiado bajas de nuevo, inclina su cabeza contra la mía y lentamente, obviamente, inhala. Se me pone la piel de gallina en los brazos cuando permito que un solo dedo recorra la línea de mi bikini. Es, para mi decepción, increíblemente seductor y me deleito con su sensación. Hace tanto tiempo que no siento su tacto.

—Me gusta cuando me necesitas —dice, su voz suave como el vodka—. También me gusta cuando me desprecias.

—Estás alucinando.

Se rio en voz baja y me levanta. Preparada para hacer el medio giro, Kova se hace a un lado. Con un pie apoyado en la colchoneta, levanto las manos. La anticipación se apodera de mí, pero al ver a mi entrenador, sé que estoy a salvo. A pesar de todo, existe un vínculo, una confianza que es demasiado espesa para penetrar entre nosotros. Sé que me atrapara si me caigo.

En la segunda vuelta, aplaudo y giro hacia la izquierda. Tengo tanta fuerza que Kova me alcanza para guiarme con seguridad hasta una parada, para que no pudiera continuar la rotación. Al aterrizar, tropiezo hacia un lado y caigo sobre su pecho. Sus brazos me rodean y me atrapan.

—Jesús. Creo que he tirado demasiado fuerte. Lo siento. —Mis ojos están muy abiertos y me quedo sin aliento.

—No te arrepientas nunca. Para eso estoy aquí. Hagámoslo de nuevo. Estaré aquí todo el tiempo hasta que lo hagas bien. Sabía que sería incómodo al principio.

Jadeando, no puedo mirarlo después de aquello. Demasiada animosidad y adrenalina me recorren para aceptar su cándida sinceridad. Está siendo amable y no me gusta. Tal

vez sea porque rara vez es amable conmigo a menos que estuviera dentro de mí. Esta faceta de Kova es una a la que no estoy acostumbrada y no sé cómo aceptarla sin ser una perra para él.

Después de una cantidad interminable de repeticiones, literalmente más de cientos de la palmada y el medio giro, el gimnasio ya está vacío y el sol se ha puesto. A petición mía, nos quedamos una hora más de lo previsto para poder empezar con el giro completo mañana. Estoy increíblemente cansada y dolorida, y no puedo esperar a ir a casa y dormir.

Kova se acerca a donde yo estoy sentada mientras me quito los grips y las muñequeras. Se mueve sobre sus pies.

—Estoy completamente agotada. Siento que ni siquiera podré conducir a casa a este ritmo —digo, y dejo caer el equipo en mi bolsa.

—Yo te llevaré.

—No, gracias. Prefiero que me lleve un conductor de Uber asesino en serie antes de volver a subirme a un auto a solas contigo.

—Como quieras.

Salgo al estacionamiento y subo a mi auto. Cerrando la puerta de mi camioneta con más fuerza de la necesaria, la luz se atenúa y quedo encerrada en la oscuridad, aún estacionada frente al World Cup.

Saco mi móvil y hago una búsqueda en Internet del ruso que Kova habló antes con Katja. Me había molestado y me gustaría saber qué le ha dicho.

Ojalá no hubiera mirado nunca.

Me llama malysh, pero ella es su amada.

Basta el peso de la palabra y la soledad del silencio en la noche que me rodea para derrumbarme dos segundos después. Unas incontrolables lágrimas calientes corren por mis mejillas

mientras lloro a mares contra el volante, repitiendo las últimas palabras de Kova. Su tono decía que lo sentía, podía sentirlo en la boca del estómago, pero la parte de “mi amada” es aplastante. No puedo asimilar las palabras que me había dicho ni por qué las había pronunciado en primer lugar, si llamaba a su mujer su amada. Me falta una parte de la historia. Lo sé por los fragmentos de su conversación que había escuchado. Pero él me había dicho que lo sentía y que no se había corrido. La gente no actúa así a menos que sea culpable, a menos que esté enfadada y no pudiera comunicar lo que realmente siente. No voy a darle una excusa, pero es casi como si estuviera enojado y proyectando.

Me hundo en mi asiento, mi cuerpo se difumina en las ya frágiles costuras. Por mis labios pasan sonidos estremecedores que nunca me había oído pronunciar. Nada tiene sentido. Me duele el pecho, apretado por la autocompasión, y mis dedos rodean el cuero del volante. Si la luz estuviera encendida, la sangre bajo la piel de mis nudillos mostraría cuánto me estuve conteniendo.

No tengo a nadie más para sostenerme. Y yo necesito algo a lo que agarrarme. Estoy demasiado inestable.

No estoy segura de cuánto más podré soportar. No lo necesito, pero no puedo superar la idea que Kova se acostara con Katja mientras yo estaba en el mismo edificio, ni las cosas que le había dicho. Antes de este matrimonio, me había sentido más cerca de él que nunca y había pensado que él también se sentía así conmigo, pero tal vez todo fue una ilusión que yo quería ver. Tal vez es lo que él quería. Tal vez yo fui solo un peón en su juego. Sus insensibles palabras me dolieron, y estoy segura que nunca las olvidaré, pero fue la mordida y la caricia de su lengua lo que me golpeó más fuerte de lo que puedo soportar. Como un maldito cuchillo en mi garganta. Quiere hacerme daño, pero también lo siente. Yo no lo entiendo y, por alguna razón, creo que él tampoco. Hoy le demostré qué estoy hecha a costa de mi dignidad. Una combinación terrible que inició una lucha más profunda en mí.



Mañana entraré con la cabeza alta. He bajado la guardia tontamente. Tengo demasiado que perder, y me niego a permitir que un entrenador me lo quite.

Pero esta noche, esta noche lloraré hasta dormirme. Dentro de dos días, me embarcare en un avión para otra competición.



Capítulo 15

—¿Adrianna?

Tosiendo un par de veces, miro por encima del hombro a Kova, que está de pie junto a Madeline sin un ápice de emoción en la cara de ninguno de los dos. Tengo la mano en la puerta de cristal a punto de salir del World Cup cuando llamaron mi nombre.

—¿Sí?

—Nos gustaría hablar contigo en privado antes que te vayas, si tienes un momento.

—Por supuesto.

No puedo decir que no, aunque estoy a punto de colapsar de cansancio en cualquier momento. Las dos últimas semanas han sido unas de las más caóticas y agotadoras de mi vida. Entre un encuentro la semana pasada, otra que acaba de pasar, y los entrenamientos de dos practicas al día, estoy funcionando con solo cuatro o cinco horas de sueño por noche.

Kova inclina la cabeza hacia el pasillo.

—En mi despacho. No debería tardar mucho.

Lanzo una mirada fugaz a Madeline, pero su rostro es estoico. Esperaba que lo hicieran rápido.

Siguiendo de cerca, trato de limpiarme la tiza de los muslos y los brazos, como si tuviera que limpiarme por alguna estúpida razón. Me recojo la cola de caballo y me aparto los cabellos del rostro, devanándome los sesos para entender por qué los dos entrenadores quieren hablar conmigo y por qué parecen tan serios. Los entrenamientos habían ido muy bien y yo no he metido la pata.

Kova se aferra al pomo de la puerta cuando paso junto a él para entrar en su despacho. Sacudo los dedos, con la esperanza de liberar el inicio de los nervios. Me siento como si estuviera en el colegio y me hubieran pillado haciendo algo que no debía y ahora estuviera en problemas.

Madeline se sienta en uno de los asientos vacíos y cruza las piernas mientras yo ocupo el de al lado. Coloco mi bolso junto a mi silla y espero. Kova se acerca a su gran escritorio, cubierto de archivos y papeles, y se sienta. Se inclina hacia delante y junta los dedos. Mis ojos captan el destello de metal de su alianza. Maldito platino. En lugar de apartar la vista como he hecho en el pasado, me obligo a mirarlo como un recordatorio de lo que había hecho. Él capta mi mirada pero no la sigue.

—Madeline… —Kova le hace un gesto para que hablara.

Madeline se vuelve hacia mí.

—El entrenador Kova y yo hemos tenido una conversación en profundidad sobre tu progreso, las competiciones que tienes por delante y que creemos que son las mejores para ti, así como las oportunidades que se te pueden presentar en función de tu rendimiento. ¿Eres consciente que el encuentro de clasificación nacional es dentro de unas semanas? ¿El Clásico de Estados Unidos?

—Sí.

—Después de tus resultados del pasado fin de semana, creemos que tienes muchas posibilidades de entrar en el equipo nacional. Si lo consigues, los encuentros a los que asistas cambiarán y también tu horario de entrenamientos, lo que significa que añadiremos varios campamentos a los que puedas asistir, etc. —Miro a Kova con los ojos muy abiertos—. Eres consciente que solo doce entrarán en el equipo nacional, ¿verdad?

Asiento lentamente y digo:

—Y de esos doce, solo cuatro entrarían en el equipo olímpico.

—Si sigues compitiendo como lo has hecho… —Madeline deja su declaración abierta. Levanta una ceja y silba con un gesto—.



Kova lleva tiempo diciéndome que estás preparada para más. Era un poco escéptica, teniendo en cuenta lo mucho que has tenido que entrenar para llegar a este punto. Muy pocos pueden asumir lo que tú tienes. Luego ocurrió tu lesión, y me preocupó que tu carrera de gimnasta estuviera en peligro. Un Aquiles puede romperse en cualquier momento. —Hace una pausa y me mira a los ojos con asombro—. Pero demostraste tu fuerza y tu energía. Nunca debí dudar de Kova.

—Nunca me equivoco, Madeline. —Kova bromea, y ambos se ríen. Yo no lo hago.

—Veo grandes cosas en tu futuro —dice Madeline.

Esta vez sonreí. Sé por experiencia que antes que ocurriera algo grande, todo tiende a desmoronarse. Y tengo que preguntarme si ya he pasado la parte mala y si éste es mi momento.

—Tienes otro encuentro este fin de semana —dice Kova. Tiene ojeras y su rostro parece un poco demacrado. Parece tan cansado como yo—. Entre medio, durante las próximas semanas hasta el clasificatorio, no harás otra cosa que practicar. De la mañana a la noche, hasta el día antes de salir, te dejarás la piel. Algo así como una sesión de estudio antes de un examen. Llamaré a tu padre y le pediré que suspenda tus clases particulares, así no tendrás nada de qué preocuparte. Te olvidarás de todo excepto del encuentro y las rutinas. Tendrás toda tu atención en eso. Nada más. No nubles tu mente con cosas que pueden salir mal. Debes permanecer concentrada en todo lo que saldrá bien. Porque lo harás. Practicarás como si no hubieras ganado nada en tu vida y actuarás con todo tu corazón.

No soy una idiota. La mirada de sus ojos y la forma en que retuerce su grueso anillo de boda dicen todo lo que tienen que decir. Kova es el maestro de la discreción. La sutileza de sus acciones y la mirada directa son fuertes y claras: necesita que me olvide de su matrimonio. Y como sabe que no voy hablar con él en privado fuera de esta habitación, tiene que sacarlo todo aquí mientras pueda. Necesita que lo deje pasar, para poder centrarse en este nuevo objetivo.

Lo que él no sabe es que yo ya he estado trabajando en eso.

Suspiro para mis adentros, pero mantengo el rostro serio. Si fuera tan fácil. En el fondo, aún me estoy recuperando del choque frontal que me provocaron sus nupcias secretas. Está jugando con mi mente. Un minuto estoy tan vacía como una cáscara rota, y al siguiente me siento enfurecida y tan llena de emociones que estoy dispuesta a arder como los fuegos artificiales del 4 de julio. Los recuerdos de nuestras conversaciones pasadas pasan por mi cabeza, junto con los momentos que habíamos compartido fuera de estas paredes. No hay nada que quisiera más que olvidarlos todos y empezar de nuevo. En lugar de eso, tengo que aprender a lidiar con ello lo mejor que puedo, y al hacerlo, me cerré.

Lo estudio. Conozco a Kova. No hay ninguna posibilidad que hubiera sugerido esto, y mucho menos que estuviera a bordo si pensara por una fracción de segundo que yo no tengo lo necesario. Ese no es el estilo de Kova. Toma riesgos, sí, pero sus riesgos son medidos y calculados. Planificados. Bien pensados y con éxito garantizado.

—Creemos en ti —dice Madeline, con un tono maternal. La miro y sonrío—. Sabemos que puedes hacerlo. Y después de lo que me dijiste en el encuentro de hace unas semanas, yo también lo sé.

Inclinando la cabeza hacia un lado, pregunto:

—¿Qué fue lo que dije?

—Dijiste que recordabas quién eras, lo que querías, y eso cambió el juego. Para tu edad, eso es poderoso e inspirador.

Kova me mira. Su mirada es pesada, deseando que lo mire, pero no le presto atención. No recordaba haberlo dicho, pero sé que es lo que he sentido últimamente, así que probablemente lo había hecho.

Golpea nerviosamente la punta de su bolígrafo sobre el escritorio, algo que me parece extraño que hiciera. Al calmar mi respiración, decido tomar otro camino y hacerle saber que sigo molesta por lo que había hecho con Katja en este despacho y que lo había oído todo.

—Hubo un momento en el que me estaba cayendo. Me estaba dejando llevar y estuve poniendo inconscientemente la gimnasia en segundo lugar. Este deporte lo es todo para mí. He construido mi vida sobre él. Lo que hago aquí no es solo para mí, sino para todos nosotros. He llegado a donde estoy gracias a ustedes y a la dedicación que ponen también. A veces me quedo atascada en una velocidad con un objetivo en mente, y necesito bajar el ritmo. Por suerte, un amigo me ha ayudado a hacerlo. La gimnasia es lo que más quiero, y este amigo ocupa un lugar muy querido en mi corazón por recordármelo. Les debo todo.

Kova es cualquier cosa menos estúpido.

Deja de golpear su bolígrafo y puedo notar que se pone tenso a pesar de estar sentado frente a mí. La victoria se despliega dentro de mi estómago y dejo que el sentimiento fluya a través de mí. Se siente bien. Lo que digo es cierto, pero me aseguro de utilizar las palabras que le había dicho a su mujer y él lo sabe.

—En realidad es muy común tener momentos en los que te cuestionas todo y te olvidas de por qué estás aquí. Sea quien sea este amigo, tienes suerte —dice Madeline—. No lo dejes ir.

Mis mejillas se calientan y sonrío.

—Gracias —es todo lo que pude reunir. Vuelvo a quedar atrapada entre la emoción y el entumecimiento, cuando me vuelvo para mirar a Kova y libero mis sentimientos durante un segundo.

Le dedico una pequeña sonrisa. Es suficiente. Lo captó alto y claro.

Exhalo un fuerte suspiro y finjo una sonrisa de oreja a oreja para ambos esta vez. Tengo que demostrarles que estoy exultante por fuera y no muriéndome por dentro como yo. La positividad trae consigo un optimismo que lleva la confianza y la seguridad en sí mismo a cuestas. Es la clave de la victoria, y eso es lo que Madeline y Kova me han dado. Tengo que devolvérsela, aunque fuera falsa.

El silencio se extiende entre nosotros. Cuando se hace ligeramente incómodo, me agacho, agarro mi bolsa y me pongo de pie.

—¿Entonces... supongo que los veré mañana?

—Sí. Tengo que discutir algunas cosas con Madeline primero, luego llamaré a tu padre. Espera dos días hasta el jueves. El viernes volamos para la competición, y luego volvemos a la rutina.

Asiento con la cabeza. Puedo hacerlo.

—Intenta descansar bien esta noche —dice Madeline, con su mirada estudiando mi rostro—. Tienes los ojos un poco hinchados y parece que tienes una erupción en el rostro. ¿Has comido algo nuevo? ¿Alergia a algo quizás?

Lo pienso por un momento. Apenas he comido últimamente, pero eso se debe a que el dolor de espalda me produce tantas náuseas que no puedo ni siquiera pensar en la comida.

—No, no que yo sepa.

Su cabeza se mueve lentamente hacia arriba y hacia abajo mientras procesa lo que le dije, aun tomando en cuenta mi rostro.

—Descansa un poco esta noche. Estas próximas semanas van a ser caóticas.

—Buenas noches —digo en voz baja.

Al salir de la oficina de Kova, me dirijo mecánicamente a mi camioneta y conduzco a casa. Mi apartamento es frío y solitario. Normalmente, prefiero la soledad, pero últimamente me está consumiendo. Cuando estoy sola, reflexiono. Pienso demasiado en todo y luego me arrepiento. Quiero llamar a Avery y contarle las buenas noticias, pero aún no estoy preparada para hablar con ella. Es egoísta por mi parte, lo sé, pero necesito preservar lo poco que me queda de mí misma. Podría llamar a Hayden. Vendría corriendo, pero no me apetece su compañía.

Todo lo que hago está mal, excepto cuando se trata de la gimnasia.

Encendiendo unas cuantas velas aromáticas, ceno, todo lo que mi estómago puedo soportar, luego me ducho y lloro hecho un



ovillo sobre la baldosa, contando los mechones de cabello y preguntándome cómo puede haber tantos en el suelo.



Capítulo 16

La semana pasa con ojos borrosos. No sabía dónde empezaba ni dónde terminaba, y ahora estamos aterrizando en una nueva ciudad.

No he hablado con nadie más que con mi padre durante unos breves minutos para que me dijera que no estará en este encuentro, pero que llegará al siguiente. Son dos encuentros seguidos a los que faltaba. Todo lo que he hecho es practicar desde el amanecer hasta bien entrada la noche. No se perdió ni un minuto. Llegó la hora de la verdad y yo estoy preparada. Corazón y alma, cuerpo y mente. Bloquee todo, me mantuve al margen y entrené como una bestia. Estuve en piloto automático.

—Va a ser una semana agitada —dice Madeline. Y no es para menos.

Me esforcé tanto que estoy segura que me puse enferma. Me siento más agotada que nunca, tan infeliz y tan cansada. En secreto, he tomado más Motrin para intentar aliviar parte del dolor y me he dado más baños de hielo esta última semana que en todo el tiempo que estuve en el World Cup. Sé que no debería haber tomado la medicación, pero tuve que hacerlo. No pude soportar lo mal que se sentía mi cuerpo. Masajes de tejido profundo, cinta deportiva, cuchillas… Kova incluso me hizo rodar sobre un estúpido tronco de espuma que insistía en que liberaría el ácido láctico y me ayudaría a recuperarme más rápido. Sin embargo, nunca me quejé. Ni una sola vez. Fue agotador y abrumador, pero lo quería y me encantó cada minuto de esfuerzo, a pesar que estoy cayendo en una depresión cada vez más profunda.



Antes de subir al avión, me tomé un poco de Benadryl y dormí hasta que aterrizamos. Me duelen mucho los huesos, se me inflama todo el cuerpo y me siento tan rígida como una persona de noventa años cuando bajo del avión. Poco después de llegar al hotel, deshice la maleta y me desmayo. Me despertaron para cenar, pero pedí dormir, y seguí durmiendo, hasta la mañana siguiente. Estoy tan agotada físicamente que me desperté en la misma posición en la que me había dormido.

La verdad es que me siento débil y eso me asusta.

—¿Estás bien? —pregunta Madeline, con preocupación en su voz. Ha venido a la habitación del hotel que comparto con mis compañeras de equipo. Nos estábamos preparando para ir al encuentro, pero ellas salieron a petición suya para que pudiera hablar conmigo en privado.

—Sí, ¿por qué?

—Parece que estás fuera de sí y ahora mismo necesitamos tu cabeza en el juego ahora.

Bostezo.

—Solo un poco cansada, pero estoy bien.

El espacio entre sus ojos se arruga y presiona el dorso de su mano contra mi cabeza.

—Estás caliente.

Me alejo.

—La fiebre no me frenará. No te preocupes —digo y esbozo una sonrisa—. Anoche me pareció que tenía un poco de fiebre y me tomé unas medicinas para el resfriado con algunos paquetes de Emergen-C.

—¿Llevas colorete?

—Sí, por supuesto. —Mis labios se fruncen—. ¿Por qué?

—Solo te ves un poco más sonrojada que de costumbre.

Ahora me toca a mí apretar las cejas. Me miro en el espejo y grito.

—Oh, Dios mío. —Me rio—. No lo mezclé lo suficiente —miento. Por alguna razón me veo un poco más sonrojada. Mirando de nuevo a mi entrenadora, digo—: Mi madre me compró un colorete nuevo. Es la primera vez que lo pruebo y me pase un poco. —Agarro mi bolsa de maquillaje y me pongo un poco de base para ayudar a suavizar mis mejillas—. ¿Mejor? —pregunto.

No parece convencida, pero asiente de todos modos.

—¿Tomaste Emergen-C esta mañana?

—No.

—Abre dos y tómalos ahora. —Hago lo que me dice y los obligo a bajar—. Bien. Esa cosa hace milagros y deberías estar bien pronto. Cuando volvamos, asegúrate de programar una cita con tu médico. Pero no se lo mencionemos a Kova. No ha sido él mismo últimamente.

—Buena idea.

Me niego a preocuparme por lo que podría hacer para ayudarle, pero también porque parecería un poco extraño hurgar en la vida de mi entrenador y pedirle más información a Madeline. Mantenerme al margen de su vida personal es clave para preservar mi cordura.

—¿Lista para la acción? ¿Lo tienes?

—¿Lista? Psshh. Estoy hecha para esto —respondo, y produzco la mayor y más falsa sonrisa que puedo de oreja a oreja. Madeline se ríe, sus ojos brillan y la sigo fuera de mi habitación de hotel con un solo pensamiento.

Bien. Dos.

A veces, fingir que soy algo que no soy requiere más energía que la que se necesita para ser real.

Mi segundo pensamiento es que voy a liberar todo lo que hay en mí y dominar este encuentro. No mentía cuando decía que estoy hecha para esto. Lo estoy.

Es lamentable lo consciente que soy de que me estoy matando lentamente. Un círculo insidioso de autodestrucción que no puedo detener porque estoy obsesionada con la gimnasia.

Bien. Eso fueron tres pensamientos.

Al día siguiente estoy en un avión de vuelta a Florida con cuatro medallas de nuevo. Todas de oro.

El lunes siguiente me despierto con el temor de no saber cómo voy a pasar la semana de una pieza. Me siento muy agotada y cansada. La presión y el estrés por clasificarme para el equipo nacional ya me pesan mucho, pero ahora quiero seguir en la cima del deporte como hasta entonces, y eso trae una nueva carga de ansiedad.

Es sorprendente lo débil que me siento. Casi como si estuviera anémica. Tal vez tuve gripe y no lo supe. Al llegar a un semáforo en rojo, llamo a mi médico y pido una cita. Naturalmente, tuvieron que recordarme que han llamado numerosas veces y sus mensajes no fueron contestados. Me disculpo, porque han estado llamando. He tenido demasiadas cosas en la cabeza y poco tiempo libre, pero después de este fin de semana pasado, y al despertarme esta mañana, sé que algo no va bien. Puedo sentirlo. Estoy a punto de cumplir diecisiete años. No debería sentirme así de mal.

De camino a World Cup, me quedo atascada en el puente levadizo. Tomo un largo sorbo de mi brebaje Emergen-C: dos bolsas de té verde, dos paquetes de Emergen-C y miel. Había leído en

Internet que esta bebida de sabor desagradable es una cura milagrosa. Mientras espero a que pasen los barcos, aparco la camioneta, buscp Internet de mi teléfono móvil e introduzco mis síntomas.

Agotamiento severo. Dolor de huesos. Dolores corporales. Dolores de cabeza. Fiebre. Pérdida de cabello. Realmente no consideraría la pérdida de cabello, pero últimamente he notado más y más en mis pisos.

Pulso Enter y me arrepiento inmediatamente.

Anemia. Cáncer de tiroides. Mordedura de garrapata. Enfermedad de Lyme. Mono. Fiebre del heno. Baja de azúcar en la sangre. Trastorno de estrés agudo. Depresión. Demencia por lesión en la cabeza.

Los tres últimos están muy lejos. No estoy deprimida ni estresada. Bien, un poco estresada y ligeramente deprimida, pero ¿quién no lo está? El mundo sobrevive con antidepresivos. Tal vez un poco demente por someter a mi cuerpo a lo que tengo, pero el resto está en el campo de la izquierda. Lo único que es una posibilidad es la mononucleosis, pero eso ni siquiera tiene sentido. Kova estaría tan mal como yo. También Hayden, y ellos parecen estar bien.

Molesta, cierro el teléfono y lo dejo caer en el portavasos. Observo cómo el puente levadizo desciende lentamente, pensando que también podría añadir el cáncer de codo a la lista. Buscar los síntomas fue una idea terrible y no me lleva a ninguna parte. Quiero decir, ¿una picadura de garrapata? ¿De verdad?

Pongo el auto en marcha, subo la música y me dirijo al gimnasio. Necesito bloquear mis pensamientos hipocondríacos y centrarme en la gimnasia, no autodiagnosticarme y caer en un agujero oscuro preocupándome que tengo todas las enfermedades bajo el cálido sol de Florida.

Una vez dentro, me dispongo a calentar, a alcanzar los dedos de los pies, a sentir cómo los músculos se estiran y se tensan en los isquiotibiales. Echo una mirada a Kova y lo estudio, su cara, sus ojos, sus movimientos. Aunque parece un poco pálido y cansado, y

sus ojos no están tan brillantes como de costumbre. No parece estar rígido ni agotado como yo. Levanta grandes esteras de seguridad y las mueve por la habitación como si llevara bolsas de comida a la casa. Habla con Madeline. Anota cosas en su cuaderno. Atiende una llamada en su teléfono móvil. Está claro que no le pasa nada. Debió sentir mis ojos sobre él porque me lanza una mirada y yo, tontamente, desvío la mirada tan rápido como sus ojos se posan en mí.

Mierda. Me han atrapado mirando.

Me encojo por dentro y me pongo en otra posición. Justo cuando voy a levantar la vista, lo siento detrás de mí. Su presencia envuelve mis sentidos, y santo cielo huele tan bien. Su colonia es fresca y potente por las mañanas.

—Acuéstate. Las manos en el suelo —me ordena, arrodillándose a mi lado. Lo hago, y él levanta mis dos rodillas y cruza una delante de la otra. Agarrando mi tobillo, tira de mi pie hacia mí y presiona mi rodilla con su codo. Estira mis caderas.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta, mirando al frente. Sigo su mirada y observo al equipo de chicos. Hayden nos mira.

—Nada, ¿por qué?

—Porque me estabas mirando.

Maldita sea. Sabía que me había atrapado.

—Entonces, ¿no puedo mirarte? Eres mi entrenador. Me preguntaba dónde estabas y si me iban a sorprender escatimando en el acondicionamiento y el calentamiento.

Lo ignora y mantiene su mirada al frente.

—Ya nunca me miras, Adrianna. Nunca. Y eso que me estabas observando como un halcón. ¿Tienes algo que quieras decirme? ¿Algo en tu mente?

—No. Estoy bien.

—¿Segura?

—Sí.

Kova pasa a mi otra pierna. Quiero preguntarle cómo se siente, para ver si se siente mal como yo, pero no me atrevo. No quiero romper el muro que he puesto entre nosotros y permitirle entrar en mi vida de nuevo. Tampoco quiero hacerle saber que no me siento bien.

—Eres la peor mentirosa que he conocido —murmura en voz baja.

—Eres el único que me dice eso.

—Porque, te guste o no, te conozco mejor que nadie.

Sus palabras me golpean el corazón y aprieto la mandíbula. Es cierto. Él me conoce mejor que nadie y ojalá no lo hiciera. Debería haber agradecido que se preocupara, pero en lugar de eso las lágrimas de arrepentimiento marcaron el resentimiento que siento por él.

—Tus ojos... Estás tan distante y me mata que no vengas a mí. Sé que tienes muchas cosas en la cabeza. También sé que estás bloqueando todo. Sin embargo, no puedo decir que te culpe. Te estás protegiendo. Solo me gustaría que me dejaras estar ahí para ti.

Mi respiración se hace más profunda, mi pecho sube y baja. Tengo muchas cosas en la cabeza. Demasiadas cosas. Y sin salida, que él conoce.

—Ves —dice en voz baja. Nuestras miradas se cruzan y mi aliento se atasca en la garganta—. Te conozco, Adrianna. —Su voz cálida y profunda envuelve mi corazón destrozado. No hay ni una pizca de arrogancia en sus palabras, solo una sinceridad genuina que me estremece—. Odio poder ver todo lo que sientes, porque yo también lo siento. —Su sobria mirada no se aparta de la mía. Quiero apartar la mirada, pero me siento restringida por la cuerda que su voz ha diseñado. Una débil agudeza me atraviesa el esternón. Es la primera vez que le permito mirarme así y me tiene pegada a él porque puedo oír lo que dice, lo que pide. Kova quiere lo único que yo no puedo darle. El perdón.

Kova no parece enfermo. No, parece abatido.

—Sé que no quieres hablar conmigo, pero si no liberas esa emoción acumulada en tu interior, estallarás. Por lo general, cuando menos lo esperes y en la persona equivocada. Confía en mí. He pasado por eso. Si no la liberas conmigo, al menos escríbela.

Miro a mi lado, observando el entrenamiento de las gimnastas. Su voz es muy triste.

En silencio, trago saliva y digo:

—No necesito escribir. —Solo necesito sentarme en la ducha y llorar.

—Te sorprendería lo terapéutico que es.

Mis cejas se fruncen. Vuelvo a mirar a Kova.

—¿Dónde está el cuaderno?

Me mira.

—Tú lo tienes.

—No, no lo tengo.

—Lo tienes.

—Ko-Entrenador, no lo tengo.

Kova se sienta de nuevo sobre sus rodillas.

—Adrianna, nunca me lo devolviste.

Miro fijamente a Kova, con un ligero pánico interior. Mi cerebro repasa los movimientos desde la última vez que vi el cuaderno y dónde lo había colocado.

—Debe estar en algún lugar de mi condominio —respondo en voz baja.

Sus cejas se fruncen. El pánico se extiende por sus ojos.

—¿Estás segura que no te lo has dejado en algún sitio?

Lo estudio, pensando.

—Probablemente lo metí en mi mesita de noche para no tener que mirarlo. Sé que no lo traje a ningún lado, así que está en algún lugar de mi condominio.

El alivio le inunda.

—Cuando lo encuentres, úsalo.

Sentada, cruzo las piernas delante de mí y mantengo la atención en el suelo, hurgando en la alfombra.

—Prefiero no hacerlo. Escribir no es para mí.

Kova suelta un largo suspiro.

—Eres muy terca. El tiro te va a salir por la culata.

Aprieto los labios pero no reconozco su comentario. No lo haré. Me aseguraré de ello.

—¿Te duele el Aquiles?

Sacudo la cabeza. Me debato sobre qué decirle.

—No, está bien. Es que estoy muy, muy cansada.

—Viene con el territorio.

Levantándome, bostezo.

—Nos vemos en las barras. —Estoy a pocos pasos cuando Kova me llama por mi nombre. Miro por encima de mi hombro.

Rascándose la nuca, su boca se tensa hacia un lado y sus nerviosos ojos verdes bajan al suelo y luego a mí. No nos separamos más que unos metros y él acorta la distancia.

—Para que conste, nunca escatimarías en acondicionamiento. Tú no eres así. No eres perezosa. Ese tipo de mentalidad solo te perjudicaría a largo plazo y lo sabes. Siempre, siempre vas más allá, incluso cuando no deberías, pero es imposible que no lo hagas. Por eso eres tú.

Hago rodar el labio inferior entre los dientes y reflexiono sobre sus palabras. Tiene razón en todo lo que ha dicho, pero no voy a responder. No lo necesita. Ambos sabemos la respuesta.

Volviéndome lentamente, bajo la mirada al suelo mientras me dirijo a las barras. Eso fue lo máximo que me habló desde que me puse firme. Puede que lo haya permitido, pero de alguna manera, creo que él sabe que esa es toda la cuerda que le daré.

El resto de la semana se mantiene al margen. Entreno. Duermo. Entreno. Me duele todo. Apenas duermo. Entreno. Tengo fuertes dolores de cabeza. Me hundo más en mí misma. Estoy tan cansada que casi me pierdo el entrenamiento.

Pero no lo hago. Me aguanto y sigo adelante. Es lo que hago.



Capítulo 17

La energía de la sala me reanima, me da vida, lava cualquier tipo de agotamiento con el que he estado lidiando en las últimas semanas. Como el ritmo contagioso de una canción. Los escalofríos recorren mis brazos, como pequeñas agujas que me hacen cosquillas. Miro a mí alrededor, girando en círculo, asimilando cada momento, cada persona que podía ver, respirándolo en mis pulmones. Sonrío. Mi padre está en algún lugar de las gradas.

Esto es la vida. La gimnasia es la vida.

Hoy es el Clásico Americano, mi último encuentro antes del Clasificatorio Nacional. Hoy determinará si tengo que competir en el Clásico de Estados Unidos.

Respirando profundamente, dejo que todo se vaya. Me siento vigorizada, excitada y, por una vez, no estoy cansada. Seguramente estoy en plena ebullición y no lo sé.

Ayer, después de llegar, realizamos nuestras rutinas, haciendo un ligero calentamiento. No nos esforzamos ni hicimos nuestras rutinas completas, solo hicimos los movimientos y nos adaptamos al equipo. Me concentré en mí misma y no miré a nadie más, como estoy haciendo ahora. Bloqueo todo y compartimento mis pensamientos.

—Inspira por el estómago —dice Madeline, respirando profundamente y exhalando por la nariz. Asiento con la cabeza, mirando el potro mientras salto sobre las puntas de los pies para mantener los músculos calientes—. Mientras bloquees con fuerza y te mantengas firme, lo tienes, Adrianna. El salto de potro es tuyo. Abre cuando salgas de la mitad.

Vuelvo asentir y me muerdo el interior del labio. Madeline se aleja para hablar con Holly. Me toca uno de los saltos más difíciles: el Amanar. Mi cuerpo tiene que girar novecientos grados, levantarse al menos dos metros de la mesa de salto y terminar con un aterrizaje a ciegas.

Tengo esto. No estoy preocupada. Estoy confiada, pero no soy arrogante. Podía hacer este salto de potro en mi sueño. Solo tengo que conseguir la mecánica de la misma y confiar en la memoria muscular.

Solo hay otro salto tan peligroso que paralizó a un gimnasta hace muchos años. El salto puede ser mi especialidad, pero no busco no volver a caminar. Conozco mis límites.

Al meter las manos en el cuenco de tiza, el polvo me llena las fosas nasales mientras agarro pequeños trozos y los rompo. Me aplico un poco de tiza entre el interior de los muslos y en la planta de los pies para absorber la humedad.

Exhalo.

Caminando hacia el final del camino, Kova se reune conmigo y caminamos lado a lado. Mantengo la mirada en el suelo, imaginando mi salto de potro una y otra vez. Mis manos se forman en bolas apretadas y se flexionan, y mis dedos están un poco fríos.

—Mantente firme, empieza bajo. Tu cuerpo sabrá qué hacer una vez que estés en el aire.

Una vez que llegamos al final de la pista, me meto en la pequeña caja de tiza que hay en el suelo y añado un poco más a mis pies. Mi corazón empieza a acelerarse. No estoy nerviosa, solo ansiosa.

—¿Me has oído? —pregunta Kova. Asiento con la cabeza—. Oye, mírame. —Mis ojos se disparan hacia los suyos—. Lo tienes. Libéralo todo y confía en ti. —Vuelvo asentir, seria.

Tras darme una palmadita amistosa en el hombro, Kova se aleja y solo se detiene al llegar al extremo opuesto, donde estará mi desmontaje.

Nuestros ojos se fijan y su barbilla se hunde.

Es el momento.

Tragando saliva, miro a los jueces. Entro en la alfombra de la pista, detrás de la cinta blanca, y me separo los dedos de los pies, apoyándome en las puntas de los mismos. Me concentro en el salto, observando a Kova en mi visión periférica. Pantalones de vestir negros, polo azul real, manos en las caderas.

Aunque estoy segura de lo que voy hacer, su presencia me reconforta.

Miró a la mesa de los jueces, esperando. Me dan luz verde.

Rápidamente, los saludo y un puñado de segundos después estoy corriendo. Mis pies golpean el suelo y mi corazón se llena de euforia a medida que me acerco al trampolín. La adrenalina es un torrente que me recorre a toda velocidad. Es adictiva y quiero perseguirla.

Esta es otra razón por la que amo la gimnasia. Soy libre y salvaje. Nadie puede frenarme.

Al redondear, con los pies juntos y golpeando el trampolín, me estiro hacia atrás y me volcó sobre el potro, haciendo saltar los hombros con fuerza y dejando que mis músculos tomen el control. Apretado, levanto el vuelo tan alto como puedo alcanzar y giro dos veces y media, luego me abro y aterrizo.

Los dos pies juntos.

No hay salto.

Un aterrizaje perfecto y atascado que hace que se me caiga el corazón y se me apriete el estómago.

Fueron los cuatro segundos más largos de mi vida.

Puedo oír los gritos de Kova y Madeline, sentir la vitalidad de la sala.



Con los brazos en alto, reconozco a los jueces, luego me giro hacia el otro lado… y sonrío. Tacha eso. Estoy jodidamente radiante por dentro y por fuera.

Madeline levanta las manos para chocarlas cuando llego a las escaleras. Al bajar, dice:

—¡Increíble! ¡Lo mejor que has hecho nunca! Tengo que ir corriendo a preparar a Holly, pero es fantástico. —Se me iluminan los ojos.

Automáticamente, choco los cinco con Kova y nuestras miradas se cruzan. Hay un momento en que mi corazón da un vuelco. Compartir algo así con él crea una conexión más profunda entre nosotros. Yo lo siento y no me cabe duda que él también.

—¿Cómo lo he hecho? ¿Cómo fue? Quiero decir, me sentí bien, pero ya sabes cómo es eso —le pregunto, pero me mira como si estuviera completamente loca. Me rio, realmente me rio y le digo—: Parece que soy yo quien te habla en ruso.

—A veces me pregunto qué pasa por tu cabeza para hacerme esas preguntas. Adrianna, te desenvuelves mejor bajo presión. De lejos… solo… —Sacude la cabeza, se pasa una mano por el cabello y aparta la mirada—. Fue simplemente increíble. Impecable.

Casi chillo. Gracias a Dios que no lo hago.

—¡Gracias!

Kova me mira. La forma en que su mirada enamorada se fija en mi rostro mientras me estudia hace que las mariposas broten en mi estómago. Quiero arrancarles sus hermosas alas para no sentir esta conexión con él, pero al mismo tiempo quiero que revoloteen con más fuerza.

—Es bueno verte sonreír de nuevo. —Ante eso mi sonrisa se desvanece un poco.

—Hacía tiempo que no veía tu rostro iluminarse así. —Traga con fuerza y gira la cabeza. Sigo su mirada y observo mi puntuación.



Me quedo mirando los números negros y llamativos. Mis labios se separan. ¿Es esto la vida real?

Kova me devuelve la mirada. Sacudiendo la cabeza, la felicidad florece en sus ojos.

—Te lo dije —dice, moviendo la cabeza como si estuviera asombrado—. Impecable.

Luego, se va.

—Pronto te van a etiquetar como reina de la bóveda —dice Holly con dulzura, mientras se acerca a mí y me rodea los hombros con sus brazos.

Me echo a reír.

—Ese será el día.

—Chica, ni siquiera conoces tu grandeza —dice, y luego se aleja.

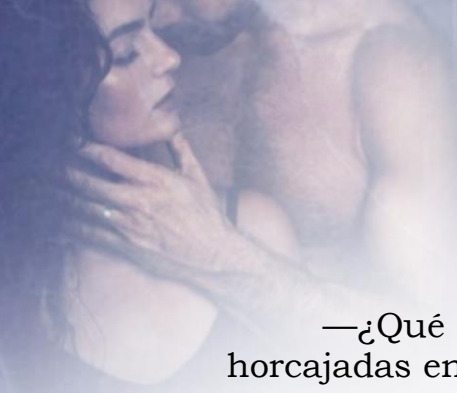
Con las barras ya en mi haber, solo me han restado unas décimas, pero sigo siendo líder. Las barras son como el salto para mí, otro de mis fuertes.

Viga, mi archienemigo, sin embargo. Lucho contra esa perra con uñas y dientes. Por ahora está siendo complaciente, pero sé en mi interior que no durará. Todo lo bueno siempre llega a su fin.

Sí, estoy empezando a preguntarme si estoy demente ya que estaba comparando la barra de equilibrio con una persona real que podía derribarme. Solo yo tengo el poder de derribarme a mí misma. Nadie más.

Y ese es el tipo de mentalidad con el que entro en la viga. Sé que tengo lo necesario, ya lo he hecho dos veces. Yo soy mi único límite.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Kova, justo antes de que estuviera a punto de continuar.



—¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Qué me monte a horcajadas en la viga? ¿Caer completamente? ¿Mi pie resbala en el segundo back handspring de mi conexión, pero no puedo evitar que ocurra la siguiente habilidad porque mi cuerpo ya está en movimiento y aterrizaré sobre mi cuello en la viga y me romperé la clavícula?

Me mira a los dos ojos, su mirada cambia de un lado a otro. Un poco asustado.

—¿Es realmente lo que estabas pensando?

—Sí.

Kova niega con la cabeza, sin saber qué decir.

Es realmente lo que había pensado cuando subí a la viga. Me dejo llevar y confio en mí misma, en la fe que mis entrenadores tienen en mí, y cuando veo mi puntuación en el tablero poco después de mi desmontaje, me siento increíblemente orgullosa. Aunque no he conseguido el primer puesto, estoy entre los tres primeros y lo acepto sin rechistar.

Dejar ir fue difícil, pero el miedo me paraliza. Me niego a ser prisionera de mis propios miedos y limitaciones.

Mientras espero para rotar al último evento, la parte posterior de mi cuello se estremece con la conciencia. Siento la pesada mirada de alguien y me giro. Inclino la cabeza hacia un lado y lo miro, intentando averiguar dónde lo había visto antes. Veo muchas caras olvidables en las reuniones, pero ésta me resulta tan familiar y me molesta no poder ubicarla. Había visto antes esos ojos brillantes que ahora recorren mi cuerpo de arriba abajo.

Me estremezco. No me gusta la forma en que me mira, ni la sonrisa sórdida que tira de su boca curtida para revelar unos dientes manchados de amarillo.

Kova se pone delante de mí vista y yo me aparto, frunciendo las cejas ante él.

—No lo mires. —Sus ojos están duros como el cemento seco— . ¿Me oyes? No vuelvas a mirarlo. —Su voz es mortal.

Dudo con mi pregunta.

—¿Por qué?

Si cabe, sus ojos se oscurecieron y juro que le oí gruñir.

—Adrianna…

—No estoy preguntando para agravarlo, entrenador. Solo tengo curiosidad.

Colocando las manos en las caderas, su pecho se expande mientras lanza una fugaz mirada por encima del hombro y luego vuelve a mirarme. No le sigo porque, por una vez, no quiero molestarle. Y porque ese tipo me da escalofríos.

Mirándome, Kova se pasa los dientes por el labio inferior como si estuviera debatiendo si quiere decirme algo o no. Sus ojos indecisos se clavan en los míos, así que hago lo que siempre hago. Presiono.

—¿Quién es? —pregunto— ¿Lo conoces?

—¿Recuerdas el encuentro de Parkettes, en el que hablamos de lo que aprendiste al ver la competición y la sala en su conjunto? Llegamos al tema de ese entrenador y de cómo te advertí…

—Quieres decir me amenazaste…

—Para alejarte del entrenador que estaba degradando a su gimnasta y cómo te molestaba.

Mis ojos se abren de par en par.

—¡Es él! —murmuro en voz baja—. Me pareció que me resultaba familiar. Es el entrenador que despediste.

La barbilla de Kova baja larga y lentamente. Es el mismo tipo del que me había hablado Reagan.

—Por una vez, escúchame cuando te digo que no te enfrentes a él. No mires hacia él. Finge que no existe.

—De acuerdo.

—Hablo en serio, Adrianna. Hay más en él de lo que quiero revelar, y no voy a entrar en ello ahora, así que no preguntes.

Asiento solemnemente. Pienso en el día en mi habitación de hotel en el que me senté en su regazo mientras discutíamos sus acciones y mi percepción, y recuerdo cómo Kova dijo que tenía el presentimiento que un día alguien iba a denunciarlo. El pavor arrugó mi frente. No quiero llegar a eso, pero tengo que preguntarme si él es uno de esos entrenadores que se pasaban de listos y se salían con la suya.

Frunzo el ceño, mi estómago se revuelve con pensamientos rancios.

—No me digas que…

Mis palabras se interrumpen cuando se acerca a nosotros y se inmiscuye en nuestra conversación.

—Konstantin. Un placer verte aquí. —Retrocedo mientras Kova parece tranquilo. Un sabor agrio me llena la boca. Pero lo conozco. Me fijo en las venas que giran por sus brazos como serpientes contrayéndose con fuerza, en la forma en que sus manos se contraen en puños. Hay mala sangre entre ellos, y quiero saber por qué.

—Lástima que no pueda decir lo mismo de ti —responde Kova sin ningún tacto. Ahogo una carcajada. Su acento ruso me hace sentir cada palabra y me encanta cuando hace un espectáculo.

—¿Por qué no dejamos el pasado en el olvido? —sugiere. Kova se queda quieto y en silencio—. Te he estado siguiendo este año. No habrías llegado tan lejos sin mí y ambos lo sabemos. —Un flagrante asco le brota a Kova por el hombre que tiene delante—. Excepto por esta. —Me señala a mí, con los ojos brillantes. Me pone la piel de gallina—. ¿Dónde la encontraste?

—Adrianna —dice sin mirarme— ve a prepararte. Estaré allí pronto.

No me muevo. Estoy demasiado embelesada, y por suerte Kova no se da cuenta porque su rabia ocupa el centro del escenario.



Kova se acerca a su antiguo compañero para que estuvieran frente a frente. Mi corazón se detiene. La furia que desprende me hiela hasta los huesos. Doy un pequeño paso atrás. Lo había visto enfadado en todos los sentidos, pero nunca así.

—Aclaremos algo, sobaka —escupe en ruso. Hago una nota mental para buscar esa palabra—. He llegado a donde estoy hoy gracias a mí, al trabajo que he hecho y al que han hecho mis chicas. No por tu pedazo de mierda. Yo te enseñé todo lo que sabes. No al revés. Tuviste suerte gracias a mí —se burla, clavando un dedo en el pecho del hombre—. Por más de una razón, debo añadir. Esta es tu única advertencia: mantente alejado de mí y de mis chicas. Te dejé ir una vez, pero no lo volveré hacer. No quiero verte, ni olerte, ni oír tu nombre. No te quiero en un radio de cincuenta millas de mí y de mis gimnastas. Si estamos en el mismo encuentro, mantendrás las distancias.

—¿O qué? —rebate el tipo—. ¿Qué crees que vas a hacer haciéndote el duro y el macho?

—No estoy actuando, solo defendiendo a los que no pueden defenderse de perros como tú. No me pongas a prueba, joder.

Se rio. El tipo se rio de verdad, pero Kova está inquietantemente tranquilo y dice:

—Tengo suficientes pruebas para que te pongan fácilmente en aislamiento. Lo curioso de los compañeros de prisión es que se comen pedazos de mierda como tú para desayunar.

Su risa se apaga inmediatamente. Sus párpados se vuelven pesados y se dirigen rápidamente hacia mí. Kova mira por encima de su hombro y me quedo helada. Lo he oído todo. No le gusta, pero no lo demuestra.

Sin decir nada más, el ex seleccionador de la Copa del Mundo se da la vuelta y se marcha.

—Entrenador. —Mi voz es aguda—. ¿Qué ha hecho?

Kova se refriega una mano por la cara y luego mira por encima de mi cabeza. Parece tan culpable de repente.

—No hay nada que tengamos que discutir ahora. Tienes que prepararte. Quiero que te concentres en tu rutina.

—Estoy lista y concentrada. Dígame.

—En otra ocasión.

—¿Por favor?

Kova suspira profundamente. Bajando la voz, dice:

—Lo atrapé. —Mis cejas se fruncen, y él continua moviéndose sobre sus pies—. Le atrape en una posición en la que no debería haber estado nunca. La regla de las citas comenzó por sus acciones.

Mis ojos estallan.

—Oh, Dios mío. Esto es escandaloso.

Con la cara desencajada, no comparte mi emoción.

—No, Adrianna, no lo es. Casi lo mato. Sé que lo que tú y yo hicimos va en contra de todo lo que creo, y del código ético establecido por el comité de gimnasia. Sabía que estaba mal, pero nunca me aproveché de ti. —Frunzo el ceño. No, nunca lo había hecho—. Pero ese bastardo se aprovechó de una de mis gimnastas y no pudo controlarse.

Los ojos de Kova se alzan sobre mi cabeza y me giro para seguir su mirada.

Holly.

Tengo montones de preguntas a las que quiero dar respuesta, pero ahora no es el momento. Tengo que aclarar mi mente y llegar a mi último evento. Más fácil de decir que de hacer después de la bomba que Kova acaba de soltarme.

Bloqueo todo el ruido y me concentro en realizar una rutina de suelo impecable. Noventa segundos después, estoy junto a Kova esperando mi puntuación. Los dos nos giramos hacia el otro y nuestras caras se imitaron. Otra medalla para colgar en mi pared, todo gracias a nuestro trabajo en equipo.



En el viaje de vuelta a casa no puedo dejar de pensar en Holly y en ese entrenador, junto con la información que Reagan me había dado semanas atrás sobre la pista. Intentó no mirar fijamente a Holly, pero pasan tantas preguntas por mi cabeza. La más importante es, ¿qué había querido decir Kova con lo que ese tipo se había aprovechado de ella? ¿La había violado? Pero si lo hizo, ¿por qué hay una regla de no tener citas? Esa parte no tiene sentido. No puedo preguntarle, así que me quedo con más pensamientos en la cabeza.



Capítulo 18

Había olvidado que tenía cita con el médico el lunes por la mañana temprano y que llegaría tarde al entrenamiento. En lugar de enviar un mensaje de texto, llamo a Kova en cuanto me pongo en marcha.

—*¿Alo?*

—Hola, entrenador, soy Adrianna.

—*Sé quién eres.* ¿Por qué me llamas? ¿Es para decirme que estás faltando a entrenar?

Me muerdo el labio durante un segundo, escuchando de fondo el rebote de un trampolín.

—Um, olvidé que tengo una cita con el médico esta mañana a la que tengo que ir, pero estaré en el entrenamiento después.

—¿Qué? ¿Qué cita? ¿Estás enferma? ¿Por qué no me lo has contado?

El ruido se desvanece tras él y una puerta se cierra. Debió de dirigirse a su oficina. Me quedo en el lado derecho de la carretera y busco la autopista.

—Supongo que lo olvidé.

—Adrianna, necesito que me avisen de cosas como está cuando están programadas, no a última hora.

—Lo sé, y lo siento. Es que he tenido muchas cosas en la cabeza últimamente.

Kova se queda callado por un momento. Su voz baja:

—De acuerdo, te lo concedo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No, solo necesito un examen físico —miento parcialmente.

—Espero una actualización completa cuando vengas. Me gustaría hacerte otro tratamiento pronto. Ya sea antes de irnos o cuando volvamos. Este fin de semana es importante para ti, sobre todo después de la forma en que te clasificaste el sábado. Lo estás haciendo excepcionalmente, Ria. La gente sabe quién eres. El tiempo lo es todo en la gimnasia, y tenemos que utilizarlo bien. Nos vamos al Clásico de Estados Unidos dentro de cuatro días, y la entrenadora jefe del equipo nacional estará allí invitando a las que estén en los primeros puestos de ese encuentro.

Trago con fuerza. Ria. Se le escapa pero lo dejo pasar. Solo usa ese apodo cuando se apasiona por algo.

A unas cinco salidas, me callo pensando que debo dar la vuelta.

—Tal vez debería cancelar mi cita e ir cuando volvamos.

—*No*. —Su voz es firme—. Absolutamente no. Tu salud es importante. Ve y haz lo que necesites, pero ven directamente aquí después.

Asiento con la cabeza, como si él pudiera verlo.

—Nos vemos pronto, entrenador.



Toc, toc, toc.

Por fin. La puerta se abre y entra la Dra. DeLang. Siempre me pilla desprevenida con su altura y su aspecto juvenil. No es más alta que yo con la misma complexión, pero unos veinte años mayor. Por lo menos.

—Me disculpo por la espera, Adrianna, nos hemos retrasado un poco.

¿Un poco de retraso? He esperado más de una hora en el vestíbulo, y casi otra hora en la sala de examen.

—No te preocupes. No tengo prisa. —Me pongo una sonrisa falsa.

Abre el expediente de mi como paciente y apoya sus caderas en el mostrador mientras empieza a escudriñar página tras página, con su bolígrafo recorriendo cada una de ellas. Espero en silencio, preguntándome qué estará leyendo, tratando de reducir mi ritmo cardíaco. Las citas con el médico siempre me ponen un poco nerviosa.

—La última vez que estuviste aquí sacamos sangre. —Hace una pausa y hojea otro papel, tomándose su tiempo para escanear la página—. Eso fue casi hace cuatro meses. ¿Y no has vuelto desde entonces para obtener los resultados?

—No. —Me mira—. He estado un poco ocupada con el entrenamiento.

—Entiendo que la vida puede ser un poco agitada, pero si dejas de lado tu salud y ésta se deteriora, ¿cómo vas a seguir entrenando?

Aprieto los labios y una de sus cejas se levanta. Tiene razón.

—¿Estás tomando alguna medicación ahora mismo?

—Aparte de hacer las inyecciones de plasma, no.

—Muy bien, háblame de tus síntomas y de lo que te ha hecho venir.

—¿Cuáles fueron los resultados de mi análisis de sangre? —pregunto.

Cierra la carpeta y la deja sobre el mostrador.

—Ya llegaremos a eso. Dime qué pasa.

Mi mente se queda en blanco y empiezo a tartamudear por alguna estúpida razón.

—Bueno, estoy... estoy muy cansada. Como inusualmente cansada. Hasta el punto de agotamiento. Algunos días no sé cómo voy a pasar todo. Sé que entreno mucho, y probablemente me excedo, pero siento que no debería sentirme así.

—Descríbeme qué es lo que sientes.

—Me duele el cuerpo, pero es en lo más profundo de mis huesos, como si me doliera por dentro, si eso tiene sentido.

—Continúa.

—Tengo unos dolores de cabeza terribles. Como un dolor de cabeza cegador que me hace apagar las luces y tener que tumbarme. A veces hay una agudeza en el pecho que me pilla desprevenida.

La Dra. DeLang vuelve abrir mi expediente y empieza a tomar notas.

—¿Qué hay de tu periodo? ¿Cuándo fue tu último ciclo?

Miro al techo por un segundo y luego vuelvo a ella.

—Sabes, no puedo recordar. Ha sido intermitente. Supuse que la irregularidad se debe al fuerte entrenamiento.

—Por supuesto, puede ser. Sigues entrenando entre cuarenta y cincuenta horas a la semana, ¿verdad? —Asiento con la cabeza.

—¿Estás tomando anticonceptivos para regular tu periodo?

—No.

—¿Tienes sexo?

—A veces.

—Pero estás usando protección, ¿correcto?

—Por supuesto. —El plan B es una especie de protección. La única otra vez que no usé protección fue en la ducha con Hayden, y él se había retirado.

¡Cristo en un palo! ¿He estado embarazada todo este tiempo y no lo sabía?

No. No hay manera.

Puede que me haya lanzado de cabeza a la gimnasia porque he estado tan consumida por todo lo demás que quería olvidar, pero creo que sabría si estoy embarazada.

—Bien. ¿Y las enfermedades? ¿Alguna que se dé en tu familia?

—Por lo que sé, todos parecen estar sanos. —No es que sepa mucho de mi madre biológica, y me da demasiada vergüenza abordar ese tema.

—¿No hay cáncer? ¿Alguna enfermedad? —pregunta, anotando más cosas.

—No. —Sacudo la cabeza. Probablemente piensa que soy una hipocondríaca.

—¿Qué tan bien estás durmiendo?

—Algunos días me desmayo nada más entrar y no me despierto hasta que suena el despertador. Otros días estoy agotada pero no consigo dormirme haga lo que haga. Estoy en todas partes.

—¿Alguna fiebre?

—Tuve fiebre algunas veces.

Me mira.

—¿Qué tan alta fue?

—No me he tomado la temperatura.

—Bien. ¿Algo más que deba saber?

Empiezo a negar con la cabeza, pero me detengo al recordar algo que había dicho Madeline.

—Uno de mis entrenadores dijo que parecía que tenía un sarpullido hace unas semanas.

—¿Dónde estaba?

Me encojo de hombros, impotente.

—¿Mis mejillas?

La Dra. DeLang toma otra nota antes de dejar la carpeta. Busca en un armario y saca un pequeño vaso transparente con tapa. Escribe mi apellido en la etiqueta adherida antes de entregármelo.

—Necesitaré una muestra de orina tuya y luego te mandaré a hacer un nuevo análisis. Prefiero no hacer tu último análisis de sangre ya que ha pasado tanto tiempo.

Me levanto, el vello de mis brazos se eriza.

—¿Había cosas en él que te preocupaban?

—Tus niveles de vitaminas subían y bajaban, tu hierro estaba por debajo de lo normal, y también tu recuento de glóbulos rojos.

«No te preocupes. —Debe percibir mi alarma—. Un recuento bajo de glóbulos rojos puede atribuirse a muchas cosas. Nada que te haga pensar hasta que tengamos los nuevos resultados.

Voy al baño y vuelvo a los tres minutos. La doctora está ocupada anotando cosas en mi historial y levanta la vista cuando entro. Deja la carpeta y saca un par de guantes de látex y se los pone.

Me quita la muestra y sale un momento de la habitación.

—¿Qué test está haciendo? —pregunto cuando vuelve.

—Embarazo, niveles renales, ver si tienes una ITU, tu hígado, sangre en la orina, cualquier bacteria. Es solo una prueba rápida para ver si tengo que empezar a darte antibióticos. El análisis de sangre nos dará una visión más completa de lo que está pasando.

Frunzo el ceño y me subo de nuevo a la mesa. No creo que tenga nada malo en esos aspectos, pero tampoco soy médico.

Inclinándose sobre el mostrador, coge una hoja de remisión para los análisis de sangre y marca las casillas de lo que supongo que serán las pruebas de laboratorio estándar.

Se oye un ligero golpe en la puerta antes que una enfermera asome la cabeza. Le entrega una hoja de papel al médico y cierra la puerta tras ella.

—En este momento, hay algo de proteína en tu orina —dice la Dra. DeLang después de escanear la hoja.

—¿Cuál es la causa?

—La proteína en la orina puede significar varias cosas. Normalmente, es una señal para analizar los riñones, pero dada tu edad, y la presión que ejerces sobre tu cuerpo para entrenar, fácilmente podría deberse a la deshidratación, al ejercicio extenuante, e incluso al estrés emocional extremo. Tu dieta alta en proteínas también podría ser fácilmente la razón.

Estrés emocional. Joder. Por supuesto, es eso. ¿Y unido a mi dieta? Una receta para el desastre. El único problema es que no puedo decirle lo estresada que estoy emocionalmente sin que eso levante banderas para más preguntas.

—Te veré en una o dos semanas. —Me mira por encima de sus gafas y me dirige una mirada que mi padre me habría lanzado para indicarme que habla en serio.

—Tengo un par de encuentros seguidos, así que puede que pase un mes hasta que pueda volver aquí.

Me mira fijamente y me entrega la hoja de laboratorio. Salto de la mesa y me pongo de pie para mirarla.



—No comas después de medianoche, tienes que estar en ayunas. Ve a primera hora de la mañana. Hasta entonces, vete a casa y descansa, Adrianna. No vayas a los entrenamientos, vete a casa. Y que no pase más de un mes hasta que te vuelva a ver.

Asiento, ignorando la parte del descanso. Podré descansar cuando esté muerta.

—¿Podría ser la proteína debido a tomar demasiado Motrin?

Inclina la cabeza hacia un lado, observándome.

—La medicación en sí no lo causaría. Tendrías que ingerir una gran cantidad de Motrin a lo largo del tiempo para que afectara a tus riñones.

—Lo hice. En un momento dado, me pasé unas cuantas botellas grandes al mes.

Sus cejas se alzan.

—Aunque no creo que eso haya podido causar ningún tipo de efecto secundario a largo plazo todavía, absolutamente nada más hasta que tengamos los resultados. —Hace una breve pausa para mirar mi historial—. Si mal no recuerdo, no puedes tomar ningún tipo de antiinflamatorio con las inyecciones de plasma.

No respondo. Solo aprieto los labios y le digo que estaré en el laboratorio bien temprano.

Al salir del complejo de edificios de oficinas, llamo a Kova para decirle que estaré en el entrenamiento en una hora.

—Adrianna, ve a casa y duerme. El Señor sabe que lo necesitas. Te veré mañana por la mañana. Y por cierto, vamos a sentarnos a hablar. No tenía ni idea que te pasaba algo serio.

Me quedo boquiabierta y me pierdo la entrada a la autopista.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? No pasa nada grave.

—No me tomes por tonto. Esta conversación ha terminado. Te veré mañana.

—¿Qué? ¡Tengo que practicar! —grito, acalorada al instante mientras doy un giro en U. Acabo de clasificarme para competir en el Clásico de Estados Unidos, donde se elegirá el equipo nacional. Tengo que practicar esta semana más que nunca—. ¿Cómo lo sabes?

—Tu médico llamó a tu padre, y luego él me llamó a mí. Mete tu culo en la cama.

Aprieto los dientes. Había olvidado que todos están conectados.

—¿Acabas de gruñir? —pregunta Kova.

Tal vez.

—Supongo que tú también lo sabes todo —digo.

—Por supuesto —responde con ligereza—. Tu padre me lo dijo. Te dije que dejaras ese maldito Motrin.

No respondo, solo le cuelgo y tiro el teléfono al suelo.

Maldito ruso.



Capítulo 19

—¿Qué pasa? —pregunta Kova detrás de mí.

No le contesto, ni siquiera miro por encima del hombro. Después de una diez horas de práctica, reúno mis objetos y los meto en mi bolsa como si estuviera golpeando a alguien.

Todavía estoy molesta porque me había hecho tomar un día de descanso de la práctica durante un momento tan crítico para mí. Faltan pocos días para los nacionales, no hay tiempo para descansar. Aunque ayer hubiese dormido todo el día hasta que sonó el despertador esta mañana, no lo necesitaba. Estuve aburrida y molesta porque había intentado ver la televisión solo para que se me cerraran los ojos antes del primer anuncio.

—Te he hecho una pregunta —dice—. ¿Vas a responderme?

No.

Me quito la goma de cabello y me arreglo los mechones secos antes de recogerlos en un moño desordenado. Tengo tanta tiza en el cabello que no necesito usar champú en seco.

Me acerco y me saco el chándal y las llaves caen al suelo. Las ignoro mientras me pongo la camiseta por encima del sujetador deportivo. Cuando meto la cabeza por el agujero del cuello, Kova está a mi lado, haciendo sonar mis llaves en la mano.

Me pongo de pie y me alzó para agarrarlas, pero Kova levanta el brazo y las pone fuera de mi alcance. No hay ninguna sonrisa, ni un atisbo de risa. Se limita a mirarme fijamente, esperando una

respuesta. Algo se apodera de mí, no estoy segura de qué, y le doy un empujón en el pecho.

—Devuélvemelas —exijo, enfurecida.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—Porque estás respirando delante de mí. —Vuelvo agarrar mis llaves, pero él levanta más el brazo—. ¿Por qué te comportas como un niño? —Mi pierna se crispa mientras considero darle un rodillazo en el trasero. Eso le haría soltar mis llaves inmediatamente.

Sus ojos miran de un lado a otro de los míos.

—Solo estoy poniéndome a tu nivel. ¿Por qué estás tan enfadada? Estaba seguro que hoy me ibas a tirar un bloque de tiza varias veces.

—Qué observador eres —le digo con desgana—. Ahora devuélveme las llaves. Quiero ir a casa.

—Habla conmigo, Adrianna.

Mis ojos se encienden.

—No te mereces mi tiempo.

—Todavía estás molesta por lo de ayer —afirma. Doy un salto, tratando de alcanzarlo, pero soy demasiado pequeña—. Anoche te llamé para que vinieras a acondicionarte fuera de horario porque sabía cómo ibas a reaccionar, pero no contestaste.

Había llamado, pero nunca oí sonar mi teléfono. Por supuesto, saber ahora por qué había llamado solo me enfurece más, porque de haberlo sabido habría dejado mi apartamento en menos de cinco minutos.

Me invade una rabia inexplicable y vuelvo a empujarle el pecho hasta que cae contra la pared. Me rodea la espalda con su brazo libre y me atrae hacia él. Respiro con fuerza, jadeando ante su cercanía. Un velo de canela y cítricos cubre mis sentidos, su aroma natural con un toque de tabaco que odio amar. Todos los

sentimientos que he estado encerrando vuelven a rugir, dominándome. Aprieto su camiseta, mi pecho se levanta y cae rápidamente, mi cabeza es un desastre. Necesito retroceder, pero la sensación de su cuerpo, la calidez, la dureza... me doy cuenta que lo he echado mucho de menos.

—Solo cuidaba de ti —dice, respirando contra mí. Me estremezco. Su mirada se vuelve pesada, los ojos brillantes—. Enfádate conmigo todo lo que quieras, no me importa, pero un día verás que lo que hago es solo para ayudarte siempre y nunca para hacerte daño. —Hace una pausa—. La idea de hacerte daño me pone enfermo Adrianna.

—Para —murmuro—. No digas eso. —Mirando su pecho, sacudo la cabeza con vehemencia. No está cuidando de mí, está cuidándose así mismo, como siempre—. Por favor, dame las llaves y déjame ir —susurro.

Kova baja su cabeza junto a la mía. Mis labios se separan cuando se acerca.

—Tú eres la que se aferra a mí.

Mi corazón se detiene. Me estoy agarrando a él. Me desprendo de su camiseta solo para que él apriete su mano en mi espalda. La tensión aumenta entre nosotros y el aire se calienta. Trago, con el corazón palpitante, vuelvo apretar su camiseta y apoyo mi peso en él.

Kova se ablanda un poco.

—Nunca te obligaría a hacer algo contra tu voluntad —dice cerca de mi mejilla—. Si quieres irte, vete, pero no creo que quieras hacerlo. Creo que me echas de menos tanto como yo a ti, y te odias por ello. ¿Y sabes qué? Me odio todos los putos días por quererte como lo hago.

Me echo hacia atrás y veo cómo su mirada se dirige a mi boca. Puede que este rendida en su agarre, pero yo soy tan dominante como él. Ambos tenemos un poder sobre el otro demasiado letal, demasiado tóxico, demasiado sugerente para nuestro propio bien.

—Entrenador.



—Cada día es una batalla que se libra dentro de mí para mantener la distancia. Algunos días lo único que quiero es estar cerca de ti. Es así de simple.

Oh, Dios. Necesito irme, pero no puedo encontrar en mí el moverme.

—Entrenador —digo de nuevo.

—Hmm...

—Tengo que irme.

—Entonces vete.

Pero mi cuerpo no se mueve. Quiero quedarme así un poco más. Quiero apoyarme en él y relajarme en la seguridad de su abrazo, pero tengo demasiado miedo.

Lo miro a los ojos.

—¿En qué estás pensando?

Sus ojos permanecen centrados en mi boca. Se pasa la lengua por el labio inferior y mi corazón patina contra mi pecho. Conozco esa mirada. La conozco demasiado bien, como si quisiera devorarme y dejarme sin aliento, como había hecho muchas veces antes.

—Tanto. No sé ni por dónde empezar.

Lo entiendo. Yo me siento igual.

—No tienes idea de cómo me está matando, Adrianna, la forma en que me odias, la forma en que me miras con tanto desprecio. Me merezco tu odio y todo lo que sientes por dentro, pero no puedo soportarlo.

Levanto la cabeza y nuestros ojos se conectan. Estar así de nuevo me hace recordar todo. El deseo. La necesidad. Todavía anhelo a este estúpido hombre ruso.

—Bésame —digo, con mi voz en un conjunto de tonos pecaminosos—. Por favor.

Niega con la cabeza.

—No. —Su pecho sube y baja rápidamente, las líneas alrededor de sus ojos se profundizan con angustia—. Te arrepentirás y me odiarás aún más.

Tiene razón. Probablemente lo odiare, pero entonces pienso en algo.

—¿Y si te beso?

—¿Por qué? ¿Por qué querrías hacer eso?

Esta vez niego con la cabeza y las palabras salen de mis labios antes que pueda detenerlas:

—No lo sé. Realmente no lo sé. Tal vez, solo por un segundo, quiero olvidar todo y no sentirme tan vacía por dentro. Porque cuando estoy contigo, no tengo ninguna preocupación en el mundo. Como si yo fuera yo y tú fueras tú, y nada más importara.

Cierro los ojos, arrepintiéndome al instante de lo que he dicho.

—No deberías querer besarme… —Deja su respuesta abierta, y yo la capto.

—No, no debería. No eres bueno para mí —digo.

—Soy terrible para ti. —Hace una pausa, su boca se vuelve hacia abajo—. Ojalá no lo fuera. Desearía ser un hombre mejor para ti.

Ambos somos malos para el otro. Él es poder, yo soy obsesión. No importa lo cargada que estuviera nuestra conexión, el resultado siempre sería el mismo. Destrucción. La obliteración. La ruina. Pero aun así, no podemos separarnos completamente. Como si estuviéramos atados el uno al otro sin posibilidad de escapar.

Mis ojos se desvían hacia sus labios carnosos y siento que su cuerpo tiembla contra el mío. Tengo los dedos entumecidos por lo fuerte que lo sujeto, pero sé que si lo suelto perderé el control. Kova se está pasando de la raya y, a pesar de todo lo malo, me sigue excitando. Estaba luchando por mí.



—¿Me rechazarías? —pregunto, con voz suave. El corazón me retumba contra las costillas.

—Si eso es lo que quieres darme, entonces lo tomaré. Soy tuyo. —No dudo, me muevo como una víbora.

Me aferro a su labio superior, lo acaricio con la lengua y luego lo muerdo. Su cuerpo cede ante el mío y exhala un suspiro de placer. Un gemido profundo y animal vibra desde su pecho presionado contra el mío. Kova deja caer mis llaves, me agarra por el lado de la cabeza y me aprieta más contra él. Me devuelve el beso con fuerza, inhalando profundamente por la nariz como si me respirara.

Su lengua se adentra en mi boca y suspiro, dejándome llevar por todo, como siempre hacía con Kova. No podemos saciarnos el uno del otro. Nuestros besos están alimentados por la codicia y el anhelo, enredados con una pasión que solo nosotros entendemos. Su pulgar dibuja círculos sobre mi pulso martilleante, mientras su otra mano calienta mi cuerpo, temblando de necesidad incontrolada.

—No más —digo, rompiendo el beso.

Respiro con dificultad.

—Está bien.

Su rápida aceptación cambia algo dentro de mí y me inclino hacia él, tomando el control, y lo beso de nuevo. Kova desliza la palma de la mano por mi cadera y por encima de mis nalgas. Me agarra el muslo y me sube la pierna alrededor de su cadera, con sus manos desesperadas recorriendo mi piel. Su erección me roza la cintura y las puntas de sus dedos se introducen en el interior de mis shorts elásticos.



Capítulo 20

Necesito esto.

Kova presiona el agarre que tiene en mi cuello y una descarga de deseo recorre mi columna vertebral. Me besa con una pizca de control, mostrándome que sigue mandando, aunque yo marcaba el ritmo. Mi mente se queda en blanco hasta que lo único que siento es su tacto, y me concentro en el placer que enciende en todo mi cuerpo. Su mano se desliza aún más dentro de mis shorts y respiro tranquilamente mientras sus dedos me provocan hasta que me mezo dentro de él. Mis dientes se hunden en su labio y él gime, apretándome con fuerza. Mi espalda se arquea y rompo el beso para respirar, dejando caer la cabeza sobre su pecho.

—Podemos parar —dice, para mi sorpresa.

Lo único que puedo hacer es negar con la cabeza.

Aplastando su lengua, Kova dibuja un rastro húmedo subiendo lentamente por mi cuello hasta mi oreja. Suelto un jadeo lujurioso y me aferro a su camiseta, tratando de no estremecerme. Se mueve hasta tener un muslo entre los míos y luego pasa un dedo por mi húmeda raja. Hace tanto tiempo que no siento el tipo de placer que solo él puede darme.

Kova frunce el ceño en voz baja, y un tono de ruso baila decadentemente sobre mi piel.

—Siempre puedo saber cuándo me deseas. Tu coño gotea de necesidad, tan hinchado que puedo sentirlo palpitar. —Un ronroneo sale de mi garganta—. Te encanta. —Respira acaloradamente por la columna de mi cuello. Intento bloquear las

sensaciones que recorren mi cuerpo. Mi cabeza rueda hacia un lado mientras se me pone la piel de gallina—. Te encanta que pueda hacerte olvidar tus preocupaciones y que te permita ser simplemente tú.

Kova me pasa la frente por la nuca, con su vello facial rozando mi mandíbula. Sus dientes me muerden la piel sensible. Inspiro profundamente y su dedo se introduce en mis bragas, penetrando en los pliegues de mi sexo. Pongo los ojos en blanco y gimo cuando me acaricia la entrada, presionando en mi abertura antes de retirarse.

—Admite que nadie te hará sentir como yo. Sí he mentido, en algunas cosas, pero no me digas que no debemos estar juntos. Esto, justo aquí, no es normal, y por eso no podemos alejarnos el uno del otro. Sé que te arruiné, pero créeme cuando digo que me ha destruido a mí también.

—Casarse no es una cosa. —Consigo decir.

—Tienes toda la razón.

Oh, diablos, no puedo soportar la opresión en mi pecho mucho más tiempo. Las lágrimas llenan mis ojos porque odio que tenga razón y que nos hubiera arruinado. Odio que hubiera mentido. Odio que se hubiera acostado conmigo estando casado. Odio que le permita tocarme ahora, haciéndome desear más de él, y que quiera correrme. Odio toda la situación y mi cuerpo traidor. Suspiro, repentinamente agotada por este ir y venir que estamos haciendo.

—Me arrepiento de no habértelo dicho desde el principio. Es mi mayor arrepentimiento. Quiero arreglar las cosas entre nosotros.

Mi corazón late con fuerza.

—¿Cómo vas arreglar esto?

—No lo sé, pero intentaré encontrar la manera —dice, inclinándose hacia mí. Un profundo gemido rueda de sus labios a mi acalorada carne cuando pone su mano en mi dolorido coño—. Haré todo lo que esté en mi mano para corregir esto entre nosotros. Me odio por haberte hecho daño. Te necesito, más de lo que crees.

Gimo, intentando que su comentario no me afecte. Quiero creerle, y hay una parte de mí que lo hace, pero un error repetido es una decisión consciente. Me creo fuerte, pero cuando se trata de Konstantin Kournakova, estoy completamente indefensa. Mi cabeza lo sabe, pero mi corazón no.

Kova me levanta la barbilla y deja caer un ligero beso en mis labios. Su nariz roza la mía. Con el corazón acelerado, lo miro profundamente a los ojos y siento una mezcla de angustia y afecto que no puedo negar, por mucho que lo odie.

—Déjame hacerte sentir bien. Necesitas la liberación, puedo sentirlo.

Trago y respondo con un empujón de mis caderas mientras ese divino torrente de gozo comienza a subir. Nuestros labios se encuentran y dos dedos se introducen en mí con una lentitud deliberada. No es un beso cualquiera. Me besa como si me rogar a para que crea todo lo que había dicho.

Es difícil no hacerlo.

Su dureza me pincha el costado, pero no hace ningún intento de hacer nada por sí mismo. Con las rodillas débiles, rodeo sus hombros con los brazos y Kova me sujeta más fuerte con su mano libre. Suelto un gemido lujurioso y mis pezones cosquillean por el orgasmo que no deja de subir. Capto una esquina afilada de algo después de cada empuje, y luego el suave deslizamiento de su mano contra mi piel.

Suave y duro, como nosotros.

Empuja dentro de mí, y yo me aprieto, casi al borde cuando siento de nuevo el filo.

—Algo me está cortando —digo contra su boca.

Arqueo las caderas y su boca se separa en un suspiro.

—Tan suave y chorreante.

Nos movemos el uno contra el otro, y yo ignoro ese material rígido que en realidad empieza a sentirse bien. Placer con dolor,

algo que Kova me ha enseñado a anhelar y amar. Me pregunto si se imagina que está empujando dentro de mí con la forma en que rueda sus caderas, con lo seductora que es su lengua entrelazada con la mía, y la forma en que su pecho sube y baja. Es erótico y me hace desearlo aún más.

—Córrete —dice—. Puedo sentir que te contienes.

Con su demanda, Kova da en el clavo y me catapulta al límite. Profundiza su beso. Desliza dos dedos en mi coño y me aprieto más contra su mano, apretando mientras me corro en sus dedos, frotándome tan fuerte que veo las estrellas. Hay un pequeño pellizco, pero pronto se olvida. Necesitaba este orgasmo y me doy cuenta que las veces que he estado con Hayden han sido un desperdicio total. No tiene nada que envidiar a Kova.

Dejo escapar un gemido de satisfacción mientras él acaricia mi tierno coño. Esta intensa sensación es adictiva, y siempre quiero más después.

Una bocanada de aire sale de sus labios.

—Me encanta verte así —dice—. Tan hermosa.

—Todavía estás duro. —Me encuentro diciendo. Él niega con la cabeza.

Deslizando su mano desde mis shorts, sus ojos se clavan en los míos mientras se lleva los dedos a la boca. Están resbaladizos por mí placer, prueba de lo mucho que disfrute con lo que hizo. Su muñeca se inclina hacia un lado y capto el parpadeo de algo mientras se mete los dedos en la boca.

Se me aprieta el pecho y le agarro la muñeca, girando su mano hacia un lado.

Un cuchillo se clava en mi corazón.

Mis labios se separan. No. Por favor, no.

El arrepentimiento golpea frenéticamente contra mis costillas. Una frialdad me inunda. Tenía razón, lo odiare aún más y quiero hacerlo, pero esta vez es mi culpa. No de él.



El orgasmo que le he dado voluntariamente a Kova satura el anillo de platino que le había regalado su mujer cuando habían intercambiado sus votos.

Con el cuerpo temblando, doy un paso atrás. Mis ojos se mueven por el suelo, confundidos, abrumados, perdidos. Kova se acerca a mí, pero le aparto la mano y me siento en el banco, intentando recuperar el aliento. La vergüenza me invade hasta el punto que lucho contra las lágrimas que amenazan con brotar de mis ojos.

Finalmente, levanto la vista hacia él.

—¿Lo hiciste a propósito? —Mi voz es tranquila y baja—. ¿Usaste el dedo anular a propósito? No, sé qué lo hiciste. Ese es un movimiento total de ti. No puedo creer que haya sido tan estúpida como para hacer esto de nuevo contigo. Eres asqueroso y desearía no haberte conocido.

Parece horrorizado, pero me ha herido tantas veces que quiero devolverle el daño.

—¿Crees que te haría eso? Ni siquiera estaba pensando en qué mano estaba usando. Todo lo que pensaba es que te tenía en mis brazos de nuevo.

Sacudo la cabeza, mi corazón no puede soportar otra palabra.

—No puedo soportar más esto entre nosotros. No puedo hacer esto de ida y vuelta.

Kova levanta su mano izquierda y yo me estremezco.

—¿Crees que me gusta llevar este puto anillo? La verdad es que tengo que hacerlo, ya que es parte del acuerdo. Si no, lo habría fundido y tirado al mar.

Sacude la cabeza y deja caer el brazo a su lado, pero ya no puede hacerlo. No es justo para todos los involucrados, especialmente para la persona que al final perdera.

A mí.

—¿Cómo lo haces? —pregunto. Una extraña calma se instala en mí.

—¿Hacer qué?

—¿Cómo puedes estar conmigo mientras estás casado? ¿Cómo te miras a ti mismo? ¿No tienes ninguna culpa?

Kova traga con fuerza y su manzana de Adán se mueve hacia arriba y hacia abajo. Sus negras cejas se arrugan y sus ojos verdes bailan sobre mi rostro desconsolado. Las lágrimas me nublan la vista. Deseo no haberme permitido este momento de debilidad.

Se aclara la garganta, se rasca la nuca y mira hacia otro lado.

—No, no lo hago. No cuando eres tú con quien estoy.

Me quedo boquiabierta.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué llamas a Katja *mi amada* en tu idioma cuando te diriges a ella? —pregunto, cruzando los brazos—. Sé lo que significa. Has llamado a Katja tu amada. —Abre la boca para hablar pero yo sigo hablando—. ¡Ya basta! Deja de jugar con mi mente. ¿No ves lo que me está haciendo? —Mi barbilla tiembla. —¿No ves que me está matando? ¿No puedes ver que estás rompiendo mi maldito corazón?

Sus ojos se llenan de culpa y realmente siento un sentimiento de tristeza por él.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Qué quieres que haga? Ayúdame porque estoy tan jodido como tú.

Me echo hacia atrás, enjugando una lágrima.

—No, no lo estas. Ni siquiera te acercas. Elige a una persona y termina. Sé que hoy ha sido culpa mía, y no te culpo por ello, pero no puedes estar con las dos. No lo permitiré.

—¿Quieres que te elija? ¿Es eso? ¿Y qué pasa si lo hago? ¿Adónde nos llevaría eso? —Hace una pausa, su cara es un giro de emociones que no quiero leer—. Nadie gana, Adrianna. Cada

decisión tiene sus consecuencias. ¿No lo entiendes? Alguien saldrá herido.

El típico hombre. Es tan tonto.

—¿No ves que ya estoy herida?

Su mandíbula se flexiona.

—¿Qué quieres que haga? —concede—. ¿Crees que no veo cómo te duele cada día? Lo veo, y ahora mismo tengo las manos atadas. No tengo elección en nada.

Me quedo callada mientras miro fijamente. No quiero responder por él. Quiero ser su respuesta.

—Esa es la cuestión, ya has elegido.

—Para que lo sepas, yo no la elegí —dice Kova, con los hombros caídos.

—¿Cómo vives con tus mentiras? —Kova ladea la cabeza, con la mirada confusa—. ¿Sabes qué? Simplemente vete. No tienes ningún respeto por mí ni por tu maldita esposa. —Doy unos pasos hasta estar frente a él—. Hemos terminado. Tenemos que terminar. No quiero que te acerques a mí, no quiero que me hables. No a menos que estemos en la práctica o en una reunión. Aparte de eso, no hay razón para que me relacione contigo.

Su rostro cae y da un paso hacia mí.

—Adrianna… —Mi nombre es un susurro desesperado en sus labios—. Tú querías esto, y yo te lo di. Por favor…

Sacudo la cabeza.

—Lo sé, y asumo toda la responsabilidad, pero no más. He terminado. Dime que no, si hay una próxima vez, que no la habrá.

Kova apoya las manos en las caderas e inclina la cabeza hacia el suelo, mirando como si estuviera perdido y no conociera el camino.



—Ya no —me atraganto, y me agacho para agarrar las llaves del suelo—. No puedo seguir haciéndolo. Es demasiado para mí.

El pellizco de su alianza es un recordatorio del dolor emocional que había creado, y aunque sé que lo amo, lo odio por igual. Pero después de hoy no seré capaz de mirarme en el espejo sin sentir asco de mí misma.



Capítulo 21

El Clásico de Estados Unidos es la mayor competición de mi carrera hasta el momento. Competiré con las mejores gimnastas de élite del país por una de las codiciadas plazas del equipo nacional.

Mentiría si dijera que no estoy nerviosa. Llegar a este punto, hasta el día de hoy, no solo fue una carga para el cuerpo, sino también para la mente. Tengo los nervios a flor de piel y apenas he dormido las dos últimas noches, pero me contengo. Tranquila, calmada y serena.

Exhalo una respiración temblorosa mientras Kova me frota el hombro.

—No tengas miedo.

—No lo tengo.

Estoy aterrorizada.

Es esto. Lo que siempre había querido. Mi sueño olímpico está al alcance de la mano, y no hay nadie aquí con quien compartirlo excepto Kova. Ninguno de mis compañeros de equipo había clasificado para estar aquí. Ni siquiera Madeline vino. Se había quedado atrás con todos los demás mientras siguen con sus actividades habituales.

Observo a la creciente multitud y me pregunto brevemente si mi papá ha venido. Puede que no estuviera en todos los entrenamientos o encuentros, pero siempre aparece cuando es importante. En cuanto a Joy, no estoy segura de si ha venido con él o no. No he hablado con ella desde su revelación de borrachera. Pensé que tal vez se acercaría a mí, teniendo en cuenta que es la

única madre que he conocido y, extrañamente, incluso había mantenido una pizca de esperanza que lo hiciera. Pero cuanto más pienso en eso, sé que ella es el tipo de negatividad que no puedo permitirme en este momento.

Soy la siguiente en la fila de salto y veo a una gimnasta dar un enorme doble salto en su aterrizaje. Tiene el mismo salto que yo: el Amanar. Aunque el Amanar es sobre todo memoria muscular, no todas las gimnastas podían alcanzar la altura requerida para esta habilidad.

—La oportunidad solo llama una vez. Este es tu momento para dejar de lado todas las tonterías y mostrar al mundo quién eres. —Kova se pone delante de mí, sus ojos se iluminan con una satisfacción que calma mis nervios—. Vas a salir campeona porque es para lo que estás hecha. Eso es lo que diferencia a las gimnastas que son una docena de monedas. Las que dicen que lo van a hacer, frente a las que son lo suficientemente resistentes como para hacer el trabajo. —Kova hace una pausa, su mirada baja al suelo antes de volver a levantar la vista—. Sé que no lo digo a menudo, pero estoy muy orgulloso de ti. Eres extraordinaria. Todas las veces que dudaste, cuando el miedo se cocinó a fuego lento bajo tu control, tuviste el valor suficiente para intentarlo cuando otros se habrían rendido. Has luchado. Lo diste todo. Siéntete orgullosa de ti misma, Adrianna. Has conseguido grandes logros.

Actuando por impulso, salto a los brazos de Kova y lo abrazo con fuerza. Tarda un momento en devolver el abrazo, pero lo hace, un poco rígido y desprevenido. No es que me sorprendiera. Es el mayor contacto, verbal y físico, que nos hemos permitido desde la otra noche en el gimnasio.

Apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos, absorbiendo sus palabras que no sabía que necesitaba escuchar. Salieron de sus labios en un tono inspirador y me hacen sentir segura de mí misma.

Se está gestando una energía de prosperidad.

Mis alas se despliegan, listas para volar.

Kova está alimentando mi alma, luchando contra mis demonios, y él ni siquiera lo sabe.

—Gracias —digo suavemente, apretándolo de nuevo—. Necesitaba escuchar eso. —Pasa las palmas de sus manos en círculos por la parte baja de mi espalda antes de apartarse.

—Ve a mostrarles de qué estás hecha.

Le ofrezco a Kova una sonrisa, y luego me dirijo a la pequeña caja al final de la pista que contiene tiza. Me pongo un poco en la planta de los pies y en el interior de los muslos. Bloqueo el ruido del público y me concentro en cada rutina, en la rotación y, por supuesto, en el marcador.

Respirando profundamente, me pongo de pie y visualizo el salto que voy a realizar, como había hecho muchas veces antes. Mis ojos se dirigen a Kova en busca de indicaciones de última hora, pero lo único que hace es sonreír. Exhalo y me pongo detrás de la línea blanca.

Es el momento de empezar.

Levanto los brazos para que estén extendidos frente a mí, me pongo de puntillas y comienzo a correr, moviendo los brazos hacia atrás para tomar impulso.

Lo tengo... Lo tengo... Lo tengo... Me canto a mí misma mientras me acerco al aparato, corriendo tan rápido como puedo. La velocidad es absolutamente crucial para esta habilidad. Me apresuro a hacer un giro, reboto en el trampolín y me arqueo hacia atrás, con el cuerpo en un ángulo pronunciado, recordando todas las veces que Madeline y Kova me habían gritado que bloqueara tan fuerte como pudiera. Salgo disparada de la plataforma. Mi estómago se agita y mi cuerpo se encaja hacia abajo para generar energía. Empiezo a girar mientras sigo volando hacia arriba, apretando cada músculo para mantenerme tensa. Todo sucede tan rápido y, sin embargo, se siente como a cámara lenta. Mi cuerpo se desliza por la memoria muscular y me abro para el aterrizaje.

Con los tobillos pegados, mis pies golpean la colchoneta. Suelto un soplo de aire y levanto los brazos; la tiza flota a mi alrededor por el impacto de mi aterrizaje. Sonrío y saludo, luego me giro para saludar a los jueces.

No hay rebote. No hay cambio de postura ni paso atrás.

Había realizado un aterrizaje perfecto.

La enorme sonrisa sigue en mi rostro cuando me vuelvo hacia Kova, que aplaude con entusiasmo y lanza un puño al aire, gritando su emoción. Me ve cuando bajo del escenario y vuelo a sus brazos.

—*¡Velikolepnyy!* ¡Magnífico! —grita Kova, y me besa un lado de la mejilla—. *¡Velikolepnyy!*

Dando un último apretón, me suelta y me agarra del hombro. Una pequeña sacudida y me atrae hacia él para darme otro abrazo. Me rio, sintiendo su oleada de felicidad dentro de mí.

No tarda en aparecer mi marcador sobre nuestras cabezas. La emoción florece dentro de mi pecho. Para mi sorpresa, estoy en primer lugar en la primera rotación.

—*¡Pon' k rabote!* ¡Así se hace! —grita en ruso—. ¡Ah, *velikolepnyy*, Adrianna!

Me duelen las mejillas de tanto sonreír. Por mucho que entrenara, ver mi nombre en primer lugar siempre es un shock.

—Gracias.

—Vamos. Debemos prepararnos para las barras ahora.

Asiento y agarro rápidamente mi bolso para seguir a Kova a la siguiente rotación. Mantengo mi atención solo en mi entrenador y no miro alrededor al público o a los otros eventos. Necesito mi cabeza para mantenerme en el juego, y Kova es mi centro. Incluso cuando tenía pánico y estaba en mi peor momento, Kova siempre me mantenía centrada y equilibrada.

Después de ponerme los puños, me preparo. Realizaré las nuevas habilidades de liberación que Kova y yo habíamos trabajado en las últimas dos semanas, junto con mi dismount.

—Recuerda que no debes aguantar demasiado tiempo cuando llegue tu dismount —dice, mientras se pone a mi lado, y luego me da algunos otros consejos de última hora. Asiento, asiento, y

asiento un poco más. Me pongo detrás de la colchoneta y espero la luz verde, mientras Kova se coloca en paralelo al aparato.

Una vez que los jueces me dan el visto bueno, las barras se desarrollan con la misma fluidez que el salto, y mi rutina termina antes que pudiera respirar. Aterrizo mi nuevo dismount, con una amplia sonrisa, e inmediatamente busco a Kova. Una mirada a sus ojos y sé que siente lo mismo que yo. Satisfacción. Creo que va a volar sobre la colchoneta y a arrastrarme. Está radiante, sus ojos verdes están grandes y evocan pasión.

Me siento bien. Realmente muy bien.

Kova me envuelve en un abrazo.

—Me has dejado sin aliento ahí afuera —me dice cerca de la oreja. Se me pone la piel de gallina en los brazos—. Me quedé asombrado viéndote.

Me aparto y levanto un lado de la boca en una tímida sonrisa.

—Gracias, entrenador.

Ya han pasado dos pruebas y faltan dos, cuando la sombra de la duda se cuela en mi mente al pasar a la viga. ¿Había practicado lo suficiente? ¿Había hecho todos los ajustes necesarios? ¿Había puesto suficiente corazón en todo? Puedo terminar entre los ocho primeros, incluso entre los tres primeros al ritmo que llevo, pero eso no significa que me aseguré uno de los doce puestos con los que sueño.

Las mariposas se arremolinan en mi estómago. Quiero estar en el All-Around, una gimnasta utilizada en las cuatro pruebas, pero podía ser fácilmente una especialista y competir solo en una prueba. Aunque mi actuación de hoy pesa mucho en su decisión final, todos mis encuentros anteriores también influían en ella. En varias ocasiones, una gimnasta no pudo rendir al máximo en un encuentro nacional, pero había destacado en competiciones anteriores y, aun así, fue elegida para el equipo. Se trata de ver quién es capaz de rendir bajo presión y de representar al país, y yo tengo que preguntarme si he hecho lo suficiente.

Kova chasquea los dedos e inmediatamente lo miro.

—Concéntrate. No vuelvas a pasar por donde acabas de estar. —Asiento—. Ahora, tienes la opción aquí en la viga. ¿Quieres forzar la dificultad o realizar tu rutina habitual? —pregunta Kova.

Cada gimnasta tiene una lista de habilidades de apoyo con una miríada de dificultades que podían añadir o quitar a una rutina dependiendo de lo que ocurriera en un encuentro y contra quién compitieran. De este modo, si una gimnasta que me precede se cae de la viga de equilibrio o la toca con las dos manos después de un gran bamboleo, yo podría bajar la dificultad para hacer una rutina más segura y limpia si quería. Lo mismo ocurre con todas las demás pruebas. Tengo opciones, aunque no muchas, y solo he cambiado la mía unas pocas veces.

Mordiéndome el labio inferior, considero mis opciones. Puedo mantenerme a salvo o arriesgarme. Me apresuraba a arriesgar la dificultad con otros eventos porque tenía más confianza en ellos, pero la viga de equilibrio siempre me jode de lado.

Pero hoy no, Satanás. No. Hoy.

Miro a Kova.

—Vamos a hacerlo.

Me estudia, con las comisuras de la boca crispadas. Sé que me está evaluando, asegurándose que estoy mentalmente preparada, y lo agradezco. Finalmente, sus hombros se relajan y asiente, con una sonrisa en el rostro. Kova está entusiasmado y eso me hace sentir bien porque quiero que este orgulloso.

—Excelente.

Repasamos la estrategia y lo que cambiare. No es mucho, pero es suficiente para darme esa ventaja extra.

Justo antes de saludar a los jueces, doy unas palmaditas en el cuenco de tiza para asimilar mis sensaciones, y me pregunto por una fracción de segundo si he cometido un grave error al forzarlo.

Bloqueos mentales. Ansiedad. Pensar demasiado. La peor pesadilla de un gimnasta.



Respiro profundamente. Odio cuando hago esto y me recuerdo a mí misma que tengo una cosa que muchas gimnastas no tienen: un entrenador que me apoya y que nunca pondría en riesgo mi bienestar si piensa que no tengo lo que había que tener.

Sonriendo para mis adentros, cuento mis bendiciones.

Demasiado tarde para volver atrás, me subo a la viga y me entrego al deporte.



Capítulo 22

Al subir al escenario para mi última rutina de la competición, estaba imparable y concentrada.

Es el momento.

Después de adueñarme de la barra y convertirla en mi perra, la ansiedad deja de ser un problema. Transformo la visión en victoria y conquisto el obstáculo de la duda. No tengo nada que perder y todo que ganar al enfrentarme a todos los miedos que me acosan.

En cuanto mis pies tocan la alfombra azul, me siento en un nivel mental diferente: segura y apasionada mientras me deslizo por la pista con movimientos elegantes. Pongo toda la pasión que pude en este deporte que ha cautivado mi corazón desde una edad temprana. La tiza se convierte en mi brillo y floto sin esfuerzo, realizando todas mis habilidades, permaneciendo fluida y ligera como una cinta de seda en el suelo como lo había sido en la barra de equilibrio.

Al bajar las escaleras, choco la mano con Kova y le doy un rápido abrazo.

—Hubo una voltereta en la que estuviste peligrosamente cerca de salirte de los límites y un doble giro en el que saliste demasiado pronto, pero en general no me preocupa —dice.

Con mucho calor y la respiración agitada, asiento. Apoyo las manos en las caderas y espero. Me doy cuenta que se siente bien y eso me alivia, pero el hecho de saber que el más mínimo error podría costarme todo sigue siendo un pensamiento en la parte delantera de mi mente.

—Casi me caigo por completo de la curva. No sé cómo no lo hice, para ser sincera. Mis caderas estaban tan descentradas que podía sentirlo. ¿Hice demasiadas pausas? ¿Eran largas? ¿Cómo fueron mis saltos? ¿Parecía un robot rígido? —La comisura de su boca se levanta por un lado y sus ojos me brillan—. Casi cambié mi último pase de volteretas —suelto.

Frunce el ceño.

—Por supuesto, me alegro que no lo hicieras, pero ¿qué pasó?

Jadeando, niego con la cabeza.

—No lo sé. Fue como si el cansancio se apoderara de mí y hubiera sido más fácil bajar de nivel, pero en esos pocos segundos que tuve, supe que me arrepentiría si lo hacía.

—Ya está hecho y no está en tus manos. Se acabó el estrés. Hoy has estado increíble, Adrianna. Lo has dado todo. Independientemente de lo que pase, este es posiblemente el mejor día de mi vida. Has hecho que el entrenamiento sea muy gratificante.

Mis hombros se hunden y una sonrisa de gratitud inclina mis labios.

Me doy la vuelta y rebusco en mi bolso en busca de mis pantalones. Mi garganta está tensa por la emoción que había bloqueado y la adrenalina alimenta mi sangre. Los meses anteriores a este día, la lucha, la escalada, todo se reduce a esta tarde y al trabajo que acabo de realizar, pero también a la dedicación de mis entrenadores. Ellos son mi columna vertebral, especialmente Kova.

—¡Sí! —Kova estalla detrás de mí—. *Bud' ya proklyat. ¡Vota a da!*[3]

Me giro e inmediatamente miro la pantalla para ver mi nombre. Me quedo en estado de shock, incapaz de formar palabras o incluso de parpadear. Mi cerebro es un montón de papilla. No

[3] *Bud' ya proklyat. ¡Vota a da!* – Maldita sea ¡mis ojos!

puedo pensar con claridad mientras miro los números como si fueran números romanos e intento recordar cuál significaba qué.

No esperaba una puntuación máxima después de los pocos errores que sabía que había cometido, pero tampoco esperaba que fuera tan buena. Voy a la cabeza, pero solo por una décima de punto. La única prueba en la que no fui primera fue la barra, pero eso no me sorprendió.

Kova me abraza y se retira con la misma rapidez. Mi rostro se ilumina y rio con una gran sonrisa. En su lengua se mueven palabras rusas que yo no entiendo y todo su rostro rebosa de alegría.

—¿Qué tienes que decir? —pregunta.

—Ahh, ahh... no lo sé. Ahora mismo estoy en shock. ¿Esto es la vida real?

Me cubro el rostro con las manos y sonrío, sintiéndome tan mareada por este momento. Vuelvo a mirar la clasificación con incredulidad. Todavía quedan algunas rotaciones para las gimnastas que habían empezado después que yo, pero mantengo la cabeza alta con esperanza.

Tomo asiento, me inclino y apoyo los codos en las rodillas, y miro al suelo. Junto las manos y asimilo este logro. Estoy un poco sumida en mis emociones y quiero recordar este momento sin el parpadeo de las luces y las cámaras por todas partes. En la siguiente hora sabré si he entrado en el equipo nacional.

—Adrianna —dice Kova, tomando asiento a mi lado. Coloca una mano en mi espalda—. Ten fe y confía en mí. Lo que has hecho hoy ha sido nada menos que extraordinario.

Lo miro.

—Confío en ti como entrenador, pero sabes que no puedo confiar ciegamente en ti. Confiar en ti no me ha llevado a ninguna parte.

Una sombra cruza sus ojos y el remordimiento me llena al instante. No estoy segura de por qué he dicho eso. Fue cruel y tan

pronto como salió de mis labios, me arrepentí. Me ha dado todo lo que le había pedido en el gimnasio, pero la palabra confianza y el nombre de Kova no encajan bien y me irrita la piel.

—Lo siento.

—Sé lo que está pasando por tu cabeza en este momento. Eres una bola de nervios y te cuestionas todo. Estás nerviosa. Tienes los dedos hormigueando. Tienes demasiada adrenalina bombeando a través de ti. Es normal que te sientas así. —Asiento, avergonzada. Es como si estuviera en mi cabeza—. Y —añade, inclinándose más hacia mí—: si realmente quisieras decir lo que has dicho, no estaríamos aquí ahora mismo.

Llevo mi labio inferior entre los dientes y muerdo, apartando las lágrimas.

—Tienes razón… Lo siento. No debería haber dicho eso.

—No te disculpes. Para ser justos, te he dado motivos para dudar de mí, pero nunca cuando somos entrenador y gimnasta. Te he dado todo y más porque creo en ti. Espero que lo veas.

Inclino mi rostro hacia un lado y escucho su voz.

—Lo veo.

Kova asiente y me entrega mi chaqueta.

—No puedo ponérmela ahora mismo. Estoy sudando. —Se rio y la deja encima de mi bolso—. ¿Pero lo dices en serio? ¿Qué hoy lo he hecho excelente?

—Ya deberías saber que no endulzo las cosas. No lo diría si no fuera cierto. —Me pone la mano en la rodilla y me gira para mirarlo—. Eres una artista y hoy me has dejado boquiabierto, pero lo has hecho desde que empezó la temporada. Si los jueces y los entrenadores del equipo no lo ven, entonces he perdido la fe en este deporte. Te mereces estar en el equipo nacional. Lo has dado todo, y si no estuviéramos delante de cientos de personas, te mostraría exactamente lo que siento de verdad, te acercaría y te besaría ahora mismo. Irradias un brillo que me atrae de una manera que no puedo explicar.

—Entrenador… —Mantengo la voz baja, temiendo que alguien pudiera escuchar.

Él levanta una mano y me hace un gesto para que lo dejara pasar.

—Lo siento. Sé que está mal por mi parte, pero es lo que siento por dentro ahora mismo. Estoy enamorado de cada parte de ti: mente, cuerpo y alma. Soy adicto a la forma en que tu cuerpo se apodera de ti cuando estás bajo presión y actúas. No puedo apartar mis ojos de ti. Vas a llegar lejos, Adrianna Rossi, y me gustaría poder estar contigo en cada paso del camino.

Sacudo la cabeza, sin entender.

—¿De qué estás hablando? Estarás allí.

Sus labios se vuelven hacia abajo y eso provoca una punzada en mi pecho.

—No para siempre.

Cierro la boca al darme cuenta. El tiempo pasa dolorosamente lento, mis emociones son un desorden desastroso al que no puedo dar sentido. Las lágrimas me queman el fondo de los ojos y me esfuerzo por mantener la respiración. Kova tiene, una vez más, razón. No estará allí para siempre como mi entrenador, y a pesar de todos nuestros agravios, no quiero imaginarlo. No hay dos personas tan sincronizadas como nosotros, y cada vez más separadas. No es justo.

Nos sentamos juntos en silencio cuando termina el encuentro. La voz del locutor retumba en el gimnasio con indicaciones para los entrenadores y los atletas.

La garganta de Kova se estremece al tragar.

—Vamos. Debemos esperar a que se cuenten las puntuaciones finales.

Asiento, tomo mi bolso y me lo cuelgo del hombro. Después de estar sentada durante la última hora, mi cuerpo tuvo tiempo de descomprimirse y el peso del día se hace sentir. Todo está tenso y

el dolor bajo las costillas ha vuelto. Respiro tranquilamente y me presiono el costado. Cerrando los ojos, rezo para que el dolor desaparezca y me topo accidentalmente con Kova.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Ah, sí. Solo estaba bostezando y me tropecé —miento.

Sigo de cerca a su lado, sin mirar a propósito el marcador. La última vez que lo vi, todavía estaba entre los ocho primeros, pero no quiero hacerme ilusiones.

Nos unimos a los demás entrenadores y gimnastas. Kova me palmea la espalda, dándome palabras de ánimo y elogios por mi esfuerzo. El parloteo se hace más fuerte, al igual que las palpitaciones en mis sienes. Las estrellas bailan en mi visión, ya sea un signo de deshidratación o de estrés. Busco en mi mochila, saco una botella de agua y bebo un gran trago.

Un fuerte aplauso resuena en todo el estadio. Miro a mi alrededor, confundida, y entonces veo a la directora del equipo femenino de Estados Unidos, Elena Lavrov, entrando en el gimnasio con su habitual sudadera roja, blanca y azul. Mi corazón se detiene y automáticamente agarro la mano de Kova. Me da un apretón tranquilizador sin mirar y luego la suelta.

Elena es una figura emblemática, una leyenda en el mundo de la gimnasia, reconocida por su habilidad en los entrenamientos y su buen ojo. Nacida en Rumanía, pero ahora ciudadana de Estados Unidos, es conocida por tomar medidas drásticas para ser la mejor.

Los televisores de pantalla plana de arriba están ahora en blanco para preparar la lista de todos los miembros del equipo nacional. El ruido en la sala se apaga. Es el momento que todos esperábamos.

Dejo la bolsa y el agua a mis pies y respiro hondo, intentando calmar mis emociones. Utilizo el dorso de la mano para limpiar las pequeñas gotas de sudor de mi labio superior y me aprieto la coleta. Esta mujer, que mide 1,65 metros, tiene mucho poder. Es la tijera

que corta los sueños por la mitad y el súper pegamento que los une para siempre.

Tomando el micrófono, Elena habla con un fuerte acento rumano casi demasiado marcado para entenderlo. Me inclino hacia adelante como si eso me ayudara a escucharla mejor.

—Hoy hemos tenido un resultado tremendo con muchas gimnastas excelentes y de gran talento. Su dedicación al deporte, y a ustedes mismas, no tiene límites. Todas son lo mejor de lo mejor y deberían estar muy orgullosas de sus logros. —Elena hace una pausa y sus ojos se fijan en las gimnastas—. Para algunas de ustedes, hoy marca el final de la temporada. No se desanimen. Nunca renuncien a lo que creen o a lo que sueñan, porque entonces estarán renunciando a sí mismas, y eso sería una tragedia. —Sonríe y lo siento en mi pecho—. Tomen un momento y miren alrededor de esta sala. Cuatro de ustedes van a representar a los Estados Unidos en los próximos Juegos Olímpicos.

Los aplausos estallan y luego se disiparon rápidamente.

—Todo el mundo quiere llegar a la cima, pero recuerden que en los Juegos, la gimnasia es un deporte de equipo. Si eres elegida hoy, eres elegida por lo que es mejor para el equipo y tu país. Tanto si se trata de una competidora All-Around como de una especialista o de una suplente, en cualquier caso, considéralo un honor. La gimnasia se basa en un sistema en el que se acumulan puntos por la dificultad y luego por la ejecución. Queremos que las gimnastas de más alto nivel se inspiren unas a otras para hacer más, para ganar ese lugar más alto en el podio. —Elena levanta el dedo índice—. Deben recordar que no se trata solo de ganar. Todas queremos ganar. Se trata de cuánto más están dispuestas a sacrificar por el bien del equipo y de ustedes mismas. De cuánto están dispuestas a renunciar, para reinar en conjunto. No se trata de lo que haces, sino de cómo lo haces. Esto es solo el principio, chicas.

La arena está en completo silencio mientras ella despliega un papel en sus manos. El pandemónium está a punto de estallar, tanto con lágrimas de alegría como con lágrimas de derrota.

Todo por lo que he trabajado depende de este momento. Todo.



Capítulo 23

—Sin ningún orden en particular, aquí están los miembros del equipo nacional.

Anuncia a dos chicas, y los gritos agudos estallan al compás de su inglés entrecortado. Lee dos nombres más, luego otro, y otro más. Su profundo acento le hace pronunciar mal algunos. Cuando llega al número siete, y mi nombre aún no ha sido pronunciado, el miedo se forma en la boca del estómago.

La gimnasia es un deporte despiadado.

Si no dicen mi nombre, me alejaría estoicamente y pensaría en mi siguiente paso.

No. Voy. A. Llorar. Tengo que ser fuerte.

Elena anuncia a las chicas ocho y nueve, quedando solo tres plazas.

Se nombra a la décima gimnasta y todo a mi alrededor se difumina. Mi corazón cae al suelo, llevándose mi confianza con él. Se dice otro nombre que no es el mío. El fondo de mis ojos arde y mi mandíbula tiembla por las intensas emociones que me golpean a la vez. Creo que voy a desmayarme cuando recibo un pequeño empujón en el costado.

—¡Vete! ¿Qué esperas? —Kova me da un codazo más fuerte y me grita al oído. Parpadeo, con las cejas fruncidas y la mirada desorientada.

Kova me empuja hacia adelante y estoy a punto de maldecirle, pero entonces me dirige la mirada. Endurezco los hombros y diviso

a Elena. Lleva una enorme sonrisa en el rostro mientras me hace señas alegres para que avance. Las lágrimas me difuminaron de inmediato y un escalofrío me recorre los brazos.

La presión en mi pecho se alivia y miro por encima del hombro a Kova en busca de orientación. Aplaude y grita mi nombre, pidiéndome a gritos que me vaya, que siga avanzando.

Vuelvo a mirar a Elena, completamente sorprendida.

Elena había dicho mi nombre. Yo soy la número once.

No puedo controlar más mis emociones y rompo a llorar. Las gimnastas me frotan los hombros y me felicitan entre risas sollozantes mientras pas9 junto a ellas. Observo a mis nuevas compañeras de equipo mientras camino hacia el final de la fila, cada chica tiene la misma reacción que yo: rostros manchados, ojos llorosos, sonrisas gigantes que se extienden de oreja a oreja.

Oh. Mi. Dios.

Han dicho mi nombre. Lo he conseguido. ¡He entrado en el equipo nacional! Estoy un paso más cerca de entrar en el equipo olímpico.

Mi rostro se hunde en las palmas de mis manos callosas y llenas de tiza, y lloro desconsoladamente. Me tiemblan los hombros mientras hago cola con las demás. Lo he conseguido. Creí que era el final de mi carrera como gimnasta, que no me habían elegido... Pero lo he conseguido.

—Aquí están los miembros del Equipo Nacional de Gimnasia Femenina de los Estados Unidos —dice Elena en el micrófono, su voz rebotando en las paredes de la arena. Agita el brazo hacia su nuevo equipo—. Demos un aplauso a las que lo han conseguido, y a las que han luchado con tanta diligencia para estar aquí. Todas merecen ser recompensadas por su duro trabajo.

Con el dorso de las manos, me limpio los ojos y levanto la vista. Respiro profundamente y exhalo. Se me rompe el corazón por las chicas que están frente a mí con lágrimas de dolor corriendo por sus mejillas. Sabía lo que pasaba por sus mentes. Se sienten fracasadas, como si sus vidas hubieran terminado. Se preguntan si

alguna vez lo conseguirán. Se preguntan qué más podrían haber hecho para estar de este lado. Se torturan a sí mismas, cuestionando cada momento y si vale la pena. Algunas se rendirán después de esto, y otras lucharán por volver. Es un círculo vicioso.

—Cuando diga su nombre, me gustaría que dieran un paso adelante —dice Elena. Llama a un total de seis nombres, siendo el mío uno de ellos.

Adrianna Rossi. Bóveda. Barras asimétricas. Suelo.

—Aquí están tus especialidades.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, y luego una sonrisa vuelve a recorrer mi rostro. Incluso mejor de lo que había esperado.

Una vez liberadas, no tengo que buscar mucho para encontrar a Kova. Puedo sentir sus ojos sobre mí, sobre todo mi cuerpo. Giro para mirarlo y, sin dudarlo, corro a sus brazos. Kova me levanta y yo entierro mi rostro en su cuello mientras rodea mi espalda con sus brazos y me aplasta contra él. Lo abrazo con fuerza, lo atraigo hacia mí, respirando el único aroma que me reconforta al instante. En este momento no puedo evitar olvidar todo lo negativo que hemos pasado. Él me ha visto en mi peor momento, y yo lo he visto en el suyo. Pero esto es algo totalmente distinto. Un sentimiento que no puede explicarse ni entenderse, solo una conexión con mi otra mitad.

No hay palabras. No son necesarias. Todos los sacrificios, las heridas, las palabras hirientes, las horas agotadoras, valen este momento. Estar en sus brazos, llegar hasta aquí con él, y estar en el equipo, lo vale todo.

—Sabía que lo llevabas dentro —susurra. Sus labios rozan mi oreja. Mi corazón revolotea contra mi pecho y me pregunto si él puede sentirlo.

Trago con fuerza.

—No podría haberlo hecho sin ti.

—Sí, habrías podido. Lo llevabas dentro todo el tiempo. Solo necesitabas un empujón.

—De la persona adecuada —termino por él—. Lo necesitaba de la persona adecuada.

Kova me baja. Me deslizo contra su cuerpo y mis pies se encuentran con el suelo, pero no nos soltamos. Nos quedamos cerca, abrazados con mis manos en la curva de sus codos. Puede que me pareciera extraño tener tanta intimidad y tacto el uno con el otro al aire libre, pero otros entrenadores y gimnastas están haciendo lo mismo, algunos tienen que consolar a sus atletas. Lo miro con gratitud y respeto, y él lo reconoce con una pequeña sonrisa.

—Vamos a buscar a tu padre. Lo he visto antes.

Asiento. No tenemos que buscar mucho, ya que mi papá nos encuentra primero. No sé cómo llegó a la planta de reuniones porque no se permite la entrada a los padres, pero no lo cuestiono. Se acerca a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja. Lleva unos jeans oscuros y un polo blanco abotonado con un llamativo diseño de colores en la tela donde los tres botones quedan abiertos. Su atuendo informal contrasta con los trajes que suele llevar.

—¡Adrianna! —dice con una sonrisa orgullosa, y luego me levanta en sus brazos con un abrazo gigante. Me suelta rápidamente y baja la mirada—. Estoy muy orgulloso de ti. Felicidades.

—Gracias, papá.

Está radiante y eso me hace muy feliz por dentro. Papá me da una palmadita en el hombro.

—Estuviste increíble ahí afuera. Estoy muy contento de haberte visto actuar. Nunca lo olvidaré.

Le sonrío.

—Frank —dice Kova, extendiendo la mano. Mi papá lo saluda.

—Konstantin, no puedo agradecerte lo suficiente que hayas conseguido que mi hija esté un paso más cerca de su sueño.

—Ah, me siento halagado, pero no fui yo. Su hija lo llevaba dentro desde el principio. Yo solo le di la dirección y los medios que necesitaba para dar el siguiente paso.

—¿Qué es lo siguiente para ella?

Kova mete las manos en los bolsillos y levanta la barbilla.

—Tendrá campamentos a los que deberá asistir, y encuentros internacionales que se añadirán a su calendario. Va a ser un montón de estrés para rendir a la demanda y bajo presión, pero Adrianna lo tiene claro. Tengo que reunirme con Elena, y luego podemos reflexionar con una cena y bebidas.

Papá está de acuerdo.

—Cualquier cosa que necesites, házmelo saber.



Capítulo 24

Kova no exageraba. Mis ojos se abren de par en par mientras miro mi calendario modificado, con sorpresa y entusiasmo. Había diseñado un itinerario de seis meses para mí que dejó a mi papá con el ceño fruncido por la aprensión. Mientras yo estoy impaciente por empezar, me doy cuenta que es abrumador para él. Si tuviera que adivinar, probablemente se preguntará cómo me las arreglaré para hacerlo todo. Mi horario cambiará drásticamente en forma de encuentros y campamentos. Al ver lo que estoy a punto de asumir, mi corazón se estremece. Este es un reto que estoy decidida a ganar.

—Sé que cuestioné esto cuando mi hija acudió a ti por primera vez, pero tengo que volver a preguntarlo porque esto es… mucho. —Recoge su copia y la hojea por décima vez. Nos sentamos en una mesa en un rincón del restaurante de uno de los hoteles que tiene papá—. ¿Será capaz de soportar los viajes además de todo lo demás? ¿El entrenamiento y los campamentos? El cambio de horario la va a desconcertar. Me preocupa que se agote.

Levanto la barbilla.

—Claro que sí. —Kova y mi papá miran en mi dirección—. Puedo arreglármelas, igual que antes.

—Solo tiene un tiempo determinado —dice Kova, y se inclina hacia adelante—. Adrianna está en su mejor momento. Tenemos que aprovecharlo mientras podamos. No quiere decir que no pueda ir a unas segundas Olimpiadas, ya que siempre es una posibilidad, pero su momento es ahora y queremos aprovecharlo al máximo. Tiene un pasaporte válido, ¿verdad?

—Por supuesto —contesta papá, y garabatea unas cuantas notas—. Seguro que los padres asisten a estas reuniones en... —Entrecierra los ojos en su papel antes que su voz suba de tono—. ¿Italia? ¿Y Escocia?

Kova se aclara la garganta y cruza las manos delante de él.

—Algunos padres lo hacen. Sin embargo, es muy costoso, y la mayoría no puede permitírselo.

—¿Así que viajan solos a un país en el que nunca han estado, donde no tienen jurisdicción? Eso no va a pasar.

Todo el aire abandona mis pulmones.

—Viajan con sus compañeros y entrenadores —lo corrige Kova.

Los hombros de papá se relajan ligeramente. Está preocupado por los encuentros internacionales, pero con todo derecho. Probablemente yo me sentiría igual si estuviera en su lugar. Cada vez que he viajado fuera del país, siempre había sido con mis padres. Nunca sola.

—Una cosa es permitirle vivir por su cuenta. Puedo llegar en poco tiempo y conozco la zona. Otra cosa es viajar miles de kilómetros a un país extranjero donde no tiene derechos ni protección. ¿Quieres decir que los padres dejan que sus hijos vayan solos? ¿Sin ninguna preocupación en el mundo? —Sacude la cabeza y deja los papeles en la mesa—. De ninguna manera. No va a suceder. Tendré que revisar mi horario de trabajo y ver qué puedo hacer.

Se acaba el poco aire que me queda. Mis costillas palpitan por el golpe que están recibiendo.

—¿Y mamá? —No puedo llamarla Joy delante de Kova.

—No cuentes con ella para nada en este momento —dice. Toma su teléfono celular y mueve sus pulgares rápidamente sobre la pantalla.

Me echo hacia atrás, refugiándome de nuevo en mí misma. Me cierro. *No cuentes con ella para nada en este momento*. Ni siquiera es mi verdadera madre.

Mi frente late con fuerza. No puedo entender cómo pudo pasar de criarme como si fuera suya a desecharme como la basura de ayer. Es cierto que Joy no es mi verdadera mamá, pero es la única mamá que había conocido y, a pesar de nuestras diferencias, sigue siendo mi mamá y yo la amo. Tal vez papá está equivocado. No hay forma que me descartara por algo en lo que no había participado.

—¿A qué te refieres con no contar con ella? —pregunto suavemente—. ¿Puedo hablar con ella en caso que no puedas estar allí? —Mi voz suena pequeña y quebradiza—. Nunca le he pedido nada, pero le pediré esto. Es imposible que diga que no.

No responde, solo sigue escribiendo en su teléfono celular.

Me trago el grueso nudo que tengo en la garganta y miro hacia Kova, presa del pánico y esperando que capte la indirecta. *Haz algo.* Le pido sin sonido. Me hace un sutil movimiento de cabeza y bajo la mirada. Si es necesario, le pediré a Kova que hable con él en privado. No había manera que llegara hasta aquí y luego no pudiera viajar a las reuniones de clasificación. No estoy segura de lo que haré si llegaba a eso, pero encontraré la manera de ir.

—Papá...

—Adrianna —dice mi nombre. Solo una palabra. Y es suficiente para que entienda el significado detrás de su tono.

Me hundo en mi silla, con el estómago revuelto amargamente y el corazón en la garganta. Parece que cada vez que me acerco un paso a mi sueño soy empujada tres metros hacia atrás. Papá envía una serie de mensajes de texto y murmura en voz baja mientras estamos sentados en silencio alrededor de la mesa. Finalmente, exhala un fuerte suspiro y pone su teléfono boca abajo.

—Papá...

—Ahora no. —Su cabeza se dirige hacia mí y yo retrocedo ante su mirada fija—. Hablaremos más tarde. —Se vuelve hacia Kova—. Entonces, ¿qué es lo siguiente?

Kova se aclara la garganta:

—Aparte de los diversos encuentros que hay en el extranjero, Adrianna tiene dos campamentos a los que debe asistir. El campamento está en Texas y se celebra en el Centro de Entrenamiento Olímpico de Estados Unidos. Uno es este próximo fin de semana y el otro es el mes que viene. Ambos durarán una semana completa y estará rodeada de lo mejor de lo mejor en el deporte, es decir, entrenadores, médicos y terapeutas. Estará bien cuidada. No se le permitirá salir del recinto, pero tendrá todo lo que necesite. Se encargarán de sus comidas y se alojará con otras gimnastas.

—¿Estarás allí con ella? —pregunta papá.

—No lo haré.

—Hmm... —Ya había viajado sola a otros estados, así que este debería haber sido una apuesta segura, pero a juzgar por el tono de mi papá, ahora no estoy tan segura.

—Tengo muchos contactos allí, si eso te ayuda —añade Kova.

Mi papá y Kova siguen discutiendo en detalle lo que implica mi futuro hasta que llega la cena.

—Disculpe. —Kova se aparta para atender una llamada a mitad de nuestra comida. Papá le hace un gesto para que se vaya y come su filete poco hecho como si no le importara nada. Nos quedamos en silencio.

—No quiero ser grosero —dice Kova, volviendo un momento después— pero necesito continuar esta llamada con mi esposa en privado.

Finjo que no me importa y corto un pequeño trozo de pargo escamoso. Le doy un bocado y me pregunto de qué van hablar él y Katja, y luego dejo de pensar en eso con la misma rapidez. Ya tengo bastante en mi plato, por así decirlo.

—No te preocupes, haré que el camarero recoja lo que queda y lo envíe a tu habitación —dice papá.

—Gracias, Frank. Adrianna. Los veré a los dos mañana. —Kova se va con el teléfono pegado a la oreja.

Mañana volaremos de vuelta a Florida. Practicare como una bestia durante los siguientes cuatro días, y luego volare a Texas por una semana. No estoy segura qué esperar en el campamento… solo he oído rumores… pero en el intervalo practicaría mi programa habitual, y criticare cada parte de mis rutinas como he hecho miles de veces antes.

—¿Qué pasa? —Papá señala mi plato con su cuchillo para carne—. ¿No es de tu agrado?

Tomo otro pequeño bocado y trago.

—Está perfecto. Probablemente el mejor pargo que he comido en mucho tiempo.

Sonríe.

—Sabes, si tu madre estuviera aquí, no te dejaría comer el suflé de patata.

—Lo sé. Me lo habría arrancado del plato y habría hecho que el camarero se lo llevara.

Miro la pequeña cazuela de patatas rellenas y se me hace la boca agua. Carbohidratos. Cómo los echo de menos. Solo había dado un pequeño bocado. Daría cualquier cosa por perderme en el tazón de carbohidratos de mierda, pero sé que no debía hacerlo. Un pequeño bocado no me matará, pero no hay ninguna posibilidad que los coma ahora desde que he llegado a la selección.

—Hablando de mamá…

—No hay nada que hablar.

—Papá, por favor —ruego—. ¿Qué pasa?

—Nada que no hayamos tratado ya en el pasado. Créeme, cariño, al final todo va a ser como debería haber sido.

Bajo los ojos. Lo que dice no tiene sentido. Sus palabras ciertamente no coinciden con su tono empalagoso, pero es lo último que dijo lo que me preocupa. Las ganas de ahondar en esa afirmación me atormentan las entrañas de forma feroz, pero algo me dice que acabará enfadado.

—Adrianna, lo único de lo que quiero que te preocupes ahora es de la gimnasia. Ese es tu primer y único objetivo. Yo me encargaré del resto.

Ocuparse del resto, como si pudiera barrerlo bajo la alfombra. No estábamos hablando de una vieja amiga a la que no había visto en años, estábamos hablando de la mujer que me crio a regañadientes y luego me dejó afuera.

Papá señala un pequeño menú.

—¿Quieres postre?

Sacudo la cabeza.

—¿Me odia?

Sus ojos se suavizaron.

—No, cariño, nunca podría odiarte.

—¿Entonces por qué siempre actúa así? Desde que descubrí que soy tu pequeño y sucio secreto...

Papá abre los ojos y me señala con el dedo.

—En primer lugar, no eres mi pequeño y sucio secreto, y no vuelvas a decir eso.

Tomate, tomahto.[4]

—Entonces, ¿por qué no ha hecho ningún intento de contactar conmigo o de formar parte de mi vida?

[4] Un dicho que se refiere a una diferencia entre dos opiniones que es tan pequeña que no importa.

—¿En qué se diferencia de antes? —dice.

Cierro la boca de golpe, hundiéndome un poco por dentro. Pienso en su argumento, y tiene razón. Papá tiene toda la razón del mundo. Ha hecho muy poco por formar parte de mi vida, y solo cuando le convenía. Nunca se desvivía por mí, y todo lo que hacía tenía un motivo. Cuanto más pienso en eso, más me asqueo. Nada ha cambiado, y estoy segura que nunca cambiaría. Trago con fuerza, la realidad de la situación me rompe el corazón.

—Me disculpo —dice, el arrepentimiento llena su voz—. No debería haber dicho eso.

—Está bien —respondo, sacudiéndome y limpiando mi rostro de cualquier emoción—. Tienes razón. No hay ninguna diferencia. Supongo que es solo una ilusión, eso es todo.

Estoy segura que no hay nada peor que ser rechazada por un padre por algo sobre lo que no tenías control. No es mi culpa haber nacido, ni que fuera el resultado de una aventura. *Joy*... qué nombre para alguien que se sentía tan miserable con su fastuosa vida... descargaba su dolor y su ira en la persona equivocada, y era injusto. Necesito recordarlo, pero fingir que la verdad no me perturba es una píldora difícil de tragar cuando me está matando por dentro.

Tuve que preguntarme si alguna vez tuve una madre que se preocupara. Joy ciertamente no lo hizo. Hizo evidente que estaba en el matrimonio por sí misma, y mi madre biológica había sido pagada.

Yo soy humana. Con emociones. Destruida por los engaños de mi familia. Y papá quiere que lo olvide como si fuera una vieja noticia.

—A veces olvido que no eres una adulta.

—Papá, ya no soy una niña, pero tienes razón —digo con una sonrisa vacía—. Mi única preocupación ahora mismo es la gimnasia y nada más.

Si fuera tan fácil creer las mentiras que me digo a diario.



Capítulo 25

Hacía días que no lloraba, pero esta mañana me he despertado con un vacío doloroso en el pecho que me atormenta. Apenas había dormido a pesar del agotamiento paralizante. Tengo los ojos hinchados, y uso el mejor y más caro bálsamo para debajo de los ojos para reducir la hinchazón y ocultar cualquier tensión que pudiera encontrar.

Así es como paso cada día, fingiendo que no tengo ninguna preocupación en el mundo. Soy un maldito robot mientras me muero por dentro.

Imprudentemente unida por la cinta deportiva, la crema para los ojos y la penosa medicina antiinflamatoria que me ha dado Kova, estoy al borde de un colapso. Puedo sentirlo. Es como si la perdición inminente se enroscara dentro de mí. Realmente no sé cómo supero cada día, pero hoy estoy hundida en mis sentimientos y lo odio.

Llevo una hora estacionada y sentada frente a World Cup bajo la lluvia cuando veo a Holly y Hayden salir de su auto. El plan era llegar temprano y entrenar, pero en el momento en que había estacionado me quedé inmóvil. Algo en el clima y mis emociones están trabajando al doble. Lo único que puedo hacer es sentarme y mirar. Pero ahora no tengo tiempo y tengo que entrar o Kova y Madeline van a tener mi cabeza. Sobre todo porque habíamos revisado mi programa de entrenamiento.

Veo a Holly entrar corriendo y luego me pongo los auriculares y me tapo la cabeza con la capucha del jersey antes de abrir la puerta del auto. Quiero evitar hablar con Hayden. Con la forma en que me siento, mi nuevo objetivo es evadir cualquier otro obstáculo en mi vida que implicara aplastar un poco más mi alma. No es su

culpa, pero tener sexo con Hayden había sido un error del que deseaba poder retractarme. Nunca se lo diría, por supuesto, pero es algo que nunca debí dejar que sucediera.

Caminando hacia la puerta principal del gimnasio, me encontraba desocupada cuando una mano se posa en mi hombro y me detiene. Me giro.

—Hola —dice Hayden en voz baja, con las cejas arqueadas.

Saco un auricular.

—Hola.

—¿No has oído que te llamaba por tu nombre?

—Estaba escuchando música —miento. Mi teléfono empieza a vibrar en mi mano. Miro hacia abajo y se me cae el estómago. Me llaman de la oficina del médico. Debían de haber recibido los resultados de mi análisis de sangre.

—¿Necesitas atender eso? —pregunta Hayden, usando su barbilla para señalar mi teléfono celular.

Pulso el botón de ignorar y los envío directamente al buzón de voz. No tengo tiempo para repasar los resultados ahora con el entrenamiento a punto de empezar.

—No, está bien. Puedo volver a llamarlos durante el almuerzo.

—Felicidades por entrar en el equipo nacional. Aunque no me sorprende. Tenía el presentimiento que lo conseguirías.

—Gracias —respondo. Ni siquiera el recordatorio de haber entrado en el equipo puede sacarme de mi oscuro estado de ánimo.

—Llevo tiempo intentando localizarte —dice.

Mi mirada se desvía hacia el suelo y luego vuelve a subir. Me había llamado unas cuantas veces, pero yo le había dado al botón de “Jódete” cada vez.

—Lo sé —digo en voz baja—. Lo siento. Es que he estado muy ocupada.

Hayden inclina la cabeza hacia un lado y me lanza una mirada cómplice.

—Puedo ver más allá de tus tonterías, sabes, pero está bien, lo entiendo. —Se mueve sobre sus pies y me ofrece una pequeña sonrisa. No es el tipo de persona que hace sentir mal a alguien—. Escucha, hay algo de lo que quiero hablarte. Algo que quería contarte y que aún no le he dicho a nadie. Quería que fueras la primera.

—¿No se lo has dicho a nadie? ¿Ni siquiera a tu hermana?

—Por supuesto que se lo he contado a ella. Solo me refería a alguien más, ni siquiera a Reagan —añade. Las esquinas de sus ojos se arrugan mientras me dedica una sonrisa pícara, y eso alivia la presión sobre mis hombros. Como buen chico que es, Hayden me abraza y yo me fundo con él. Pasan unos momentos de silencio. Encuentro el respiro que necesitaba, y que también necesita nuestra amistad.

—Siento haber sido una imbécil y haber ignorado tus llamadas —digo, con mi rostro aplastado contra su pecho.

Hayden me rodea con sus brazos.

—No te preocupes. Todos tenemos nuestros momentos. ¿Crees que podríamos quedar más tarde?

Me aparto.

—¿Está todo bien? Tengo un poco de tiempo ahora si quieres hablar.

—Todo está bien. Muy positivo en realidad. Solo quiero tu opinión sobre algo.

—Claro. ¿Quieres cenar más tarde? Probablemente no salga hasta las siete y algo.

Hayden asiente.

—Te recogeré sobre las ocho.

Sonrío.

—Perfecto.

Me retuerzo el cerebro intentando averiguar de qué quiere hablarme Hayden. Quizá había decidido dejar de traficar con nuestros compañeros de equipo. Pero, ¿su hermana conoce esa faceta suya? Solo tuve una hora para esforzarme de verdad, ya que había estado concentrada en el entrenamiento, pero mientras me preparo para la cena, no se me ocurre nada. Absolutamente nada, y eso me vuelve loca.

Bajo en el ascensor hasta el vestíbulo, salgo y veo el auto de Hayden.

—De acuerdo. Suéltalo —digo, en cuanto me siento en el asiento del copiloto, lanzándole una enorme sonrisa.

Hayden pone en marcha y se rio.

—Cálmate. Te lo contaré pronto.

Me giro hacia él.

—¿De verdad? ¿Me vas a hacer esperar? Bien. Pero, ¿podrías al menos darme una pista?

Me dirige una mirada fugaz antes de volver a centrar su atención en la carretera.

—Estás muy bonita.

—Tú también —respondo rápidamente. Los dos vamos vestidos de forma informal, mi estilo favorito. Tengo el cabello húmedo y mi rostro no está maquillado.

—¿Dónde quieres comer?

—En cualquier sitio. —Otra respuesta rápida.

—¿Algo que engorde?

Dudo una fracción de segundo y eso produce otra risa de Hayden.

—Claro.

—Vaya. Aceptarás cualquier cosa ahora mismo si te doy una pista, ¿no?

—Más o menos. —Me rio—. ¡Me estás matando! Dame algo. —Una sonrisa gigante y contagiosa se extiende por su rostro—. ¡Ves! —digo, señalando hacia él—. Quieres decírmelo.

—Bien —dice Hayden, entrando en la carretera principal—. Tiene que ver con mi carrera de gimnasia.

—Y...

—¿Está bien la pizza? Me muero de hambre y no quiero esperar mucho.

Hago una mueca, mi estado de ánimo cambia al instante. Se me hace la boca agua al pensar en comer una porción de pizza suprema. Un día, me digo. Un día pediría una pizza entera solo para mí y me la zamparía con una botella de Coca-Cola de dos litros. Pero hoy no.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que comí pizza? ¿El horrible dolor de estómago que tuve? No quiero arriesgarme. Pediré una ensalada, si te parece bien.

Hayden me mira.

—Por supuesto que está bien.

Entramos en el centro comercial y estacionamos. En menos de cinco minutos, estábamos dentro y sentados con bebidas.

—Entonces, ¿qué tipo de pizza debería pedir? —pregunta, mirando el menú. Mi paciencia se está agotando. No se me dan bien las sorpresas, y mucho menos esperarlas. No es que esto fuera una sorpresa, pero seguro que lo parecía. Nunca podía contenerme cuando se trataba de cumpleaños o regalos de Navidad y siempre cedía de antemano.

Básicamente, arruinaba las sorpresas.

Y las amistades.

Y relaciones.

Y matrimonios.

Cuando no contesto, Hayden me mira por encima del menú. Lo miro fijamente y se echa a reír. Intento aguantar la línea plana de mi boca y la pesada mirada de "quiero estrangularte con mi mente", pero no puedo y empiezo a reírme. Recojo el envoltorio de la pajita, lo formo en una bola y se lo lanzo.

—Muy bien, muy bien, muy bien —dice.

—Ponte a eso, Matthew McConaughey.

—Como ésta es mi última temporada con World Cup, he estado pensando mucho en mi futuro y en lo que quiero hacer. Me he debatido sobre si quiero seguir con la gimnasia en la universidad o no. Quiero experimentar la universidad y todo el tema de la fiesta y la fraternidad, pero la cosa es que tú sabes tanto como yo lo que significa este deporte. No quiero dejar la gimnasia todavía. Dejarlo sería extremadamente difícil, pero dadas las horas que practicamos ahora, no estaba seguro de poder tener la experiencia universitaria completa y entrenar al mismo tiempo.

Mierda. Había olvidado que Hayden es un año mayor que yo. Eso significa que él y Holly se irán pronto. Una tristeza que no esperaba me invade. Cuando se vayan, no tendría a nadie.

—Pero cuanto más consideraba la gimnasia universitaria, más me daba cuenta que podía tener a ambos. Aparentemente, solo tenemos que entrenar como la mitad de lo que estamos entrenando ahora.

—¿La mitad? —Mis cejas se disparan. La mitad es un paseo por el parque.

—No más de veinte horas a la semana.

—¡Dios mío! Eso no es nada. Practico veinte horas a la semana solo mientras duermo —bromeo.

—¿Verdad? Una vez que me di cuenta de eso, apliqué a las universidades de todo el país. En las que ofrecían títulos en algo que posiblemente me interesara, y en las que tenían un programa decente de gimnasia masculina.

Me quedo mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Cuándo tuviste tiempo de solicitarlo?

—Durante los fines de semana, cuando el equipo de chicas estaba en los encuentros. No apliqué a todas, algunas me reclutaron.

Aunque Hayden adoraba y encontraba la miseria en el deporte de la misma manera que yo, ir a los Juegos Olímpicos nunca fue su sueño.

Sonrío.

—Eso está muy bien. ¿Dónde te has apuntado?

—En la Universidad de Florida, aunque no tienen equipo masculino. Es que me gusta la universidad. Stanford y Berkley tienen equipos masculinos, así como Oklahoma y Arizona. Pero fue una universidad que nunca había considerado la que me pidió que me presentara. La Universidad de Michigan. Me imaginé que era imposible que entrara allí. —Se encoge de hombros— pero pensé: ¿por qué no? No podía hacer daño. No es mi universidad ideal, hace un frío de mierda allí, pero no tengo nada que perder.



—Michigan tiene un gran equipo masculino. Algunos de los chicos incluso compitieron en las Olimpiadas, creo.

—Sí, lo sé. Quiero decir, me enteré después de mirar la universidad. Me sorprendió bastante.

Su pizza sale con mi ensalada, y Hayden desliza una porción en mi plato solo para ser amable, y luego desliza una en el suyo. Le doy un mordisco y estoy a punto de suspirar, pero lo aparto y me zambullo en mi ensalada. Le doy dos grandes bocados cuando un pensamiento aparece en mi cabeza.

—¿Qué va a hacer Holly?

—Ha aplicado a la Universidad de Alabama, pero no ha recibido respuesta. Es la única universidad a la que se presentó y ha sido su sueño ir allí desde que éramos niños. Creo que simplemente le gustan los colores. —Se rio—. Creía que lo sabías.

Sacudo la cabeza y desvío la mirada hacia mi plato. He estado tan involucrada conmigo misma que no había hablado mucho con mis amigos últimamente. Me había vuelto un poco solitaria, y la verdad es que me siento una mierda de persona por eso.

—Michigan me ofrece una beca completa y un puesto en el equipo masculino. —Me detengo a medio masticar y me quedo boquiabierta—. También podría obtener una licenciatura en ingeniería allí —añade— que es algo que he estado pensando.

Trago saliva.

—Eso es increíble, Hayden. Dime que lo vas a aceptar —grito un poco demasiado fuerte y miro a mi alrededor para ver si alguien lo había captado.

Hayden se limpia la boca con una servilleta y luego la arruga en la mano. Me mira, la línea plana de su boca arrugada por la indecisión.

—Sinceramente, Aid, no sé qué quiero hacer. Me inclino por Florida, pero al mismo tiempo, tampoco sé si estoy preparado para decir adiós a la gimnasia.

El tono de su voz me sorprende y no me esfuerzo en ocultar mi reacción. Para mí, la elección es una obviedad. Que te ofrecieran una beca académica y que siguieras la carrera que querías era algo raro, y parece que a él le habían ofrecido lo mejor de ambos mundos.

—¿Qué te retiene? ¿Por qué no querrías ir a Michigan?

—Unas cuantas cosas. Para empezar, me encanta Florida. Me encanta la playa. Este es mi hogar, donde crecí. No estoy seguro querer vivir en un clima frío constante. Además, estaría más cerca de Holly si me necesitara.

—Tu hermana solo estaría a un viaje en avión. Creo que tu elección es obvia.

Hayden toma otro trozo de pizza.

—¿Has pensado en tu futuro? —me pregunta.

—Lo he pensado un poco, pero mi objetivo principal ahora mismo es centrarme en las Olimpiadas. Creo que todo el mundo está probablemente harto de oírlo, pero lo que siento por eso... es difícil de explicar. Es lo único en lo que pienso, día tras día. Lo deseo tanto que puedo saborearlo, y si eso significa aplazar la universidad por un tiempo, entonces lo haré. Pero te admiro por saber lo que quieres.

—¿Alguna idea de dónde quieres ir?

—Sinceramente, no. Realmente no he mirado las escuelas, pero probablemente debería empezar.

—¿Así que nunca has pensado en eso en absoluto?

—Quiero decir, lo he hecho. —Hago una pausa—. Kova fue quien me lo planteó y me dijo que tenía que pensar en universidades con equipos de gimnasia de primera división. Aparte de eso, no he pensado mucho en eso, ya que ahora mismo tengo la mente en una sola dirección.

—¿Kova te lo planteó? —pregunta, limpiándose la boca con una servilleta.

Asiento, tomando otro bocado y pensando en aquel día en mi condominio cuando Kova me había hablado mientras tomaba un baño de hielo.

—Sí, quería prepararme para cualquier premio monetario que me ofrecieran, y dijo que si decidía hacerme profesional, estaría renunciando a competir en la universidad. Nunca había pensado en eso hasta que lo menciono. Recuerdo que pensé en lo ingenua que había sido por no saber lo que podría haber pasado si hubiera aceptado el dinero sin conocer las consecuencias. Me alegro que lo hiciera porque no sabía nada de eso. Ser premiado con dinero sería genial, pero realmente no lo necesito, ¿sabes?

—Vaya, Kova pensando en alguien que no sea él mismo, para variar. —Miró fijamente a Hayden y levanta las manos—. Lo siento, pero no pude resistirme. Estoy sorprendido, eso es todo.

Necesitando quitarme el foco de atención, pregunto:

—¿Cuándo tienes que tomar una decisión?

—El fin de semana.

Mis cejas se alzan de nuevo. A este paso, voy a tener arrugas para cuando termináramos de cenar.

—¿Qué han dicho tus padres?

—¿Qué crees que han dicho? Por supuesto que quieren que acepte la beca, pero dijeron que apoyarían cualquier decisión que tomara.

Una sonrisa relajada se extiende por mi rostro.

—Tienes suerte de tener una familia que te apoya tanto.

—La tengo.

—Si quieres mi opinión, te la daré, pero estoy segura que ya sabes lo que voy a decir. Deberías aceptar la beca. La respuesta es obvia. Sé lo que sientes por la gimnasia, así que ¿qué pasa si le das a Michigan un año? Si no estás contento cuando termine ese primer

año, transfiérete a Florida y retírate de la gimnasia. Así podrás decir que lo intentaste y no te arrepentirás.

Hayden me mira en silencio durante un momento.

—No había pensado en eso. Ves, por eso quería hablar contigo. Problema resuelto.

Me rio.

—¿De verdad? ¿Tan rápido?

—Sí, estaba muy dividido. No estoy preparado para dejar atrás la gimnasia, pero no quería seguir entrenando como ahora e intentar ir a la universidad, pero luego tampoco estaba loco por dejar Florida. He estado por todas partes. Quiero las dos cosas, pero siento que esta es una buena opción. Y quién sabe, tal vez acabe amando Michigan y quiera quedarme.

—Pensé que odiabas el clima frío.

—Oye, todo es posible. —Se rio.

—Me alegro de haber podido ayudar. Pero esto significa que me queda poco tiempo contigo, ¿no?

—Sí, por desgracia sí. Tengo hasta principios de verano, creo, antes de tener que irme.

Hayden saca su teléfono celular y envía una serie de mensajes. No me molesto en preguntar a quién, pero supuse que es a Holly y a sus padres. No falta mucho para el verano y mi agenda ya está planificada en su mayor parte. De un modo u otro, haría planes para pasar tiempo con él.

—Gracias, Aid.

—¿Por qué? —digo, su comentario me saca de mis pensamientos.

—Por ayudarme a decidir. Por ser una buena amiga. Por ser tú.

Mi sonrisa vacila. Nuestros ojos se encuentran.

—No siempre he sido una buena amiga.

—Yo tampoco. Somos humanos, Adrianna. Todos cometemos errores. —Nos reímos juntos y Hayden pide la cuenta.

—Un pase. He recibido toda una vida de pases tuyos.

Hayden se termina la pizza y paga la cuenta. Una vez en casa y a punto de dormirme, me tumbo en la cama sintiéndome un poco más ligera y aliviada. Hayden había aparecido mientras yo trataba de evitarlo, pero fue exactamente lo que necesitaba y no me había dado cuenta hasta ahora. Es un amigo que nunca pide nada a cambio. Esta noche solo fue un amigo que quería hablar de su futuro. Yo le estaba ayudando, pero él no tenía ni idea que también me estaba ayudando a mí.



Capítulo 26

Hay más de seiscientos músculos en el cuerpo humano. Apostaría mi futuro en la gimnasia a que he utilizado cada uno de ellos esta última semana.

Todos. Cada. Músculo. Siete días a la semana, dieciséis horas al día.

Estoy al borde de la invalidez. Tengo las extremidades entumecidas y me duelen partes del cuerpo que ni siquiera sabía que podían doler. La zona lumbar me arde y el tendón de Aquiles me mata. Apenas puedo hacerme una coleta en el cabello y solo respirar es una tarea agotadora. Me pregunto cuánto tiempo tardaré en superar el dolor y me preocupa que sea más largo de lo habitual. ¿Pero lo peor? Lo peor es el estado emocional en el que me he quedado.

No sabía ni por dónde empezar, pero quiero llorar por lo que acababa de soportar.

Había ido a Texas con una mente y un cuerpo sólidos. Esperaba con ansia el campo de entrenamiento, lleno de ganas y entusiasmo perseverante para aprender de los mejores de este deporte.

Volví totalmente destrozada y con miedo al siguiente campamento. Casi no quiero ir. Mi cuerpo está destrozado y mi mente se siente como un huevo abierto y golpeado.

Una semana completa de uno de los entrenamientos más peligrosos que jamás había experimentado para el objetivo final de la gloria olímpica. Era realmente la supervivencia del más fuerte, y a los tres días había empezado a cuestionar si valía la pena.

Konstantin Kournakova no tenía nada que ver con esos entrenadores. Nada. Su entrenamiento es un juego de niños comparado con lo que yo pasé. Un maldito juego de niños.

Y ni siquiera pude tomar Motrin.

Que suenen los violines.

Estoy más que agradecida que Kova se hubiera ofrecido a llevarme y traerme del aeropuerto, porque no hay ni una sola posibilidad que hubiera podido conducir yo misma a casa. Sí, no estuve muy entusiasmada cuando lo mencionó por primera vez. Me pareció que no tenía ni idea cuando dijo que los campamentos eran bastante arduos y que yo no estaría en plena forma después. En ese momento no pude imaginar que el entrenamiento fuera más riguroso que el que ya había hecho. Me equivoqué. Así que... Joder. Equivocada. Apenas puedo mantenerme en posición vertical sin querer llorar. En el momento en que el avión aterrizó en Florida, fue como si mi cuerpo dijera "eres libre" y soltara un suspiro traumatizado. Ya no necesito ocultar lo que siento. No necesito llevar una máscara. No me importa quién vea cómo me siento realmente. Todo brota de mí como si hubiera estado conteniendo la respiración durante toda la semana que había estado afuera. Al instante, siento que he envejecido cincuenta años. Estoy muy agotada.

Recorriendo la multitud, busco con cansancio un par de ojos verdes que me resultaran familiares entre el mar de cabezas. Necesito una semana de sueño y una vía intravenosa que me llene de cafeína, analgésicos y vitamina B para volver a la vida, y lo necesito justo en este momento. No para recuperarme sino, porque me quedan menos de dos días para volver al gimnasio.

No hay descanso para los malvados.

Y por mucho que agradeciera que Kova me recogiera, me resistía a que viera lo frágil que estoy. No quiero que me vea débil y que estoy dispuesta a derrumbarme en cualquier momento. No quiero que vea que otra persona tiene el poder de hacerme sufrir más que él. No quiero que me vea rota y cojeando, a punto de perder la cabeza.

La verdad es que no quiero que dude de mí. Eso es lo que más me asusta.

Me pesan los párpados cuando dejo caer el bolso al suelo, tocando la correa y escudriñando el aeropuerto. Parpadeo largamente. Podría quedarme dormida de pie en este momento, hasta que lo veo.

En el momento en que nuestras miradas se conectan, mis labios se separan en un suspiro y él se precipita hacia adelante como si una fuerza lo atrajera hacia mí. El alivio me inunda y me abro, cayendo dentro de él.

—Malysh —dice suavemente en ruso—. Tenía el presentimiento que sería así.

Kova se echa mi bolso al hombro, luego me levanta y me abraza suavemente. Expulso un suspiro, vacilando en mi gratitud. A pesar de todo y de mi necesidad de mantener las distancias, me derrumbo en sus brazos como si tuviera pesas de trescientos kilos atadas a mi cuerpo. No puedo dar un paso más y creo que él lo sabe. Apoyo mi frente en su cuello y cierro los ojos. Debería haberme importado que estuviéramos en medio de un aeropuerto donde cualquiera pudiera vernos, o que una foto pudiera ser tomada y utilizada de nuevo fuera de contexto, pero no lo hago. Lo necesito. Necesito su fuerza. Necesito sacar de él y construirme a mí misma. Necesito que Kova me haga fuerte.

Es como lo que había dicho aquella noche después de Parkettes... él es mi fuerza. Necesito que Kova exhale su fuerza porque solo él puede darme lo que necesito en este momento.

Pretender ser fuerte me pasa factura, tanto mental como físicamente. Tal vez no soy la gimnasta que creía ser. O tal vez lo soy, no lo sé. Mi mente es un caos. Lo único que sé es que no estoy acostumbrada al maltrato físico que me habían dado en el desayuno, la comida y la cena esta última semana y temo que sea más de lo mismo con el entrenamiento olímpico. Supongo que es el precio que pagábamos por el éxito.

—Gracias —digo en voz baja, con los ojos en blanco. Estoy muy cansada. Kova me lleva a su auto en menos de unos minutos

y me coloca cuidadosamente en su asiento como si fuera una costosa pieza de porcelana que temía que se rompiera en un millón de pedacitos.

Se acerca a mí y me abrocha el cinturón de seguridad; su deliciosa colonia impregna el aire y me da una sensación de confort. Respiro su aroma en lo más profundo de mis pulmones mientras él colocaba mi bolso a mis pies.

—No sé si podré volver a hacer esto —confieso, en voz baja una vez que estamos en la carretera. Tengo otro campamento dentro de tres semanas.

Él me mira, pero mantengo la vista en la concurrida carretera. Estoy aturdida. No quiero ver la decepción que seguramente tiñe sus rasgos.

—No digas eso. No lo dices en serio.

Sacudo la cabeza.

—¿Cómo se puede superar esta sensación de dolor de huesos y de agotamiento mental y seguir adelante? Ahora mismo siento que nunca me voy a recuperar. Quiero revolcarme en un montón de Motrin machacado, y luego nadar en una piscina de alcohol y ahogarme en ella hasta que se me adormezca el dolor.

Kova se rio ligeramente, y siento que me calienta el vientre. Reí, aguantando el estómago, sin saber de dónde vino mi comentario, pero es la verdad.

—Todo lo que comía en el campamento estaba vigilado y limitado. Sabes que ya soy prudente con lo que como, y ahora seré aún más consciente de aquí en adelante después de haber sido maltratada verbalmente en el campamento por los entrenadores.

Kova frunce el ceño y me lanza una mirada de preocupación.

—¿Qué quieres decir?

—Si no nos llamaban gordas vagas con cara de cerdo y muslos con celulitis, nos pellizcaban la cintura con tanta fuerza que nos dejaban las huellas de las uñas. Nos miraban con asco e

impaciencia, nos reprendían por nuestro peso y nos metían el miedo en la garganta hasta ahogarnos en lágrimas. Y sin embargo, ninguna de nosotras pidió irse. No estaba segura que pudiéramos hacerlo aunque quisiéramos. Todo lo que nos daban cada día era una rebanada de pan seco sin gluten que sabía a mierda y una pequeña manzana para el desayuno, un puñado de frutos secos para el almuerzo, y la cena era una asquerosa carne y verdura congelada regada con laxantes de postre.

—¿Laxantes? —pregunta—. ¿Tomaste laxantes?

Mis ojos se cierran al recordar el horror de ser forzada a tomarlos y los calambres que siguieron poco después.

—No por elección. Los entrenadores nos dijeron que triunfar en un nivel de élite requería intensos sacrificios. Los jueces querían ver líneas, no curvas. Una vez que todos los miembros del equipo nacional llegaron al campamento, nos pesaron y midieron antes de empezar el entrenamiento. Todo, y quiero decir todo, fue anotado. Puedo garantizar que nos pesarán y medirán de nuevo cuando volvamos. ¿Quién iba a decir que eso significaba estar privado de comida y obligado a chupar limones? El sueño era casi inexistente debido a la cantidad de veces que estábamos en el baño por culpa de los laxantes. Los calambres eran peores que los de la menstruación y, en un momento dado, solo me salía agua. Mi estómago ardía, como si hubiera llamas que crecían a cada segundo. Teniendo en cuenta la poca comida que nos dieron, me desconcertó que los entrenadores pensaran que quedaba algo que expulsar de nuestros frágiles cuerpos. —Me estremezco al pensar en las repercusiones a las que se enfrentarían si ese fuera el caso —. Dios, apuesto a que esto es lo último que probablemente querías oír. Lo único que hago es quejarme y contarte cosas asquerosas. Lo siento mucho —digo, e interiormente gimo por toda la información confidencial que acabo de compartir.

—Sabes que te están probando, ¿verdad? Para ver si tienes la fuerza necesaria para soportar la presión y el sacrificio que supone entrenar para las Olimpiadas.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Así que estás de acuerdo con todo lo que hicieron y te parece bien? Está al borde del abuso.

—No he dicho eso, pero ya era consciente de la mayor parte —dice Kova, girando hacia una calle. Acelera—. No es nada nuevo, Adrianna, y viene con el territorio. No hay ningún deporte en el que se trate a los atletas de forma diferente. Simplemente no se habla de eso.

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué es lo que no sabías?

—La parte del laxante.

Me sonrojo un poco.

—Teniendo en cuenta que estamos bastante familiarizados con el cuerpo del otro, no vi la necesidad de contenerme, especialmente en todo lo que sucede dentro de las paredes del Sitio de Entrenamiento Olímpico de los Estados Unidos. —Me detengo cuando caigo en la cuenta que había tenido la oportunidad de advertirme con antelación y no lo hizo. La ira se dispara en mis venas y me vuelvo hacia él, mirándolo fijamente—. Si sabías qué tipo de condiciones me esperaban, ¿por qué no me avisaste con antelación?

Kova me mira.

—¿Qué habría conseguido con eso? ¿Habrías cambiado de opinión y renunciado a la oportunidad que a tan pocos se les concede?

Mis ojos se abren de par en par.

—No, nunca, pero al menos habría sido consciente de lo que me esperaba. El mareo fue tan fuerte un día que empecé a ver manchas en la visión. Tenía miedo de hacer una voltereta porque temía no aterrizar bien o desmayarme en el aire. Mi instinto me decía que no lo hiciera, pero no tenía elección. El hambre hacía que mi corazón palpitara violentamente en mi pecho como si fuera a sufrir un infarto. Otro día me subí a la barra y casi me condenaron por eso. Tengo los dedos en carne viva y los muslos todavía me

tiemblan de dolor, ¿y no se te ocurrió advertirme, ni siquiera un poco?

Kova se queda callado por un momento. Creo que ni siquiera había respirado mientras lo reprendía.

En un tono tedioso que casi me hace arrepentirme de lo que había dicho, pregunta:

—¿Habrías cambiado de opinión si supieras lo exigente que sería? Sabiendo que este era el resultado final, ¿habrías cambiado de opinión? Contéstame, Adrianna.



Capítulo 27

Cierro la boca de golpe y me muerdo los labios.

—No lo pensé —dice.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunto miserablemente, recostándome. No quiero pelearme con él—. ¿Cómo lo has conseguido?

Me odio a mí misma por la forma en que me siento. Como si alguien hubiera sido capaz de derribarme finalmente mientras yo no tenía poder para detenerlo.

—La mente sobre la materia —dice Kova.

—¿Eso es todo lo que tienes para mí? Participaste en dos Juegos Olímpicos, casi tres, y pasaste por el mismo trato que yo. Si no peor, porque los rusos son unos malditos lunáticos. ¿Cómo seguiste adelante? —Bajando la voz, digo un poco abatida—: Es la primera vez que siento que no puedo convencer a mi mente que mi cuerpo puede volver a soportar algo así.

Kova pone suavemente su mano en mi muslo y me da un pequeño y compasivo apretón. El impulso de estirar la mano y tomarla es fuerte, pero no lo hago.

—Encontrarás la manera porque no hay otra opción para ti.

Lo miro. Sus hombros se hunden un poco y la comisura de su boca se frunce. Me doy cuenta que tiene el cabello más largo de lo habitual, lo que me gusta mucho. Es un cabello en el que podía meter los dedos. Me pregunto si se lo está dejando crecer.

—Esta noche y mañana serán las más difíciles para ti. Acabas de soportar un noventa y nueve por ciento más que la mayoría de la gente a tu edad. Eres humana. No te estoy juzgando, nunca te juzgaría por eso. Es la cruel realidad del juego y lo entiendo. Cuánto puede soportar tu cuerpo frente a cuánto puede soportar tu mente. Dentro de dos días no te sentirás así. Dentro de dos días te levantarás dolorida y magullada, te preguntarás cómo demonios lo has hecho, pero tendrás la determinación de seguir adelante porque te darás cuenta que has sobrevivido. —Hace una pausa y luego dice—: No hay ni una sombra de duda, porque es lo que pasé y lo que pensé. Estamos cortados por el mismo patrón, Adrianna.

Reflexiono sobre sus palabras y recuerdo algo que me había dicho cuando llegué a World Cup.

—Tu cuerpo puede soportar casi todo, es tu mente la que tienes que convencer —susurro.

—¿Qué? —pregunta, entrando en mi complejo de apartamentos y estacionando su auto.

Repito lo que había dicho y se vuelve hacia mí.

—Es algo que me dijiste poco después de llegar aquí por primera vez. Estábamos en tu oficina repasando mi agenda después que me evaluaras. —Me rio con tristeza—. No estabas nada contento con mi rendimiento ese día.

Se pasa una mano por el rostro y se rio, luego mira por el parabrisas delantero.

—No, no lo estaba.

—Aquella noche te comportaste como un imbécil, no podía creerlo. Pero nunca olvidaré las palabras que me dijiste sobre profundizar, sobre cómo no esperar nada a cambio y sobre empujar aún más cuando nadie está mirando. Tu discurso despertó algo en mí y se me quedó grabado desde entonces. Lo recuerdo cuando me siento perdida y confundida y, lo uso como motivación.

—Recuerdo que volví a casa esa noche y me arrepentí del trato que hice con tu padre —dice suavemente—. Releí todo el papeleo que había firmado durante horas y horas, tratando de encontrar la

manera de salir de eso. Frank es un brillante hombre de negocios que cubre todos los rincones. No dejó ninguna piedra sin remover. Estaba al borde de la desesperación cuando Katja entró en mi oficina y me dijo que siempre cumplía mis acuerdos y que no me rindiera o no sería yo. Me enfadé mucho con ella cuando dijo eso, pero tenía razón. Todo lo que digo que voy a hacer, lo hago. Así que cambié mi punto de vista y te miré como si fueras un reto que tenía que conquistar. —Se queda callado—. Solo que nunca, ni en mis sueños más salvajes, esperé que saliera como lo ha hecho. Me has sorprendido de una manera que nunca vi venir. No sé si abrazarlo o rechazarlo.

Ambos nos sentamos en silencio en el confinamiento de su auto. Kova había compartido un lado muy personal de él y lo siento en mi interior. Era muy raro que me dejara entrar, pero estos momentos a los que no solía tener acceso son los que mantengo cerca de mí porque sé que son reales. Mira al frente. Se mantiene en silencio, como si hubiéramos hecho esto muchas veces. Es abierto y acogedor y, su honestidad está lejos de ser amenazante.

—Ambos nos desafiamos sin darnos cuenta. Te presioné como entrenador. —Gira la cabeza en mi dirección y, con la boca apretada, asiente—. Gracias por no rendirte conmigo.

Pusimos a prueba los límites del otro, fuimos a cien kilómetros por hora sin parar, y la única conclusión sería una hermosa destrucción de la armonía pecaminosa. Los dos somos conscientes de eso, también, y no puedo entender qué dice eso de nosotros.

—No podría renunciar a ti, aunque quisiera.

—¿Por qué? ¿Por mi papá?

Sacude la cabeza, con las pupilas dilatadas.

—No, podría haberte entregado fácilmente a Madeline. —Su cuerpo imita el mío. Se apoya en su puerta, colocando el codo en el reposabrazos—. Me contrarrestaste, te enfrentaste a mí. Yo empuje, tú tiraste más fuerte. Me hiciste lamentar mi existencia el noventa por ciento de las veces. Eras el reto que siempre quise y que nadie podía darme. Te anhelaba antes de conocerte, Ria. ¿Por qué iba a

dejar de lado eso? Cada día es un nuevo día contigo y algo que espero con ansias. Tú eres lo que me hace seguir adelante y la razón por la que me despierto cada día. —El susurro de sus últimas palabras parece desconcertarlo, pero se limita a mirarme a los ojos para hacerme saber que está siendo sincero.

Respirando un poco más fuerte, con la voz un poco carrasposa, digo:

—Una persona cuerda se iría.

Me mira de forma muy cómplice. Casi me rio.

—Ambos sabemos que no estoy cuerdo.

No es esa la verdad.

—Eres un psicótico.

—Es cierto, pero tengo el mayor bono de todos.

—¿Cuál es?

—Tú.

Sacudo la cabeza e intento no reírme. Me duelen los abdominales.

—No creo que bono sea la palabra correcta. Quizá quieras decir recompensa.

Kova sonríe suavemente y no me gusta la forma en que mi estómago se agita en respuesta. Aunque quisiera que me tuviera, si me entregaba a él de nuevo, seguiría sin tenerlo en lo que más importa. Ya lo había aprendido por las malas.

—No entiendes. Por dónde estás ahora, la selección nacional, esa es la recompensa. Es lo que ambos queríamos. El reto era llevarte allí cuando el viaje parecía tan oscuro y desalentador. Casi inalcanzable.

—Salió horriblemente bien.

Asiente.

—Así fue. ¿Valieron la pena los sacrificios?

No dudo y miro sus ojos verdes que amo.

—Sabes que lo fueron. —Sonríe porque sabe que es la verdad—. Aunque solo haya llegado hasta aquí, todo ha merecido la pena. Cada insulto, cada lágrima, cada moretón se quedará conmigo para siempre como una cicatriz en mi corazón. Fueron y siguen siendo los peldaños de mi futuro.

Alargando el brazo, el dorso de los dedos de Kova roza mi mandíbula, pero es su mirada, que se clava en mí, la que me atrapa. Me inclino automáticamente hacia su contacto, mi corazón anhela tanto a mi entrenador. Cuando teníamos estos momentos, solo quería olvidar todo lo negativo y centrarme en lo positivo. Sus dedos se extienden y me acarician un lado de mi rostro, sumergiéndose en mi cabello. Su pulgar acaricia con cariño mi mejilla.

No debe ser así. Nunca debe ser así. Y sin embargo, por algún fenómeno insondable, lo es, y yo lo estoy permitiendo a pesar de todo. No es la primera vez que recurro a su fuerza y sus palabras, y sé en mis entrañas que no será la última.

La verdad es que necesito a Kova.

Y algo me dice que él también me necesita.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y me inclino para agarrar la correa de mi bolso, pero Kova me detiene. Lo miro por encima del hombro.

—Sabes que puedes apoyarte en mí. Siempre estoy aquí para ti.

Trago saliva.

—Lo sé.

—Esta noche será dura. Probablemente, la peor de todas —dice Kova, con la voz baja—. Deja que te ayude.

Tengo tantas ganas de decir que sí… mi corazón lo pide a gritos, pero niego con la cabeza. Kova es muy generoso con los que

le importan profundamente, pero yo tengo que aprender a no aceptar lo que me ofrece.

—Por favor, Ria. —Sus ojos suplican, ruegan.

Desvío la mirada, incapaz de soportar ver la necesidad que hay en su interior. Necesito hacer esto sin él, y necesito demostrarle que no puede controlar todo lo que lo rodea. Ya no es mío. Nunca lo había sido, y tengo que recordármelo a mí misma también.

Sé que lo estoy matando al no poder ayudarme. Está respetando mis límites, mis deseos y necesidades, y siento que el muro que he levantado alrededor de mi corazón se desprende pedazo a pedazo. Pero no quiero que se rompa. Quiero mantenerlo fuerte, alto y entero, pero cuando por fin me ve y reconoce qué necesito de él, es difícil mantenerlo erguido.

—Necesito hacer esto yo misma. Deja que lo haga. —Es algo tan simple, pero tengo que hacerlo por mi cuenta—. La mente sobre la materia, ¿verdad?

Lo vio asentir con el rabillo del ojo, y se retira lentamente. Abriendo la puerta del auto, pongo un pie afuera y hasta eso es difícil. Exhalando, alcanzo el techo del auto y la cornisa de la puerta. Mis dedos se curvan al intentar levantarme del asiento. Aguanto la respiración, salgo del auto y me echo el bolso al hombro. Hago un gesto de dolor. Todo mi cuerpo esta rígido como el acero y tenso como un lazo. Esto va a ser muy entretenido.

Saco fuerzas de mi interior y digo:

—Nos vemos en el entrenamiento. —Cierro la puerta de golpe y doy un paso, luego oigo bajar la ventanilla.

—Adrianna. —Me doy la vuelta—. Tómate un día o dos de descanso. No sabes lo que te espera.

Sacudo la cabeza. Dolorida y lenta, camino hacia la entrada, dando pasos de bebé. Me siento como si me hubieran dado una paliza y acabara de salir del hospital.

Cuando llego a las puertas correderas, miro por encima del hombro. Kova ha dado marcha atrás y está esperando a que entre

en forma segura antes de salir. Su ventanilla tintada está subida hasta la mitad y su mirada está fija en mí. La tristeza nubla sus rasgos y me deja con el deseo secreto que fuese un bruto y subiese de todos modos.

A menudo me pregunto qué pasa por su mente cuando nuestros ojos se encuentran. En qué estará pensando. Hoy, no me lo pregunto. Hoy, veo mi reflejo parpadeando hacia mí... y es sorprendente. Los dos estamos dolidos, los dos no somos capaces de consolar al otro como nuestros corazones desean.

Lo único que se interpone entre Kova y yo es la realidad y la sociedad.

Ah, y un matrimonio.

Una vez dentro de mi apartamento, me ducho, me limpio y me visto, y luego rebusco en mis cajones y encuentro ropa de compresión que nunca había usado. La teoría en la que se basaba la ropa me parecía un poco descabellada, pero lo intento y espero que el aumento del flujo sanguíneo ayudara a acelerar el proceso de recuperación de mi pantorrilla. No tengo nada que perder en este momento, ya que me subo la funda y la rodeo en la parte inferior de la pierna.

Lo único bueno que puedo decir de World Cup es que Kova y Madeline son prudentes en lo que respecta a las lesiones. Aunque ambos me habían regañado en innumerables ocasiones para que superara el dolor, nunca me habían obligado a entrenar con una lesión grave y a fingir que no era real. No se me habían hecho pasar hambre ni se me había ridiculizado por mi cuerpo. Todos entrenábamos con lesiones... era algo normal, pero en el campamento vi algo totalmente diferente, y me hizo darme cuenta de lo bien que lo había hecho en World Cup y ni siquiera lo había percibido. En el campamento, los desgarros eran habituales y algunos gimnastas caminaban cojeando, con esparadrapo o con aparatos ortopédicos en cada articulación, todo eso mientras se les reprendía por la insolente limitación de sus cuerpos. Era la definición de "Descerebrado mental". Entre el peligroso entrenamiento y la falta de alimentación, no me sorprendería que alguno de nosotros acabara paralizado o con una lesión tan grave

que se viera obligado a retirarse por la forma en que se llevan a cabo las cosas allí.

Los entrenadores tenían tanto poder sobre nosotros y todo por la pequeña porción de esperanza que nos proporcionaban cuando éramos más vulnerables. Yo había aceptado todo lo que nos daban con las manos abiertas y con la boca llena de deseos. Lo tomaría diez veces peor si eso significara prometerme mis sueños. Kova tiene razón. Incluso si hubiera sabido lo que me esperaba, o lo lisiada que estaría cuando volviera a casa, habría ido igualmente.

Me meto en la cama, debajo de las sábanas y miro el teléfono, leyendo los mensajes que me había perdido mientras estaba en el campamento. Algunos son de Hayden preguntando por mí, y mi papá había llamado. Mi corazón se detiene cuando llego a una serie de mensajes de Avery. Me duele el deseo de llamar a mi mejor amiga. Quiero hablar con ella, escuchar su voz, reír con sus chistes. La echo mucho de menos, pero aún me da vueltas todo lo que ha ocurrido entre nosotras. Ya no puedo decir que estoy enfadada. No lo estoy. Estaba decepcionada y triste más que nada porque ella había sentido la necesidad de ocultarme su relación con mi hermano. Lo entiendo, lo comprendo, pero no me puedo hacer a la idea de ese secretismo, ni siquiera puedo imaginar por lo que pasarían si anunciaran que están saliendo. No creo que ninguna de las dos familias se opusiera a eso… nuestros padres son socios, así que ¿cuáles son las repercusiones a las que se enfrentarían?

Si hubiera tenido relaciones sexuales con su hermano y luego hubiera abortado a su bebé, también me habría aterrado decírselo. Pero se lo habría contado, al igual que le había contado todo sobre Kova. Esa es la diferencia. Es mi mejor amiga y me había mentido en la cara durante muchos meses. Ocultó un gran secreto y eso fue más devastador que nada. Creí que éramos íntimas y que podíamos contarnos todo. Me destrozó el corazón y me hizo sentir que no le importaba lo suficiente como para contármelo. ¿De verdad pensaba que le diría que dejara de salir con él? Bueno, probablemente, pero yo conozco su forma de ser de playboy mejor que nadie y solo habría querido protegerla.

Salgo de sus mensajes y escucho un mensaje de voz de un número que no reconozco. Mi corazón se hunde cuando escucho a la enfermera de la oficina del médico. Habían llamado hace más de

una semana, cuando había estado con Hayden, y me olvidé de devolverles la llamada. Luego llamaron dos veces mientras estuve en Texas. Los resultados están listos y tengo que concertar una cita para revisarlos. Echo un vistazo rápido al reloj para comprobar la hora. Es demasiado tarde para llamar y mañana empieza el fin de semana. Me propongo llamar el lunes durante la comida para concertar una cita.

Pongo el teléfono boca abajo en la mesilla de noche, me pongo de lado y me acurruco con las mantas, rezando para que mañana no me duela tanto.



Capítulo 28

Resulta que Kova había tenido razón.

La noche que me dejó y el día siguiente habían sido horribles. Brutal. Me sentí como si me hubiera atropellado un tren de mercancías y luego me hubiera arrollado un camión de cemento. Un poco dramático, tal vez, pero es la única manera de describir la agonía con la que estoy lidiando.

Llámame loca, pero normalmente me encantaba el sufrimiento del día siguiente, pero no hasta este extremo. El dolor es la prueba de un entrenamiento intenso. Significa que me había esforzado tanto como me habían exigido, pero esto es algo totalmente distinto que ni siquiera sabía que existía. Esto es pura tortura y, sinceramente, no puedo imaginarme volver a pasar por esto. Pero entonces me digo que otros habían pisado los mismos peldaños y habían salido vivos. Si ellos pudieron hacerlo, yo también. Algún día valdría la pena.

Luego estuvo el silencio ensordecedor que había intentado evitar siempre que tenía tiempo libre. Juro que podía oír la sangre fluyendo por mis venas, fue así de silencioso.

Debí haber aceptado la oferta de Kova de descansar unos días más. Los dos días que tuve libres no fueron suficientes. Ni de lejos. Me duele, estoy agotada, y casi me arrastro sobre las manos y las rodillas fuera de mi apartamento hasta mi auto para conducir a la práctica.

El agotamiento, el cansancio, la incomodidad... no es nada comparado con el golpe que recibo al llegar a World Cup. No llevo más de un minuto aquí cuando Kova me hace pasar a su oficina y

cierra la puerta. Empieza hacer numerosas preguntas seguidas, pero yo solo me concentro en una cosa.

—¿De qué está hablando, entrenador? ¿Cómo que quiere que me vaya a casa? —Mi corazón late frenéticamente. Por supuesto que quiero irme a casa, estoy muy cansada, pero sé que no es una opción.

Los ojos de Kova se entrecerraron y puedo ver la vulnerabilidad en ellos.

—No te lo dije cuando te recogí porque no quise preocuparte, pero he recibido una llamada de tu padre. Lo llamó tu médico y me dijo que han estado tratando de localizarte, algo sobre los resultados sanguíneos y que debías programar una cita.

Con las manos apoyadas en las caderas, me siento agraviada.

—Tienes que estar bromeando. ¿Por qué te lo diría?

—¿Por qué te has hecho un análisis de sangre? —replica.

Me encojo de hombros, manteniendo la calma.

—Solo un chequeo regular, eso es todo.

—Tu padre me añadió como tutor en caso que te pasara algo y no pudiera llegar a tiempo.

Tiene sentido, pero no me gusta. Con mi mirada aún fija en la suya, pregunto:

—¿Qué más te dijo?

Kova se mueve sobre sus pies. Me estudia, con su mirada recorriendo mi cuerpo de arriba a abajo.

—¿Qué escondes? —pregunta, profundo y curioso.

Me echo hacia atrás, con las mejillas calientes.

—Nada. No es que sea de tu incumbencia, de todos modos.

—Sí es asunto mío y lo sabes.

Mis ojos se encendieron.

Mi temperamento se dispara.

Y ahí se fue mi control.

—¡Y una mierda que lo es! No necesitas invadir cada maldito aspecto de mi vida personal, Kova. Si quiero que te enteres de algo, te lo diré.

Kova se acerca a mí hasta que estamos a uno o dos centímetros de distancia. Inclina la cabeza hacia abajo y sus ojos recorren mi rostro, observando cada rasgo. Con su dedo índice, me levanta la barbilla. Sus ojos verdes se fijan en mi boca y mi mirada se dirige a sus labios carnosos que tanto amo. Arrastra los dientes sobre el labio inferior y trago con fuerza, sintiendo un golpe de calor en mi estómago.

Hace tiempo que no siento este tipo de agitación.

Arrastra las puntas de sus dedos por mi mandíbula hasta la nuca y me palmea el cuello. Me quedo inmóvil, a su merced, mientras su pulgar frota delicadamente el pulso de mi cuello. Me inclino hacia su tacto y me pierdo en sus ojos verdes. Kova siempre sabe cómo calmarme. No es la primera vez que me toca desde que descubrí que está casado. Me cuesta decidir qué hacer y opto por apretar las manos en un puño. La caricia de sus dedos se siente divina, así que me clavo las uñas en las palmas de las manos hasta hacer pequeñas huellas de luna creciente en mi piel. Es la única manera de mantener mi autocontrol, de lo contrario tendría mis manos sobre él.

—Ahí tienes —susurra. Su pulgar se frena—. Estabas a punto de reventar un vaso sanguíneo.

—Me pones así. Te juro que sacas lo peor de mí.

La esquina de su boca se levanta.

—Eres tan hermosa cuando estás encendida.

—¿Ves? Las contracciones serían útiles ahí.

—Eres hermosa cuando estás encendida —dice, las palabras son tan extrañas para él que sonrío.

Mi cabeza cae hacia adelante sobre su pecho. Intento no reírme, pero cuando repito las palabras en mi cabeza me rio en voz baja. La mano de Kova se desliza por mi cuello y sus dedos se enroscan en el cabello de mi nuca mientras da un pequeño paso hacia mí.

—Dilo otra vez —le pido, mirando su otro brazo que cuelga a su lado. Kova tiene una vena prevalente que me encanta y que se extiende por su antebrazo como un tatuaje. Esta muy caliente y me duelen los dedos por tocarla.

—Eres hermosa cuando estás encendida.

Vuelvo a reírme. Esta vez, cuando lo dijo, hay una extraña inclinación en su tono al decir “eres”. Como si estuviera probando diferentes variaciones de la palabra para ver cuál encaja mejor. Sin pensarlo, mis manos suben para apoyarse en sus caderas. Me agarro a él, sujetándome mientras rio, y siento las ondas de sus fuertes músculos.

—Suenas como un robot.

—Me has llamado Kova —susurra, con sus labios pegados a la parte superior de mi cabeza. Sus dedos me acarician el cuero cabelludo, aliviando la tensión.

Maldita sea. Ni siquiera me había dado cuenta que había flaqueado.

—No pienso con claridad cuando estoy cerca de ti —admito, sintiéndome derrotada. Levanto la vista y nuestros ojos se encontraron—. A veces me haces enojar tanto, pero otras veces solo quiero dejarlo todo, olvidar y volver a ser nosotros. —Mis palabras son un murmullo, pero quiero que sepa cómo me afecta.

—Conozco muy bien esa sensación —responde Kova, apenas por encima de un susurro—. Pareces triste.

—Lo estoy —respondo con sinceridad. Estamos lo suficientemente cerca como para que pueda respirar sus palabras

y dejar que envolvieran el órgano que late en mi caja torácica si no tengo el suficiente cuidado.

—No me gusta verte así. —Permanezco en silencio—. Sé que probablemente no me creas, pero me duele verte así. Hace semanas que pareces triste.

Tengo que preguntarme si él sabe cuál es la raíz de mi tristeza.

—¿Te sientes bien? —pregunta, todavía masajeando mi cabeza. Asiento, deseando que me masajease todo el cuerpo.

—Hmmm… Creo que tengo que llamar a un quiropráctico y programar un masaje de cuerpo entero. ¿Volverá tu amigo pronto?

—¿Quién?

—El doctor… Ethan. Él puede hacer un masaje de cuerpo completo, tipo deportivo. Me vendría bien. Él lo sugirió, ¿recuerdas?

Kova me mira, con el rostro inexpresivo, pero sus ojos se clavan en los míos con tal intensidad que me dejan sin aliento. Para mi asombro, me acerca hasta que no queda espacio entre nosotros y rodea su espalda con mis brazos. Dejo escapar un largo suspiro y me hundo contra él.

—Si necesitas un masaje de tejido profundo. —Me da un encogimiento de hombros casual— puedo hacértelo.

No insinúa nada más, y no es su habitual carácter mandón y controlador, pero me sorprende mi rápida respuesta.

—De acuerdo —respondo con mucha facilidad—. Probablemente debería hacer otra ronda de blading antes de volver a Texas también.

Asiente, y dejo caer mi barbilla sobre su pecho. Sus dedos me tranquilizan, mis ojos pesados por el cansancio. Exhalando, dejo escapar un largo suspiro de sueño.

—Necesito que me hagas un favor —dice, como si me rogara que no discuta con él. Levanto la vista para ver cómo el rostro de

Kova se transforma en un puñado de emociones diferentes que me hacen querer preguntar en qué está pensando.

—Necesito que te quedes en casa hasta que veas a tu médico. No voy a pedir una nota del médico para que vuelvas. Voy a confiar en que fuiste. Solo necesito asegurarme que estás bien y saludable. Es mi principal prioridad.

Quiero pelear con él en esto, porque necesito estar en el gimnasio, entrenando tan duro como pudiera, pero estoy tan cansada, que todo lo que hago es asentir.

—*Spasibo* [5]—dice en ruso.

Inclinándose, Kova me da un beso en la frente. Pongo los ojos en blanco y respiro profundamente. Estoy demasiada cansada para separarme.

—Tenía previsto llamar en mi descanso para comer, ya sabes. Voy a ir.

—De acuerdo, bien, ahora puedes llamar desde tu casa. En tu cama. —Me quejo—. ¿Qué pasa?

—Hay tanto silencio en casa. Me siento tan sola allí.

Kova se aparta y me obliga a mirarlo.

—¿No te gusta?

—Normalmente no me importa, pero últimamente me deprime un poco.

Odio admitir que estoy deprimida porque siento que me hace débil. Mi mirada se dirige a su hombro. No me gusta sentirme así, pero tampoco sé cómo salir de eso. Cuanto más pienso en ello, más triste me pongo y más vacío siento mi pecho.

Acariciando mi rostro, Kova vuelve a centrar mi atención en él.

[5] Gracias en Ruso.

—Ven a mi casa. Katja está fuera de la ciudad y puedo hacer el masaje allí. No te sentirás sola. Estaré allí en breve. Le diré a Madeline que me voy temprano. Tengo la camilla para el masaje y todo lo que necesitamos.

Mi corazón se aprieta.

—Eres un auténtico loco. —Sonríe, y maldita sea, es sexy—. ¿Y si Katja llega a casa antes?

—Confía en mí, no llegará temprano. Sé cómo funciona. —La mirada de Kova baja a mis labios. Me doy cuenta que tiene más cosas que decir, así que espero—. Creo que a los dos nos vendría bien la compañía de todos modos.

—No tengo energía para entretenerme con esto. Creo que es mejor que me vaya a casa.

—Exactamente. No tienes la energía. Por favor... —dice, acercándose y tomando mis manos. Los ojos de Kova se ablandan, pero parpadean de angustia. Mis labios se separan.

—Quédate esta noche. Deja que te cuide —dice.

No puedo evitarlo e inmediatamente caigo en mis conocidas defensas.

—Seguro que usaste la camilla con tu esposa.

Los hombros de Kova se tensan.

—Adrianna, basta. La camilla sigue en la caja, sin abrir. Puedes ver cómo la armo. Te prometo que serás la única que la utilizará. De hecho, te daré la maldita camilla si quieres. Por favor, deja de ser difícil y déjame ayudarte. Me necesitas y, en el fondo, creo que quieres que te ayude pero eres muy obstinada para pedirlo —dice. Su tono es demasiado genuino como para cuestionar sus motivos y al instante me siento mal por saltarle al cuello.

Mi corazón ya está roto, mi cuerpo en constante dolor. Me obligo a mantenerme emocionalmente distante de él para protegerme, o al menos lo intento. No quiero ceder. Soy más fuerte que eso, pero él tiene razón. Quiero que me cuide. Lo necesito, y no

importa lo que hiciera o lo que me dijera a mí misma, no tengo el poder de odiarlo, aunque lo intente. ¿Y lo más aterrador? No es solo una necesidad carnal. Necesito a Kova en su totalidad. Solo quiero estar cerca de él. Echo de menos sus brazos, su cuerpo, la forma en que nunca utiliza las contracciones, cómo se deja estar cuando somos nosotros. Simplemente lo echo de menos. Como si hubiera un hueco del tamaño de Kova en mi vida que solo él puede llenar. Pero sé que si accedo a esto mi corazón quedará irremediablemente destrozado aún más.

Aun así, intento luchar contra eso.

Kova habla por encima de mi indecisión.

—Si te hace sentir más cómoda, cerraré el gimnasio antes de tiempo y podemos reunirnos aquí. —Mis cejas se alzan. Kova nunca cerraba el World Cup antes de tiempo por nada—. Iré a casa a buscar mi camilla. Intento que no estés sola, pero sí cómoda. Lo que necesites, lo haré. A veces, cuando estás solo y te sientes deprimido, estar dentro de tu cabeza es lo peor. No quiero que sigas por ese camino más de lo que ya lo has hecho, no es sano. —Kova hace una pausa y deja escapar un largo suspiro—. Solo quiero ayudarte, pero ¿qué es lo que quieres?

Mirándolo, me quedo con la verdad, aunque nos duela a los dos. Las lágrimas brotan de mis ojos.

—Solo quiero recordar lo que es no sentirse roto.



Capítulo 29

Los ojos de Kova brillan. Sacude la cabeza como si odiara oírme pronunciar esas palabras. Siento que su respiración se hace más profunda, que su pecho se expande contra el mío. Siento que el calor de su cuerpo me calienta y no lo he sentido en tanto tiempo. Sus manos recorren mi espalda hasta que sus brazos me rodean. Me abraza con fuerza, sus manos derramando suavemente su emoción en mí.

—Odio ser quien te ha roto más de lo que nunca imaginarás. —Deja caer su cabeza hasta que sus labios están justo encima de los míos. Jadeo y traigo sus palabras hacia mí mientras rodean desde su corazón hasta el mío—. Me necesitas, y me está matando porque quiero arreglar lo que hice, pero también estoy tratando de respetar tus límites. Nunca he luchado tanto en mi vida por mantenerme al margen para darte tu espacio. Cada día me despierto esperando que hoy sea el día. El día en que me permitas hacer lo que necesito para que volvamos a estar juntos. De vuelta a donde una vez estuvimos. Lo siento mucho. Tanto, tanto lo siento, Adrianna. Te veo. Veo todo sobre ti, lo que sientes, lo que piensas, y me muero un poco más por dentro cada día al no poder darnos lo que ambos necesitamos.

—¿Y qué es lo que ambos necesitamos, Kova? —susurro contra sus labios, anhelando apretar los míos contra los suyos. Él traga grueso, y luego roza mis labios tan suavemente.

—El uno al otro, Adrianna. Nos necesitamos mutuamente.

Cada día Kova enfría lentamente las brasas que caen de mi corazón. Apaga mi rabia hacia él y reaviva mi pasión por la vida. Siento que su compostura se disuelve.

—¿De verdad tienes todo en tu casa? —pregunto, con el pecho apretado. Había hecho tanto por mí y, sin embargo, me ha hecho daño igualmente.

Asiente, respirando con dificultad. Aprieto su camiseta, mis manos formando puños ante su silenciosa respuesta.

—Sí. Lo conseguí poco después de recibir mi certificación de formación para ti. Solo que no he tenido tiempo de traerlo aquí. Lo conseguí por ti. Todo, muchas cosas que hago, las hago por ti. Solo que aún no lo ves —dice, suplicando con sus ojos que lo entendiera.

Dios mío. Demasiadas emociones, demasiadas verdades. Tragando con dificultad, parpadeo con fuerza, apartando las lágrimas que suben ante su desinterés y me muevo con lo que siente que es correcto en mi corazón.

Lo beso.

Kova se congela. Con mis labios pegados a los suyos y su cuerpo tenso por la sorpresa, me derrito un poco más cuando no se mueve. Su cuerpo tiembla contra el mío, con su fuerza suspendida entre nosotros. Me inclina hacia él y gruñe, devolviéndome el beso.

Sus brazos me rodean la espalda mientras devora mi boca, empujándome, obligándome a retroceder. La parte posterior de mis rodillas choca con su escritorio y Kova me levanta para que me siente encima, pasando entre mis piernas abiertas. Sus palmas me aprietan la mandíbula mientras mis manos se deslizan bajo su camiseta, necesitando sentir su piel. Se me escapa un pequeño gemido y me besa con más fuerza, magullándome la boca. Me encanta que me desgarre así, como si una necesidad imperiosa se hubiera apoderado de su cuerpo. Mis manos se mueven sobre los duros planos de su pecho, rozando sus pezones, y luego hacia los sensuales músculos que se hunden alrededor de sus caderas. Mis manos se deslizan hasta su espalda y lo agarro con fuerza, necesitando sentir más. No puedo dejar de tocarlo. Quiero tocarlo por todas partes. Kova se echa la mano a la espalda y me agarra las muñecas, sacudiendo la cabeza mientras lleva mis manos a la parte delantera de su pecho y por encima de su camiseta.

—Estoy intentando controlarme —recalca, pero vuelve a besarme. Su lengua se arremolina alrededor de la mía, tirando de ella obsesivamente. Su mano se posa en mi nuca, manteniéndome cautiva, aunque no me importa. Un escalofrío me recorre la espalda y gimo en su boca. Me encanta cuando hace eso, como si estuviera poseído por el poder y pudiera hacer que me rindiera ante él.

—Me encanta cuando pierdes el control —confieso, sin aliento y entre besos.

—Sé que lo haces.

Kova gruñe, y el sonido hace que una veintena de calor recorra mi columna vertebral. Se mete mi labio inferior en su boca, y sus dientes rozan la piel sensible lo suficiente como para que me recorra un estruendo de placer. La humedad se filtra en mi leotardo. Pongo los ojos en blanco y se me escapa un largo gemido cuando me suelta.

—Y me encanta cuando tus ojos se vuelven vidriosos. Tu cuerpo se vuelve flexible, suave y dispuesto. Significa que me permitirás hacer todo lo que quiera.

Un ronroneo vibra en mi garganta. Abriendo los ojos, lo miro, haciéndole saber que tiene razón. Tengo los pezones duros, el cuerpo enrojecido por el deseo y la piel me hormiguea. Todo por el beso de este hombre.

Quiero más.

Inclinándose hacia adelante con su mano aun agarrando mi cuello, Kova me mira fijamente, con sus ojos ardiendo de necesidad. Se queda quieto mientras yo recorro lentamente sus labios con mi lengua antes de deslizarla en su boca. Lo beso lentamente, como sé que le gusta. Sus dedos se aprietan alrededor de mi cuello, presionando mi piel cuanto más lamo su boca. Su cuerpo tiembla contra el mío. Alimentando las ansias de ambos, me ondulo contra él, provocando que actúe.

En un instante, Kova me empuja sobre su escritorio y se inclina sobre mí. Me agarro a sus bíceps, expulsando un soplo de

aire de mis pulmones. Mis piernas rodean automáticamente su cintura y se cierran alrededor de su espalda.

—Hace meses que no te follo, *Malysh*. —Su voz es un susurro agrietado contra mis labios.

Suelto un suave gemido cuando Kova me da un beso en la boca y luego baja por mi cuello. Sus manos están en mi cabello, guiándome para que gire la cabeza hacia un lado. Su lengua recorre mi clavícula y la inclinación de mi cuello, al tiempo que sus dientes rozan mi piel. Con los dedos temblorosos en el cabello, me mordisquea la carne caliente y me tira de la oreja mientras empieza a mover las caderas hacia adelante. Mi espalda se arquea y gimo ante la presión de su erección contra mi sexo. Puedo sentir el contorno de su polla a través de sus pantalones cortos y puedo ver claramente que no lleva bóxer debajo. La idea me hace humedecerme más y rezo para que no pueda sentirla a través de mi leotardo y mis pantalones cortos.

—Follarme, sí —respondo, haciendo rodar mis caderas contra las suyas —pero no han pasado meses desde que tuvimos sexo.

En este momento, los dientes de Kova se cierran en mi mandíbula. Aplica presión, no lo suficiente como para hacerme daño, pero sí para que mi coño palpite y pida más. Dejo escapar un suspiro. Al retirarse, me mira y nuestras narices se tocaron. Su colonia invade mis sentidos y la respiro profundamente en mis pulmones, aun amando su olor. Kova sigue mirándome, pasivo pero comprensivo. No necesitamos palabras en este momento. Sabe que me refiero a la noche en que se disculpó en ruso mientras me hacía el amor. No me permito pensar en esa noche a menudo -duele demasiado-, pero él necesita ver que yo sé que hay una diferencia en su forma de estar conmigo.

Kova traga saliva y sus ojos se fijan en los míos, mirándolos de un lado a otro. El dorso de sus nudillos se acerca a mi mejilla y me roza suavemente la piel. Asiente. Fue el más leve de los asentimientos, y si hubiera parpadeado, me lo habría perdido.

Entonces, para mi total y absoluta sorpresa, dice algo en un tono cargado de pena y culpa que aplasta el aire de mis pulmones. Nunca lo olvidaría mientras viviera.

—Aquella noche no fue solo sexo para mí, Ria.

—Lo sé —es todo lo que puedo decir.

Me besa de nuevo, devorando mi boca y demostrando cuánto le importa de verdad por la forma en que me consume. Y sabe que yo conocería los diferentes matices del sexo con él. La follada de Kova es fantástica. Es animal y salvaje, normalmente enfadado por algo. Su sexo es necesitado, controlador y exigente. ¿Pero su forma de hacer el amor? Es intenso, apasionado y su forma de transmitir lo que siente. Es como si tuviera una visión del interior de su alma cuando se aferraba a la mía y se convertía en un todo por un momento. Me hizo olvidarme de todo y situarnos en otra dimensión sin las ataduras del mundo.

—¿En qué estás pensando?

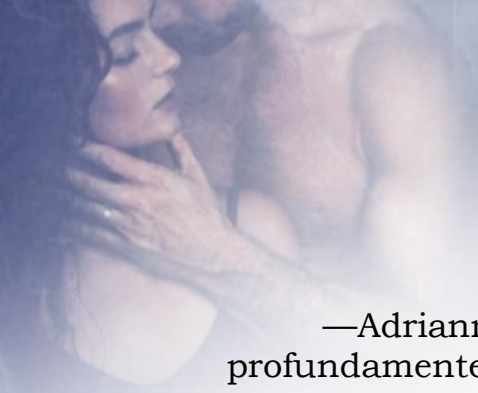
Sacudo la cabeza, sin confiar en que mis palabras no derramen la verdad. Parece que cada versión del sexo con Kova viene con orgasmos alucinantes y una fuerte dosis de desamor. No estoy segura de por qué creo que besarlo es una buena idea, o que puedo soportarlo. Incluso un simple beso de este hombre devastador me jode la cabeza.

Al sentarnos, Kova se mete la mano en el bolsillo y saca las llaves. Mi mirada sigue su movimiento y veo el bulto en el centro de sus caderas. Me quedo mirando, trazando el contorno de su polla con los ojos, imaginando la vena que amo palpitando de deseo. Pienso en cómo se sentiría dentro de mí y me doy cuenta de lo mucho que lo echo de menos.

Hace sonar sus llaves delante de mí rostro y mis ojos se levantan cuando saca dos llaves del llavero. Extiendo la palma de la mano y él las deja caer allí. Me sorprende un poco por no haberme enfrentado a él. Supongo que hoy es uno de esos días en los que tengo que elegir mis batallas.

—Puedes descansar en mi habitación o en la de invitados...

—Tomaré la habitación de invitados. No puedo acostarme en la cama que compartes con tu esposa.



—Adrianna. —Hace una pausa, mirándome tan profundamente a los ojos que temo lo que saldrá de su boca a continuación—. Hace más de un mes que no duerme en mi cama. —Mis labios se separan en absoluto shock. Sí, definitivamente no había esperado esa admisión—. Ella utiliza la habitación de invitados con la manta amarilla.

Cristo en un puto palo. Eso es lo último que esperaba, y honestamente, prefería no saberlo. Pero ahora tengo curiosidad. Tengo muchas ganas de preguntar qué había pasado, y la mirada en sus ojos me dice que quiere que lo haga porque sería una apertura para que explicara sus acciones. Pero no puedo. Al menos no todavía. No cuando me siento tan frágil. Sus palabras son agotadoras y me chupan tanta energía la mitad del tiempo. No estoy segura de tener el poder para mantenerme fuerte y no derrumbarme en este momento. Su verdad y sus confesiones debían esperar hasta que yo este preparada.

En cambio, todo lo que puedo hacer es asentir y tomar las llaves.

—Ponte cómoda. Come lo que quieras, pero asegúrate de llamar primero a tu médico antes de hacer cualquier cosa.

—¿Cuándo volverá Katja?

—No hasta al final de la semana. No tienes nada de qué preocuparte. Descansa un poco.

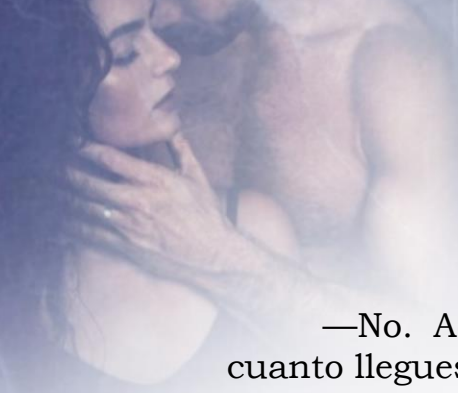
—De acuerdo. Gracias por hacer esto. Realmente no quería estar más sola.

Kova da un paso atrás y me deslizo fuera de su escritorio. Me ajusto los pantalones cortos y luego busco mi bolso de lona. Sonrío por dentro. No puedo creer que estuviera deseando descansar.

—Debería estar en casa pronto —dice—. Te llevaré la cena.

No pensaba quedarme a cenar, solo lo suficiente para llenar la soledad de mi pecho. Él es mi salvavidas, y es aterrador lo mucho que lo necesito.

—¿Hay una alarma en tu casa?



—No. Adrianna, prométeme que llamarás a tu médico en cuanto llegues a mi casa.

Asiento, recojo mi bolso.

—Lo haré.

Me llama cuando llego a la puerta de su oficina y miro por encima del hombro.

—¿Sabes cómo sé que no estás bien? —Frunzo el ceño—. No hay lucha en ti. Te falta el fuego. Vete a casa. Te veré pronto.

No se me escapa que ha dicho la palabra casa, como si su hogar fuera uno que compartiéramos.



Capítulo 30

Quizá Kova tenga razón. Tal vez hay algo malo en mí, pienso mientras abro la puerta de su casa y cruzo el umbral.

Estoy sola. En la casa de Kova. La que comparte con su esposa.

Dejo las llaves en la mesa del vestíbulo para no perderlas y recorro uno de los pasillos, buscando la habitación con la manta amarilla. Quiero ver si me ha mentido.

Los latidos de mi corazón aumentan con cada paso que me lleva más adentro de su espacio personal. La primera puerta de la derecha está cerrada, así que la abro y veo que es un cuarto de baño con una enorme bañera de patas de garra y un montón de ventanas borrosas y pixeladas. Las paredes son de color blanco puro, al igual que los muebles. Un aspecto tan estéril y sin un ápice de color. Como un hospital psiquiátrico.

Cierro la puerta y me dirijo a la siguiente habitación. Es una habitación libre, pero no la que yo busco. La última puerta del pasillo está a la izquierda. Al caminar hacia ella, me doy cuenta que ya estaba abierta.

Mi corazón se desploma al ver el color amarillo. Esta es la habitación. La abro lentamente. Aunque sé que Katja no está aquí, me pone nerviosa que me descubrieran fisgoneando.

Entro y de inmediato me llega un olor familiar que, según Kova, es el jabón corporal especial que Katja había pedido a Rusia. Tengo que encontrar el frasco. No porque quisiera oler como ella -eso sería espeluznante-, sino porque me gusta mucho y tengo curiosidad por saber qué demonios contiene.



Miro a mi alrededor. Todo está ordenado y pulcro, pero sin un ápice de vida. Las cortinas están corridas y hay un frío en la habitación. Ya había estado en otras partes de la casa de Kova, pero no se sentían así. Como un museo soso y frígido. La cama esta hecha con un horrible edredón de color amarillo ranúnculo y demasiadas almohadas. Las mesitas de noche están vacías, excepto por una única lámpara blanca en cada una. Incluso hay marcas frescas de aspiradora en la alfombra blanca. Dios. ¿Por qué tanto blanco? No parece que nadie viviera en esta habitación. Se me hace un nudo en el estómago y me apresuro a llamar mentiroso a Kova hasta que miro la cómoda y veo dos marcos de fotos que están boca abajo. Frunzo el ceño y me acerco a recogerlos. Con todo tan meticuloso, sabía que eso no es un accidente.

Al darle la vuelta a uno, veo que dentro del marco hay una foto de Kova y Katja. Sonreían y parecían estar muy enamorados. Kova está de pie detrás de Katja con los brazos rodeando sus hombros mientras le besa un lado de la cabeza con una sonrisa. Me siento mal al contemplar la imagen de la aparentemente feliz… y ahora casada… pareja y me pregunto qué ha pasado entre ellos.

Tragando saliva, vuelvo a colocar el marco como lo encontré, boca abajo, y recojo el otro. Es otra imagen de Kova y Katja. Caminaban tomados de la mano por una playa en la que la arena es de color rosa pálido y el agua de un azul cristalino. No hay muchos lugares en el mundo con arena rosa, así que esto me dice que habían estado de vacaciones en algún lugar, probablemente las Bahamas. Ambos están en forma y parecen la pareja ideal que todos quieren tener. Me quedo mirando el cuerpo impecable de Katja y el bikini que llevaba, que solo una modelo de Victoria's Secret puede lucir. No soy una persona celosa, pero me molesta lo perfecta que es de pies a cabeza. Unas tetas de tamaño perfecto que yo no tengo, unas caderas anchas que yo no tengo y que dan paso a un sexy espacio entre los muslos, y unas piernas largas y delgadas. Por supuesto, Kova la estaba mirando, sonriendo con unas gafas de sol negras, un sombrero negro hacia atrás y unos pantalones cortos de surf negros que se sentaban extremadamente bajos en su estilizada cintura. Kova es demasiado atractivo para su propio bien, y parecía querer devorar cada centímetro de su cuerpo.

Con el ceño fruncido, bajo el marco con demasiada fuerza y oigo cómo se rompe el cristal. Me quedo helada, aspiro un poco de aire y me entra el pánico. Levanto con cuidado el marco y miro el cristal, y veo que lo he rajado en varias partes. Joder... Vuelvo a dejarlo en su sitio y rezo para que nadie lo encontrara, o para que Katja le echara la culpa a Kova.

Antes de salir, abro los cajones y curioseo. Si Katja se quedaba aquí, tiene que haber algo suyo... y lo hay.

El alivio me recorre y la presión en mi pecho se alivia. Dejo escapar un largo suspiro. En cada uno de los seis cajones hay ropa de mujer. Por último, reviso el armario y encuentro toneladas de prendas de diseño, zapatos y bolsos. Asegurándome de dejar todo como lo había encontrado, salgo de la habitación de Katja y dejo la puerta abierta, tal como estaba antes de entrar.

Mi teléfono suena y me sobresalto al oírlo. Dios, me siento tan culpable por haberme escabullido. Al mirar el teléfono, veo un mensaje de Kova.

Entrenador: No te olvides de llamar al médico.

Buscando en mis contactos, encuentro el número de la consulta de mi médico y llamo. La recepcionista contesta al segundo timbre.

—Hola, soy Adrianna Rossi. Llamo para pedir una cita para revisar los resultados de mis análisis de sangre. ¿Hay alguna manera que pueda acudir hoy?

—Bien... Déjeme ver lo que tengo disponible —responde. Puedo oír sus dedos volando sobre el teclado.

—¿Puede decirme algo sobre mis resultados? —pregunto mientras espero.

—Por desgracia, no puedo. No soy médico.

—¿Y si me llama una enfermera?

—Tendrías que venir de todos modos, y en este momento, parece que el médico está ocupado hasta el final de la semana.

—Final de semana —repito, flipando.

Sacudo la cabeza. Esto no puede suceder. Me niego a perder tanto entrenamiento. Me acerco al sofá de Kova y me siento. Inclinada, apoyo la frente en la palma de la mano y miro fijamente el suelo de mármol.

—Necesito una cita de urgencia, por favor. La doctora se empeñó en que volviera lo antes posible por los resultados de la primera ronda de sangre que me sacaron. Estuve fuera de la ciudad y recibí múltiples llamadas hasta el punto que mi contacto de emergencia fue notificado. Obviamente, algo va mal. Tengo que ir antes y, si no me cree, puede preguntarle a la propia doctora.

No quiero ser grosera, pero no tengo otra opción.

—Por favor, espere. —Con el corazón palpitante, espero lo que me parece una eternidad a que volviera la recepcionista—. La doctora puede verte a primera hora de la mañana. Es lo mejor que puede hacer.

Aprieto los ojos.

—Lo acepto.

—Perfecto. Te veremos a las nueve —confirma y cuelga antes que pudiera decir otra palabra.

Expulsando un suspiro fuerte y poco femenino, me siento y miro el techo, preguntándome qué voy hacer con mi tiempo hasta entonces.

Yo: Mi cita es mañana por la mañana.

Entrenador: Bien. Gracias por avisarme. Debería estar fuera de aquí en dos horas.

Me levanto y camino hacia el otro extremo de la casa, buscando el dormitorio principal. Quiero quitarme el leotardo, pero no traigo ropa extra; a Kova no le importará que tomo prestada una de sus camisetas.

Paso por delante de su oficina y de la habitación donde guarda todos sus recuerdos de la gimnasia cuando llegan los recuerdos a mi mente. Un escalofrío me recorre los brazos. Fue donde me habló por primera vez de su participación en las Olimpiadas, de su madre, y donde me dijo que yo era hermosa, si no más que Katja. Donde me tocó suavemente el rostro y me miró de una manera que un entrenador nunca debería mirar a su gimnasta. Fue en ese momento que todo cambió para nosotros.

Cuando llego al final del oscuro pasillo, respiro profundamente y pongo la mano en el frío pomo. Al girarlo, empujo la puerta para abrirla y me anticipo a otra habitación fría y rígida. En cambio, entro en una habitación que no coincide con el resto de la casa. Mientras que la parte de Katja tiene un aire frío y estéril, la de Kova es masculina, cálida y elegante. Su lado es mucho más acogedor.

Entro y me sumerjo inmediatamente en Kova. Esta habitación es innegablemente suya y en ella se deja expresar libremente. El aroma de Kova me envuelve de inmediato y mi piel siente un cosquilleo. Las pesadas cortinas bloquean toda la luz. En el centro de la habitación, contra una pared de acento gris pizarra, hay una acogedora cama king-size confeccionada con un grueso edredón de color rojo sangre y gris oscuro. No hay almohadas decorativas que sugirieran un toque femenino, solo cuatro grandes almohadas negras. Frente a la cama hay un banco de cuero negro para sentarse. No hay una alfombra a juego como en las otras anodinas habitaciones de invitados, sino suelos de madera gris carbón con una alfombra gigante de piel de animal en el centro. En un lado de la pared hay un enorme armario que me deja boquiabierta. Me acerco a él, asombrada por el detallado trabajo artesanal, y acerco mi mano para tocarlo.

La madera está decorada con volutas de hojas tropicales, con detalles de mimbre que le dan un aire isleño, y flanqueada por dos columnas inspiradas en el bambú. En el lado opuesto, paralelo al armario, hay una zona de ejercicios con un soporte para trabajar la parte superior del cuerpo y unas pesas en un estante a un lado. No hay nada en las paredes, salvo un televisor montado en la pared más cercana a la puerta con una gran cómoda debajo que hace juego con el armario. El televisor es más grande que yo.

Miro a mi alrededor. ¿Quién demonios había decorado esta habitación? Es seductora, oscura, misteriosa y exuberante, y no se parece a nada de la casa.

Me encanta.

Tiene que ser el toque de Kova. Su esencia llena la habitación de la misma manera que hace una declaración con tan pocas palabras. Menos es más y todo eso.

Con curiosidad por ver el cuarto de baño, me dirijo a la suite y me detengo en seco, aspirando.

Las paredes están revestidas de azulejos anchos de color gris pizarra desde el suelo hasta el techo. Una gran ducha sin puertas y con una enorme alcachofa de lluvia esta junto al tocador de mármol negro. Hay una bañera rectangular tallada en piedra directamente en el centro. Es tan grande que podría estirarme en ella y aun así no la llenaría. Lo último que tengo en mi lista de cosas que no debo hacer en un futuro próximo es tomar un baño, pero después de ver el de Kova, quiero probarlo. Para mi sorpresa, hay una ventana sin persianas ni cortinas. No esta difuminada, ni tiene mosaicos para tapar los ojos de los curiosos. Da a lo que supuse que es, su patio trasero y tiene una vista de filas y filas de árboles de bambú agrupados.

Me quedo parada, totalmente sorprendida. La casa de Kova es impresionante para empezar, pero su habitación y su baño son algo más. Su propio oasis. Debe de ser la única habitación que ha exigido diseñar y decorar. Todo es elegante y lujoso. Me encantaría ver lo que haría con una casa entera. En realidad, me sorprende que pudiera permitirse algo tan opulento. Reconozco el dinero cuando lo veo gracias a mi educación, y Kova tiene mucho más de lo que dice.



Capítulo 31

Una vez superado el shock de ver el lado de la casa de Kova, decido que tengo que probar su bañera. Busco en los cajones de Kova hasta que encuentro una camiseta para ponerme, y luego dejo correr el agua. Ni siquiera me molesto en buscar un par de pantalones cortos, ya que sé que es imposible que me queden bien.

Con la bañera llena, busco un poco de jabón para hacer burbujas, pero en su lugar encuentro varios frascos de sal de Epsom. Debería haberlo sabido: es el favorito de Kova. Vierto un poco y espero un minuto antes de desnudarme y meterme en la bañera.

Un suspiro celestial sale de mis labios al sentir el calor del agua y lo bien que se siente en mi cuerpo adolorido. Agarrando el celular, coloco las piernas en el borde de la bañera y las cruzo. Hago una foto y se la envío a Kova. Segundos después, me responde:

Entrenador: Más vale que haya sales de baño ahí.

Yo: Jajaja hay.

Entrenador: Me gusta verte en mi bañera.

Yo: Es tan grande que podría nadar en ella. Los chorros se sienten tan bien.

Entrenador: Me alegro que la uses. No se usa en absoluto.

Tengo que ignorar eso.

Yo: Me alegro que no sea un baño de hielo por una vez.

Hago una foto de la ventana y se la envío a Kova.

Yo: ¿Por qué no me sorprende esto?

Entrenador: ¿Qué?

Yo: El hecho que tengas una ventana sin cubrir y que cualquiera pueda ver hacia el interior.

Entrenador: ¿Qué puedo decir? Soy un poco exhibicionista.

Pienso en Kova paseando desnudo y en que no tenga el menor pudor. Tengo la idea que le gusta que la gente lo mire. Su cuerpo es para morirse, especialmente desnudo, así que no debía sorprenderme. Mi coño se excita con su imagen en mi cabeza, de él bajo la ducha en cascada, acariciándose hasta el olvido. Miro la ventana y me doy cuenta que está perfectamente inclinada hacia la ducha y la bañera. Tengo que apretar las piernas por la repentina palpitación. El agua chapotea de un lado a otro.

Yo: Ahora eso no me sorprende. LOL. Voy a tomar una siesta pronto.

Entrenador: Solo en mi cama. Nos vemos pronto.

Cuando el agua se enfría, salgo y tomo una toalla que colgaba de la pared para secarme. El aire frío me cubre de escalofríos, pero la toalla está caliente al tacto. Envolviéndola alrededor de mi cuerpo, suspiro por el calor y el grosor. El toallero está climatizado. En este momento, no quiero salir nunca de su habitación. Esto es el paraíso.

Me seco y miro a mi alrededor. Lo único que decora la habitación son unas orquídeas blancas y frescas en un enorme jarrón negro cuadrado sobre el tocador, justo en el centro.

Alcanzando su camiseta para ponérmela, me retraigo, pensando que la toalla sería más cálida y acogedora bajo la manta.

Apretando el material contra mi pecho, entro en su dormitorio, aparto las sábanas para descubrir unas suaves sábanas de color gris y me subo. Aflojo la toalla para situarme y me tapo con

las mantas. Me quito la goma de cabello y me despeino. Para mí, quitarme la goma del cabello es el equivalente a quitarme el sujetador después de un largo día.

Fue un error. Un gran error, porque una vez que mi cabeza toca la almohada, el aroma de Kova me rodea, estimulando mi sangre con ideas descaradas. Todo este tiempo había pensado que llevaba colonia, pero es solo su aroma natural. No se pone colonia en la cama, nadie lo haría, y me había dicho que Katja no ha compartido su cama en un mes, así que sé que este olor es todo suyo.

Me pongo de lado, cierro los ojos y trato de bloquear cualquier pensamiento ilícito que pase por mi cabeza. Suspirando, me siento a gusto y no sola por primera vez en mucho tiempo. Abrazo la almohada de plumas king size a lo largo de mi cuerpo y levanto una rodilla, expulsando un suspiro. Necesito dormir. Estoy agotada.

Pero el sueño no llega. Me pongo del otro lado y miro hacia el equipo de ejercicios de Kova. Me lo imagino en ese lugar haciendo flexiones y abdominales, sin nada más que unos pantalones cortos, con los músculos tensos y el sudor cayendo por su pecho enrojecido. Los pantalones cortos serían bajos, lo suficiente para que yo pudiera ver los músculos tallados alrededor de sus caderas que conducen a su culo voluminoso, definido y de aspecto increíblemente delicioso, y los vellos oscuros que conducen a su polla. Tal vez incluso llevaría esa gorra al revés que tanto me gusta. O, tal vez, estaría desnudo excepto por la gorra. Me fijo en un cinturón de pesas para la cintura y me pregunto si se ataría pesas a él mientras usa la máquina fija. Me pregunto si podría pegarme a él como un mono araña mientras hacía flexiones. Eso sería increíblemente caliente.

Cristo en un palo. Tengo que parar. Un latido palpita entre mis piernas y mi coño se humedece. Dios, esto es humillante. Todo lo que tengo que hacer es imaginar a Kova haciendo ejercicio y yo me estoy excitando en una cama que en algún momento ha compartido con su esposa.

Cierro los ojos y suspiro, apartando todos los pensamientos de mi cabeza. Estoy relajada y en un buen lugar… incluso mi mente

está relajada, lo cual es muy extraño teniendo en cuenta dónde estoy. Pero lo sé. Sé por qué me siento así, y no quiero admitirlo.

Es Kova. Siempre es Kova, y aunque su presencia puede irritarme, también tiene la capacidad de calmarme.

Cambiando de posición, subo aún más la pierna y acurruco la almohada más cerca de mí. El material de la toalla y el grosor de la almohada empujan mi clítoris en el punto justo. Mi cuerpo se enciende de hambre en respuesta. Gimo ante la presión y trato de no moverme, pero me siento demasiado bien y mis caderas ruedan contra ella. Mi clítoris se arrastra por el material irregular de la toalla, mi coño duele por la necesidad de ser tocada. Lo hago una y otra vez, y el calor que recorre mi cuerpo se intensifica con cada empujón, mojándome aún más de deseo.

Aprieto la almohada hacia mí, sabiendo que tengo que parar, pero queriendo rodar y subirme a ella también. Quiero frotar mi dolorido clítoris por todo el lugar donde él apoya su cabeza por la noche y acariciarme hasta correrme. Finjo que es la cara de Kova la que estoy montando y me quedo helada. Estoy tan cerca de correrme. Mis ojos se cierran con fuerza. Tengo que parar. Esto no esta bien. Estoy en su cama, pero mis caderas no se detienen y me aprieto contra la toalla mientras presiono la almohada con más fuerza con mis muslos, amando la fricción y sintiendo que moriré si no tengo más. Mis pezones se fruncen hasta convertirse en duras puntas, la toalla se burla de mi piel sensible. De mis labios salen largos suspiros y mis gemidos resuenan en la habitación. Quiero correrme, y deseaba desesperadamente hacerlo en la cama de Kova.

Oh, Dios. Mi cuerpo esta enrojecido por el calor. Me pongo de espaldas y aparto la manta, pero me quedo con la toalla puesta. Necesito parar esto, pero mi mano ya está bajo la toalla, deslizándose por los pliegues hinchados de mi coño y frotando mi clítoris. Con las caderas agitadas, me aprieto todo lo que puedo, casi de forma dolorosa, y me sumerjo en una ola de euforia. La toalla se desliza, exponiendo mi cuerpo al aire fresco. Gimo, subiendo más alto, cuando un sonido fuera de la habitación llama mi atención. Me quedo helada, con el corazón martilleando. Miro a un lado y encuentro a Kova de pie en la puerta.

Jadeo, respirando con dificultad, y sin embargo, no puedo dejar de tocarme, especialmente ahora, con él mirándome. Cierro las piernas y me aprieto contra mi mano.

Kova empuja la puerta y entra. Nuestros ojos se fijan el uno en el otro, como si una fuerza imaginaria nos juntara, hasta que llega a un lado de la cama y se cierne sobre mí. Sus ojos se ensombrecen con una mirada que yo conozco demasiado bien. Me muerdo el labio, avergonzada por haber sido descubierta.

Sus ojos arden de lujuria y su lengua se desliza por el labio inferior. Kova recoge la toalla y la tira al suelo. Mi mano sigue metida entre las piernas. Arrastra el dorso de sus nudillos a lo largo de mi muslo, acariciando suave y delicadamente mi colorada piel. Abre la palma de la mano sobre mi cadera. Me aprieta la cadera y mi espalda se arquea. Mi mirada se dirige a sus pantalones cortos y a su evidente erección que se tensa contra el material.

—Por favor, no dejes que te detenga —gruñe.

Mis mejillas se sonrojan y trago saliva.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí de pie?

—El suficiente para ver que estabas a punto de follarte mi almohada. —Mis ojos se abren ampliamente y mis mejillas vuelven a sonrojarse. Quiero morirme de vergüenza—. No me habría importado, sabes. De hecho, me hubiera gustado que lo hicieras. Estaba esperando a que te pusieras la almohada entre los muslos y te subieras. Podrías haber puesto tus manos en el cabecero y así ver tu espalda flexionarse y contraerse mientras cabalgabas en el mismo lugar donde pongo mi rostro cada noche. Podías haber cabalgado con fuerza hasta correrte. —Sigo mirándolo en silencio, queriendo hacer precisamente eso—. ¿Por qué has parado? —pregunta, todavía tocando mi pierna.

—¿Parar qué? —Casi jadeo.

—Con mi almohada. ¿Por qué dejaste de frotar tu dulce coñito sobre ella?

Desvío la mirada, tratando de averiguar cómo manejar esta conversación. Kova no está enfadado, está excitado y duro como

una roca. Su polla está aún más grande ahora, mi coño anhela instantáneamente el contorno de su gruesa longitud.

Gimo y digo la verdad, ya que a él le gusta oírla:

—Porque no quería dejarle una marca de humedad.

—No eres tímida delante mío —afirma.

—No —respondo suavemente—. Creo que con cualquier otra persona podría serlo, pero no contigo.

La mandíbula de Kova se flexiona, sus fosas nasales se dilatan, sus ojos ansían más. Entonces, me sorprende.

—Hazlo. Tócate.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral, mi cuerpo se pone tan caliente que siento que arde al saber que me mira. Lo deseo. El corazón me martillea en el pecho, mi coño se empapa ante la idea de hacerlo realmente. Kova se sube a la cama y se arrodilla frente a mí, sus manos se dirigen a mis rodillas para abrirme las piernas… y lo dejo. Su mirada hambrienta se dirige inmediatamente a mi sexo y siento que la humedad se filtra. Sus fosas nasales se dilatan y me mira con ojos pesados y oscuros. Levanto las rodillas para mostrarle lo que nunca volverá a tener, solo para que se incline rápidamente y me dé un largo y buen toque con la lengua.

—Oh, Dios —gimo, jadeando mientras el placer me sacude. Mi espalda se arquea por la forma en que aplasta su lengua.

—He echado de menos tu sabor en mi lengua —dice, con su voz gutural.

Kova se acerca y coloca una mano en cada uno de mis muslos. Las desliza bruscamente hasta llegar a la línea del bikini, la expectativa que vaya más lejos es tan desesperada que casi se lo pido. Justo antes de llegar a mi centro, me aprieta los muslos con fuerza. Dejo escapar un gemido y cuando lo hace de nuevo, casi ronroneo. Solo su fuerza me excita.

Estiro dos dedos y se los ofrezco. Kova no duda en metérselos en la boca. Su lengua se mueve seductoramente, mordisqueando.

Lo retiro, pero él aprieta su agarre y los guía hasta mi sexo. Con nuestras miradas fijas, presiona mis dos dedos contra mi clítoris, su dedo índice sobre el mío, y lo rodea con dolorosa lentitud. Se sitúa en el centro de mi clítoris y se detiene, para luego empujar hacia él. Inspiro y separo los labios mientras una descarga de placer vibra por todo mi cuerpo. Da vueltas y vuelve a empujar, hasta que siento que un líquido corre hacía mi culo. Con la punta de su dedo, Kova aparta el mío y acaricia expertamente mi clítoris dolorido.

Y lo dejo. No puedo detenerlo. Sus ojos están demasiado hambrientos y mi cuerpo ansía su contacto.

Kova da unas cuantas vueltas más, suficientes para dejarme respirando con dificultad y con los muslos temblando. Utilizando de nuevo mis dedos, Kova se desliza hacia abajo con determinación hasta llegar a mi abertura. Se detiene. Contengo la respiración y espero.

Kova presiona mi abertura con los tres dedos y trago con fuerza. Introduce solo las puntas, acariciando mis paredes, y luego las curva. Los dos soltamos un suspiro estrangulado de hambre. Lo hace de nuevo, y de nuevo, empujando un poco más profundo cada vez.

—Kova —susurro. Al sacar los dedos, una succión húmeda seguida de un estallido suena en el silencio de su habitación, y me parece tan condenadamente caliente. Me levanta de un tirón y vuelo hacia su pecho y hacia su regazo, con las rodillas a horcajadas sobre él. Me agarra la muñeca con fuerza, con nuestros rostros tan cerca el uno del otro. Me rodea la espalda con el otro brazo y me aprieta el culo.

Se mete los dedos en la boca y veo cómo su lengua se desliza entre ellos mientras lame el líquido transparente. Ronroneo, con las mejillas teñidas de calor. Separando los labios, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, respiro mientras me inclino hacia su boca.

Sus ojos se encienden con calor.



—Ya has dicho mi nombre tres veces, lo que me indica que tu muro por fin se está derrumbando, joder. No soy tu entrenador. Nunca he *sido* solo tu entrenador.



Capítulo 32

Encantada, no puedo dejar de mirar su boca. Tiene algo de mí en su labio inferior y eso es lo único en lo que puedo concentrarme. Su olor me envuelve y me hace sentir un gran revuelo. Tiene razón: nunca ha sido solo un entrenador para mí.

—Lo menos que puedes hacer es follarte donde duermo cada noche para que pueda oler tu coño y ver la mancha que dejes cuando te corres.

Mis ojos se disparan hacia los suyos y se ensanchan. Un escalofrío se desliza por mi columna vertebral.

—Eres tan jodidamente asqueroso —digo, con la voz espesa por la necesidad.

—Hazlo —exige.

Me da vergüenza admitir en voz alta que me encanta que me hable sucio.

Kova inclina la cabeza hacia un lado y sus ojos recorren mi rostro.

—A no ser, por supuesto, que quieras que esté dentro de ti —susurra seductoramente contra mis labios—. Tal y como me siento ahora, puedo partirte en dos. —Kova me aprieta la barbilla entre sus dedos. Me lame los labios y siento que se me filtra más placer—. Pero no es por esto por lo que quería que vinieras aquí... espero que lo tengas claro... pero estoy encantado de complacerte. —Sonríe, y lo siento en mi alma—. Creo que quieres mi polla dentro de tu coño. Creo que echas de menos correrte en mi polla pero te

da miedo admitirlo. Sé que a mí me da mucho miedo. La única vez que me corro con fuerza es cuando lo hago dentro de ti. Solo tú.

Dejo escapar un suspiro apresurado, con el corazón en llamas y el cuerpo gritando por más. Me encanta que me hable así. Lo encuentro provocativamente caliente.

—¿O quieres que juegue contigo aquí? —pregunta, sus manos se deslizan hacia mi culo, hacia mi agujero. Lo presiona y yo respiro mientras me pongo de rodillas. Mi corazón late fanáticamente en mi pecho mientras la anticipación aumenta—. Entre tu coño y tu culo, ¿sabes las cosas que podría hacerte? ¿Las cosas que podría hacerte sentir? ¿Las cosas que podríamos sentir juntos?

Las palabras que dice me excitan tanto que siento que vuelo. Me mortifica que me guste tanto y que pueda llegar al orgasmo solo con escuchar su voz ronca.

Kova vuelve a sonreír, con sus ojos cómplices. Me acaricia el culo y mi clítoris palpita. Suelto un suspiro estrangulado.

—Te gusta que te diga cosas así, ¿verdad?

Me lamo los labios y asiento sutilmente. Kova mete la mano entre nuestros cuerpos y me acaricia el coño, luego arrastra los dedos hacia arriba para llevárselos a la boca. Gimo, viendo cómo chupa cada parte.

Esto es todo lo que puedo soportar.

Me zafo de su agarre, agarro su camiseta y la subo por encima de su cabeza. Mi boca está en la suya segundos después y puedo saborear mi propio sabor en él, lo que solo enciende aún más mi pasión. Le sujeto la nuca para que no pudiera moverse. Lo beso con fuerza, como él me besaba a mí, y me froto a lo largo de su polla. Sus caderas se mueven hacia adelante y comprendo que me desea con la misma intensidad. Gemimos en la boca del otro, chocando el uno contra el otro. Su mano se desliza por mi culo mientras juega con mi abertura. Lo beso con más fuerza, mordiéndole el labio. Mis manos están por todas partes, no puedo dejar de tocar cada centímetro de su delicioso cuerpo.

Necesito correrme y haré cualquier cosa para conseguirlo. Si tengo que frotar mi coño por todo él hasta el orgasmo, lo haré. No sería mi primera vez. Y sé que él me dejaría.

Kova rompe el beso. Sin decir una palabra más, se inclina a mi alrededor y coloca dos almohadas gruesas y enormes una encima de la otra junto a mí, luego me agarra de las caderas y me sacude hasta que estoy a horcajadas sobre ellas, de cara a la pared. Apoyo la mano en el cabecero de la cama para estabilizarme, casi borracha por sus besos, sus caricias y sus sucias palabras.

Kova se acerca por detrás de mí.

—Pon las dos manos en el cabecero. —Su voz profunda acaricia mi cuello. Sus manos callosas me masajean a lo largo de la espalda, provocando pequeños espasmos y escalofríos cuanto más alto se mueve, hasta que me ahueca el cuello y me obliga a devolverle la mirada. Kova se inclina y me aprieta la garganta, su lengua sale para lamerme la boca y luego besarme.

—Frota tu clítoris en la almohada —ordena contra mis labios. No soy tímida delante de Kova en la mayoría de los casos, pero ¿masturbarme en una almohada? Preferiría usar su muslo. No estoy segura de lo que esto podría hacer por mí y me da un poco de vergüenza intentarlo. Kova aprieta su agarre—. ¿Tengo que separar esos labios del coño por ti, hmmm?

La idea me excita tanto que siento que me pongo siete tonos de rojo y mi corazón amenaza con salirse del pecho.

Me muerdo el labio y asiento.

Los ojos de Kova se encienden y sonríe.

—Esto es lo que me encanta de ti, Adrianna. Te pierdes en el momento como yo y simplemente sientes. Lo dejas todo y permites a tu cuerpo el placer que tan secretamente deseas.

Kova se sitúa detrás de mí, con sus muslos acariciando los míos. Alcanzando mi frente, observo cómo sus manos se deslizan por la almohada hasta quedar debajo de mí. Se me pone la piel de gallina al ver lo que está haciendo. Ya estoy empapada. Puedo sentir el resbalón en mis muslos.



Con cuidado, sus dedos separan mis labios hinchados hasta que quedo completamente abierta sobre su almohada. Suspiro y me hundo. Sorprendentemente, se siente bien. No, se siente jodidamente increíble. Los pliegues de la funda de la almohada se amontonaron y golpean en diferentes puntos. Gimo cuando una de sus manos sale para alcanzarme por detrás, y siento cómo se desplaza hasta que oigo el chasquido del elástico. Con la otra mano, usa dos dedos para empujar la tierna piel hacia atrás, de modo que mi clítoris queda expuesto, y luego su cálida erección toca mi columna. Gimo con fuerza, sin importarme cómo sueno. Mi cabeza rueda hacia atrás y me pierdo en la sensación.

—No saques las manos —me ordena.

—Nada de sexo, Kova. —No tengo ni idea de cómo hr conseguido soltar eso.

—Es la cuarta vez. Cuatro veces has dicho mi nombre.

Con ambas manos, Kova me muestra lo que quiere que haga guiando lentamente mis caderas hacia atrás, y luego rotándolas hacia adelante, presionándome hacia abajo en las almohadas mientras me muevo. Una inyección de adrenalina me recorre.

—Oh, Dios —digo jadeando.

—Arquea la espalda. —Lo hago—. Más. —Esta vez casi veo las estrellas—. ¿Lo sientes?

—Sí —jadeo—. En mi clítoris.

—Otra vez.

Durante casi un minuto seguido, y con la ayuda de las manos de Kova en mis caderas, me guía para que me restregara por toda su almohada, llevando mi placer cada vez más alto. Es el ángulo perfecto para hacerme perder el control.

—Ahora arquéate de nuevo y aguanta. —Hace una pausa—. Arquéate más. Sí, así.

Dios, no puedo pensar con claridad. Estoy empezando a jadear por el puro éxtasis que me provoca.

Usando ambas manos, separa suavemente mis nalgas, y luego coloca la punta de su polla en mi agujero fruncido.

Kova pone su mano delante de mí rostro.

—Escupe en mi mano —me ordena, y lo hago. Luego utiliza mi saliva para acariciar mi culo.

—Oh, oh Dios —es todo lo que puedo decir.

—Imagínate —dice con voz ronca, sus manos acariciando mi espalda—. Mi polla en tu culo mientras tu clítoris es trabajado al mismo tiempo. —Presiona en el agujero, y no lo detengo—. Es la posición y la altura perfectas. —Kova me besa el cuello y luego dice—: Ahora relájate para mí, *malysh*.

Para mi absoluta sorpresa, me echo hacia atrás y gimo ante la presión prohibida. Kova se congela. Se inclina hacia adelante para que su pecho quede pegado a mi espalda y empuja lenta y cuidadosamente la punta de su polla dentro de mí. Jadeo, sintiendo el ardor. Mi respiración se agita. No puedo creer que este dejando que esto suceda. Mi clítoris palpita y siento que voy a llorar si no me corro pronto.

—O bien, puedo alcanzar y hacer esto mientras te tomo el culo. —Sus dientes se hunden en mi hombro mientras sus dedos pellizcan mi clítoris con tanta fuerza que grito. Mi cabeza se echa hacia atrás—. Lo quieres, ¿no?

Apretando los ojos, me muerdo el labio inferior y asiento, antes de responder:

—Me olvido de quién soy contigo. Me olvido de lo que se supone que debo sentir… y de lo que no se supone que debo sentir… cuando estoy contigo —digo con sinceridad. Entonces me sumerjo y empujo más hacia atrás mientras la humedad se filtra de mí a la almohada. Jadeo de placer, sintiendo que la punta de su polla penetra aún más en el agujerito. Sin embargo, es demasiado y las lágrimas de frustración brotan de mis ojos. Mi cabeza vuelve a caer sobre su pecho—. No sé quién soy.

—Tal vez esto es lo que eres —dice, su aliento caliente burlándose de mi cuello—. Tal vez esto es lo que quieres, pero te

molesta porque no estás acostumbrada y te choca. Tal vez incluso te humilla. Como ahora mismo, mi polla apenas está adentro y está estirando tu culito. Crees que está mal, pero no lo está. ¿Cómo puede estar mal cuando se siente tan jodidamente bien? —Kova frota mi clítoris, mi orgasmo subiendo y subiendo, ayudando a difuminar el dolor y a poner mi atención en otra parte.

—Pierdo el control cuando estoy contigo así —jadeo—. Quiero más, más y más, y me siento mal por querer las cosas que deseo, por las cosas que pienso.

Me besa el hombro.

—No te avergüences nunca de desear algo, Adrianna. Todo el mundo siente placer de diferentes maneras. Resulta que nosotros *simplemente* disfrutamos de las mismas cosas carnales. Mira hacia abajo y ve lo que hiciste.

Lo hago, y mis mejillas se encienden tanto que hasta mis orejas arden. Hay una enorme mancha húmeda en su funda de almohada gris, completamente mojada por mí.

—Eso es tu excitación. ¿Y sabes qué?

Sacudo la cabeza.

—¿Qué? —Sigue frotando mi clítoris y mis muslos tiemblan en respuesta. Desliza su polla un poco más dentro de mi culo, pero me tenso, negando con la cabeza—. Demasiado —digo, completamente sin aliento, y él se retira.

—Me encanta, joder. Me encanta saber qué puedo hacerte sentir bien. Me encanta saber que liberas tu lado de zorra cuando estás excitada. Es jodidamente sexy y muy excitante porque me estás dando placer. Tú empujas, yo tiro. Tú luchas, yo ataco. ¿Puedes correrte así?

—No lo creo. Se siente bien, pero la almohada es demasiado suave.

—Lo necesitas duro.

Trago y asiento.

—Aprieta la almohada con los muslos y trata de cerrar las piernas.

Hago lo que me sugirió y siento una agudeza que me sube por la columna vertebral. Mi espalda se inclina hasta que me levanto por completo sobre las rodillas.

Sus manos suben y me pellizcan los pezones, tirando de los pequeños brotes. Mis caderas se mueven por sí solas y cabalgo sobre la almohada del mismo modo que anhelo cabalgar sobre Kova. Gimo porque lo único en lo que puedo pensar es en cómo quiero su polla dentro de mí.

La lengua de Kova me lame el cuello y sus dientes marcan mi carne. Baja una mano y se ajusta para que su erección se deslice contra mi coño abierto. Me abalanzo con tanta fuerza sobre él que pienso que lo romperé.

—Kova, oh jodeeeeeeeerrr…

Gruñe como el maldito animal que es.

—Son cinco.

Mis ojos se ponen en blanco. Estoy aturdida, drogada de placer, al borde del mayor clímax de mi vida.

—Esto —dice, moviéndose al unísono con mi cuerpo— no es algo que encontrarás con nadie más. Espero que lo recuerdes.

—Más. Quiero más.

Gime en mi oído y me lame el cuello.

—Esa es mi chica.

Kova me tira a un lado, y yo ruedo sobre mi espalda. Jadeo, respirando con dificultad, y miro al techo. Tiemblo por todas partes, con el cuerpo agotado y excitado al mismo tiempo. Miro a Kova. Su polla y sus pesadas bolas están expuestas, esta erguida y es muy gruesa. Me levanta las caderas y coloca la misma almohada en la que estaba, justo debajo de mi culo y luego mira hacia abajo.

—Estás tan jodidamente mojada e hinchada. Tu coño está rosa. —Al oír sus palabras me aprieto y sus ojos se iluminan— Y tu clítoris… quiero morderlo hasta que sangre. —La pasión en su voz me atraviesa.

—Ves. —La palabra sale de mis labios, con un cosquilleo en el coño—. No debería querer eso.

—Pero lo quieres.

Asiento

—Quiero que me muerdas y me hagas sangrar. Quiero las marcas de tus dientes por todo mi cuerpo. Me excita, lo desconocido, pero sé que está mal.

Kova se pone boca abajo y se coloca de forma que su rostro quede justo entre mis muslos.

—No está mal si *lo* quieres. Dame tu mano.

Apenas puedo ver su cabeza por encima de mi montículo mientras estiro la mano para dársela.

—Tócate, usa tus dedos, pero ve despacio. Quiero oírlo, los sonidos que hace tu coño cuando te excitas. —Mis ojos se ponen en blanco y gimo—. Ah, tu coño acaba de gotear aún más, así que sí *te* gusta cuando digo mierda sucia.

No pasa mucho tiempo hasta que estoy temblando de deseo y al límite.

—Mete un dedo. —Lo hago—. Añade otro. —Lo hago y aprieto. Me esfuerzo por mirarlo, pero sus ojos están fijos en mi sexo como si fuera un animal hambriento—. ¿Oyes eso? —pregunta, mirándome por fin.

—Sí. —El sonido de mis dedos es el único sonido en la habitación. La succión húmeda es más que caliente y tentadora—. Pero está apretado —digo.

—Añade otro —responde, con los ojos desorbitados—. Quiero ver cómo se estira tu coño.

—Está demasiado apretado para otro dedo y es un ángulo raro para mí.

—Hazlo, Adrianna.

Trago, saco los dedos y digo:

—Hazlo tú.

No duda, pero me agarra la mano y me lame los dedos hasta dejarlos limpios. Luego introduce dos dedos, moviéndolos y añadiendo rápidamente un tercero.

Yo respiro muy fuerte y mis caderas se hunden en las almohadas.

—No te contengas —dice—. Deja que te escuche.

No puede querer oírme porque estoy a punto de gritar:

—Kova, estoy cerca.

—Son seis.

—Oh Dios, haz que me corra, por favor. No puedo aguantar más. —Mis muslos tiemblan y mi cuerpo se estremece de necesidad. Estoy tan cerca.

—Me gustaría que pudieras ver lo hermoso que es ver cómo se estira tu coño. Quiero follarlo. Luego quiero correrme sobre ti, dentro de ti, sobre ti. Quiero ver cómo mi semen sale de ti. Quiero marcarte para que aprendas a quién perteneces.

Me llevo la mano al clítoris y empiezo a frotarme rápidamente. Estoy a punto de estallar, pero él aparta mi mano. Le lanzo una mirada mordaz, totalmente frustrada ahora.

—Por favor, deja de torturarme.



Capítulo 33

Kova retira sus dedos. Antes que pudiera protestar, me levanta el culo y mira mi sexo como si fuera un festín, luego se inclina hacia él. Empezando por mi culo, se burla de él por un momento antes de lamer un largo, caliente y grueso rastro hacia arriba y penetrar mi abertura con su lengua. Su aliento es caliente y yo me agito contra su rostro, sin importarme lo brusco que sea. Mis muslos tiemblan y él me baja. Vuelve a introducir sus dedos, rodea mi clítoris con sus labios y lo muerde, lamiendo con su lengua hasta que ruedo mis caderas hacia su rostro y sujeto su cabeza contra mi coño, obligándolo a chuparme. Sus dedos se enroscan dentro de mí y mis caderas se sacuden cuando vuelve a morder mi clítoris, y eso es todo.

—Me corro, me corro. Oh Dios...

Empujo la parte posterior de su cabeza hacia abajo con fuerza, chocando contra su rostro. Puedo oírle tragar, zumbando contra mi coño, puedo ver cómo mis muslos se agitan alrededor de su rostro, mis caderas se agitan por la fuerza del placer que recorre mi cuerpo. Es, con diferencia, el orgasmo más intenso que he tenido en toda mi vida y no quiero que termine nunca. Sus dedos y su lengua no dejan de moverse, hasta que tiro de su cabello para obligarlo a retroceder. Kova me mira, con un rostro casi salvaje. Parece dispuesto a abalanzarse sobre mí y montarme como un tigre. Ver su boca cubierta de mi humedad me impulsa a avanzar. Me inclino, tirando la almohada a un lado y me muevo. Él se sienta de nuevo sobre sus rodillas mientras yo lo beso con fuerza.

Nuestras manos se enredaron en el cabello del otro mientras nuestras bocas se mueven juntas.

—Puedo saborearme a mí misma —digo, y vuelvo a besarlo como si me estuviera chupando de él. Mi tierno sexo se desliza contra la longitud de su erección presionada entre nosotros y él gime.

—Tu coño sabe mejor que cualquier cosa que haya tenido. Podría comerlo todos los días durante el resto de mi vida si me dejaras.

—No me tientes —respondo.

Al parecer, mi cuerpo no ha terminado porque empiezo a frotarme sobre él con rapidez y fuerza. La respiración de Kova se acelera, con sus manos por todas partes. Tira de mi cabello, me agarra el culo, abofeteándolo con fuerza, luego toma mis caderas y las mueve de un lado a otro contra su polla hasta que pienso que va a follarme. Mi coño golpea sus bolas cada vez, asegurándose que mi abertura y mi clítoris se deslicen por su longitud.

—Más, más fuerte —susurro, y lo hace. Nos miramos fijamente, sin perder la concentración—. Voy a correrme otra vez. Oh, Dios mío —grito, rodeando con mis brazos sus anchos hombros y encerrándome en él. No hay espacio entre nosotros. Hago chocar mi clítoris con su gruesa polla y empiezo a correrme, y entonces él también lo hace.

Intento besarlo, pero Kova tira de mi cabello, reteniéndome. Nuestras miradas se cruzan de nuevo mientras él se descarga entre nosotros. Gime, y su cuerpo se contrae al llegar al orgasmo. Empuja sus caderas y jadeo cuando siento que expulsa su pesada y caliente carga entre nosotros. Su polla se agita contra mi coño y su semen golpea mi estómago.

—No pares.

—Nunca.

No puedo tener suficiente y de repente estoy en un frenesí, buscando más. Tengo muchas ganas de follar con él. Intento besarlo de nuevo pero sigue sin dejarme. Kova sintió un cambio en mí y se interpuso entre nosotros. Hay tanto semen pegajoso sobre ambos que se me cae la mandíbula y mi cuerpo entra en erupción.

Me pongo en marcha.

—Quiero lamértelo. —Me encuentro diciéndole, tratando de empujarlo hacia la cama—. Quiero que me folles.

Gime en lo más profundo de su garganta y murmura algo en ruso.

—No, *malysh*.

—Por favor —le suplico—. Necesito que me folles, necesito sentirte. Deja que te monte.

—No —dice con firmeza—. Cierra la boca y concéntrate en mis caricias.

Usando dos dedos, barre algunos de los restos de su orgasmo y, luego frota rápidamente mi clítoris con suficiente fuerza como para que yo me corra, por tercera vez, apenas unos segundos después. Desliza los dos dedos en mi tierno coño y los monto, imaginando que es su polla.

Agotada, dejo escapar un largo suspiro y mi cabeza cae sobre su hombro, bajando por fin. Kova me abraza, besando mi mejilla, mi cuello, donde podía, hasta que los efectos del orgasmo abandonan mi cuerpo por completo.

Levanto la cabeza y lo miro con ojos soñolientos. Por extraño que suene, me alegro que no hubiera accedido al sexo.

—Ves, no sé quién soy cuando estoy contigo. Casi me siento sucia.

Me palmea las mejillas y me besa la boca.

—No eres nadie más que Adrianna Rossi. Eres quien siempre has sido. Solo liberas tu lado desinhibido conmigo, y yo soy el único hombre que sabe qué hacer con eso.

Le toco el labio inferior, deslizando suavemente mi dedo sobre él como si estuviera aplicando bálsamo labial. En voz baja, pregunto:

—¿Por qué no tuviste sexo conmigo?

Me aparta los mechones de cabello sueltos de mi rostro, contemplando su respuesta.

—Porque sé que no es lo que querías.

Levanto la mirada.

—Incluso después que te lo pidiera, ¿sabías que no lo querría?

Kova asiente.

—Sí. Sabía lo que necesitabas y que podía dártelo, pero no voy a aprovecharme. No quiero que te arrepientas de nada.

Tenía razón. Me estaba derrumbando y eso me asustó. Apoyo mi cabeza en su pecho y él me acaricia la espalda, arrastrando su dedo por mi columna vertebral mientras me sienta en su regazo.

—¿Kova?

—¿Sí?

—Gracias.

—Lo estoy intentando, Adrianna. Sé que no estás preparada para escuchar lo que pasó y cómo las cosas llegaron a ser así, pero espero que algún día me permitas la oportunidad. Hasta entonces, voy a seguir intentándolo. —Hace una pausa—. ¿Te arrepientes de algo de lo que acabamos de hacer?

Pienso en su pregunta y me sorprende mi respuesta:

—No, no me arrepiento.

Kova deja escapar un fuerte suspiro y me aparto para mirarlo.

—¿Qué?

—Pensé que dirías que sí.

—¿Estabas preocupado?

—Sí, lo estaba. No quiero arruinar cualquier progreso que pudiéramos haber hecho.

Frunzo el ceño.

—¿Qué te hace pensar que hemos hecho alguno?

Se encoge de hombros.

—Una sensación visceral. Pequeñas cosas aquí y allá. No me habrías dejado tocarte si no lo hubiéramos hecho. Sé que no hay nada que pueda obligarte a hacer. Eres una de las personas más fuertes que conozco, y sé que tendrás que venir a mí por tu cuenta. Estaré aquí esperándote cuando eso ocurra.

—Todavía tengo el corazón roto por lo que hiciste. No confundas lo que acabamos de hacer por algo que no es. Necesitaba una liberación, y tú fuiste conveniente.

Una sombra aparece en los ojos de Kova. Con el rostro desencajado, carraspea y desvía la mirada, apartándome de él.

Se levanta y se pone rígido a un lado de la cama.

—Ve a asearte. Puedes usar mi cuarto de baño o el de invitados, el que quieras. Date una ducha caliente para calentar los músculos y luego reúnete conmigo en la habitación de invitados. Allí pondré la camilla.

Antes que pudiera responder, se da la vuelta y se aleja. Frunzo el ceño, observando su espalda flexionada, preguntándome si está siendo frío conmigo, o si es solo mi imaginación.

Una vez me hago un lavado, me pongo la camiseta de Kova y me reúno con él en la habitación de invitados. Está de rodillas, vestido solo con pantalones cortos de baloncesto y su gorra de béisbol, abriendo la caja de la camilla de masaje. Había dicho la verdad cuando dijo que no la había usado para nadie más. Me suavizo un poco por dentro.

—Espero que no te importe que lleve tu camiseta. Solo tengo ropa de entrenamiento conmigo.

No se molesta en levantar la vista.

—Está bien.

Miro a mi alrededor, un poco emocionada por recibir un masaje.

—¿Hay algo que necesites que haga?

—No.

—¿Dónde me quieres?

—Donde quieras.

Frunzo el ceño y aprieto el dobladillo de su camiseta en mis puños.

—¿Quieres que te traiga agua o algo? —Me siento estúpida al preguntarle si quiere que le traiga algo de beber en su propia casa, pero está actuando de forma extraña y quiero romper la incomodidad—. ¿Herramientas?

¿Herramientas? Pongo los ojos en blanco. ¿Podría ser más vergonzoso?

Kova arranca la cinta adhesiva de un lado de la caja. Gira la cabeza y busca un cúter. Me llama la atención el tatuaje olímpico que tiene a un lado de las costillas. Se contrae y flexiona con cada uno de sus movimientos.

—Sírvete lo que quieras.

Me muerdo el labio. Mis ojos patinan nerviosos por la alfombra. No sé dónde mirar y decido buscar agua, aunque no tengo sed. Veo un vaso con un líquido claro en la mesa junto a donde él está trabajando, y tengo la sensación que es vodka.

Esta claramente disgustado.

—Eh, de acuerdo. —Entro en su cocina sintiéndome incómoda y empiezo a abrir armarios al azar, buscando un vaso. Cuando encuentro uno, lo lleno con agua del grifo, luego me apoyo en la encimera y me lo bebo.

Estudio el suelo de baldosas, mirando aturdida, preguntándome qué he hecho para provocar el rápido cambio de su estado de ánimo. No creo haber hecho nada malo, y desde luego no le he dejado las bolas azules. Tal vez es solo mi imaginación.

Dejo el vaso en la mesa y vuelvo a entrar en la habitación de invitados. Kova ya tiene todas las piezas afuera y alineadas, algunas de ellas ya montadas. Me acerco a un sillón de mimbre blanco junto a la ventana y me siento. Miro a través de la cortina blanca los bambúes del exterior y luego vuelvo a mirar a Kova, que está leyendo una hoja de instrucciones.

—¿Por qué hay tanto blanco en estas dos habitaciones?

No responde.

—Son tan frías y estériles, como un museo. Me da miedo respirar en ellas. Lo mismo con el baño. ¿Alguien lo usa?

Permanece en silencio, sin responder a ninguna de mis preguntas, así que decido fastidiarlo.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Por qué te trajeron la camilla aquí en vez de al gimnasio?

—¿Has decorado tu habitación?

—¿Qué harías si me acostara con Hayden?

—¿El blanco es el color favorito de Katja? Tal vez por eso la sensación es tan diferente. Caliente frente a frío. Perra frígida —murmuro en voz baja.

Él no responde ni reacciona. En su lugar, deja el papel y da un gran trago a su bebida, luego toma dos piezas de acero y comienza a ensamblarlas. Ignora mis preguntas y, por alguna razón, eso me duele.

Supuse que la pregunta sobre Hayden conseguiría al menos una reacción. No está escuchando ni una palabra de lo que le he dicho y eso me hace girar la cabeza. Ahora sé que he hecho algo para molestarlo, solo que no sé qué. O mejor dicho, no quiero admitirlo ante mí misma. Sospecho que mis palabras lo han herido, pero no estoy segura porque Kova nunca había dejado que mis palabras lo afectaran tanto. Siempre había sido inquebrantable. Al menos así había parecido siempre.

Algo choca y yo salto. Kova escupe una larga serie de palabras en ruso que me hacen estremecer sin saber siquiera qué ha dicho. Me dirige una mirada fugaz y frunce el ceño, luego recoge dos piezas de la camilla y las atornilla.

—Supongo que has utilizado todas tus palabras en inglés por hoy —digo en voz baja.

Parpadeando, me doy la vuelta y vuelvo a mirar con nostalgia por la ventana. Aquella oquedad negra a la que estoy tan acostumbrada se extiende por mi pecho y por toda mi alma una vez más, instalándose en ella. Dios, lo odio tanto que me hace llorar. Respiro hondo, me llevo las rodillas al pecho y exhalo. El objetivo de venir a su casa es que no me sintiera sola. Pero estar sentada aquí con este hombre que siempre llena cada habitación en la que entraba con tanta energía y color me está haciendo sentir más aislada de lo que nunca me había sentido.



Capítulo 34

—No llevo ropa interior —digo, subiéndome a la camilla. Tiro del dobladillo de su camiseta hacia abajo y me tumbo boca abajo. Lo miro por encima del hombro.

Él toma su vaso y bebe un largo sorbo del líquido transparente. Juraría que sus ojos están puestos en mis pies.

—No importa. Sé mantener la profesionalidad cuando lo necesito.

Mi ceño se frunce tanto que está empezando a darme dolor de cabeza. Aparto la mirada, total y completamente desconcertada. Viniendo de Kova, no tengo ni idea de lo que eso significa. Profesional no es una palabra en nuestro vocabulario conjunto.

—Haré una sesión de blading, ya que ha pasado mucho tiempo, y luego haré un masaje.

—De acuerdo —respondo en voz baja, y luego me concentro en la pared.

Kova saca sus herramientas y se pone a trabajar rápidamente. Aplica tanta presión que mi cuerpo se contrae mientras arrastra la herramienta por la parte posterior de mi pantorrilla, y luego hacia abajo. La presión no es inusual, pero normalmente me preguntaba si me encontraba bien. Sin embargo, hoy no lo hace.

Me agarro a los lados de la camilla y aprieto los dientes. Hago un montón de preguntas para no pensar en el procedimiento.

—Estoy tratando de concentrarme, Adrianna —es todo lo que dice.

Yo sé que lo está, pero normalmente me obligaba y me ayudaba en todo lo que podía. Ahora no lo hace. Kova cambia de instrumento y decido que, en cuanto termine, me iré. Si voy a sentirme tan sola por dentro, puedo hacerlo en casa, donde al menos podría llorar por eso. No quiero seguir aquí con él si va actuar como un extraño. No me gusta esta nube melancólica que se cierne sobre mi cabeza. Me muerdo el interior de la mejilla, sabiendo que esta sesión terminará pronto. El blading no dura mucho, por suerte.

Exhalo un largo suspiro cuando termina. No me muevo, pero miro por encima del hombro a Kova guardando los instrumentos. Aunque el blading me ayuda mucho, me quita mucha energía cuando tengo tan poca para empezar. Me pesan los ojos y parpadeo largo y tendido.

—Estoy muy cansada. Creo que voy a saltarme el masaje y me voy a ir a casa —digo.

Kova me aplica un bálsamo en la otra pantorrilla y empieza a amasarla.

—No he salido del gimnasio antes de tiempo y he montado esta camilla para nada. Te daré el masaje y luego podrás irte.

—De acuerdo.

Kova levanta el dobladillo de la camiseta hasta que llega a la parte inferior de mi culo. Sus manos amasan expertamente la parte interior de mi pantorrilla, subiendo por la parte posterior del muslo y bajando hasta el arco del pie, donde lo apunta y lo flexiona. Con cada pasada, sus dedos manipulan los músculos tensos y trabajan mi tendón de Aquiles lesionado para hacer fluir la sangre. Jadeo un par de veces. No me había dado cuenta que lo necesitaba tanto.

—Eso duele un poco —gruño.

—Aguántalo.

—No creo que pueda caminar después de esto. —Y mucho menos conducir. Pero ya me las arreglaré.

—Dormirás aquí.

—No quiero hacerlo.

—No está en discusión —afirma Kova como si hubiéramos terminado la conversación, lo que no hace más que enfurecerme. Agarrando su celular, pone música. De fondo suena Hinder, “Lips of an Angel”, una canción que en realidad me encanta. En el silencio escucho la letra con claridad y entiendo por qué a él también le gusta. Podría haber sido nuestro himno. Querer ser fiel a la persona que elegiste frente a anhelar a la que querías. Somos nosotros envueltos en una balada desgarradora.

—No puedes obligarme, ¿sabes? —digo, bloqueando el resto de la letra, pero él no responde. Esta perdido en la canción y utiliza la música para ignorar cualquier palabra que salga de mis labios.

Sus manos se sienten realmente bien en la parte posterior de mis muslos y me suavizo por dentro. Este es el tipo de masaje al que podía acostumbrarme. Para mi sorpresa, nunca se sale de la línea profesional, sino que actúa como el especialista cualificado que es.

Kova sale de la habitación durante unos segundos y vuelve con una toalla blanca.

Empiezo a odiar ese color.

Nuestras miradas se cruzan mientras él da otro sorbo a su vaso. Sus ojos verdes se clavan en los míos por encima del borde del cristal, atravesándome con lo que parece desprecio. No me gusta.

Deja el vaso en la mesa, se acerca a mí y me pone la toalla caliente sobre el culo, luego me sube la camiseta de forma conservadora para que no se vea la piel. Me muevo, sabiendo a dónde quería llegar, y me quito la camiseta con cuidado antes de volver a tumbarme.

Antes de empezar, las puntas de los dedos de Kova rozan los cabellos de mi cuello. Está a mi lado, pero se siente tan lejos, mientras roza suavemente los mechones sueltos hacia un lado para que caigan sobre mi hombro. Susurra para sí mismo, perdido en su propia mente, pero yo oigo cada palabra.

—¿Qué hay en ti que no puedo dejar ir? Soy un idiota por ti, como tú lo eres por mí. No hay nada que no haría por ti.

Cierro los ojos, sus palabras se hunden a través de las puntas de sus dedos en mi piel, pintando la verdad. Con loción en las manos, empieza a tocarme los hombros, hurgando, empujando y apretando cada músculo. Estoy muy sensible en algunos puntos y las manos de Kova no perdonan. Se desliza por mi columna vertebral, con sus pulgares recorriendo cada vértebra hasta llegar a mi espalda baja. Sus manos se extienden y sus dedos se deslizan por debajo de la toalla, sobre mis caderas y alrededor de mi pelvis. Repite el movimiento tantas veces que pierdo la cuenta, luego vuelve a pasar por mis piernas y después trabaja en mis brazos con una medida calculada y un control estricto.

—Esto se siente bien —casi gimo. Llega la siguiente canción y siento que es un mensaje—. No sabía que te gustaba Bruno Mars.

Kova permanece callado. Con cada rato de silencio, me apago un poco más. No me gusta que me ignoren. El motivo de haber aceptado venir a casa de Kova era librarme del ensordecedor silencio y la soledad que recibía en mi condominio. Me está dando una dosis de mi propia medicina y me duele mucho más de lo que podía imaginar. Me hace pensar en cómo lo he tratado en los últimos meses. Sin embargo, me niego a sentirme culpable por mis acciones, no después de cómo se desarrolló todo, pero es una sensación horrible y decido que voy a cambiar mi forma de actuar.

Suspiro. Quizá no me ha oído. Parece estar concentrado.

—De acuerdo, hemos terminado —dice.

Miro a mí alrededor.

—¿Sabes dónde está la camiseta? —Kova pasa por detrás de la mesa y se agacha. La recoge y me la entrega, luego busca su vaso y se termina el contenido restante.

—Gracias —digo.

Sentada, me cubro el pecho con el brazo y me la coloco rápidamente, pero no me hace falta. Kova ya me ha dado la espalda.



Me bajo de la camilla, un poco tambaleante y mareada, pero me sobrepongo. No he comido nada hoy y ya es tarde. Mi estómago gruñe vergonzosamente fuerte, pero un dolor de cabeza punzante surge detrás de mi ojo derecho y jadeo. Kova se gira y me mira de arriba abajo. Me apoyo en la camilla y me clavo la palma de la mano en la cuenca del ojo y me froto en círculos.

—Deja que te traiga la comida.

—No —gruño con agonía. Joder. Odiaba que me doliera la cabeza así—. Solo voy a tomar mis llaves para irme a mi casa.

—No las encontrarás —dice, como si me dijera que va a regar su césped. Levanto la mirada con un ojo abierto—. Las escondí.

Respiro con fuerza por la nariz. Otra vez esta mierda no.

—Tienes que estar bromeando. Kova, no estoy de humor para tus payasadas ahora mismo —digo, con la voz baja y letal—. Dame mis malditas llaves.

—¿Qué quieres de comer? Borsch. Zharkoye. Stroganoff...

Hago una mueca, y bostezo. Estoy cansada y solo quiero mi cama. Extendiendo la mano, digo:

—Nada. Solo quiero mis llaves.

—Que sea Borsch.

Kova sale de la habitación y lo sigo de cerca mientras entra en la cocina y saca varios recipientes de la nevera.

—Voy a buscar mis llaves.

—Buena suerte. No las encontrarás —responde, con una voz tan agradable que me enfurece.

—No soy una persona violenta, pero estoy dispuesta a noquearte. —Me ignora y enciende la estufa—. No quiero booshie, o lo que sea. No tengo hambre y no puedes obligarme a comer. Dijiste que no podías obligarme a hacer nada, y sin embargo, aquí estás haciendo esto.

Kova se congela. Apoya las manos en la encimera de mármol de espaldas a mí.

—Nunca te obligaré a hacer nada que no quieras, Adrianna.

Levanto las manos, sin que él pueda verlas.

—¿Ah, sí? ¿Entonces cómo llamas a esto?

No me contesta. Aparte de sentir una absoluta devastación emocional, que se enfadara conmigo y no me dijera por qué, es la segunda peor experiencia, y necesito escapar de ella antes de explotar. Siento que el calor sube dentro de mí, que mi corazón se descongela y paso de estar helada a arder ferozmente en cuestión de segundos. Aprieto los ojos con fuerza hasta que veo una luz resplandeciente, y sacudo la cabeza, sin entender qué demonios está pasando cuando decido que le haré una jugada.

Con calma, digo:

—Bien. —Luego me doy la vuelta y recorro la encimera, buscando sus llaves. Si no puedo llevarme mi auto, me llevaría el suyo.

Unos momentos después, algo tintinea detrás de mí.

—Estoy un paso por delante de ti. Buen intento, sin embargo.

Eso es todo. Mi respiración se agita, jadeo con furia. Antes que pueda detonar, Kova se acerca y se detiene justo delante de mí. Me acerco por detrás y me agarro a la encimera con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Si se acerca más, le daré una patada en las bolas.

—¿Cuándo tuviste tiempo de robar mis llaves? ¿Esto estaba planeado desde el principio?

Traga, su garganta se agita.

—Las personas que necesitan más ayuda son las que nunca lo parecen. No te obligaré a quedarte, pero me necesitas ahora mismo y lo sabes. Estás lejos de ser inmadura, así que no empieces a actuar como tal. Acuéstate mientras cocino. Si quieres irte

después de comer, puedes hacerlo. Al menos sabré que estás lo suficientemente estable para conducir para entonces. He visto cómo te has bajado de la camilla, cómo se te han puesto los ojos, el dolor de cabeza que me estás ocultando ahora mismo. —Aprieto los dientes—. Te guste o no, te veo.

Las lágrimas me queman los ojos. Dios, odio que siempre tenga razón. Kova expulsa un suspiro pesado. Levanta una mano y trata de apartar unos mechones de cabello cerca de mi sien, pero yo lo aparto con un manotazo. Estoy enfadada y molesta con el mundo.

Al apartarme del mostrador, mi hombro choca con su brazo, pero sigo caminando. Me alcanza y tira de mi brazo, obligándome a darme la vuelta.

—¿Qué? —le espeto, mirándolo fijamente. Kova también me mira fijamente, en silencio, penetrando la barrera que he levantado una vez más y el tiempo suficiente para que me preguntara en qué estaba pensando—. ¿Cómo manejas tu temperamento? ¿Cómo te mantienes indiferente como lo haces? ¿Eres incapaz de sentir emociones? Porque estoy empezando a pensar que lo eres.

Se encoge de hombros como si la respuesta fuera obvia.

—Bebo vodka como todos los buenos rusos.

—Bueno, a mí no me gusta el vodka, así que supongo que iré a un psiquiátrico mientras miro fijamente a una pared contemplando tu desaparición.

Capto un leve indicio de sonrisa, pero solo porque lo conozco.

—Ahí está el fuego que tanto amo.

Bajo los párpados y casi le gruño. Apartando el brazo, salgo de la cocina hacia la habitación de invitados en la que acabábamos de estar y cierto la puerta de golpe una vez que estoy dentro, sin importarme que sea su casa o que sacudiera el marco. Mi papá me habría dado una reprimenda si hubiera hecho esto en su casa.

Me subo a la cama y me siento con las piernas cruzadas, mirando a la pared, contrariada cuando él entra momentos más

tarde, sosteniendo una copa de vino tinto medio llena. Dudo un momento antes de aceptarla.

Lo miro fijamente y doy dos grandes sorbos antes de decir:

—Primero me follas como el salvaje que eres, luego me das de comer, y ahora me das alcohol, es el Plan B. Si no te conociera, diría que estás intentando corromperme.

Inclina la cabeza hacia un lado, sin creérselo.

—No seas tan dramática. Yo ya bebía vodka antes que tú fueras un pensamiento en la cabeza de tu padre. Vivirás y, con suerte, te relajarás un poco.

Justo antes que Kova salga de la habitación, tiene la última palabra.

—Si no recuerdo mal, hoy me pediste que te follara y te dije que no.

Sonríe y cierra la puerta.

Casi aplasto la copa en mi mano.

Más tarde, en la noche, después de haberme dormido con la barriga llena y caliente de vino, me despierto en la cama y veo que estoy tapada con una manta. Me siento y miro a mi alrededor, cansada y sintiéndome sola. Son las tres de la mañana y la habitación está demasiado silenciosa.

Salgo de la cama de invitados, la camiseta de gran tamaño deja al descubierto mi hombro desnudo mientras salgo de la habitación hacia su oscura casa. Suponiendo que Kova está en su dormitorio, voy allí y lo encuentro.

Miro hacia abajo. Su habitación está en penumbra, casi a oscuras, pero puedo distinguir su silueta gracias a la tenue luz del armario que ha dejado encendida. Tiene una rodilla levantada y la otra extendida, y el edredón le cubre las caderas. No lleva camiseta y puedo contemplar su cuerpo increíblemente sexy. Esta descansando en el lado derecho de la cama, dejando el lado izquierdo vacío, como si me estuviera esperando. Con un brazo

lanzado por encima de su cabeza, tiene el rostro acurrucado en su bíceps, libre de tensiones y preocupaciones. Es entonces cuando me doy cuenta que su cabeza está apoyada en la almohada sobre la que me había corrido antes. Parpadeo, un poco sorprendida. Había dicho que quería oler mi coño y ver la mancha que había dejado. No había mentido.

Ya no estoy enfadada. Quizá el vino ha ayudado, quién sabe. Lo que sí sé es que me siento sola y quiero que me abrace.

Levantando el edredón, me deslizo junto a él, apretando mi espalda contra la suya. Se acerca a mí casi como si fuera lo más natural para él, incluso cuando duerme. Me rodea la cintura con un brazo y se acerca a mí. Exhalo y me acomodo contra su calor como si fuera el lugar donde debo estar.

En la quietud de la noche, me llama suavemente:

—¿Adrianna?

Dudo un momento.

—¿Sí?

—No *vuelvas* a llamarme conveniente.

Por un momento mi mente se confunde y repaso los acontecimientos de la noche hasta que mis labios se separan en señal de comprensión. Mis palabras lo *habían* herido. Bueno, una palabra en concreto. Conveniente. Es la razón por la que su comportamiento había cambiado tanto, por la que se mostró tan frío y había ignorado todo lo que yo había dicho. No lo había dicho en serio, pero ahora me siento mal por haberlo dicho.

—No lo decía en serio —respondo en voz baja. Me abraza más fuerte y deja escapar un suspiro en mi cuello—. Lo siento.

—¿Cómo está tu dolor de cabeza? —pregunta.

—Ya estoy bien. Creo que el vino y el sueño ayudaron.

—Bien. Ahora dime por qué te has enfadado tanto antes.



—Sentí que lo que dijiste es cierto sobre que estamos progresando y eso me asustó. Si estamos progresando, ¿significa eso que te perdono? No sé qué pensar, aparte que no quiero ser esa chica a la que le pisa los talones el chico que le gusta. Por eso dije que eras conveniente. Luego en la habitación de invitados me sentí tan sola y vacía por dentro. Nunca me había sentido sola cuando estaba contigo, pero me ignoraste y me dejaste fuera y eso me dolió.

Kova me aprieta fuerte y me da un beso en el hombro.

—No puedes negar que hemos avanzado, porque lo hemos hecho, solo que no mucho. Incluso yo puedo admitir que nos queda un largo camino por recorrer. —Hace una pausa—. Y mientras yo esté cerca, nunca estarás sola.

Justo cuando estoy a punto de quedarme dormida, vuelve a decir mi nombre.

—¿Adrianna?

—¿Hmmm?

—Si alguna vez descubro que te acostaste con Hayden, los mataré a ambos.

No pude volver a dormirme tan fácilmente después de eso.



Capítulo 35

Tengo los nervios a flor de piel. Estoy estresada por el segundo campamento de entrenamiento, estresada por estar en la oficina del médico sentada y sin hacer nada cuando podría estar entrenando, estresada por haber ofendido a Kova... lo cual es una puta estupidez teniendo en cuenta todas las cosas que ha hecho... estresada por Joy, estresada por Avery... solamente. Simplemente. Estoy. Jodidamente. Estresada.

Ahora entiendo por qué la gente toma hábitos como fumar y beber.

Beber. Eso me hace pensar en Kova.

Esta mañana me había despertado envuelta en sus cálidos brazos, con su pecho pegado a mi espalda en la silenciosa serenidad de su habitación. Su cuerpo, aunque normalmente sólido y firme, es todo lo contrario cuando duerme. Es un oso de peluche gigante que exige mimos y yo soy perfecta para eso, porque yo también lo hago. No quería levantarme. Nos aferramos el uno al otro, con las extremidades entrelazadas como si nos aferráramos a la vida. Donde él se movía, yo me movía con él. Si no me abrazaba, yo estaba envuelta a su alrededor. No nos soltamos en toda la noche. Incluso mientras dormíamos nos necesitábamos mutuamente. Con él en su cama, sentí una extraña sensación de paz cuando debería haber sentido cualquier cosa menos eso.

Y cuando su despertador sonó demasiado temprano para cualquiera... a las cuatro de la mañana... nos levantamos y tomamos café juntos. Él preparó una gran cafetera y yo me acosté a su lado en el sofá, con mis piernas sobre las suyas y mi cabeza acurrucada en el hueco de su brazo, mientras él veía las noticias,

las noticias rusas para ser exactos. Noticias sobre su país. Por supuesto, no entendí nada de lo que decían, pero eso no me molesto. Estar con él de esa manera, algo tan trivial como ver las noticias de la mañana, me dio un refugio y trajo una sensación de intimidad entre nosotros, y eso era todo lo que importaba. Había armonía. Fuimos Kova y Adrianna, y nada más, me di cuenta de cuánto deseaba que fuera siempre así. Sé que estoy pisando una línea muy fina al volver a engancharme a Kova y no puedo permitírmelo, pero en ese momento me pareció lo correcto.

Mi teléfono suena y lo saco rápidamente del bolso mientras espero al médico.

Entrenador: Me gusta la idea que estés en mi cama mientras no estoy.

No debería haber sonreído, pero lo hago.

Yo: Estás loco.

Entrenador: Lo estoy, y tú me haces así, pero todo el mundo necesita un poco de locura.

—Adrianna. —Mi cabeza se levanta de golpe. Una enfermera está en la puerta, cerca del mostrador de la recepcionista, con una mirada interrogante.

—Sí —digo, y me pongo de pie.

La sigo por el pasillo y doblo la esquina para llegar a una sala para pacientes. Coloca mi expediente sobre la encimera, luego busca en un armario y saca un recipiente para muestras.

—El baño está al otro lado del pasillo —me dice.

Al cabo de unos minutos, estoy de vuelta en la habitación con un recipiente con orina. La enfermera se pone un par de guantes y toma la muestra. La destapa, introduce una banda de papel durante unos segundos, luego la saca y la coloca en una toalla de papel antes de quitarse los guantes. Comprueba mi presión arterial y mi temperatura, y luego dice:

—La doctora vendrá enseguida.



La creciente expectación mientras espero al médico siempre es un asco y me llena de inquietud, haciéndome pensar demasiado en cualquier resultado negativo.

Debí de oír a la doctora pasar por delante de la sala de exploración al menos setenta veces antes que llamara a la puerta y entrara con los ojos brillantes y la cara alegre.

—Me alegro de verte, Adrianna, y a una hora razonable. —La Doctora DeLang sonríe.

—Lo sé, y lo siento. Mi agenda está agitada con el entrenamiento —digo disculpándome, dándome cuenta que eso no es excusa.

—¿Cómo te has sentido desde la última vez que estuviste aquí?

—Bien, sinceramente. Nada nuevo que contar, nada menos. Me siento igual que de costumbre... cansada, dolorida, agotada... pero eso viene con el territorio. —Dudo y luego digo—: Creo que me he vuelto a lesionar el tendón de Aquiles en el campamento, o simplemente me lo he desgarrado un poco más, no estoy segura, pero no es tan grave. Nada que no pueda manejar.

—Definitivamente deberías reevaluarlo, incluso si no tienes ningún problema, solo para estar segura.

—Estoy bien. Estoy teniendo cuidado.

Se acerca, y coloca su estetoscopio en mi pecho y escucha mi corazón y mis pulmones durante un minuto.

—El cuidado solo puede llevarte hasta cierto punto —dice cuando da un paso atrás—. Teniendo en cuenta que estás entrenando como un atleta profesional, no deberías correr ningún riesgo. Si consigues pasar esta temporada sin romperte completamente el Aquiles, diría que tienes un ángel de la guarda que te cuida.

Trago saliva y asiento para mis adentros. Tiene toda la razón. Debería revisarlo para estar segura, pero entre todas las inyecciones de plasma y de cuchillas que he recibido, no me parece

necesario. Las sesiones me ayudaron muchísimo y siempre me sentí como nueva. Me imagino que solo estoy sobrecargada de trabajo y agotada por el campamento.

La Doctora DeLang se toma un momento para revisar la tira de orina en la toalla de papel antes de desecharla y lavarse las manos. Se sienta en el taburete frente al mostrador y abre mi expediente.

—Vamos a repasar los resultados de tus pruebas, ¿quieres? —Toma nota antes de continuar—: Tus hormonas del embarazo han dado negativo.

—¿Embarazo? —¡Dios mío! ¿Qué demonios? No había tenido sexo en años.

—Es un procedimiento estándar para comprobar los niveles en la mayoría de las pacientes que menstrúan, incluso si los ciclos están apagados.

Miro a la doctora con los ojos muy abiertos. El embarazo nunca se me ha pasado por la cabeza desde que tomo el Plan B.

—Hablemos de esa erupción en tu rostro. —Pasa unas cuantas páginas de mi historial—. ¿Cuándo empezó?

Me llevo los dedos a la mejilla y rozo la rojez que creí haber ocultado esta mañana.

—En realidad me desperté con ella. Pensé que tal vez había tenido una reacción alérgica a algo.

La Doctora DeLang pasa el dedo por la página y frunce el ceño.

—La última vez que estuviste aquí mencionaste que tu entrenador te señaló una erupción en las mejillas. —Me mira—. ¿Es la primera vez que el enrojecimiento ha reaparecido desde entonces?

Me muerdo el labio y asiento. La verdad es que había pensado que fue el vino, ya que ni siquiera había comido, pero no puedo decírselo.

Me mira durante un minuto antes de volver a centrarse en mi expediente.

—Tu nivel de hierro es bajo y tu recuento de glóbulos rojos ha bajado aún más. Tu orina ha vuelto a dar positivo en proteínas, pero esta vez más altas.

—¿Es por el Motrin? —Esas pequeñas píldoras naranjas son mis salvavidas, pero ahora me pregunto si han hecho más mal que bien.

—Lo dudo mucho. Hoy tienes temperatura y tu presión sanguínea es elevada.

Huh. No me siento con fiebre. Aparte de estar cansada por el campamento, me siento bien. Nada fuera de lo común.

—Me gustaría hacer algunas pruebas más. —Abre un cajón y saca una hoja de laboratorio.

Frunzo el ceño.

—¿Más pruebas? ¿Por qué? Me siento bien. —Oh, sí. Mi presión sanguínea se dispara por momentos.

—Todo podría atribuirse al sobre entrenamiento. Pero me gustaría comprobar algunas cosas. —Su mano pasa por encima del papel, marcando casillas. Hace una pausa e inclina la cabeza hacia un lado, sus ojos me miran fijamente por encima del borde de sus gafas negras y atrevidas—. ¿Hay alguna enfermedad en tu familia que hayas olvidado la última vez que estuviste aquí?

Mi corazón está a punto de salirse del pecho.

—Enfermedades. N-n-no que yo sepa. No lo sé. —Sacudo la cabeza.

Ella se vuelve hacia el formulario.

—Sé que tu agenda es caótica ahora mismo, así que mataremos dos pájaros de un tiro y nos haremos múltiples análisis de sangre.

¿Múltiples análisis de sangre?

Me aclaro la garganta antes de responder:

—Tengo un campamento de entrenamiento próximamente. Estaré fuera de la ciudad durante una semana.

—¿Otro campamento? ¿Cuándo es? —La Doctora DeLang vuelve a mirarme.

—Mi último campamento. Es dentro de dos semanas.

—Estaremos bien, pero hazte estos análisis de sangre antes de irte. Si surge algo pertinente, haré que mi oficina te llame.

Parpadeo un par de veces y decido salir al paso en lugar de dejar que lo obvio quede en el aire.

—Doctora DeLang, ¿por qué quiere más sangre? Cree que es algo más que un sobre entrenamiento, ¿no?

Me mira y suspira, luego se quita las gafas.

—Hice una prueba de artritis reumatoide por el dolor que mencionaste en tus articulaciones, pero tus números parecen buenos ahí. —Me mira directamente a los ojos mientras continua—: Pero con la proteína alta, la caída del recuento de glóbulos rojos, el hierro bajo, el dolor en las articulaciones, la fatiga... sería negligente si no hiciera más pruebas.

—¿Qué crees que lo está causando?

—No estoy preparada para darte un diagnóstico en este momento —evade.

Hago una mueca. Tuve el presentimiento que diría algo así.

—Pero tienes algo en mente. Tengo derecho a saber qué estás analizando.

—Sí, Adrianna, tengo una sospecha. Pero eso es todo en este momento. No quiero preocuparte.



Cuando un médico te dice que no quiere preocuparte, eso es exactamente lo que harás. Frunzo el ceño y arqueo las cejas. No voy a dejar de presionarla. Si quiere más pruebas, que me diga por qué.

—Doctora DeLang —insisto—. No decírmelo solo me preocupa más, y teniendo en cuenta lo que hago todos los días dentro del gimnasio, tranquilizarme me ayudaría mucho para no romperme el cuello con una voltereta. Por favor, ¿qué es lo que estás analizando?

Me mira durante un largo momento, y yo le devuelvo la mirada, sin echarme atrás. Suspira y dice:

—Estoy haciendo pruebas de lupus.

Se me cae el estómago y permanezco en silencio mientras ella continúa.

—El problema del lupus es que puede confundirse con la artritis reumatoide, pero esos números salieron bien. El lupus es muy bueno para imitar otras enfermedades, y por lo tanto, a menudo puede conducir a meses y meses de pruebas, tratando de reducirlo.

—¿Lupus? —Intento tragarme el nudo en la garganta—. ¿Crees que tengo lupus?

—No tengo nada concreto en este momento. Pero ese sarpullido en forma de mariposa —señala mi rostro— junto con tus otros síntomas levanta una bandera roja. Me gustaría hacer algunos análisis en tus órganos también.

—¿Mis órganos? —Un escalofrío me recorre los brazos. No sé cómo reaccionar, qué decir, qué preguntas hacer. Sé que debo preguntar algo, cualquier cosa, pero no puedo pensar con claridad—. ¿Qué órganos?

Ella duda.

—Los pulmones, el corazón, los riñones. A veces el lupus puede afectarlos. Quiero descartar todo lo que pueda.

Mi corazón da un vuelco. ¿Pulmones, corazón y riñones?



—¿Cómo? ¿Es algo genético?

—Si efectivamente es lupus, lo más probable es que alguien en el árbol genealógico tenga una autoinmunidad. Pero has indicado que no hay antecedentes familiares de enfermedad o dolencia. Así que todo esto es circunstancial y no concluyente sin más pruebas, y por eso no quería preocuparte.

Asiento, haciendo un repaso mental de todos los miembros de la familia en los que puedo pensar y si estaban enfermos: papá, Xavier, Joy... Joy. Mis labios se separan y desvío la mirada.

—¿Adrianna? —Parpadeo un par de veces—. ¿Hay alguien de tu lado paterno o materno que esté enfermo? —Ella suaviza su voz.

Mirando a la anodina pared de marfil que tengo enfrente, me lamo los labios con nerviosismo, pensando en cómo formularlo.

—Yo... ah... acabo de descubrir que mi mamá no es mi verdadera mamá —admito en voz alta por primera vez desde aquel horrible día—. No sé quién es mi madre biológica. —Me tiembla la voz, agrietada por la emoción no derramada que había estado conteniendo durante meses. No quiero mirar a mi médico. No quiero ver la compasión.

Las lágrimas llenan mis ojos. Parpadeo un par de veces para contenerlas. La Doctora DeLang extiende la mano detrás de ella, saca unos pañuelos de papel de una caja y me los entrega. Me dedica una sonrisa amable y comprensiva que me hace llorar aún más.

—Lo siento —digo, secando mis ojos.

—No hay nada por lo que disculparse.

Resoplo, y ella me da unos minutos para recomponerme.

—Si esto es lupus, si hay algo gravemente malo en mí... —Un pensamiento sigue flotando en mi mente. Un miedo. Una inquietud. Una preocupación. No quiero saberlo, pero tengo que preguntar—. ¿Qué significa esto para mi futuro en la gimnasia?

—El lupus es debilitante y te absorbe la energía y la fuerza vital. Te debilita, dificulta tu bienestar físico y, a veces, mental. La mayoría de las personas que padecen una enfermedad autoinmune no pueden hacer lo que tú haces, y sin embargo, lo has hecho, lo que hace que el diagnóstico adecuado sea un poco más complicado. Como he dicho, todo son especulaciones hasta que hagamos más pruebas.

—Pero usted cree que es lupus —afirmo—. O posiblemente algo peor.

—Prefiero los hechos y los datos a las probabilidades. —Me entrega la hoja del laboratorio—. Ve al laboratorio mañana a primera hora. Tendrás que volver a estar en ayunas, nada después de medianoche.

Miro el formulario. Mi mente es un lío disperso. Nada tiene sentido y de repente, me lleno de todas esas preocupaciones y miedos en los que no puedo dejar de pensar.

—Mientras tanto —continúa—: quiero que tomes suplementos de hierro y que aumentes tu consumo de agua. Puedes probar un antihistamínico para ver si se te quita la erupción.

Me bajo de la camilla y me acompaña a la puerta.

—Ah, y por favor, consulta a tu médico ortopédico. El más pequeño desgarro puede provocar la mayor de las lesiones.

En treinta minutos, estoy en casa y sentada en el sofá leyendo todo lo que necesito saber sobre el lupus. Se me aprieta el pecho de ansiedad y salgo de los sitios web que he estado leyendo en Internet. Cada cosa que había pensado que era resultado de un

entrenamiento demasiado duro, es en realidad un síntoma de lupus. Todo ello. Y lo peor es saber a qué puede llevar el lupus si no se trata.

Me siento y dejo caer el celular en el sofá, y dejo escapar un profundo suspiro. El silencio es un rugido en mis oídos. Tengo tantas preguntas dando vueltas en mi cabeza.

Me levanto, entro en el baño y enciendo la luz. Miro mi reflejo y me toco la mejilla. Hay una suave erupción de color rosa pálido. Miro hacia la encimera y me fijo en todos los cabellos sueltos. Parece haber más cada día, y me pregunto cómo demonios no estoy ya calva. Vuelvo a mirar al espejo y me pregunto por mi verdadera mamá. Me pregunto si alguna vez descubriré la verdad sobre ella, y si es de dónde proviene esta mierda autoinmune.

¿Cómo puedo estar enferma y no saberlo? ¡No! Suelto un fuerte resoplido y sacudo la cabeza. No me pasa nada. Me siento bien, solo agotada por haber sido terca y haberme exigido demasiado.

Apago la luz y vuelvo a la sala de estar en busca de mi teléfono celular. Miro la hora y veo que aún es temprano. Dudo, dividida entre querer saber más y no creer que hubiera algo malo en mí. En cualquier caso, necesito hablar con mi papá. Necesito respuestas reales sobre mi mamá biológica que solo él puede responder. Sé que tiene que saber algo. Es imposible que mi papá, entre todas las personas, no tenga algún tipo de información sobre ella.

Vuelvo a mirar la hora y decido saltarme el entrenamiento. Voy a conducir de vuelta a Palm Beach. Mi papá no podrá evadirme si estoy en su cara.

Envío un mensaje rápido a Kova antes de tomar mi bolso y mis llaves.

Yo: Los análisis de sangre han salido normales. Todo está bien aquí. Nos vemos mañana.

Entrenador: No creas que no voy a llamar a tu padre y pedirle los resultados.

La sangre me hierve en el pecho. Puede que sea mi contacto de emergencia, pero no está al tanto de ningún resultado.

Yo: No soy como tú, no miento. Además, ahora voy a verlo.

No tardo mucho en estar en la autopista. Mi teléfono suena y lo cojo del portavasos para ver quién es. *Kova*. No soy de las que envía mensajes de texto mientras conduce, así que coloco el teléfono en su sitio hasta que pueda parar y leerlo. Llegan otros tres mensajes, pero los ignoro. Si realmente quiere hablar conmigo, puede llamar.

No estoy segura de cómo voy hacerme los análisis de sangre si pensaba estar en el entrenamiento de mañana bien temprano, pero ya me las arreglaré. Supongo que podría quedarme dormida "accidentalmente" hasta tarde y Kova nunca sabrá que he mentido. En realidad, asistir al campamento e ir al médico al mismo tiempo es una bendición. Podía pedir un día más de descanso, y tengo la sensación que me lo daría.



Capítulo 36

Conducir por un largo tramo de autopista durante unas horas me despejó la mente. Normalmente no me gusta conducir, pero esto es liberador y permite soltar gran parte de la ansiedad que me provoca tensión en el cuello, algo que necesitaba recordar. Especialmente cuando se trata de Kova.

Llego a la entrada de la casa e inmediatamente busco el auto de Joy. El estómago me da vueltas… hacía meses que no la veía… y me preguntaba cómo reaccionaría ante mi presencia.

Al estacionar, mi mirada recorre las filas de autos en busca de su Jaguar, pero no está. Tal vez estaba de compras o haciendo sus cosas de caridad que amaba más que a su familia. No me sorprende. Hay algunos otros autos que no había visto antes, pero nada fuera de lo común.

Saco mi celular del portavasos y salgo del auto, luego me acerco a la puerta principal. En cuanto entro, Thomas esta allí para recibirme.

—Señorita Rossi —dice emocionado y me abraza—. Ha pasado demasiado tiempo.

Sonrío y le devuelvo el abrazo. Había sido como un padre para mí y verlo me hace feliz de la misma manera que ver a mi papá.

—Te he echado de menos —digo.

—No te esperábamos, si no, habría hecho que te arreglaran la habitación. Ahora puedo hacerlo por ti.

Me aparto y niego con la cabeza.

—No es necesario. No me quedaré mucho tiempo, solo quería sorprender a mi papá y hablar con él.

Sus blancas y tupidas cejas se inclinan levemente. Frunce el ceño.

—¿El señor Rossi no sabe que estás aquí?

—No, no se lo he dicho. ¿Por qué lo preguntas?

Se endereza y fuerza una sonrisa.

—Por nada.

Lo observo.

—¿Qué escondes? —bromeo un poco.

—Nada en absoluto. ¿Tienes hambre? ¿Tienes sed? Deja que te traiga tu café favorito.

—Ah, diversión. —Le guiño un ojo—. Está todo bien. ¿Está mi mamá aquí? No vi su auto afuera.

Traga grueso y mira hacia abajo.

—No he visto a la señora Rossi desde hace unos meses. No estoy seguro de dónde está, para ser sincero.

Palidezco.

—Unos cuantos meses —repito—. ¿De qué estás hablando?

Los ojos de Thomas se abren de par en par y entra en pánico.

—Señorita Rossi, creí que sabía que ella no se quedaba aquí. Perdóneme, por favor. No era consciente que no sabía que se había mudado.

Mi mandíbula cae al suelo. Este día se pone cada vez mejor.

—No, no tenía ni idea. Papá nunca me lo dijo.

Thomas parece aterrado. Se mueve sobre sus pies, usando sus manos para hablar.

—Por favor, de verdad…

—No te preocupes, no diré ni una palabra y fingiré que no lo sabía. No es tu culpa que esta familia esté rodeada de secretos y mentiras. Probablemente papá solo intentaba protegerme y ayudarme a concentrarme en la gimnasia.

Asiente, sin palabras. Sus ojos se llenan de culpa, y me siento mal por eso. Borrando el asombro de mi rostro, sonrío y digo:

—Voy a ir a verlo. Solo tengo un poco de tiempo antes de tener que volver a salir a la carretera.

Me giro para alejarme, pero Thomas me detiene.

—Ah, ¿Señorita Rossi? —Su voz tiembla—. ¿Qué tal si le hago saber que está aquí primero? Ya sabe, en caso que esté en una llamada telefónica.

El vello de mis brazos se levanta. Algo pasa y no me gusta.

—Está bien, no diré ni una palabra cuando entre si lo está. Pero gracias.

—Creo que es mejor que se lo haga saber.

Aprieto los labios, no me gusta la sensación que transmite Thomas. Inclinándome, digo con firmeza:

—Nunca he necesitado permiso para ver a mi padre, y no lo necesito ahora. Gracias, Thomas, pero estás excusado.

Me doy la vuelta, echo los hombros hacia atrás y me dirijo a la oficina de mi papá. Mis llaves tintinean en mi mano y me pregunto por qué hay un aire extraño en la casa. Odiaba tratar a Thomas como si fuera un empleado contratado cuando significa para mí mucho más que eso, pero en este caso, tuve que hacer valer mi opinión.

A medida que me acerco a las puertas, se oyen voces por el pasillo que me hacen frenar mis pasos. Reconocí inmediatamente la de mi padre, pero había una voz de mujer que no he oído nunca.

Trago grueso y presiono las llaves en mi mano para que no hicieran más ruido y escucho con más atención. Oigo mencionar mi nombre, pero las voces siguen siendo demasiado distantes para distinguir nada más. Escuchar a escondidas siempre provoca falsas suposiciones. Sin embargo, no podía dejar de escuchar.

De pie frente a la puerta de la oficina de papá, el corazón me late a mil por hora y siento que la fatalidad inminente me llena el pecho. Me pone un poco nerviosa exigirle algo, no es exactamente mi estilo, pero necesito respuestas. Las voces son más claras ahora, y cuando levanto la mano para llamar a la puerta, escucho una risita de alguien.

—¿Papá? —digo alegremente, abriendo la puerta.

Las risas cesan y mi mirada se posa inmediatamente en una mujer que me resulta terriblemente familiar. La estudio durante un minuto, tratando de ubicar de dónde la conocía. Ella me devuelve la mirada, solo que parece muerta de asombro.

—¿Adrianna?

Me giro hacia mi papá, que está de pie detrás de su escritorio de cerezo con la misma cara de sorpresa. Sonrío y camino lentamente hacia él, pensando en quién es esta mujer pero preguntándome a dónde había ido Joy.

—Hola, papá.

Él rodea el escritorio y extiende los brazos.

—Me sorprende verte —dice, con la voz tensa, y me atrae en un abrazo de oso. Mi corazón se ablanda y me siento como en casa—. ¿Por qué no llamaste antes?

—Pensé que te sorprendería. Pero hay algo que quería hablar contigo y que no podía esperar.

Papá se aparta y me mira, sus ojos recorriendo todo mi cuerpo como si se asegurara que estoy bien.

—Lo que sea que querías hablar podría haberse hecho por teléfono, ya sabes. Es un largo día de conducir para ti.

Me encojo de hombros.

—En realidad fue un viaje tranquilo y algo que necesitaba para despejar la cabeza.

Por el rabillo del ojo, veo que la mujer que está a mi derecha se mueve y la miro. Sigue mirándome fijamente. La luz del sol se filtra por la habitación desde el gran ventanal situado detrás del escritorio de papá y se proyectaba sobre la menuda mujer. Dios, me resulta familiar y deseo poder ubicarla. Me doy cuenta que el color de su cabello es castaño oscuro, pero cuando inclina ligeramente la cabeza y el sol le da en el ángulo adecuado, tiene un matiz rojo.

El mismo matiz que el mío.

Algo en mi pecho me inmoviliza y mis brazos se entumecieron, mis dedos hormiguean de frío.

Papá se aclara la garganta y yo trato de mirarlo, pero mi mirada se fija firmemente en sus ojos azul celeste. Tiene una piel de porcelana, una nariz pequeña pero puntiaguda, y me parece ver pecas salpicadas por el sol en el puente de su nariz, igual que las mías.

Se levanta e instintivamente doy un paso hacia mi papá. Me tiemblan las rodillas y el corazón me late con fuerza. Ella no se acerca y parece asustada. Es un par de centímetros más alta que yo, pero tiene el mismo tipo de cuerpo que yo.

—¿Papá? ¿Quién es? —susurro, acercándome ciegamente a él. Me tiembla la voz, pero de alguna manera, en la boca del estómago, ya sé la respuesta.

Mira a mi papá y luego a mí, con el miedo reflejado en su rostro. Su mirada contaba una historia, y tenía la sensación que no estaré preparada para afrontarla.

—¿Adrianna? —dice, con la voz más suave y delicada que jamás había escuchado. Se tapa la boca. Y de algún modo, de alguna manera, sé quién es en este momento.

Jadeo, con el aire atascado en la garganta. Mi corazón se acelera más que nunca. No podía apartar mi mirada de la suya, es

imposible cuando me observa como si hubiera estado esperando toda su vida este momento. Inspirando, mi pecho sube y baja tan rápido que empezaba a doler.

Sus ojos se humedecen y levanta su brazo y lo extiende como si no pudiera creer que yo estuviera frente a ella, luego lo retira. Junta las manos al frente como si estuviera luchando por mantenerse en su sitio. Una lágrima rueda por su mejilla.

—Adrianna, cariño —dice papá con voz un poco vacilante. Se mueve para colocarse a un lado para estar en mi visión—. Esta es Sophia.

—¿Sophia? —susurro, probando el nombre y sus ojos parpadean—. ¿Sophia?

Es lo más extraño. Es como si Sophia y yo estuviéramos aturdidas y solo estuviéramos nosotras en la habitación. Puedo sentir que se acerca a mí, puedo sentir su necesidad de estar más cerca, pero está asustada y no sabe qué debe hacer. A decir verdad, yo tampoco sé qué hacer. De alguna manera inexplicable, sabía en mi corazón quién era ella desde el momento en que había entrado en esta oficina, y no sé cómo sentirme al respecto.

—Ella es tu… —Papá hace una pausa y traga saliva—. Ella es tu madre biológica.

Otra lágrima rueda por su mejilla y algo dentro de mí se astilla. Estoy triste. De repente me siento mal porque ella no había podido ver a su hija en carne y hueso durante casi diecisiete años, y me pongo en su lugar. Me hubiera gustado correr hacia mi hija, rodearla con mis brazos y no dejarla ir nunca. Pero no puede hacerlo, ya que soy prácticamente una desconocida, aunque deduzco que su corazón se lo pide a gritos. Probablemente no sabe qué es lo correcto, ni cómo reaccionare yo. No estoy segura de cómo reaccionar. Ella es la madre que se suponía que debía tener, pero en su lugar crecí con Cruella de Vil, por razones que aún desconozco. Pero algo en mis entrañas me dice que esas razones no son porque ella no me quisiera, no con la apariencia que tiene de haberme buscado toda la vida, como si yo fuera la pieza que le falta en su corazón y que por fin ha encontrado.

Así que lo asumo y me acerco a ella hasta quedar a pocos centímetros. Tengo que levantar la vista, pero no mucho. Acerco mi mano para tocar su cabello y veo que el color es exactamente igual al mío. El parecido es asombroso. Cuando entré y sentí que me resultaba familiar, fue porque somos prácticamente idénticas. La única diferencia es el color de sus ojos, pero todo, hasta la forma de corazón de su rostro, la manera en que las pecas decoran ligeramente su piel color crema, sus labios carnosos que tiemblan y sus ojos anchos, es todo yo.

Por eso Thomas quería que mi papá supiera que estaba en casa. Él sabía que Sophia estaba aquí.

—Te pareces a mi hermana —dice asombrada. Se queda mirando, con los ojos sin pestañear. La voz de Sophia se quiebra como si estuviera al borde de un ataque de nervios—. Es sorprendente. —Hay un leve acento en sus palabras, pero no puedo ubicarlo—. Hay tantas cosas que quiero decirte, pero no sé por dónde empezar.

Algo dentro de mí se anima.

—¿Tengo *una* tía?

Sus ojos vuelven a humedecerse y esta vez su mandíbula tiembla.

—Tuviste una tía.

—Oh —es todo lo que puedo decir. Mis hombros caen un poco.

—Se llamaba Francesca. Murió un mes antes que tú nacieras.



Capítulo 37

—¿Francesca?

Me dirijo a papá para que me aclarara. Se acerca a nosotras, asintiendo.

—Esto no es exactamente como me imaginé que se conocerían —dice, con la voz llena de pesar—. Lo siento por esto.

Sacudo la cabeza, desconcertada.

—Tú no sabías que vendría aquí, y yo tampoco sabía que ella estaría. Fue solo por casualidad. —Y la casualidad perfecta, en realidad, después de lo que había descubierto hoy. Solo que no estoy segura de cómo abordar el tema ahora que ella está aquí. ¿Es aceptable empezar a indagar en su historia familiar el primer día? Probablemente no.

Vuelvo a mirar a Sophia.

—¿Me llamo como tu hermana?

Asiente, pero el prolongado silencio me preocupa. Cuando por fin habla, su voz es tan suave como el roce de una pluma.

—De ahí viene tu segundo nombre. Estábamos muy unidas.

—¿De dónde viene Adrianna?

—Francesca y yo lo elegimos juntas. A ella le encantaba el nombre Adrianna Francesca y pensó que sonaba bien con Rossi. —Sophia hace una pausa—. No puedo creer lo mucho que te pareces a ella —vuelve a decir.

—Es curioso, porque yo siento que me parezco a ti.

Se tapa la boca y noto que le tiembla la mano.

—He visto fotos tuyas a lo largo de los años, pero en persona… —Sacude la cabeza con incredulidad y mira a papá—. Te he visto hacer gimnasia durante años. Francesca también era gimnasta.

No estoy segura de cómo ha visto fotos mías, pero eso no es importante ahora. Papá se acerca a ella y toma su mano entre las suyas, ayudándola a sentarse. Frunzo el ceño. Es como si se conocieran bien. En cierto sentido así es, pero no esperaba que lo fueran después de todos estos años.

Justo entonces, Thomas entra llevando una bandeja de bebidas, rompiendo afortunadamente el emotivo reencuentro. Nuestras miradas se encuentran y la culpa se muestra en la suya. No le reprocho nada. Me limita a sonreír y a darle las gracias en silencio. Parece aliviado.

—Sé que dijo que no quería el café, señorita Rossi, pero pensé que le vendría bien.

Le entrega a mi papá un vaso de cristal con líquido ámbar y a Sophia un vaso alto con hojas de menta fresca y rodajas de pepino en un líquido claro.

—¿Hay algo más que pueda ofrecerles? —pregunta, casi como si estuviera rogando por atendernos. Todos declinamos y sale de la habitación.

Papá se sienta cerca de Sophia en el sillón, y yo ocupo un lugar en la silla acolchada. Cruza la pierna sobre la rodilla y se relaja despreocupadamente. Quería enfadarme, quería gritarle y exigirle respuestas, como por ejemplo por qué esta aquí, por qué me había mentido hace meses y me había dicho que no tenía ni idea de dónde estaba cuando claramente sí la tenía, dónde había estado toda mi vida, pero no podía hacerlo. Quería preguntar por qué Sophia me entregó, cuánto dinero recibió por mí y cómo su familia no sabía de mí. Todas las cosas que mi papá me dijo una vez, y sin embargo, todo eso ya no importa.

—Bueno, esto es raro —me digo más a mí misma, y tomo un sorbo de mi java favorito.

—No es que no me alegre de verte, cariño, pero ¿por qué estás aquí? ¿No tienes entrenamiento? ¿Sabe Konstantin que estás aquí? —dice papá—. No es habitual que aparezcas así, y me tiene preocupado.

Trago saliva. Tiene razón. Reaccionar con mis emociones no me llevará a ninguna parte, y necesito pensar bien y recordar por qué he venido. Le lanzo una mirada nerviosa a Sophia, preguntándome cómo irá esto ya que se trata de ella.

Sus labios tiemblan .

—Puedo irme. Probablemente necesites hablar con tu papá en privado.

Se levanta, pero la detengo.

—No, quédate. En realidad te involucra a ti.

Miran en mi dirección, ambos desconcertados. No puedo decir que los culpaba.

—¿Estás segura? —pregunta Sophia. Mira a papá en busca de orientación, pero él solo me mira. Asiento y tomo un gran sorbo de mi café y decido salir de dudas.

—Así que hoy fui al médico y descubrí algunas cosas interesantes. —Mi corazón empieza a martillear de repente en mi pecho. Estoy más nerviosa de lo que pensaba. Mirando a mi papá, digo—: He venido a casa para hablarte de mi mamá biológica y esperar que me des alguna explicación. Imagina mi sorpresa al encontrarla aquí después de todo lo que me contaste.

Su rostro cae.

—Adrianna, sé que probablemente estés molesta conmigo por eso, pero puedo explicarlo.

Por alguna razón desconocida, el hecho que me ocultara información no me molesta tanto como pensé que lo haría. Tal vez

cuando llegue a casa esta noche lo haré, pero ahora mismo, necesito una explicación diferente.

—Está bien, papá. No voy a mentir y decir que no estoy molesta, porque lo estoy. Estoy bastante dolida por muchos aspectos, pero hay cosas más importantes de las que tenemos que hablar ahora.

Unas profundas arrugas se formaron entre sus ojos.

—Te escucho.

Exhalando un enorme suspiro, bajo la mirada a mi taza y veo cómo el vapor se eleva en el aire. La miro fijamente mientras hablo.

—No me he sentido bien últimamente. Más cansada que de costumbre, dolores de cabeza, me duele el pecho. Pensaba que era porque estaba entrenando demasiado, esforzándome demasiado, demasiadas competiciones y poco descanso...

—Maldito Konstantin. —Papá se burla.

Levanto la vista, con ojos duros y a la defensiva.

—No es su culpa. Él no tiene nada que ver con esto. En todo caso, él es la razón por la que fui al médico en primer lugar —digo rápidamente—. Voy a resumir esto. La doctora me preguntó por mi historia familiar y solo pude darle una parte. Al principio me pareció bien porque supuse que no me pasaba nada, salvo el agotamiento, hasta que al regresar me dijo que tenía que hacer más análisis. —Miro a los ojos temerosos de mi papá—. Cree que tengo una enfermedad autoinmune, lupus, y dijo que mis marcadores no cuadran, siguen siendo demasiado altos. Algo sobre que mis glóbulos rojos son demasiado bajos y que hay proteínas en mi orina. Le preocupa que afecte a mis órganos. —Hago una pausa, sintiendo que mis emociones aumentan—. Dijo que el lupus puede afectar a mi corazón, mis pulmones y mis riñones.

El vaso de Sophia se le resbala de las manos y se hace añicos en el suelo. El líquido se derrama por todas partes, el hielo rodando por el suelo de madera, las hojas de menta pegadas en los bordes afilados de los trozos irregulares. Rompe a llorar histéricamente y eso hace que a mí se me llenen los ojos de lágrimas. No sé si es por

lo que acabo de decir o porque por fin pudo conocerme, y lo primero que dije es que estoy enferma.

—Soph —dice papá, con una ternura que no esperaba de alguien con quien supuestamente nunca hablaba. Papá la atrae hacia sus brazos como si estuvieran familiarizados el uno con el otro y ella se acurruca en él, buscando consuelo. Le acaricia la espalda, meciéndola mientras ella gime. Los observo, perdidos en algún lugar entre la confusión y la tristeza. Es como si se anhelaran el uno al otro y, aunque no lo entendía, lo siento y me entristece mucho. Papá me mira, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Cuándo es tu próxima cita? —pregunta, con la voz ronca.

—Me sacaran sangre mañana y luego, cuando vuelva del campamento, la veré. Así que tres semanas.

Sophia moquea y se limpia los ojos con el dorso de la mano.

—Lo siento. —Vuelve a llorar.

—Francesca —empieza papá con suavidad— cuando falleció fue porque estaba enferma.

La piel de gallina recorre mis brazos y miro a Sophia. Su suave llanto me está matando. El miedo se forma en la boca del estómago.

—¿Enferma de qué?

Sophia me mira. Sus ojos están brillantes, ahogados por la pena. Respira profundamente y mira a mi papá. Él baja la barbilla como si le diera el valor que necesita para hablar.

—Francesca tenía diabetes tipo 1, pero además tenía otra enfermedad autoinmune. —Sus palabras tiemblan y siento que está a punto de derrumbarse—. Era una terrible y rara. Un trastorno mixto del tejido conectivo. Pero la diabetes es lo que finalmente le quitó la vida.

Mis labios se separan con tristeza. Puede que acabe de conocer a Sophia, pero eso no impide que las lágrimas llenen mis ojos. Vi lo de autoinmune antes en mi teléfono cuando estaba investigando, pero no había investigado.

—¿Qué edad tenía? —pregunto, nerviosa por escuchar la respuesta.

Su mandíbula tiembla.

—Francesca vivió más de lo esperado —dice—. Pero su muerte fue dura para mí, y creo que por eso caí en una depresión tan profunda después de tu nacimiento.

—¿Cuántos años? —vuelvo a preguntar, casi temiendo conocer la respuesta.

—Veinte.

—Veinte —susurro. No estoy muy lejos de los veinte, solo un par de años. El terror me llena las venas y pienso en cómo Sophia acaba de decir que su hermana había vivido más de lo esperado. Desplazo mi mirada. Tragando grueso, digo—: Papá, ¿no pensaste que sería importante para mí saber esto en algún momento de mi vida?

—No lo había pensado mucho, para ser sincero.

Se me cae la mandíbula y me tiembla la barbilla. Las lágrimas amenazan con derramarse de nuevo, así que miro al techo de su oficina, tratando de contenerlas. Enterarse de una noticia que cambia tu vida por segunda vez en un día es mucho para asimilar, sobre todo cuando se trata de la muerte. La ansiedad que aprieta las paredes de mi pecho permite que esa soledad húmeda y oscura se inmiscuya y ocupe su espacio. No me gusta cómo se siente y quiero que se vaya tan rápido como ha aparecido.

—Pero la autoinmunidad es hereditaria. ¿Cómo es posible que no...?

—Olvidé que ella tenía una enfermedad autoinmune, Adrianna. Solo recordaba la diabetes y lo mal que se encontraba. ¿Te has hecho un chequeo de azúcar en sangre?

—Ah, creo que sí. Sé que la doctora hizo un montón de pruebas. Si no es así, cuando la vea, le contaré los antecedentes familiares.

Familiares. Es una palabra de la que ya no sabía el significado, ni quién era mi familia.

—¿Tú también estás enferma, Sophia? —No estoy segura de sí debo llamarla mamá o no. Me siento rara solo de pensar en decirlo. Aunque me hubiera dado a luz, sigue siendo una extraña.

—No, me revisan a menudo. Estoy perfectamente sana.

—Supongo que soy la afortunada —digo.

Pasamos la siguiente hora más o menos hablando de la familia de Sophia, donde aprendo más sobre Francesca y lo unidas que estaban. Eran gemelas, en realidad, lo cual es sorprendente. Una vez leí que cuando un gemelo moría, algo en el interior del gemelo superviviente también moría, que faltaba un trozo para siempre. Como un vacío. No podía entender ese tipo de pérdida y me dolía el corazón por ella. Tiene unas cuantas fotos antiguas en su móvil que me enseña de cuando eran jóvenes. Sophia tenía razón: me parezco tanto a Francesca que podría haber sido una trilliza. Es surrealista.

Cuando me voy, la abrazo y se aferra como si tuviera miedo de soltarme. Le tiemblan las manos y llora. Me pregunta si puede volver a verme y le dije que sí. Papá se queda a un lado y nos observa. No sonríe ni frunce el ceño, simplemente parece estar muy lejos, ausente. Estoy a punto de preguntarle en qué está pensando, pero decido no hacerlo. Me da la impresión que sus sentimientos son privados y no quería compartirlos.

No estoy segura de cuándo volveré a ver a Sophia en función de mi próximo horario de gimnasio, pero algo dentro de mi corazón dice que no pasará mucho tiempo. No es fácil mantener la calma. Me siento mal por Sophia y por la tía que nunca llegue a conocer. Pero la verdad es que ahora estoy aún más aterrada por mí misma y por lo que esto podría significar. Es como si el universo se hubiera alineado por una vez en mi vida y algún poder superior supiera que necesitaba respuestas inmediatamente.

El viaje a casa se me hace difuso. Ni siquiera lo recuerdo, y a pesar de lo cansada que estoy, mi ansiedad y mis pensamientos me mantienen despierta toda la noche. Me quedo en momentos de

silencio sin emociones, reprimiendo las lágrimas. Me niego a llorar y estando a punto de llamar a Kova, pero no lo hago.

No puedo dejar de leer sobre el Trastorno Mixto del Tejido Conectivo, MCTD, y cómo afecta al cuerpo humano, lo que solo me lleva a leer más sobre el lupus. Pero, sobre todo, lo peligroso que puede ser el MCTD. Hay tantos síntomas del MCTD y del lupus que casi los hace parecer idénticos, y ahora me pregunto si mi médico está en el camino equivocado. Ambas enfermedades pueden provocar insuficiencia renal, complicaciones en los pulmones, agua alrededor del corazón, fatiga extrema, sarpullido, fiebre, dolor en las articulaciones.

La lista sigue.



Capítulo 38

A veces hay que desaparecer para tener éxito, y eso es exactamente lo que hice durante las dos semanas siguientes.

Mentalmente, por supuesto.

Descubrir que podría tener lupus y el encuentro fortuito con mi verdadera mamá fue mucho para asimilar. Tengo muchas preguntas sin respuesta que me quitan el sueño. Aun así, por algún milagro, me mantengo centrada y motivada, pero permanezco callada.

El trabajo de laboratorio había sido rápido y solo he llegado una hora tarde al entrenamiento. La enfermera no había podido encontrar una buena vena y me pinchó varias veces. Se habían extraído múltiples viales, todos con tapas de diferentes colores, algunos medios llenos, otros de diferentes tamaños, algunos con cosas de color amarillo blanquecino en el fondo. Desde mi punto de vista, conté diez tubos de vidrio cuando termino.

La primera semana ha sido la más difícil. Tardé unos días en salir del letargo en el que me había metido. No debí haber hecho ninguna búsqueda en Internet sobre ambas enfermedades... sabía que era una mala idea desde el principio... pero no pude contenerme. Necesitaba saber más, pero cuanto más leía, más ansiosa me ponía. Me afecto muchísimo y estuve al borde de las lágrimas muchas veces. Después de una noche con solo dos horas de sueño, me desperté vomitando porque tenía los nervios a flor de piel.

Después de eso, no me permito pensar en nada que pueda desviar mis pensamientos de la gimnasia, como Sophia y

Francesca, o que pudiera estar más enferma de lo que pensaba. Me prometí a mí misma que no buscaría nada más hasta que volviera a ver a mi médico. No es bueno para mi salud, además aún no sabemos nada en concreto. Entreno día tras día, reforzando mis habilidades. Bebo toneladas de agua y tomo suplementos de hierro. Como sano pero ligero, más ligero de lo habitual. Quiero estar preparada para el campamento de la inanición esta vez en lugar de ir de forma precipitada, así que me entreno para comer muy poco.

Cada día es más fácil y me limito a comer unas ochocientas calorías al día. El inconveniente es que me duele todo. Estuve a punto de ceder y tomar un analgésico, pero tengo que dejar el Motrin. Tengo los tobillos cubiertos de vendas y me sumerjo en la bañera con agua y sal de Epsom todas las noches. Tengo constantes dolores de cabeza, estoy agotada hasta el punto de no poder más y mi espalda me está matando, pero desconecto mis sentimientos y mantengo los ojos abiertos.

Estoy en piloto automático.

Aun así, ningún entrenamiento podría haberme preparado mental y físicamente para lo que voy a soportar en el segundo campamento. Sé lo que me espera esta vez, pero por alguna razón desconocida, me sorprendió.

Cuando llego a Texas, descubro que cuatro chicas no han vuelto. Entre el entrenamiento y las lesiones que sufrieron, tres se vieron obligadas a retirarse, y una decidió que no es para ella. No me sorprendió en absoluto.

El primer día todo el mundo llega, se instala y repasa los horarios, luego nos pusieron en la báscula y midieron nuestros cuerpos. He perdido dos kilos desde el último campamento. Decir que los entrenadores estaban contentos es quedarse corto. Dos kilos en mi estatura y complexión es mucho para perder, por no hablar que estaban echando espuma por la boca con mi entrenamiento. Yo estoy destrozada, pero ellos están contentos y eso es lo único que importa.

Duchada y lista para caer en la cama, saco el móvil y compruebo mis mensajes de texto, debatiendo si debo enviar a Kova una actualización, cuando encuentro un mensaje de Avery.

BFFFFFF: Por favor, habla conmigo. Te echo mucho de menos. ¿Qué puedo hacer para arreglar esto? Lo siento mucho : (

Apoyando la cabeza en el cabecero de la cama, pienso en Avery y en lo mucho que echo de menos su personalidad sarcástica, su visión despreocupada, su risa, la forma en que siempre me llamaba la atención. Ha pasado mucho tiempo y mi excusa es que mi plato está lleno. Todavía lo está, más que nunca, pero en el fondo sé que soy yo. La había aislado y desaparecido para protegerme. Evitar las situaciones es más fácil, pero no puedo hacerlo para siempre.

Escribo una respuesta rápida.

Yo: También te echo de menos. Estoy en Texas y no puedo enviar mensajes de texto ahora mismo, pero prometo enviarte un mensaje cuando llegue a casa. XOXO.

Al salir de mis mensajes, abro mis contactos y me desplazo hasta Entrenador.

Probablemente no necesito ponerlo al día, pero algo dentro de mis huesos me obliga a hablar con él. Necesito escuchar su voz. No debería echar de menos a Konstantin Kournakova… no es mío para extrañarlo… pero lo echo mucho de menos. Añoraba esa conexión sin complicaciones que nunca se nos debería haber permitido tener, esa paz matutina fácil con la que nos deleitábamos en secreto en su casa, las pequeñas miradas. Finalmente tuve que reconocerme a mí misma que estábamos progresando.

Por mucho que intentara no hacerlo, sigo amando a ese estúpido ruso. Una vez que dejé de lado parte de la rabia a la que me aferraba, empecé a desearlo de nuevo con tanta fiereza como antes.

Me froto los ojos secos. Fue gracias a él que dejé de lado el resentimiento furtivo, porque él no lo tendría de otra manera. Con paciencia, me obligó, sin saberlo, a amarlo más. Ha aprendido a respetar mis límites e incluso a decirme que no, pero sigue siendo el Kova dominante que yo amo. Ha invadido todas las partes de mi vida que podía. Así que quiero hablar con él y contarle mis

progresos. Quiero que sepa que *nuestro* trabajo ha vuelto a dar sus frutos y que estamos un paso más cerca de *nuestro* sueño. Porque sin él, no podría haber llegado hasta donde estoy hoy. A pesar de mis esfuerzos por mantenerlo al margen estos últimos meses, Kova y yo somos un nosotros, y quiero que se sienta orgulloso. A decir verdad, creo que nunca dejamos de ser un nosotros.

Exhalando un suspiro, lo llamo. Kova contesta después de un par de timbres.

—Adrianna. —Su acento rueda fuerte sobre la *R*.

—Hola —digo tímidamente.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Estoy bien en su mayor parte. Solo quería hablar contigo.

—Habla conmigo, entonces.

No puedo confundir la sonrisa en su voz.

—Los entrenadores parecen satisfechos con mis progresos. No sé… quería compartirlo contigo.

—Sabes que ya lo sé, *Ria*. Dime por qué querías hablar conmigo.

Miro al techo, mis pensamientos son un enredo. En lo más profundo de mi corazón hay ascuas ardientes que me da esperanza. Las codiciaba, soplando de vez en cuando para ver si la luz sigue ahí para nosotros. Como ahora mismo.

—Supongo que solo quería escuchar tu voz. —Dios, qué jodidamente cursi.

Kova se rio y dice:

—¿Quieres decir que echas de menos oír mis palabras sin contracciones?

Sonrío para mis adentros.

—Supongo que sí.

—Si eres sincera conmigo, yo lo seré contigo. —Contengo la respiración, esperando—. Echo de menos entrar en el gimnasio cada día y ver tu rostro. Es como si faltara una parte de la estructura y tuviera que encontrar una manera de sostenerla hasta que vuelvas. No me gusta.

Miro el edredón descolorido, mis sentimientos subiendo a la superficie.

—Creo que estoy siendo emocional ahora mismo y no sé por qué. —Sí sé por qué, pero él no necesita saberlo—. Sin embargo, estoy bien. De hecho, me ha ido muy bien. Al menos, creo que sí. Me siento muy confiada.

—He estado en estrecho contacto con el entrenador de la selección y estoy muy satisfecho con lo que me han dicho sobre ti y tu progreso. Sin embargo, lo que no me alegra es la cantidad de peso que aparentemente has perdido. —Me muerdo el labio—. Has perdido más de lo que esperaba —añade, y se aclara la garganta.

—No es raro que un gimnasta pierda peso, ya sabes. Es como un rito de paso. En todo caso, es preferible, a veces incluso un requisito. Yo no me preocuparía tanto.

—Eso no es saludable. Vas a perder tu fuerza y eso te llevará a lesionarte.

Contemplo mi respuesta. Su tono no es malicioso, solo está siendo sincero.

—Probablemente seré más pequeña cuando vuelva. —Coloco la mano alrededor del teléfono para que nadie me oiga, ya que comparto habitación con otras tres gimnastas—. No nos alimentan. Nos matan de hambre. Una rebanada de pan y unos trozos de fiambre, un puñado de frutos secos. Chupando limones. Por no hablar que trabajamos hasta los huesos. La parte del trabajo no me importa. Puedo manejar eso. Lo que me vuelve loca es el hambre que me obliga a pasar por mi cuerpo.

Quiero mencionar que había orinado sangre antes, pero no lo hago. Me guardo ese pequeño detalle para mí.

—Quieren que seamos putos palos. —Las lágrimas se entrelazan con mis palabras.

La voz de Kova es baja pero controlada, y está llena de irritación.

—Me *elogiaron* por tu pérdida de peso —dice con disgusto—. Lo último que quiero es que me conozcan como alguien que trata mal a sus gimnastas. Y ahora parece que te estás marchitando.

—No estás tratando mal a tus gimnastas. ¿Por qué piensas eso?

Aunque Kova exige más que cualquier otro entrenador con el que hubiera trabajado, lo único de lo que siempre se asegura es que sus gimnastas estuvieran sanas. A pesar de todas sus imperfecciones y debilidades, es un entrenador que se preocupa. Moldea nuestros cuerpos, sabiendo cuánto podíamos aguantar sin causarnos un daño real. Esperaba lo mejor de nosotros porque nos da lo mejor de sí mismo.

Me trago las lágrimas que me difuminan los ojos.

—Todo lo que puedo decir es que siento haberte decepcionado. Siento haberte molestado. Solo pensé que te alegraría saber de mis progresos.

Al colgar, me hago un ovillo y lloro en silencio hasta quedarme dormida, algo que no había hecho en un par de semanas. No debería haberlo llamado.



Capítulo 39

Al día siguiente me levanto cansada, lamentando haber llamado a Kova.

Tengo los ojos hinchados cuando me levante de la cama y, cuando me miré en el espejo, tenía unas profundas bolsas moradas debajo de ellos. Me maquillé debajo de los ojos con la esperanza de disimularlas, pero no sirvió de mucho más que para ocultar el color. Justo cuando me dispongo a salir de la residencia para ir al gimnasio, un ping suena en mi teléfono y me detiene. Con las cejas fruncidas, me doy la vuelta y me acerco cojeando al teléfono.

Entrenador: Nunca me has decepcionado. Me preocupas.

Me quedo quieta, respirando profundamente mientras miro el mensaje de texto. Sé que debo contestarle, pero no lo necesito. No en este momento. Ha dicho lo que quería oír, pero demasiado tarde.

Me quedan dos días completos de campamento antes de volver a casa, a Florida, lo que significa que tengo una última oportunidad de causar una impresión duradera en los entrenadores del equipo nacional hasta la siguiente competición, donde me estarán observando.

Puedo hacerlo. La mente sobre la materia.

Y eso es exactamente lo que hago. Me salto el desayuno, que no es gran cosa, y me pongo a trabajar. Para el almuerzo, me he acostumbrado tanto a comer muy poco que apenas puedo terminar la naranja que me dieron. El dorso del pie grita de dolor, la migraña me hace bailar manchas plateadas en la vista y la espalda me duele hasta el punto de pensar que se va a partir por la mitad. Y mientras

tanto, los entrenadores me observan como halcones. Daría cualquier cosa por un puñado de Motrin, pero ignoro el dolor, diciéndome que valdrá la pena.

Al final de la tarde, mi corazón late con fuerza en rebeldía y mis manos tiemblan. Mi cabeza, ligera y mareada. Me siento delirante y con una necesidad imperiosa de algo, cualquier cosa. No estoy segura de cuánto tiempo más podría aguantar caminando sobre un alambre ardiente antes de desplomarme en el suelo.

Mientras rotamos los eventos hacia el último del día, la entrenadora Elena se acerca y me ordena que me siente en el suelo. El fruncido perturbado de sus labios y la decepción en sus ojos me preocupan. Me indica la pierna con un gesto de la mano y la extiendo hacia ella. Con el estómago apretado, me apoyo en las manos mientras ella coloca mi pie sobre su muslo para inspeccionarlo.

—Deja de cojear —me ordena, y luego cambia de pierna para revisar la otra. Tras un rápido examen, vuelve a mi pierna mala y chasquea la lengua al ver lo inflamado que esta mi único tobillo lesionado. Esta mal, lo peor que había visto hasta entonces.

—Oh, está bien. No hay de qué preocuparse —le digo.

No me presta atención. Levanta la vista, llama a uno de los entrenadores asistentes y empieza hablar en lo que parece una mezcla de ruso y polaco. Quiero preguntarle, pero tengo la sensación que no estaría dispuesta a hablar como lo estaba Kova.

—Estoy bien, de verdad —digo, pero ella está agitando algo.

Cinta deportiva.

Cuando la entrenadora Elena estira la cinta, su mirada se fija en lo inflamado que esta. Se inclina un poco más, escudriñándola, y sin mover la cabeza, levanta sus duros ojos hacia los míos. Mi estómago se aprieta de miedo. Para ser una mujer pequeña y menuda, me da miedo.

—El entrenador Konstantin y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¿Lo entiendes?



Asiento lentamente, sabiendo lo que me pide sin decirlo. Me pellizca la parte posterior del tobillo y aspiro profundamente, casi gritando. Ella se da cuenta de mi reacción inmediatamente.

—Si cojeas, demuestras debilidad —dice con toda naturalidad, y luego estira la cinta adhesiva hacia el músculo de la pantorrilla y presiona hacia abajo. Hago una mueca de dolor y resoplo, pero ella no tiene piedad.

—La debilidad te hace dudar de ti misma. —Coloca otro trozo de cinta deportiva—. Me hace dudar de ti. La debilidad es una elección. Deja de cojear. Elimina el dolor de tu mundo. Bloquéalo. Haz como si no existiera, o me veré obligada a hacer modificaciones que no te servirán.

Asiento con vehemencia, manteniendo la boca cerrada. Me venda el tobillo y me indica que me ponga de pie.

Dos horas más tarde, todas las gimnastas muestran signos de desaceleración. La pantorrilla me duele mucho y me preocupa que esta semana revirtiera todo el progreso de curación que había hecho. Aun así, me aprieto la cola de caballo y miro al frente. Aunque me dieran a elegir entre tomar un descanso o seguir adelante, habría continuado, a pesar del insoportable dolor que me sube por la pierna. En mi interior, nunca me rendiré.

Y entonces, empieza...

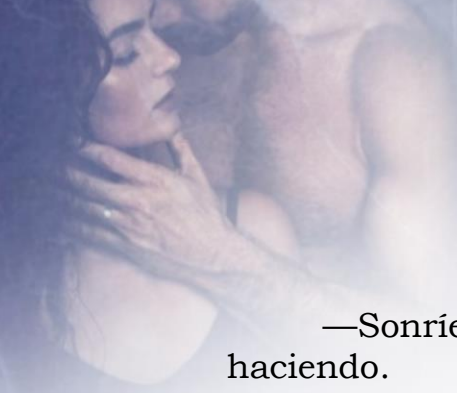
—Errores. ¡Muéstrame que no te importa! —La entrenadora Elena grita a nadie y a todos nosotros—. Supongo que no quieres esto.

«¡El rendimiento requiere valentía, parecen gatitos asustados! ¡Los olímpicos no se asustan de nada!

Chasquea la lengua, mirándonos con vergüenza.

—Las chicas son una moneda de diez centavos. Una. Moneda. De. Diez. Centavos.

—Los pies flexionados muestran falta de control y torpeza.



—Sonríe. Muéstrame que realmente crees en lo que estás haciendo.

—¿Acabas de poner los ojos en blanco? —Mi corazón se desploma. No se dirige a mí, sino a otra gimnasta, y temo por ella. La chica mueve la cabeza nerviosamente de un lado a otro—. Ya has terminado. Vete.

—¡No te estás esforzando lo suficiente! Si no completas el pase correctamente, y limpio, te vas. Puedo hacer que te sustituyan así —dice la entrenadora Elena con un chasquido de dedos.

Una chica gira en exceso y aterriza de culo con un fuerte rebote, luego rueda hacia atrás y aplasta su cabeza contra el suelo. Su cabeza se echa hacia atrás y yo jadeo, tapándome la boca ante el duro ángulo. Puede que sea un suelo elástico, pero sigue doliendo.

—Levántate. Hazlo de nuevo —exige Elena.

—Pero me duele el cuello —dice la gimnasta, agarrándose la nuca. Su voz chirria y me pregunto qué edad tendrá. Parece mucho más joven que yo.

—Eso es culpa tuya —responde Elena, sin darle importancia mientras la señala—. Ahora vuelve allí y hazlo de nuevo. Y hazlo bien.

La chica niega con la cabeza. Con ese aterrizaje, tampoco querría volver a caer.

—Creo que me pasa algo en el cuello —vuelve a chillar su voz.

La entrenadora Elena la mira con el ceño fruncido como si no valiera el suelo que pisa.

—Eres una vergüenza. Una burla para los que matarían por estar aquí. No debes quererlo lo suficiente.

La joven gimnasta se anima. Echa los hombros hacia atrás, levanta la barbilla y se acerca con delicadeza a la esquina de la pista, acercando los talones de sus pies a la cinta blanca de fuera de límites. Al igual que todos los presentes, quiere probarse a sí

misma, pero no hay duda de la inquietud y el horror en sus ojos mientras exhala una bocanada de aire nervioso.

—Esto es algo que has estado haciendo durante años, no debería haber ninguna razón para que te equivoques —incita Elena, aplaudiendo lo suficientemente fuerte como para llamar una atención no deseada.

Realmente no hay razones para su error, pero en la gimnasia ocurren cosas que a veces no podemos controlar, y reflexionando sobre lo horriblemente que nos tratan aquí, no me sorprende en absoluto su actuación. Me duele el corazón por ella.

—Me estás haciendo perder el tiempo. Tal vez ni siquiera deberías estar aquí. —Elena me recuerda a Kova con su falta de contracciones.

Todas las miradas están puestas en esta diminuta gimnasta que no debe medir más de 1,50 metros y pesa 50 kilos. Se frota la nuca una vez más, y en silencio rezo para que no haga el pase de volteretas. Me siento muy mal. Aunque apenas la conozco, me habría intercambiado con ella si hubiera podido.

Bajando sus delgados brazos, mueve los dedos para sacudirse los nervios y respira profundamente. Sus ojos están llenos de miedo y aprensión. Contengo la respiración mientras ella se inclina sobre las puntas de los pies para despegar.

—¡Ahora! —Elena da una palmada—. ¡Muévete, y será mejor que reces a cualquier Dios en el que creas para que no vuelvas a cometer ningún tipo de error o habrá un infierno que pagar!

La humillación y la culpa son el nombre del juego con una ración de intimidación. Hay una diferencia entre animar a un atleta con una crítica positiva y ser un bravucón. La entrenadora Elena es una bravucona. Y lo peor de todo es que había rumores en torno a su forma de entrenar durante muchos años, pero nadie podía probar nada. ¿En qué se basa todo el mundo? ¿Recibir rumores? ¿Una dieta estricta? ¿Su expresión facial y su tono de voz? Ha conseguido tantas medallas olímpicas para Estados Unidos que nadie se atrevía a cuestionarla. Todo el mundo se toma lo que ella dicr con la lengua atada.



Sus métodos creaban campeones. Es lo que querían. Es todo lo que importaba.

Haciendo equilibrio sobre las puntas de los pies, la chica duendecilla duda. Sacude la cabeza y yo suelto un suspiro estrangulado al verla alejarse. *Gracias a Dios*. Con los hombros rígidos, se levanta del suelo y sale del gimnasio, sin atreverse a mirar atrás mientras la entrenadora Elena continua con su abuso verbal.

Su tiempo en el campamento y, posiblemente, en el equipo nacional ha terminado.

Me toca a mí.

Tengo que realizar un pase de voltereta hacia adelante, que siempre me da pavor. Elena asiente y realizo un off-front handspring, un front layout y un double front twist. El objetivo es añadir un salto al final de la secuencia para obtener puntos extra, pero a mitad de mi disposición frontal, después de golpear con los pies en el suelo, siento el fuego de mil llamas atravesar mi tobillo hasta la pantorrilla. El dolor estalla dentro de mi pierna. Sé que solo tengo milisegundos para decidir si continuo con mi pase real o lo atenuaba para ir a lo seguro.

Tendría que ser una tonta para atenuar el paso después de lo que acabo de presenciar.

Con las piernas juntas y el cuerpo recto como una tabla, vuelvo a golpear el suelo y me elevo todo lo que puedo. Bajo un brazo y tiro con fuerza, girando todo lo que puedo para lanzar un doble giro completo.

El dolor punzante que me sube por la pierna me cuesta la respiración. Me parece sentir un chasquido, pero no estoy segura. Mi pierna se acalambra y se dobla, y mi aterrizaje no es ni de lejos lo que necesito para añadir un salto al final. Aun así, persevero, sabiendo que si entro en pánico a mitad del vuelo solo empeorare las cosas para mí.

Al aterrizar, reboto con el pecho y los hombros relajados y añado el salto extra con la mayor elegancia posible. Cuando

termino, vuelvo a juntar las piernas y aterrizo con ligereza, cuando lo que realmente quiero hacer es caer al suelo hecho un ovillo por el calor inflamado que me roba la respiración. Lo único que puedo hacer es morderme el interior del labio para disimular el dolor que estalla en mis venas. Sabe a sangre, pero no es suficiente. Se me hace un nudo en el estómago por el dolor y pienso que voy a vomitar.

—Tu espalda tiene que estar más arqueada por la disposición para ejecutar el doble completo con la espalda recta. Es más eficaz para la torsión. Hazlo de nuevo —ordena la entrenadora Elena. Asiento, pero no confundo la mirada errante de sus agudos ojos hacia mis piernas. Busca la más mínima imperfección, pero no la va a conseguir de mí. Me aseguraré de eso, sin importar lo que me costara.

Sus ojos están pegados a mí.

—Ahora.

Joder. Joder. Joder.

Me hace falta todo lo que hay en mí para no retroceder cojeando. Mis dedos se curvan en mis palmas. La agonía que me recorre el cuerpo no se parece a nada que hubiera experimentado antes, pero, por la gracia de Dios, consigo caminar como si estuviera sobre el agua, con el rostro erguido y sin preocuparme por nada. Una rápida mirada hacia abajo y todo lo que sospechaba me dice que estoy en lo cierto.

Suspiro profundamente. En la parte interior del pie, debajo del tobillo hinchado, se está formando un ligero hematoma. Un signo revelador de un Aquiles gravemente lesionado.

Con los talones en la esquina de la cinta blanca, respiro profundamente y deseo lo mejor. Mi plan es aterrizar lo más suavemente posible sobre las puntas de los pies y aplicar el peso a mi pierna buena.

Tragándome el miedo, le lanzo una mirada fugaz antes de levantarme sobre las puntas de los pies y correr por la pista con un objetivo en mente: demostrarle a la entrenadora Elena que tengo lo

que hay que tener. Puede que no me necesiten en la viga, ya que me han seleccionado como especialista en barras, suelo y salto, pero en la gimnasia todo es posible, así que tengo que esforzarme al máximo para demostrar que estoy preparada para hacer frente a todo lo que se me presentara. La mayoría de los gimnastas suelen añadir dificultad a sus primeros pases de volteretas para sacarlos adelante, pero el mío esta al final, lo que supone un reto increíble. Espero que eso le diga mucho a la entrenadora Elena.

Concentrada, bloqueo el dolor y completo la voltereta con el salto extra al final. El dolor que me recorre la pantorrilla es horrible y pienso que voy a vomitar. Me quedo sin aliento, pero aprieto los músculos del estómago y me vuelvo hacia la entrenadora Elena, asegurándome que no hay ninguna emoción en mi rostro.

—Otra vez. Lo haremos veinte veces más si es necesario. —Hace una pausa—. ¿Y, Adrianna?

—¿Sí?

Me mira fijamente. El aire se atasca en mi garganta.

—Recuerda lo que dije. Lidia con eso.

Asiento con fervor y vuelvo a la fila, respirando profundamente mientras intento no concentrarme en el dolor. Estoy al borde de las lágrimas, pero haber sido elegida para participar en este campamento de entrenamiento es algo muy importante y no voy a renunciar a eso.

Después de innumerables pases y de un intenso acondicionamiento, a duras penas consigo volver a mi habitación de una pieza. No cojeo, pero en el momento en que cierro la puerta, me derrumbo en la cama y sollozo. Sujetando mi tobillo magullado y muy hinchado, rezo para que la destrucción física y emocional a la que me estoy sometiendo merezca la pena.

Los gimnastas vienen al campamento con esperanzas y sueños, y salen rotos y traumatizados.

Algunos no tienen remedio.



Capítulo 40

—¿Está todo bien, Adrianna? Tienes un aspecto terrible —dice Kova, mientras se acerca a mí.

—¿Acabo de bajar del avión y eso es lo primero que me dices? ¿De verdad?

Miro hacia abajo para ver lo que ve. Llevo unas zapatillas Converse blancas, unos pantalones cortos de jeans remangados y una camiseta negra suelta con las palabras THIS IS MY HANDSTAND SHIRT impresas al revés. No me parece que tuviera mal aspecto. Lo único que falta es el bronceado.

Frunce el ceño, con los hombros tensos y la mandíbula firme. Al mirarlo a los ojos, no puedo averiguar lo que está pensando. No hay chispa en ellos, como de costumbre. Kova está completamente cerrado y eso plantea preguntas.

—Te he dicho que nos matan de hambre. No me haces caso.

Su rostro se frunce, pero no está siendo grosero. Solo parece completamente desconcertado.

—Te ves... asquerosamente delgada, y algo transparente. Casi me lo creo.

Me desentiendo.

—Ahí se fue tu atractivo. —Se encoge de hombros con indiferencia—. Sé que el inglés no es tu primera lengua, pero ¿dónde está tu etiqueta? Mis articulaciones están tan rígidas como el acero, y tú tienes un palo en el culo. No necesito esto después de la semana que acabo de pasar, eso es seguro.

Kova sonríe y siento un revoloteo en el estómago.

—¿Y preguntas dónde está mi etiqueta? —se burla—. Digo las cosas como son. ¿Tienes hambre?

—Yo también me alegro de verte.

—Aparte de la piel y los huesos, veo que esta vez estás en mejor forma y no necesitas que te lleven en brazos.

—Tampoco lo necesité la primera vez —miento, mirándolo a los ojos y luchando contra una sonrisa de satisfacción. Lo había necesitado, y lo necesito desesperadamente ahora. Deduzco que él lo sabe, pero me está dejando ser independiente por una vez—. Eso fue tu lado bárbaro y cavernícola saliendo a la luz.

El dorso de los nudillos de Kova me roza suavemente el pómulo y sus ojos recorren mi rostro. Lo miro fijamente, captando un remolino de emoción en sus ojos.

—Estás maquillada. Nunca te pongas esa porquería en el rostro. No me gusta. —Bajando la voz, dice—: Me gustas al natural. Lávatelo.

Sacudiendo la cabeza, lo rodeo hacia la salida. Se pone a mi lado y gimo en voz baja.

—¿Quién se ha meado en tu vodka?

Kova me mira, con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios.

—Ustedes, los americanos —dice—. Nadie toca mi vodka.

Giro la cabeza en otra dirección para que Kova no me vea sonreír. Es un verdadero ruso y ama su vodka.

Llegamos a su auto y espero a que abra las puertas. Cuando tiro de la manilla y la puerta no cede, me pongo de puntillas y me muevo para mirarlo por encima del capó. Kova se limita a mirarme fijamente.

—Hay algo que no cuadra. ¿Qué escondes? —pregunta, con sus ojos verdes entrecerrados.

—¿Qué escondes *tú*? —replico con sarcasmo.

—Hay algo diferente en ti —afirma.

—Hay algo diferente en *ti*.

Ayer perdí una llamada de la oficina de mi médico. Me dejaron un mensaje pidiéndome que vaya lo antes posible. Había estado pensando en eso toda la noche anterior y todo el viaje de vuelta a casa hoy. Entre eso y mi Aquiles, he tenido días mejores. Mi pantorrilla es como una bola de chispas calientes que estallan a cada paso que doy y me esfuerzo por ocultarle mi cojera.

Tiro de la puerta con impaciencia.

—Por favor, abre la puerta. Estoy cansada y quiero ir a casa. —Lucho por mantener los ojos abiertos, pero él no cede—. Vamos, entrenador. —Suspiro dramáticamente y finalmente abre las puertas. Subiendo, me siento y disfruto de la suavidad de sus asientos de cuero, ocultando el dolor que consume mi cuerpo. Dejo escapar un largo y agotado suspiro que hace que Kova me mire con preocupación.

—Gracias por recogerme —digo. Él se limita a asentir sutilmente.

Kova sale del estacionamiento con una mano en el volante y otra en la palanca de cambios. Algo le preocupa, y puedo percibir que está de mal humor. Supongo que no tiene nada que ver conmigo, pero cada dos semáforos mira hacia mí. Puedo sentir el calor de su mirada en mi rostro, que proviene por debajo de su gorra de béisbol, y aunque no le pregunto en qué está pensando, me guío por mi instinto. Extiendo mi mano sobre la suya y él inmediatamente gira la suya para entrelazar nuestros dedos. La tensión que proviene de él se disipa y eso me hace sentir mejor.

—Sé que hoy es nuestra barbacoa anual del 4 de julio, pero ¿estaría bien si me la salto? Realmente quiero ir a casa y descansar.

Kova enciende el intermitente y gira a la derecha.

—He decidido no organizar una este año. No estaba de humor.

—Oh, de acuerdo. Eso me hace sentir un poco mejor por no haber faltado entonces.

Entra en mi complejo de apartamentos y me quito el cinturón de seguridad cuando me doy cuenta que ha estacionado su auto.

—Vamos. Deja que te acomode.

Cierro los ojos, tratando de no ponerme nerviosa. Tenía toda la tarde planeada. Me daría una larga y abrasadora ducha, comería algo y luego me daría un atracón de programas de televisión en mi teléfono hasta quedarme dormida.

—No pasa nada. Sin embargo, puedo arreglármelas desde aquí, gracias. Ya sé qué esperar esta vez.

Lo deja pasar.

—No es un problema para mí. Vamos.

—¿No tienes una esposa con la que volver a casa?

—Katja está fuera de la ciudad con unos amigos otra vez. Tengo todo el tiempo del mundo.

—Qué conveniente —murmuro en voz baja.

—No me gusta esta faceta tuya.

—¿Qué faceta? —me quejo. Me giro hacia él, con la mano en el pomo de la puerta.

—Esta cara pálida llena de maquillaje y mierda negra que te cubre los ojos, las mejillas de payaso, la boca vulgar y tu actitud grosera e ingrata. Nunca te maquillas, y nunca te pones en guardia sin motivo. Puedo mirarte a los ojos y saber que algo va mal.

A veces deseaba que no me conociera tan bien.

Mis ojos de mapache se encienden mientras miro fijamente a Kova.

—Tengo las mejillas sonrosadas desde hace días. Supuse que era alérgica al detergente usado en las sábanas, así que usé colorete para intentar igualar el tono. —Le dirijo una mirada sarcástica—. ¿Contento?

No le hace gracia.

—En absoluto.

Pongo los ojos en blanco y rio.

—Por una vez, no me importa complacerte. Gracias a Dios. Quizá debería ir corriendo a Sephora y comprar la tienda para poder pintarme el rostro todos los días.

—Oh, siento discrepar en eso. Me sigues gustando mucho, solo que no me gusta cómo estás ahora. Hay algo que no me convence y quiero que hablemos de eso.

—Jesucristo. Eres imposible. —Levanto las manos en señal de fastidio—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Un lado de su boca se levanta en una sonrisa.

—Una o dos veces. —Odio que me encante esa mirada suya.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste el período?

Bueno, esto se intensifica rápidamente.

¿Por qué me vuelve a gustar este hombre? Sacudiendo la cabeza, tiro del pomo de la puerta, salgo del auto y me dirijo al lado del conductor.

Busco mi equipaje de mano, pero Kova es rápido y saca mi bolso primero. Soltando el brazo, me mira con dureza.

—¿Te pasa algo?

—No que yo recuerde.

—Esa era una pregunta retórica. Estás demente y completamente fuera de lugar. No tienes derecho a preguntarme

eso y lo sabes. Empiezo a pensar que te pasa algo pero no me lo dices. Y para que conste, tuve mi período hace como dos semanas.

Me rodea y se dirige a la entrada. Caminamos uno al lado del otro, yo echando humo por el resentimiento, y Kova tan frío como un pepino. Esto es como la vez que me preguntó cuándo fue mi último orgasmo.

—Creo que ya hemos pasado esa línea de la que hablas. ¿Ya se te ha empezado a caer el cabello?

Mis cejas se disparan. No puedo creer que me este haciendo estás preguntas.

—¿Por qué se me iba a caer el cabello? ¿A qué quieres llegar?

—Estoy muy preocupado por tu aspecto. Estás pálida y tus mejillas están hundidas. Pareces un saco de huesos. Tu padre se pondría furioso conmigo si te viera ahora. ¿Te estás matando de hambre? ¿Te haces vomitar?

Una burla furiosa sale de mis labios. Piensa que me estoy poniendo enferma a propósito. Muchas gimnastas tienen trastornos alimenticios, pero yo no soy una de ellas.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí en ese sentido? Si no recuerdo mal, una vez me dijiste que sonaba como un elefante.

Nos detenemos frente al ascensor y Kova me mira, con el rostro fruncido, dolido. Bien. Se lo merece.

—El hecho que no lo exprese, no significa que no me importes inmensamente.

Oh, sí. Se está poniendo bueno y acalorado.

—Tan inmensamente que tuviste que ir y casarte con Katja, ¿verdad? —Todavía estoy amargada por eso. Obviamente—. ¿Me haces estas preguntas como un padre preocupado, o como un esposo infeliz que busca pasar un buen rato pero quiere asegurarse que todo sigue funcionando antes de meter la polla en alguien que no debe?

Me mira fijamente.

—Solo responde a las preguntas.

El ascensor suena y entramos.

—No. No voy a responderlas. No es asunto tuyo. —Las puertas se cierran y me quedo mirando nuestros reflejos en el espejo de cristal. Observo los labios de Kova mientras habla, contando los minutos que faltan para que pueda caer en mi cama.

—Al contrario de lo que crees, sí es asunto mío. Apuesto a que tu corazón late más fuerte y más rápido que de costumbre. ¿Dolores de cabeza?

—Los únicos dolores de cabeza que tengo son los que tú provocas —bromeo.

—¿Te falta el aire?

—Solo porque estoy luchando contra las ganas de darte un puñetazo. —Kova duda cuando se abre el ascensor. En silencio, nos dirigimos a mi apartamento—. No estoy de humor y estoy muy cansada. Por favor, vete a casa.

—Quiero que me digas qué te pasa.

Si esta es su manera de sacarme a golpes una confesión sobre el análisis de sangre que me había hecho es porque mi papá fue a mis espaldas, y no va a funcionar. Una vez que Kova se vaya, tendré que llamar a papá para asegurarme que no diga una palabra.

—¿Por qué crees que algo está mal?

—Solo un presentimiento.

Odio que pueda percibir que algo anda mal. Ahora me pone paranoica.

—Pues te equivocas. Solo estoy cansada y quiero ir a dormir —vuelvo a decir.

—Me lo dirías, ¿sí?

Dudo, y luego suelto un suspiro.

—Sí, de la misma manera que me cuentas todo lo que te pasa.

Desbloqueo mi puerta y la empujo para abrirla sin decir otra palabra. Como si pudiera hablarle del mensaje de voz que había recibido, o de la lesión que estoy segura que he vuelto a padecer en el campamento, o de los resultados de los análisis de sangre que tengo miedo de recibir.

—Si quieres que me vaya, lo haré. Deja que al menos me asegure que estás instalada y luego me iré. Recuerdo cómo estabas después del primer campamento y quiero asegurarme que te cuides. —Deja caer mi bolso al suelo y dice—: Pero no creas ni por un segundo que no me he dado cuenta de tu cojera.

Trago con fuerza, mi estómago se tensa. Pensé que había hecho bien en ocultarlo.

—Bien. Pero no sé por qué me presionas tanto. Lo hacías tan bien respetando mis límites y ahora es como si lo arruinaras todo con tu forma de controlar.

Kova suelta un profundo suspiro. Sus siguientes palabras casi me rompen el corazón y reprimo mi actitud.

—Solo quiero que me necesites.



Capítulo 41

—*Solo quiero que me necesites.*

Después de decir eso, me excuso para ir al baño. Estaba alcanzando la manija del inodoro cuando noto que hay sangre en el agua otra vez. Me da un vuelco el corazón y me quedo helada. Pensé que la primera vez fue solo una reacción extraña al entrenamiento y al estrés, pero ahora, al mirar la sangre en la taza, noto que el color es más oscuro, lo que me dice que hay más. Tomo la rápida decisión de no decírselo a Kova, pero sé que tendré que abordarlo en mi próxima cita con el médico.

Me doy un largo baño en una especie de sales relajantes para los músculos que Kova ha traído, rodeada de mis velas favoritas. Me remojo hasta que el agua se enfría, luego lavo mi cara, limpia y despejada. No hay sangre en el agua, así que tomo nota mentalmente que solo parece ocurrir cuando orino. No soy realmente una chica del tipo de maquillaje, así que no me cuesta ningún esfuerzo quitármelo. De todos modos, siempre me siento como si tuviera capas y capas de pintura que obstruyen mis poros y me hacen estar grasosa cuando me lo pongo. Solo me lo había puesto para ocultar lo que siento, lo que resultó ser un desperdicio total.

—Apenas tienes comida en esta casa —dice Kova, aparentemente frustrado una vez que salgo del baño.

Nubes blancas de vapor se filtran a mi alrededor mientras miro hacia donde él está parado en mi cocina.

—Nunca estoy en casa, y todo se echa a perder porque no lo uso.



—Estás en casa cada noche y cada mañana. ¿Qué comes?

Me encojo de hombros.

—Barras de proteínas, café... A veces compro algo de camino a casa. Suelo tener fruta y verdura, pero no las compré porque no iba a estar aquí.

Kova me mira fijamente durante un largo momento, y me doy cuenta que probablemente ha confirmado su sospecha sobre la bulimia.

—Iré de compras mañana.

Agarrando su teléfono celular, desliza la pantalla con el pulgar y dice:

—¿Qué quieres comer? Pediré lo que quieras.

Estudio a Kova y me concentro en el hecho que su simple pregunta me hace acelerar el corazón. No quiero preocuparlo, y no tengo tanta hambre, así que decido adoptar un enfoque diferente.

Aunque en un principio no lo quería aquí, me alegra en secreto que se hubiera abierto paso y siento que debo demostrárselo. Soy un lío de contradicciones como siempre cuando se trata de Kova, pero él es tan malo como yo. Sabe que debe irse a casa, pero aquí está. Nos sentimos atraídos el uno por el otro de la manera más inexplicable. Nuestra química es tan poderosa que nuestros cuerpos nos duelen por estar el uno con el otro. Luchamos contra nuestros sentimientos para caer más profundamente con cada respiración. No tenemos ningún sentido y, sin embargo, lo tenemos el uno para el otro, porque no existe nada inmoral o incorrecto cuando estás con la persona adecuada.

Me acerco a Kova, le quito el celular de la mano y lo pongo sobre la encimera, luego rodeo su espalda con los brazos y lo abrazo. Me acerco a él hasta que nuestros cuerpos quedan al ras, y apoyo mi cabeza en su pecho. Se queda quieto, probablemente sorprendido, porque tarda un momento en devolver el abrazo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta en voz baja.

—Solo te abrazo.

—Lo sé. ¿Pero por qué? Nunca me abrazas sin más.

Me rio mientras me rodea con sus brazos. El calor de su cuerpo me hace suspirar. Puedo sentir los latidos de su corazón y cómo se aceleran cuanto más me aferra a él.

—A menos que estemos solos, nunca he tenido la oportunidad de abrazarte cuando he querido. —Kova permanece en silencio. Supongo que lo he tomado desprevenido con mi respuesta. Acomodo mi cara en su pecho—. Gracias.

—¿Por qué? —responde, con la voz ronca.

Levanto la vista, con la barbilla apoyada en su firme pecho. Respondo con sinceridad, con voz suave:

—Por cuidar siempre de mí y estar ahí, incluso cuando no quiero que estés. Sé que puede parecer que soy desagradecida, pero no lo soy. Es que he estado muy dolida los últimos dos meses y estoy tratando de lidiar con ello y trabajar con mis emociones. Realmente aprecio todo lo que haces para ayudarme. Tengo suerte de tener un entrenador como tú.

En los ojos de Kova hay un destello de emoción. Traga saliva, con la nuez de Adán moviéndose.

—Haría cualquier cosa por ti, Adrianna. Espero que lo sepas. —Aprieta los ojos como si no pudiera creérselo—. Cualquier cosa.

Trago con fuerza, asintiendo, mientras nos miramos a los ojos durante un largo momento. Le creo.

Aunque me duele la parte posterior de la pantorrilla, aplico presión a mi pierna buena y me elevo sobre las puntas de los pies para alcanzarlo. Llevo una mano a la parte delantera de su pecho mientras la otra roza su nuca. Deslizo su gorra para que el borde quede orientado hacia atrás. Mi corazón se acelera cuando afloja su abrazo y sus manos bajan por mi espalda hasta acariciar suavemente mis caderas. Suelto un pequeño jadeo, luchando contra lo mucho que me gusta estar en sus brazos y apreciando lo mucho que se esfuerza por ser bueno. Quiero darle un pequeño

beso, pero no puedo alcanzarlo. Incluso en puntas de pie, me saca bastantes centímetros.

Pero él sabe qué hacer. Kova siempre sabe lo que quiero. Lenta y vacilante, aprieto mi pecho contra el suyo y él inclina la cabeza para acortar la distancia, regalándome sus labios. Sin embargo, no lo beso con lengua, sino que lo beso con el corazón y dejo que sienta mi emoción, con los labios sellados. Lo beso suavemente.

Me aparto y vuelvo a besarlo de la misma manera, nuestras lenguas no llegan a tocarse pero nuestros labios se separan un poco. Mi boca se aprieta más contra la suya y siento un chisporroteo de electricidad en mi cuerpo. Las manos de Kova se deslizan por mis nalgas y, justo cuando pienso que va a detenerse, sus manos se deslizan hacia la parte posterior de mis muslos desnudos. Lo único que llevo es un vestido de pijama de punto fino con tirantes. A veces me gusta dejar que mi cuerpo respire después de todas las horas que he pasado con el leotardo, sobre todo después de la semana que había pasado con la entrenadora Elena.

Con las manos extendidas, sus dedos sobre mí, Kova desliza sus manos por debajo de mi vestido, pero me echo hacia atrás. No quiero que sepa que no llevo bragas, ni que se haga una idea equivocada. Solo quiero demostrarle que lo aprecio con un pequeño beso.

Me quedo mirando su boca, con el dedo índice recorriendo sus labios carnosos que tanto me gustan. Kova me da un ligero beso en la frente y se aparta. Me fijo en su expresión facial. Sus ojos verdes son suaves, y la calidez de su tacto calma el dolor de mis huesos.

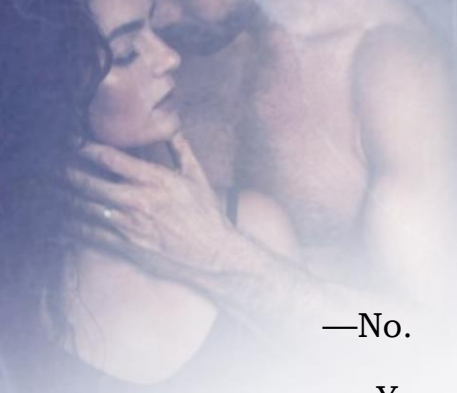
—¿Qué pasa? —pregunto.

Kova desvía la mirada y se pasa una mano por la mandíbula rasposa.

—Nunca nadie me había abrazado así.

Mi frente se arruga. Eso no puede ser. Ha estado con Katja durante mucho tiempo. Estoy segura que lo había hecho.

—¿De verdad? ¿Ni siquiera tu esposa? ¿No te abraza solo por abrazarte?



—No.

—¿Y un beso?

—No es así. Muy raramente, y normalmente soy yo quien tiene que iniciarlo.

Me quedo mirándolo un rato.

—Entonces —dice—: qué tal si cenamos…

Suspiro dramáticamente y pongo los ojos en blanco, con una sonrisa tirando de mis labios.

—No tengo tanta hambre.

—He escuchado el gruñido de tu estómago sin parar desde que subiste a mi auto.

Frunzo el ceño y me froto la barriga. Me he acostumbrado tanto a ignorar el hambre que me corroe que no me he dado cuenta hasta que él dijo algo.

—Bien. Tengo hambre, pero no puedo comer todavía. Tengo el estómago demasiado revuelto. Cuando me siento así después de un duro entrenamiento bebo caldo de huesos.

Su cara se tuerce.

—Caldo de huesos —repite—. Me estás tomando el pelo.

Me rio.

—No. Realmente me ayuda a asentar el estómago, y de hecho es bueno.

Me doy la vuelta, entro en mi cocina y me agacho para abrir uno de los armarios. Tengo doce cartones de caldo de hueso de pollo ecológico. Miro a Kova.

—Algo anda muy mal contigo —dice, pero de una forma que me hace soltar una carcajada.

—Puedo beberme un cartón entero.

La boca de Kova se pierde en algún lugar entre el ceño y el asco, y yo suelto una risita.

—Por favor, dime que al menos lo bebes caliente.

Asiento con la cabeza, aún sonriendo como una tonta por alguna razón.

—Lo caliento en la estufa y luego lo sorbo. —Me agacho y tomo una caja—. ¿Quieres un poco? —No contesta, su cara sigue arrugada—. Dios mío. Eres un hombre de treinta y dos años que actúa como un niño. No te he ofrecido ancas de rana y sopa de tortuga. Pruébalo por mí, por favor. Si te comes lo mío, yo me comeré lo tuyo. Lo que quieras.

—Trato hecho —responde rápidamente.

Oh, Dios mío. Con los ojos muy abiertos, me tapo la boca con una mano, dándome cuenta de lo que he dicho y riendo sorprendida.

—¡No me refería a eso! —grito juguetonamente. Realmente necesito pensar antes de hablar.

Levanta un dedo y sus ojos se llenan de vigor y vida. Me hace sonreír verlo así.

—Ah. Y corrección. Tengo treinta y tres años.

Me retiro.

—Espera. ¿Treinta y tres? ¿Cuándo fue tu cumpleaños?

Duda un momento.

—En realidad es hoy.

—¿Hoy? —respondo, con la voz un poco aguda.

Asiente con la cabeza, con sus ojos recién llenos de energía todavía centrados en mí, mientras se encoge de hombros como si no pudiera importarle que esté cumpliendo otro año más. Debí haberlo sabido, pero lo más importante es que Katja no debería haber estado de vacaciones en el cumpleaños de su esposo.

—No sabía que es tu cumpleaños. Lo siento. Feliz cumpleaños, Kova.

Se despreocupa.

—¿Vas a decirme qué te pasa ahora que sabes que es mi cumpleaños? —vuelve a insistir, con una ceja levantada en lo que yo sé que es esperanza.

Saco una olla de debajo de la encimera y enciendo el fuego.

—Sinceramente, no me pasa nada más que el hecho que estoy tremendamente agotada. Probablemente podría dormir durante los próximos dos días.

Inclina la cabeza hacia un lado, con una mirada burlona y nada maliciosa.

—Mentiras. Siempre sé cuándo mientes.

Lo miro después de vaciar el líquido en la olla, esperando que mi rubor hubiera desaparecido.

—¿Vas a repetir la misma pregunta hasta que consigas lo que quieres?

—Adrianna, siempre consigo lo que quiero.

Una risa nerviosa sale de mis labios. La forma en que pronuncia mi nombre, el movimiento de la *erre, me produce* un escalofrío.

—Hablas como un verdadero niño. Todo lo que necesitas es un pisotón ahora para completarlo.

Ladra una carcajada y me encuentro sonriendo con él. Kova no se ríe muy a menudo, pero cuando lo hace, me encanta el sonido y, cómo me hace revolotear y apretar el estómago.

—Me he salido con la mía. Te lavaste esa mierda de la cara, ¿no?

Miro por encima de mi hombro mientras remuevo la olla.

—No me gusta el maquillaje, para ser honesta. Estoy en el gimnasio todo el día, todos los días sudando. No tiene sentido llevarlo.

—Me alegro. No me gusta, y tú no lo necesitas. Al contrario de lo que crees, Adrianna, no prefiero que las mujeres sean perfectas. Ya tengo una muñeca rusa. No necesito ni quiero otra. Por favor, no lo vuelvas a usar.

Me estremezco al ver el ceño fruncido en su tono. Se me aprieta el estómago. Me está comparando con su mujer.

—Lo siento. No era mi intención sacarla a relucir.

—Estás perdonado. —Sé que no ha querido decir nada con eso.

Dejando la cuchara en la encimera, me doy la vuelta y miro a Kova.

—¿Por qué no está Katja aquí en tu cumpleaños? Debería estar aquí para celebrarlo contigo.

No puedo creer que esté sacando el tema de Katja con despreocupación. Nunca lo hice. Pero estoy agotada y demasiado cansada para luchar, y sinceramente, me siento mal por él.

Kova se encoge de hombros y su sonrisa desaparece.

—Para mí es un día más y no es gran cosa, Adrianna. Una de sus amigas va a abrir una nueva boutique de alta gama, así que voló para estar con ella en la gran inauguración.

—¿Quién dice boutique hoy en día?

—¿No se llaman así?

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí. Es que suena raro viniendo de tus labios rusos.

—¿Quién dice labios rusos? —se apresura a replicar, y le sonrío.

Me gusta esto, ser despreocupada y juguetona con Kova. Antes que las cosas se complicaran y el desamor se interpusiera.

Esta es la razón por la que su comportamiento cambió antes cuando me recogió. Es por lo que estuvo distante, y por lo que está molesto. Todo tiene sentido ahora. No puedo culparlo. He pasado muchos cumpleaños sola y es muy deprimente, por mucho que intentara fingir que no lo es.

—¿No podía haber dicho que no y no ir?

Me molesta que Katja se saltara su cumpleaños.

—Solo déjalo. Realmente no me importa. Es solo un día más.

—No, no puedo. Eres su esposo. Eres más importante que una tonta tienda de ropa. Es una pena que ella no pueda ver eso.

Todo el mundo debería esperar con ilusión su único gran día al año dedicado a uno. Mis padres nunca se habían preocupado mucho por mi cumpleaños y eso siempre me entristecía. Avery me traía un pequeño pastel y nos lo comíamos todo juntas.

El año pasado, lo pasé en mi condominio sola con una magdalena que me había comprado Thomas.

Un cumpleaños a solas es miserable, y no quiero eso para Kova. Puede que sea un imbécil, pero he aprendido que todo es una fachada. Debajo de su dura apariencia, le molesta estar solo, aunque intente actuar con indiferencia. Por eso quería que lo quisiera. Yo sé que es así. Tiene un corazón enorme y tierno que esconde del mundo.

—Sabes, si no tienes nada que hacer, voy a sentarme en mi patio y ver algunos fuegos artificiales. Puedes quedarte a verlos conmigo, si quieres. —sugiero suavemente.



Capítulo 42

—¿Vas a contarme por fin lo que piensas? —pregunta, pasando sus dedos por los míos. Observo cómo se lleva nuestras manos unidas a la boca y presiona sus labios sobre ellas. Trago, con el corazón saltando en mi apretada garganta. Nuestras manos permanecen pegadas a sus labios, como si estuviera respirando y saboreando el momento.

—Como puedes ver, Kova, en realidad me encanta comer. Solo he trabajado hasta los huesos y he pasado hambre la mayor parte del tiempo.

Me mira fijamente.

—Te creo.

—¿Lo haces? —pregunto, y él asiente.

Acabé bebiéndome la mitad del recipiente de caldo de huesos y Kova se tomó la otra mitad mientras admitía que le gustaba. Luego nos pidió una cena en un restaurante mexicano porque dijo que no podíamos sobrevivir con una dieta líquida y que yo me merecía hacer trampa y derrochar después de la semana que tuve. Y lo hice. Comí de todo, sorprendiéndome a mí misma y a Kova. Ni siquiera estoy segura de lo que había comido. Tenía un aspecto muy poco saludable, pero sabía y olía de maravilla. Devoré las tortillas enrolladas pegajosas, llenas de queso y carne, con arroz rojo y frijoles a un lado. Al parecer, la comida mexicana es una de las favoritas de Kova. Nunca lo habría imaginado.

Ahora estamos sentados en el sofá y mi estómago se enrosca con emociones que se desafiaban. Miro por la puerta corrediza de cristal. Hace tiempo que el sol ha caído y puedo oír los fuegos

artificiales que retumban en la distancia. Sé por qué me siento así. Tengo dos preocupaciones problemáticas en las que pienso día tras día.

Una cuestión es que me gusta lo bien que trabajamos juntos, cómo en este momento, ambos nos dejamos llevar por la corriente como si fuera lo más normal del mundo para nosotros. En mi corazón se siente bien, y sé que él siente lo mismo. Me recuerda el día que pasamos en su casa cuando Katja no estaba.

Bajar la guardia y permitir que la confianza se deslice de nuevo es mi otro problema, y lo que más temo. Momentos sencillos como éste hacen que eso sucediera. El tema de la confianza está siempre en el frente y en el centro de mi mente cada maldito día. Si le doy la bienvenida de nuevo después de todo, significará que soy débil de mente. Sin embargo, sostener este muro que he construido me exige mucho más de lo que quiero admitir.

Retiro la mano, me muevo para estar tumbada y pongo los pies en su regazo. Él se inclina hacia atrás y apoya un brazo en el respaldo del sofá, y el otro se agarra a los dedos de mis pies.

—No hay nada en mi mente. Solo estoy agotada.

Kova me mira, con sus ojos verde esmeralda. La intensidad de su mirada me hace sonrojar, pero no aparto la vista. Parece demasiado tranquilo para que yo lo haga y algo en mi pecho me dice que él necesita esto más que yo. Kova es muchas cosas, pero necesitado no es una de ellas. Así que el hecho que pueda sentir su necesidad me dice que debo bajar un poco mi muro y estar ahí para él de la misma manera que él ha estado ahí para mí.

—Te juegas tanto en este verano que quiero asegurarme que he hecho todo lo que está en mi mano para ayudarte a llegar donde tienes que estar.

—Gracias —digo.

Kova empieza a masajearme los pies. Suspiro al sentir sus dedos presionando mis talones doloridos y me hundo más en el sofá.

—Me vas a dormir si sigues así. —Le sonrío perezosamente, con los ojos pesados y el cuerpo cargado de cansancio.

—Así que vete a dormir.

—¿Te vas a quedar? —pregunto, pero no hay manera que me duerma.

—Haré lo que quieras.

Siento el peso de sus palabras y sé que habla en serio.

Cuando sus dedos se dirigen al arco de mi pie, respiro en silencio y espero, rezando a Dios para que no me toque la parte posterior del tobillo... pero lo hace. Siseo, mi espalda se inclina mientras las lágrimas pican mis ojos.

—Oh, Dios —suelto, sin poder contenerme. Veo estrellas.

—Adrianna. —Su voz tiene una nota de preocupación y pánico.

—No pasa nada. No pasa nada. Estoy bien —digo, sentándome y llevándome la mano al pie. El dolor no había sido tan terrible desde que llegué a casa, pero también es la primera vez que me tomaba un descanso para sentarme, lo que significa que he permitido que se tense de nuevo.

—Deja que te traiga hielo —dice Kova, y salta del sofá. En cuestión de segundos esta de vuelta con una toalla y una bolsa de hielo para examinar mi pie—. Lo siento mucho, Adrianna. He visto lo hinchado que estaba, pero no sabía que el dolor fuera tan profundo.

—No pasa nada. No lo sabías, y para ser honesta, me sentía bien y lo olvidé.

—Esto ocurrió en el campamento —declara.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Creo que aterricé mal en un pase de volteretas, pero podría haber sido una combinación de todo. Creo que la

entrenadora Elena se dio cuenta, pero no pude parar a sentarme, ni ponerme hielo, ni siquiera decírselo. Una mirada a sus ojos decía todo lo que necesitaba saber. No podía hacer otra cosa que acatar órdenes, que es lo que hice. Y antes que vayas diciendo que siempre tenemos una opción, tienes que saber que yo no la tuve.

Añado a mi última frase una emoción un poco más dura de lo que pretendía. Los dos hemos utilizado antes esa *patraña que todo el mundo puede elegir*, pero con cada día que pasa queda más claro que no todas las opciones que se presentan en la vida vienen acompañadas de una elección. O lo haces, o no lo haces. Eso es todo.

—Lo entiendo —es todo lo que dice.

—¿Lo haces? ¿De verdad?

Asiente, y eso me alivia mucho.

—Lo hago. Estás demasiado cerca de la línea de meta como para quejarte ahora. Das todo lo que tienes para demostrar que lo quieres, o no das nada porque cualquier cosa menos no vale la pena. A veces eso significa romperse un poco por dentro y aspirar la cordura que te queda y hacerlo con una sonrisa. A veces eso significa cargarse de analgésicos y cinta deportiva o terapia extrema para recuperarse más rápido y estar listo para el día siguiente. ¿Creo que es una buena idea proceder así? No. Pero lo entiendo. Si no hubieras llegado al campamento, y no hubieras mejorado tus habilidades, o te hubieras estancado en tu entrenamiento, estaríamos teniendo una conversación diferente ahora mismo. Pero está demasiado cerca el final y ahora no tienes esa opción. —Hace una pausa, todavía pellizcando mi tobillo—. Pero supe... supe que algo estaba mal cuando bajaste del avión. Podía sentirlo. No querías decírmelo, ¿verdad?

Desvío la mirada, con el corazón golpeando salvajemente contra mis costillas por lo desconocido.

—No, no quería. Me imaginé que me obligarías a tomar un día de descanso. Honestamente, nunca planeé decírtelo.

Me mira, con demasiado conocimiento, y eso me pone paranoica.

—¿Hay algo más que quieras decirme? Ahora es tu oportunidad.

—No. Pediré una cita con el médico. —La oportunidad perfecta para obtener mis resultados también.

—Oh, sin duda vas a ir al médico. Puede que seas un regalo de Dios, pero incluso yo necesito saber con qué estoy trabajando aquí.

Se me escapa una risita. Tomo una almohada decorativa y se la lanzo a Kova. Él sonríe mientras la esquiva. Creí que iba a activar el modo polla y que se iba a poner en contra mía, pero no fue así.

—Probablemente tienes algunos pequeños desgarros ahí, pero no creo que te hayas cortado el Aquiles por completo o no podrías caminar y definitivamente estarías gritando de dolor. No habrías podido terminar el campamento, eso es seguro. —Kova me mira y sus ojos se clavan en los míos—. Tenías miedo de decírmelo.

Asiento, mordiéndome el labio inferior. Desvío la mirada hacia la alfombra.

—Tengo demasiado que perder. No quería arriesgarme.

Kova comienza a vendar mi tobillo con el hielo y la toalla.

—*Ya tak ponimayu, chto chuystyuyu sebya slishkom*[6] —murmura en ruso, en voz baja.

—¿Qué has dicho?

Sacude la cabeza y mira mi pie.

—Entiendo muy bien esa sensación. —Kova desvía la mirada y se inclina hacia atrás, luego se frota la mandíbula cuadrada. Se quita la gorra, la sacude y se la vuelve a poner. Está ansioso. Puedo

[6] Entiendo que estoy demasiado loco

sentirlo en su tacto cuando recoge suavemente mi pie y lo coloca en su regazo.

Repite lo que había dicho en ruso y me mira directamente a los ojos. Mi corazón se agita. Tengo la sensación de saber a dónde va esto.

—Solo que conozco esa sensación de estar asustado y tener mucho que perder. Te entiendo. *Proklyatyy, yesli vy sdelayete, proklyatyy, yesli vy etogo ne sdelayete. Maldito sea si lo haces, maldito sea si no lo haces*. No importa lo que el corazón quiera, al final todo causa dolor. Estás jodida de cualquier manera, Adrianna, así que intenta tomar la mejor decisión que puedas, sabiendo que ninguna de las dos opciones es la que quieres. —Hace una pausa y ladea la cabeza—. ¿Tienes algo de ruso en ti?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—Porque las mujeres rusas van de la mano con el amor y el dolor.

Hay mucho más entre las líneas que mi Aquiles, y lo único que puedo hacer es mirar fijamente a sus ojos pensativos y asentir. Sé que intenta decirme algo más. Todavía no le he dado la oportunidad de explicarse, pero eso es porque siento que había tomado su decisión y eso era todo. Podría haber hablado conmigo antes de hacer nada, pero decidió no hacerlo.

Pero ahora no estoy tan segura de si la elección que había hecho es la que había querido o la que le habían obligado a hacer. Lo mismo siento con la entrenadora Elena. Sé que ya es casi la hora de estar lista para escuchar lo que tiene que decir. Puedo sentir que la puerta se abre, y mi mayor preocupación ahora es haber tomado la decisión equivocada y haberla mantenido cerrada durante tanto tiempo, sentada sola en la oscuridad.

Después de envolver mi tobillo con hielo, nos sentamos tranquilamente en mi sofá durante casi una hora. Kova utiliza una aplicación en su teléfono para ver las noticias rusas, y yo me debato entre llamar a Avery como le había dicho que haría. Sabiendo que voy a necesitar más tiempo, me limito a navegar por varias

aplicaciones de redes sociales y a ponerme al día sobre su vida, junto con la de mi hermano y mi padre.

Si Avery no sonríe en sus fotos, pone su mejor cara de pato de la que siempre me burlaba. Tiene unos ojos azules cristalinos de lo más irresistibles que rebosan energía. En una de las fotos, lleva una coleta alta, perfectamente colocada y súper bonita, unas gafas de sol de aviador que realmente se ajustan a su pequeña cara, unos pantalones cortos de jeans deshilachados que dejan ver unas piernas de supermodelo y una camisa blanca lisa atada a un lado. Está de pie en la playa con dos chicas que sostienen cucuruchos de helado. Es una de esas imágenes en movimiento. Las olas se invierten en el fondo mientras las chicas mueven la cabeza hacia un lado mientras ríen y lamen el helado. Parece feliz, y yo sonrío, echándola de menos, pero mi sonrisa se desvanece y mis cejas se fruncen cuando veo el siguiente par de fotos.

Avery parece tan lejana, con la mirada distante y tan condenadamente triste, que realmente me siento mal por ella. Sus ojos no tienen vida. Sin brillo. Sin alegría. Su personalidad vivaz ha desaparecido y eso me molesta. Ya no hay ni astucia ni vida a su alrededor.

Esa no es Avery. Ella me necesita y la he rechazado. Ahora me arrepiento mucho de mis acciones.

El sonido de los fuegos artificiales en la distancia vuelve a llamar mi atención. Me incorporo y miro a través de la puerta corrediza de cristal.

—Bien. Tengo los dedos de los pies congelados y no siento nada. Vamos a quitarme este hielo de la pierna. He oído fuegos artificiales y quiero salir a ver si los veo —digo, llena de emoción. Kova se rio y se sienta para desenvolver mi pierna. Justo cuando estoy a punto de dejar el teléfono, se publica una nueva foto de Avery. La veo rápidamente y leo el pie de foto:

En caso de duda, añade más chispas.

Sonrío, con el corazón un poco más ligero por ella. Es otra de esas imágenes en movimiento, solo que es una bengala que parpades contra la luz de la luna. Otra mano se desliza desde un



lado sosteniendo una segunda bengala. La mano toca la parte superior de la suya.

Por el tatuaje de la muñeca puedo saber al instante que es la mano de mi hermano.



Capítulo 43

Mirando la palma abierta de Kova, digo:

—Está bien. Lo tengo.

Me ignora y mantiene la mano extendida, agitando los dedos, diciéndome en silencio que le tome la mano.

—Sé que lo haces, pero quiero ayudar.

Estar atrapada en una posición demasiado tiempo ha hecho estragos en mi cuerpo después del entrenamiento que había soportado. No quiero su ayuda, quiero ser lo suficientemente fuerte como para hacerlo por mi cuenta, pero voy a necesitarla para ponerme de pie y, posiblemente, dar uno o dos pasos para soltarme, sobre todo por mi pie.

—A veces puedes ser un caballero —digo, apoyándome en él.

—La caballería aún no ha muerto.

Una carcajada brota de mí.

—Tú dirías eso.

Salimos a mi patio y Kova mira a su alrededor.

—No tenía ni idea de lo grande que es tu terraza.

—Oh, ya conoces a mi padre. No repara en gastos cuando se trata de construir.

Kova sigue sorprendido.

—Podrías vivir aquí afuera. —Sigo su mirada. Hay un salón doble en un lado de la cubierta, y un juego de bar en el otro lado. Y en el extremo más alejado, donde daba la vuelta a mi habitación, hay un sillón giratorio.

Me rio.

—Eso requeriría que estuviera en casa más a menudo.

—¿Dónde quieres sentarte?

Miro a mi alrededor.

—¿Podemos tumbarnos en ese sofá? Estoy un poco cansada y creo que sería divertido ver los fuegos artificiales así. Algo así como bajo las estrellas. Mi padre me envió un mensaje antes y dijo que debería poder ver un buen espectáculo desde aquí. —El sofá tiene el tamaño de una cama completa y tiene mucho espacio para los dos.

—¿Hablaste con tu padre? —pregunta Kova.

Una vez que nos recostamos, cruzo las manos sobre mi estómago y miro hacia el cielo nocturno, escuchando los sonidos de los fuegos artificiales en la distancia.

—Lo hice… más o menos. Me mandó un mensaje para ver cómo estaba antes de subir al avión en Texas y me preguntó si tenía planes esta noche… ¡oh, mira! —Señalo con entusiasmo, cortando mi hilo de pensamiento—. ¡Hay uno! Y otro! —Kova observa conmigo el comienzo del espectáculo—. Le dije que me iba a ir a casa a dormir. Fue entonces cuando me dijo que en el centro de la ciudad se montaba un buen espectáculo y que si quería verlo desde casa debería ser capaz de verlo. No creí que lo viera por estar el puerto deportivo tan cerca, pero creo que me equivoqué. Papá dijo que se conceden permisos para disparar fuegos artificiales desde barcazas en el agua. Suena peligroso, en mi opinión.

Miro a los condominios contiguos y a los balcones llenos de gente que bebe y ríe. Diferentes géneros de música se entrelazan y parece un club nocturno. Pienso en que estoy aquí con Kova y en lo que pensaría mi padre. Tacha eso. Sé lo que pensaría. Mataría a Kova y me inscribiría en un internado católico solo para chicas.

Arrugo la frente y me pierdo en mis pensamientos y, en todas las mentiras que se han dicho a lo largo del año. Joy dijo que sabía lo mío con Kova, pero no tenía pruebas, porque si las tuviera ya se lo habría contado a papá. Tengo la sensación que si le contaba algo a mi padre, él no le creería después de la forma en que me trató en Semana Santa.

Dicho esto, me estremezco ante la idea que la verdad sea revelada a alguien.

—¿Tienes frío? —pregunta Kova.

—No, solo pensaba en lo que pasaría si mi padre se enterara de lo nuestro. Aunque sea legal, no creo que se tome la noticia a la ligera. —Hago una pausa y lo miro—. ¿Alguna vez te sientes culpable? Mi padre es tu amigo. Katja es tu esposa. Estamos hiriendo y mintiendo a ambos.

Kova aparta la mirada y se queda mirando el cielo nocturno, observando los fuegos artificiales. Está molesto, pero creo que por la culpa y las mentiras que había repartido.

—Una cosa que me dijo mi madre antes de dar su último aliento fue que nunca me sintiera culpable por las cosas que me hacen feliz. Me dijo: *Kova, quiero que vivas como si fuera tu último día, porque nunca recuperarás el mañana y el futuro es todo lo que tienes*. La tomaba de la mano cuando dijo eso. Estaba frágil y su piel era gris. El mundo es cruel, la vida es muy corta, y si dos personas de los siete mil millones que hay en el mundo pueden encontrar consuelo, no importa si está bien o mal, entonces no hay razón para sentirse culpable. Mi madre siempre antepuso mi felicidad a la suya. Vivió una vida solitaria para que yo pudiera vivir una vida plena. Nunca se casó, nunca se enamoró, nunca salió con amigas, nunca se fue de vacaciones, y luego enfermó. Ella no quería eso para mí. Le prometí que viviría para los dos, y lo estoy haciendo. —Kova se vuelve hacia mí—. Así que no, Adrianna, no me siento culpable por mis actos, sé lo que hago. Tomé mis decisiones. Aunque no tengan sentido para otras personas, no puedo preocuparme por eso. Nadie es verdaderamente desinteresado, y no puedo ser responsable de la felicidad de todos cuando nadie se preocupa por la mía. Lo he intentado con Katja y mira a dónde me ha llevado. Estoy atrapado en un matrimonio sin amor del que no

puedo luchar para salir. ¿La quiero? Claro, pero no estoy enamorado de ella. La quiero como a una amiga y nunca será más que eso. —Hace una pausa para tomar aire—. ¿Te sientes culpable?

Lo miro fijamente, sin pestañear, tratando de contemplar una respuesta. Me quedo momentáneamente sin palabras. Kova está atrapado en un matrimonio sin amor y, por lo que parece, está muy solo. Estudio su mirada. Sus ojos no se apartan de los míos. No hay ningún destello de emoción oculta, ninguna vacilación. No miente. De hecho, se muestra abierto y expuesto. Puedo saborear la honestidad de sus palabras y ver que me está diciendo la verdad.

Me lamo los labios y su mirada sigue el movimiento.

—Solo me siento culpable porque mi padre es amigo tuyo. Ha depositado su confianza en mí para que sea responsable mientras esté aquí sola, y en ti para que me cuides y protejas. No puedo imaginar que se entere que su amigo estaba teniendo sexo con su hija a sus espaldas y sea visto como algo más que un engaño. —Dudo y luego digo—: Sería muy malo que se enterara. La idea me aterra. En cuanto a Katja, sinceramente no siento nada. Toda persona, independientemente de si está casada o no, es un juego limpio. Una relación no puede ser amenazada si no hay un vínculo que romper. Es así de sencillo. La conexión tiene que ser lo suficientemente fuerte como para que nada pueda romperla. ¿Odiaría estar en el lugar de Katja? Sí, pero nunca permitiré que yo o mi relación estén en peligro, porque me aseguraría que mi pareja supiera que mis zapatos son únicos y nadie podría compararlos. —Mi voz baja—. Debería sentirme mal, pero la verdad es que no lo hago. ¿Me convierte eso en una mala persona? —Seguro que piensa que sí.

Un lado de la boca de Kova se aparta.

—Creo que le estás haciendo esa pregunta a la persona equivocada.

Nos reímos y apoyo la cabeza hacia atrás, pensando en lo mucho que había cambiado en el transcurso de un año.

—Ojalá fueras siempre así.

—¿Cómo qué? —pregunta.

—Sin tapujos y completamente tú mismo.

—Créeme, Adrianna, lo intento. —Está pensativo y creo que no miente.

—Si hoy es tu cumpleaños, y el año pasado organizaste una barbacoa el mismo día, ¿por qué no tuviste una tarta? ¿Por qué Katja no te hizo una? Podríamos haberte cantado todos.

—¿La verdad? Se olvidó que era mi cumpleaños.

Mi corazón se desploma como una piedra. Me estaba machacando y empezaba a no gustarme de verdad.

—¿Por eso peleaban en la cocina? —Kova se vuelve hacia mí con confusión en los ojos. Lleva un brazo para doblarlo detrás de la cabeza, con el bíceps flexionado a la luz de la luna. Se queda mirando al frente como si estuviera pensando en el año pasado—. Recuerdo que susurraban en ruso, parecía que estaban discutiendo, y que tiraste algo al fregadero.

—No recuerdo de qué se trató exactamente la discusión, pero no habría sido sobre mi cumpleaños. Eso te lo puedo asegurar. Para empezar, nunca fui muy dado a celebrarlo. No me gusta hacer nada extravagante.

—Cantar el "Cumpleaños Feliz" no es extravagante. No puedo creer que se olvidara el año pasado y ahora, este año no está aquí. Uno pensaría que se quedaría en la ciudad por eso. Lo siento mucho.

—No es gran cosa.

Él se desentiende, pero yo sigo sintiéndome mal. Mi mente revisa lo que hay en mis armarios y si tengo algo que pudiera darle. Nunca guardo galletas o dulces en mi casa por razones obvias, pero entonces recuerdo que había comprado un paquete de cuatro brownies orgánicos grandes de doble chocolate y los había metido en el fondo de mi congelador para un día lluvioso. Todavía no había comido ninguno.

Tengo una idea. Sentada, digo:

—Ahora vuelvo. —Y luego entro cojeando en mi apartamento y voy directamente a la cocina. Saco uno de los brownies congelados, lo pongo en un plato y lo meto en el microondas. Mientras se calienta, tomo una vela de té, ya que no tengo velas de cumpleaños de verdad, y cojeo para coger el mechero del baño. El microondas emite un pitido justo cuando vuelvo. Con cuidado, introduzco la vela de té en el centro del brownie y la enciendo. Con la mano alrededor de la llama, camino lentamente hacia el patio para que la llama no se apague.

La cabeza de Kova se gira al oír el sonido de la puerta corrediza de cristal. Su mirada se dirige a mis manos y toda su cara se ilumina como si fuera la mañana de Navidad. Todo lo que tengo que ofrecer es un brownie y eso es suficiente para él, y eso me encanta. Me acerco y me siento con cuidado a su lado, asegurándome de no empujar mi tobillo. Una ráfaga de aire salado fluye a nuestro alrededor, y algunos mechones de mi pelo castaño se agitan suavemente alrededor de mi cara. Kova me roza el pelo suelto detrás de la oreja y le doy las gracias.

—Ahora, no voy a cantarte el "Cumpleaños Feliz" porque te haré sangrar los oídos, pero… Feliz Cumpleaños, Kova —digo en voz baja, mientras otro destello de fuegos artificiales se ilumina sobre el océano. Le entrego el plato y Kova se queda mirando el brownie—. Es la única vela que encontré que funcionara. —Como no responde y sus cejas se juntaron más, digo—: Pide un deseo y que sea bueno. —Kova se inclina. Justo cuando va apagar la vela, me mira.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Sacude la cabeza. La tristeza de sus ojos me provoca un dolor en el pecho.

—Nada —dice en voz baja—. Gracias, Adrianna, por esto. —Espera un poco más y luego, con sus ojos aún pegados a los míos, se inclina y apaga la vela.

—¿Quieres saber lo que he deseado? —pregunta, sin dejar de mirarme.

Me rio, con una amplia sonrisa en la cara. Tomando el plato, digo:

—No, Kova. No puedes decírmelo. Entonces no se hará realidad. —Recojo la vela con cuidado para no derramar la cera y la coloco en la mesita que tenemos al lado. Le devuelvo el plato y la sonrisa que me dedica me llega hasta los huesos.

—¿Crees en eso? ¿Que si compartes tu deseo no se hará realidad?

Me encojo de hombros y el fino tirante del vestido se me cae del hombro. La piel de gallina me recorre los brazos.

—Todos necesitamos algo en lo que creer. Sé que suena un poco ingenuo, pero ¿qué sentido tiene pedir un deseo de esperanza en tu cumpleaños? Un deseo es un secreto, un sueño, una meta. Es algo que deseamos desesperadamente que ocurra más que nada en el mundo, pero no podemos decírselo nunca a nadie porque si no se hace realidad nos quedamos llenos de desesperación. Es como cuando tiras una moneda a una fuente. Se supone que nunca debes decírselo a nadie.

—Pero esas monedas se recogen cada día, así que ¿a dónde va a parar tu deseo entonces?

Lo miro fijamente y su sonrisa se hace más grande. No puedo evitar sonreír a su vez.

—Deja de arruinarlo y dale un mordisco a tu brownie.

Kova suelta una carcajada mientras toma el brownie. Antes de dar un mordisco, me lo ofrece.

—De ninguna manera —digo, apartándome—. Si no consigues el primer trozo y el primer bocado, tu deseo definitivamente no se hará realidad.

—Ah, me haces sentir tan joven. —Suelta una carcajada y luego da un mordisco—. ¿Eres una persona supersticiosa? —Las esquinas de sus ojos se arrugan con alegría.

—Solo en los cumpleaños.

Kova da otro bocado y yo observo cómo se mueve su boca. No porque yo quisiera un trozo, sino porque hay algo en el aire que hace que todo lo relacionado con esta noche pareciera que va a estar bien. Como si no estuviera cargado de preocupaciones y ansiedad. Sonrío, un poco triste, deseando que siempre sea así entre nosotros.

Me acerco a Kova hasta que nuestros brazos se tocan, apoyo la cabeza en su hombro y miro al frente, observando los fuegos artificiales. Me doy cuenta que la gente los está encendiendo y que el espectáculo aún no había empezado. Hay demasiadas pausas entre medio, y eso me alegra. Además, no son tan extravagantes y llamativos. Para rematar la noche, el espectáculo real y el final podrían ser como una celebración privada de cumpleaños solo para Kova.

Kova me pone el brownie a medio comer bajo la nariz. Sacudo la cabeza y lo miro.

—Cómetelo tú. Es tu cumpleaños.

—Quiero que tú también tengas un poco.

—No quiero.

—Quiero compartirlo contigo. Por favor, ¿por mí? —El labio inferior de Kova se tuerce y sus ojos se vuelven exageradamente tristes.

Riendo, digo:

—Oh, ¿va a ser así? ¿Vas a ponerme una cara de cachorro que no puedo rechazar?

—Si eso es lo que se necesita.

Si es que era posible, pone su cara aún más triste y pongo los ojos en blanco.

—Pareces un cachorro perdido bajo la lluvia tratando de encontrar el camino a casa. Bien. Lo probaré. —Intento coger el brownie, pero Kova me lo tiende. Me inclino, le doy un mordisco y casi gimo. Hacía tiempo que no comía nada dulce—. ¡Oh, Dios mío! Es increíble.

Me mira, con la confusión escrita en su rostro.

—¿Aún no has probado uno?

—No. Compré un paquete de ellos y lo metí en mi congelador. Nunca los probé.

Me ofrece el plato.

—Toma. Come el resto.

Trago saliva.

—No, no puedo.

—Adrianna —dice mi nombre.

—Voy a engordar, Kova.

—No es posible.

—Actualmente tengo un rollo de grasa en mi estómago que no puedes ver ahora. —Me mira como si no me creyera. Sonrío—. ¡Yo sí!

—Eso es lo más ridículo que has dicho nunca. —Empuja el brownie hacia mí y levanta una ceja—. Termina esto conmigo. No te va a romper. Toma dos bocados más y yo tomaré dos más, entonces habremos terminado. No puedo comerlo todo, y sé que lo quieres. Es mi cumpleaños. ¿No quieres que sea el mejor de mis treinta años?

Lo miro, sonriendo, pero me pregunto si lo que ha dicho es cierto. Si es el mejor cumpleaños que ha tenido en mucho tiempo, no puedo dejar de pensar en cuántos ha pasado solo.



Capítulo 44

Le quito el plato de la mano, pensando en comer el resto del brownie.

—La presión del grupo, hombre. Me haces hacer cosas malas.

Sus ojos brillan con humor negro.

—Y lo amas todo.

—Tal vez.

Intento disimular la sonrisa que se dibuja en mis labios con un encogimiento de hombros que no es ni de aquí ni de allá, y luego le doy un gran mordisco. Luego otro bocado, y otro, hasta que se acaba. Le entrego el plato vacío y nuestras sonrisas coinciden.

Lamiéndome los labios, bromeo:

—Ya has superado la colina. No puedes permitirte el lujo de darte un capricho así.

Una risa enérgica brota del pecho de Kova.

—Treinta y tres no es más que una colina.

—Eres prácticamente un anciano. —Choco a propósito con su hombro. Kova vuelve a reírse—. Voy a tener que cambiarte por alguien que pueda seguir mi ritmo y todas las cosas malas que aparentemente me encanta hacer.

Volviéndome hacia él, le toco el brazo, la cintura, la pierna, el estómago. Él se estremece cada vez, luego me agarra la muñeca para detenerme y sacudo la cabeza como si fuera inaceptable.

—Mírate. Ya te estás convirtiendo en papilla. Eso es todo. Definitivamente te voy a cambiar por otra persona. ¿Cómo vas a tomar el control de mí cuando has perdido el control de ti mismo? Probablemente no puedas ni sostenerte a ti mismo ahora.

En un abrir y cerrar de ojos, Kova nos hace girar hasta que mi espalda queda apoyada en el sofá y él se tumba encima de mí. Suelto una risita y lo pincho con la mano libre. Ver a Kova reírse me hace gracia, y quiero ver qué más puedo hacer para hacerlo reír de nuevo. Me agarra de las muñecas y me las pone a los lados de la cabeza.

Nuestras miradas se encuentran y un soplo de sumisión sale suavemente de mis labios. Kova lo nota inmediatamente. Mi corazón golpea contra mi pecho en anticipación y puedo ver su pulso golpeando en su cuello. Las risas se apagan y las burlas desaparecen. Sus ojos recorren mi rostro y me inspiran una historia diferente. Me doy cuenta que echaba de menos su peso sobre mí y me muevo para que se vea obligado a darme más. Kova introduce una rodilla entre mis muslos hasta que estamos casi conectados, con mi otra pierna encima de la suya. Respiro entrecortadamente y lo acerco. Sus labios están a un suspiro y su cuerpo es tan cálido sobre el mío.

Me mira, su nuez de Adán sube y baja, y los fuegos artificiales bailan a nuestro alrededor.

—Adrianna —dice en voz baja, íntimamente—. Ojalá pudiera hacerte entender cuánto te echo de menos. Echo de menos estar cerca de ti, estar contigo, estar *dentro* de ti, —susurra con una voz sexy y áspera, acercando su boca a mi oído—. Echo de menos tu olor, tu sabor. Echo de menos cada cosa de ti. Intento no hacerlo, y lucho mucho contra ello, pero siempre estás en mi mente, y no veo que eso vaya a cambiar nunca.

Kova está curando mi corazón y rompiéndolo a la vez. Estos pequeños momentos son los que me unen a él, porque son reales, y son los que importan. También fueron estos pequeños momentos los que me hicieron cuestionar tanto, porque saber que él fue quien tiró por la borda lo que teníamos fue más devastador que nada. No tiene sentido que alguien pudiera hacer eso.

—¿Cómo puedes decirme esas cosas? —pregunto en voz baja—. Fuiste tú quien nos lo quitó con dos palabritas, Kova.

Sí acepto.

—Lo sé —dice, con una voz llena de remordimientos. La intensidad de su mirada me conmueve profundamente—. ¿Crees que alguna vez lo recuperaremos?

Respondo con la verdad:

—Sinceramente, no lo sé. No veo cómo es posible volver a *eso*.

—Pero ahora estás conmigo —dice.

Se me cae la cara.

—No es lo mismo. Estás casado, Kova. Fuiste a mis espaldas y te casaste. Es difícil olvidar eso.

Kova está de acuerdo.

—A veces temo que te echaré de menos el resto de mi vida, hasta el punto que sufro de náuseas solo de pensarlo.

—Como si yo fuera esa persona de la que no puedes alejarte, aunque sabes que al final llegarás a eso. —Asiente sutilmente con la cabeza—. Yo siento lo mismo.

«Nunca me di cuenta de lo profundamente vinculado que estaba a ti... de cómo lo sigo estando.

Cambiando mis manos, enhebro mis dedos entre los suyos. Quiero decirle que yo también lo echo de menos, que nos echo de menos y que siento exactamente lo mismo. Mi corazón está acelerado, gritando con sentimientos a los que creí haber cerrado la puerta. Nuestra conexión es demasiado fuerte y demasiado rara como para negarla. Ambos lo sabemos. Somos un mar de abandono temerario con infinitas posibilidades. Mi atracción por él no ha disminuido, y estar a solas con él mientras su esposa esta fuera es una invitación en sí misma que expone todo lo que nunca deberíamos estar tentados a hacer.

Levanto la vista hacia él y me quedo mirando sus ojos apenados. Aunque no quiero volver a ser susceptible, Kova está haciendo imposible que me mantenga firme.

—¿Por qué me dices esto? —pregunto en voz baja, mi corazón va a explotar por sus crudas emociones—. ¿Por qué ahora?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Tengo una sensación indescriptible, y una vez que la siento, la persigo. Lo anhelo —dice Kova, moviendo los ojos de un lado a otro—. Y nunca se acaba contigo. Es como un subidón todo el tiempo. No sé cómo llamarlo ni cómo darle sentido. Entonces, esta noche, hiciste lo que pudiste para desearme un feliz cumpleaños. Eres la única que me ha felicitado hoy. Fue tan sencillo y, sin embargo, me hizo más feliz de lo que había sido en mucho tiempo. —Kova hace una pausa, tragando lentamente. Sus cejas se fruncen como si estuviera perdido en una batalla interna y necesitara ayuda para salir de ella.

Frunzo el ceño.

—¿Katja ni siquiera te llamó? ¿Te envió un mensaje de texto?

Kova rueda hacia un lado, llevándome con él.

—No. Han pasado cinco días desde que se fue. No ha llamado ni una sola vez, y la única vez que he hablado con ella fue a través de un texto, que le envié ayer para saber cómo estaba. Eso fue todo.

Después de días de silencio por parte de su esposa, seguía comprobando cómo estaba. Se me aprieta el pecho. Ni siquiera lo ha considerado. Hablando de romper mi corazón. Me duele Kova y lo que me está contando. No puedo creer que nadie le deseara un feliz cumpleaños, ni siquiera su esposa, que ahora es una completa y absoluta zorra a mis ojos.

Esta es la verdadera razón por la que está aquí, por la que se había metido dentro y había insistido en ayudar. No hay ninguna duda en mi mente. Sé que Kova se preocupa por mí a su manera y que quería asegurarse de que me recuperara rápidamente y de forma saludable, pero la soledad es una mierda y la peor sensación del mundo. Es cuando las paredes se cierran y el silencio se vuelve

ensordecedor, y los largos momentos te permiten enfurruñarte dentro de tu mente, donde tus pensamientos se desbocan hasta hacerte caer en una depresión tan profunda que es difícil salir de ella.

No es la primera vez que empuja. Tengo que preguntarme cuánto tiempo ha estado atrapado en la oscuridad.

—Dime cómo se conocieron —le pregunto. Tengo que averiguar por qué esta mujer es tan fría con él. Yo soy la única chica con la que la ha engañado, y por lo que ha dicho Kova, ella había sido así con él incluso antes de eso. A pesar de ese aspecto bonito, dulce y recatado que tiene, Katja es una víbora y se lanza tranquilamente a la yugular cuando menos lo esperas.

Ahora más que nunca, no puedo comprender por qué se casó con alguien que lo trata tan mal. Tal vez lo chantajeó. No. Rápidamente borro ese pensamiento de mi cabeza. No veo a Kova como el tipo de persona que se acobarda en un rincón. Es un luchador, y alguien que no tiene problemas con la confrontación.

Kova se aclara la garganta y acerca sus piernas a las mías para que queden entrelazadas.

—Katja y yo tenemos una larga historia. Nos conocemos de toda la vida. Nuestras madres eran muy amigas. Mi madre y yo vivimos con la suya durante un tiempo después que yo naciera. —Duda un momento—. La madre de Kat es la que le consiguió a mi madre un trabajo en el club de caballeros. Lo arreglaron para que ella me cuidara los días que mi madre tenía que trabajar, y cuando Kat llegó un año después, mi madre le devolvió el favor. Siempre estábamos en casa del otro, prácticamente nos criamos juntos. Nos convertimos en hermanos.

No puedo concebir que se forjara una amistad entre dos mujeres que se prostituían y tenían hijos de la misma edad. Ambas estaban cargadas de equipaje y atrapadas en un agujero oscuro sin nadie que las ayudara a salir de él, excepto la otra.

Curiosa, le pregunto:

—¿Cómo habían pasado de una relación tipo hermano a ahora?.

—Nuestros papeles cambiaron a lo largo de los años. Mi madre hizo las paces con lo que hacía para ganarse la vida. Pudo proporcionarnos un hogar algo bueno, mantener la comida en la mesa, llevarme a la gimnasia y no perder nunca una competición. No había ningún otro trabajo en el que pudiera haber trabajado que le permitiera eso. —Toma aire—. La madre de Kat, sin embargo, llegó a estar descontenta con la profesión. —Sus ojos están distantes, una tristeza los llena—. Empezó a consumir drogas para adormecerse y finalmente se hizo adicta a la heroína, todavía lo es. Cuando estábamos en la escuela secundaria, un día fui a casa de Katja y encontré a su madre desmayada en el sofá. Oí un alboroto en la habitación de Kat… —Se detiene durante un largo latido. Levanto la vista y encuentro a Kova con los ojos cerrados.

Pongo mi mano en su pecho. En voz baja, digo:

—No tienes que hablar de ello si es demasiado.

Kova sacude la cabeza con vehemencia.

—Corrí a su habitación y encontré a una escoria enferma inclinada sobre ella con los pantalones bajados a medio muslo. Su camisón estaba rasgado y por sus mejillas corrían vetas negras y acuosas. En cuestión de segundos, se lo quité de encima y lo dejé en el suelo. Me subí encima de él. —Con los ojos muy abiertos, como si estuviera recordando cada detalle vívido, Kova continúa—: Lo golpeé hasta que me sangraron los nudillos, hasta que le arranqué trozos de piel de la cara. No paré hasta que Katja me apartó.

Parpadeo rápidamente, sorprendida por esta revelación.

—¿Qué has hecho? —mi pregunta sale ronca.

Kova niega con la cabeza, con el dolor en los ojos.

—Arrastré su cuerpo ensangrentado y golpeado hasta el pasillo y lo dejé allí. Después, me la llevé a casa conmigo. Pasé de ser su hermano a su protector. Donde yo iba, iba ella. Incluso cuando tenía entrenamiento, se sentaba en la sala de espera y me

esperaba. Mi madre le rogó que dejara de consumir, pero no lo hizo. Estaba demasiado ida y eso me dejó sin opción.

Las lágrimas me queman los ojos, los fuegos artificiales ya se han olvidado. Estoy acurrucada junto a Kova, pendiente de cada una de sus palabras, demasiado metida en la fascinante conversación sobre su pasado como para detenerme ahora. Quiero saber más. Quiero saberlo todo.

Bostezo, el cansancio me invade de repente. Llevo dieciocho horas sin dormir y por fin me está pasando factura.

—¿Te aburre mi historia? —Se rio ligeramente, las sombras se desvanecen de sus ojos.

—No. En realidad es todo lo contrario. Sigue adelante.

Vuelve a reírse.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Podemos terminar esta conversación otra noche si estás cansada.

—Soy feliz donde estoy.

Al retirarse, Kova se inclina para besar mi frente y me rodea con sus brazos. Soy una masoquista y quiero conocer los detalles de su vida con Katja.

—Katja estuvo con nosotros de forma intermitente durante toda la secundaria y el bachillerato. En el instituto nuestros papeles volvieron a cambiar…

Como no continua, levanto la vista hacia él y me encuentro con su mirada. Inclina la cabeza hacia un lado y me estudia. Fuera lo que fuera lo que siguiera en su historia, sabe que no quiero oírlo, pero necesito saberlo. Necesito entender su relación con Katja.

Vuelvo apoyar la cabeza en su pecho, deseando que continúe.

Finalmente, habla:



—Katja siempre había sido una belleza, pero cuando llegó a los dieciséis años se convirtió en algo totalmente distinto. Los hombres y las mujeres la miraban por todas partes. Llamaba la atención, y todavía lo hace. Los dos éramos adolescentes con hormonas. La atrapaba mirando, observándome, igual que yo a ella. No es que quiera entrar en detalles, y estoy seguro que no quieres oírlos, pero experimentamos mucho… hasta que un día perdimos la virginidad el uno con el otro.

Un ardor abrumador de amargura burbujea en mi pecho. Nunca pensé mucho en la primera vez de Kova, pero si tuviera que adivinar, habría pensado que fue con algún ligue al azar en una fiesta. Una suposición totalmente tópica, pero debería haberlo sabido. Nada en la vida de Kova ha sido un cliché.

Debería haberme preparado, pero no lo hice.



Capítulo 45

—Te quedaste quieta sobre mí —dice Kova. Se aparta y me mira, pero no quiero encontrar su mirada. Dios, ¿por qué tenía que ser tan irracional? Veo que sus labios se curvan con el rabillo del ojo, pero no puedo mirar—. Estás enojada, —afirma, con diversión en su voz.

—No lo estoy. Estoy bien.

—Lo estás. —Su voz se eleva, complacido por mi enfado.

—No lo estoy —mascullo, provocando la risa de Kova. Me inmoviliza, con sus brazos sobre los míos, el peso de su cuerpo entre mis piernas abiertas sujetándome. Lo miro fijamente y lo único que puede hacer es sonreír como si le hubiera tocado la maldita lotería—. Suéltame, Kova, —digo, y utilizo mis caderas para empujarlo, lo que solo sirve para empujarlo más cerca de mí.

—Estás celosa. Admítelo. —Se rio, y quiero darle un puñetazo en la garganta.

—No lo estoy. No me pongo celosa.

Una mentira obvia.

Kova sonríe aún más.

—Entonces, ¿por qué parece que estás dispuesta a castrarme?

Mis labios se aplastan, permaneciendo en silencio. Kova se inclina con una sonrisa en la cara, su felicidad me golpea con fuerza. Es totalmente irracional por mi parte comportarme así y, sin

embargo, no puedo evitarlo. Su boca se inclina hacia la mía. Justo cuando está a punto de acortar la distancia, giro la cabeza hacia un lado. La punta de su nariz roza mi mejilla, el calor de su risa me hace cosquillas en la piel. Deslizando sus manos, vuelve a entrelazar sus dedos con los míos mientras me da besos a lo largo de la mandíbula y del cuello. El pecho me arde y el corazón me late con fuerza. Que él y Katja tengan una historia profunda no significa que tuviera que gustarme.

—Creo que mi *Ria* está celosa —dice Kova, con una voz casi cantarina y orgullosa—. Me gusta este aspecto en ti. Admite que lo estás y me bajaré —dice, pellizcando mi clavícula. Mi espalda se arquea, empujando mis estúpidos pezones endurecidos contra su pecho.

—No hay nada que admitir.

Kova se retira y me mira, apretando sus manos en las mías.

—Entonces bésame. Demuéstrame que no estás celosa.

—¿Qué? No.

—¿Por qué no? Antes me diste un beso de cumpleaños. Este puede ser mi beso de buena suerte.

—Tú no crees en esa mierda.

—He cambiado de opinión.

Se me escapa una carcajada.

—¡Sí, claro! —digo, y Kova sonríe. Se acurruca más. Nos miramos fijamente; el calor de nuestros cuerpos apretados tan cerca hace difícil no pensar en lo perfectamente que nuestros cuerpos se alinean en todos los lugares adecuados.

Es demasiado cómodo. Demasiado natural. Demasiado correcto.

Inclinándose, los labios de Kova se acercan suavemente a la comisura de mi boca. Lentamente, se toma su tiempo, besando todo

el borde de mis labios con la misma ternura, hasta que se cierne sobre mí. Miro su boca mientras esperaba.

—Quizá esté un poco celosa —admito en un susurro.

Los ojos de Kova se ablandan. Inclinando mi barbilla hacia arriba, le doy el consentimiento que busca para cerrar la distancia entre nosotros. Justo antes que me bese, le digo:

—De acuerdo. Estoy muy celosa y no me gusta esta sensación dentro de mí.

Sonríe y eso me electriza la sangre. Los besos de Kova no se parecen a ninguno de los que he recibido, son eróticos y tan seductores como el encaje negro.

—Me sentiría igual que tú si los papeles se invirtieran —dice—. La idea que otro hombre esté contigo me produce más que celos, Adrianna. Me vuelve francamente asesino, y me aterra. Eres mía, y solo mía.

Se me hace un nudo en la garganta al recordar las veces que me he acostado con Hayden. Rezo a todos los dioses que se me ocurren para que Kova nunca se entere.

—No soy tuya, Kova. Katja es tuya.

—Ella nunca fue mía —responde inmediatamente, y sus palabras se hunden en mis huesos—. No es como tú. Es… diferente.

—Sin embargo, ella es la que tiene tu apellido.

Kova lame un rastro húmedo por la columna de mi cuello y un suspiro sale de mis labios. Me suelta una mano y me sujeta las caderas mientras se abalanza sobre mí en un movimiento dolorosamente lento. Gimo por el roce con mi húmedo coño, y siento un fuerte deseo de arrancarle la ropa.

—Por ahora.

Un suave aliento rueda por mis labios. Arqueo el cuello y atraigo su labio inferior hacia mi boca con mis dientes, y lo beso.

Soy una adicta a este hombre, y a pesar de todo el dolor y el sufrimiento que me ha causado, seguía viniendo por más.

Nuestra pasión no tarda en apoderarse de nosotros. Kova se aprieta contra mí. Sus labios se mueven, lentos y firmes, como si estuvieran tristes y enamorados a la vez, recordándome la noche que repitió *prosti* una y otra vez.

Cierro la puerta de golpe y la bloqueo. No puedo volver a esa noche, así que le devuelvo el beso de la forma en que creo que me está besando: total, completa y lamentablemente enamorada.

Me agarra con fuerza y gime en mi boca, un sonido entre el placer y la necesidad. Sus dedos tiemblan contra mi piel cuando lleva su mano a la parte exterior de mi muslo.

Kova empuja contra mí lentamente, y yo me retuerzo cuando su polla llega al punto justo. Con la mano que tengo libre, la introduzco bajo sus pantalones y le agarro el culo, atrayéndolo hacia mí. Jadeo dentro de su boca cuando vuelve a empujar contra mí, con la cabeza de su polla presionando contra mi abertura. Todo lo que tengo que hacer es bajar el elástico de sus bóxer y él podría deslizarse hacia dentro…

—Kova… —Me lamo los labios—. Te deseo.

Un gruñido profundo suena en el fondo de su garganta.

—Todavía no.

Unas pequeñas llamas lamen mi piel mientras su mano acaricia mi muslo. Su tacto, como su beso, siempre me droga y me hace desear más. Sus dedos se clavan en mí y yo giro mis caderas contra su longitud, queriendo más, poniéndome secretamente más caliente al saber que estamos fuera, donde la gente puede vernos. Es tan atrevido y me encanta. Quiero que todos vean que está conmigo y no con *ella*. Me da una sensación de poder.

—La idea que me hables de tu esposa, mientras estás aquí conmigo, mientras tu polla empuja mi coño, es embriagadora. —Las palabras salen de mis labios como un veneno. Los ojos de Kova se encienden y deja escapar un gruñido—. Es emocionante, erróneo y, sinceramente, me encanta la sensación que me produce —

continuó—. Como si estuviera drogada o algo así. Me complace saber que estás aquí conmigo y no con ella. De alguna manera, tengo la sensación que aunque ella estuviera en la ciudad, tú seguirías estando entre mis piernas.

—¿Por qué tienes que hablar así?

—Porque sé que te encanta, y es la pura verdad. —Sonrío.

—Tienes una mente corrupta y tortuosa —dice—. Y me encanta que la tengas. Es una de las cosas que me gustan de ti. Alimentamos los antojos del otro sin culpa.

Su mano sube por mi muslo y llega al pliegue de mi cadera. Su pulgar acaricia suavemente mi carne desnuda y luego baja hasta la línea del bikini, donde gime al contacto, al darse cuenta que no llevo bragas.

—Estaría contigo todo el tiempo si pudiera, y estaría en este apretado coñito todo el día.

Deslizando mi otra mano de la suya, la coloco en sus bóxer y froto en círculos su culo perfectamente redondo. Con atrevimiento pero con curiosidad, mis palmas se deslizan por la costura de sus mejillas, mis dedos empujan lo suficiente para separarlo. Kova se tensa y luego gruñe mientras devora mi boca. Vuelvo hacerlo hasta que las puntas de mis dedos tocan su saco. Nos volvemos fervientes y apasionados, respirando con dificultad, nuestros pechos empujándose el uno al otro mientras los fuegos artificiales siguen explotando a nuestro alrededor.

Alcanzo su muñeca y coloco su mano entre mis muslos, y me desnudo, rechinando sobre su palma, guiándolo para que me frote como a mí me gusta.

—Por favor —ruego, forzando su mano callosa sobre mi clítoris. Suspiro de placer, el comienzo de un orgasmo subiendo.

—Adrianna... —gime, mirando por encima del hombro hacia el siguiente condominio. Vuelve a mirar hacia mí—. La gente puede vernos.

—Y qué. —Mis caderas se mueven por sí solas. La idea que me vean me entusiasma y me excita aún más.

—Dios. Te gusta —afirma, con las pupilas dilatadas—. Te gusta saber que la gente puede vernos. —Hablando en ruso, Kova vuelve a mirar por encima de su hombro y luego hacia abajo, hacia mí—. Si hago esto por ti, lo haces como yo quiero.

Hago rodar el labio inferior entre los dientes y asiento con la cabeza.

Kova se inclina y dice:

—No me toques y no muevas las manos. —Acepto. Entonces me sube la parte delantera del vestido hasta el estómago. Agarrando mi pierna, la levanta para que quede sobre su cadera—. Dobla la otra rodilla y abre bien las piernas.

Echo una mirada nerviosa a los apartamentos cercanos. Estoy mucho más expuesta que hace un minuto. Mis piernas están abiertas como una mariposa.

—Adrianna —advierte—. Esto es lo que pediste y ahora te lo estoy dando. Haz lo que te digo.

—De acuerdo.

—Ahora bésame, y no pares hasta que te corras. ¿Me oyes, *Malysh*?

Asiento con la cabeza, respirando con dificultad, preparada para correrme en cualquier momento. Cogiendo dos de sus dedos, se los mete en la boca para recubrirlos, y luego se inclina para besarme al mismo tiempo que me penetra el coño. Jadeo cuando sus dedos penetran en mi entrada y su pulgar rodea mi clítoris. Mis caderas se elevan, bombeando sobre sus dedos con descaro. Lo beso profundamente, con hambre, y mis piernas se ensanchan cuando ese placer familiar y dichoso fluye a través de mí. Justo cuando el deseo alcanza su punto máximo, Kova aparta los dedos y me da una fuerte bofetada en el coño.

Grito contra su boca ante la conmoción que me produce. Mis manos aprietan el vestido, las sensaciones que me asaltan me

confunden porque, aunque me encanta, me preocupa que alguien lo oyera.

—No dejes de besarme, Adrianna —gruñe. Lo beso de nuevo y sus dedos vuelven a trabajar, empujando profundamente dentro de mí y enroscándose hacia arriba. Su pulgar tortura mi clítoris y yo jadeo en su boca entre besos.

Se aparta y me vuelve a dar una palmada en el coño, lo suficientemente fuerte como para causar revuelo. Un grupo de chicos alborotados junto a nosotros empieza a rugir y a silbar algo, pero la voz de Kova me devuelve a él. Agarrando mi muñeca, Kova pone mi mano sobre su polla dura y me muestra cómo acariciarla.

—No pueden ver nuestras caras. Deja que miren. Que deseen ser ellos los que toquen tu inocente coñito. Concéntrate en el placer y en lo que te estoy haciendo. Confía en mí. Valdrá la pena. ¿Y Adrianna?

—¿Sí?

—Acaríciame fuerte y bésame, joder.

Asiento apresuradamente y lo hago, besándolo mientras me retuerzo la muñeca. El sonido de la multitud y el tacto de sus dedos provocan en mí un frenesí sin igual. Mis besos se vuelven codiciosos, hasta que me apoyo en los codos hambrienta de más. Las caderas ondulan por sí solas, no puedo aguantar más. Otra palmada en mi clítoris y gimo con fuerza, agarrando su eje hasta el punto de saber que probablemente le duele. La oleada de éxtasis me golpea con fuerza. Kova introduce sus dedos y mi coño se aprieta en torno a ellos mientras me corro sobre su mano, sin que su pulgar abandone mi clítoris. El orgasmo se apodera de mi cuerpo, mis muslos se estremecen mientras experimento otra increíble liberación que solo Kova es capaz de darme.

Al romper el beso, Kova apoya su frente contra la mía y cierro los ojos. Sigo acariciándolo pero él frena mi mano.

—No te has corrido.

—Está bien. Esto no era para mí.



Rueda sobre su espalda, llevándome con él. Mi cabeza se apoya en su pecho mientras sus dedos suben y bajan perezosamente por mi muslo, desde la rodilla hasta la cadera, y mi vestido se desliza cada vez más alto, hasta que parte de mi trasero queda al descubierto. Sus dedos se detienen y levanto la vista. Ya me estaba mirando.

—Déjalo arriba... me gusta.

Los ojos de Kova brillan como si estuviera a punto de decir algo, pero permanece en silencio. Su mano traza líneas perezosas sobre mi pelvis, descendiendo hasta la parte baja de mi espalda y bajando por la costura de mis mejillas. Apretando su camiseta, levanto la rodilla y suelto un pequeño jadeo cuando el aire fresco me hace cosquillas en mi sexo húmedo.

La mano de Kova se detiene.

—Deberías ir a descansar ahora —sugiere suavemente.

—Estoy bien. Me gusta estar aquí contigo —respondo con sinceridad. La barbilla de Kova baja una vez y su mano vuelve a subir. Me acurruco más cerca de él, respirándolo y disfrutando de la sensación de sus brazos envolviéndome. Estuve a dos segundos de subirme encima de él.

Es demasiado natural, demasiado físico, demasiado emocional.

Demasiado perfecto.

Kova tiene razón... también nos echo de menos.

—Quiero saber el resto de la historia.

Necesito que vayamos más despacio, pero necesito saber más. Kova suspira, pero accede de todos modos.

—¿Así que Katja fue tu primera?



Capítulo 46

Por favor, di que *no. Por favor, di que no. Por favor, dime que no.*

Su boca se mueve.

—Sí.

—¿Es cuando empezaron a salir? —pregunto.

—No. Nos acostamos a menudo, pero nunca fuimos oficiales —dice—. Fue más que eso. Pasé de ser un hermano a un protector y a su amante. Ella apoyó mis sueños, mis metas, mi adicción al deporte. Cuando mi madre falleció, ella estuvo allí. Nuestras posiciones volvieron a cambiar, y ella se convirtió en proveedora, sacándome de la oscuridad y cuidando de mí. Siempre nos tuvimos el uno al otro.

Mi frente se arruga y un dolor de cabeza golpea en el centro de la misma. Aprieto los ojos y pienso en lo que acaba de decir, preguntándome cómo Kova no ve lo que era. No entiende la gravedad de la situación que acaba de exponerme.

—¿No ves lo dependientes que se volvieron ambos? —hablo—. Eso no es saludable, Kova. Eso es conveniencia. Ustedes crecieron como hermano y hermana, y ahora están casados. No tenían que estar juntos.

Kova niega con la cabeza y eso me molesta. Se sienta y se vuelve hacia mí. Aparte de su madre, es evidente que nunca se había acercado a nadie más que a Katja. Habían creado un apego mutuo a raíz de sucesos traumáticos en sus vidas y nunca

rompieron la conexión. Se fue ampliando a medida que crecían y luego, lo convirtieron en algo legalmente vinculante.

—Cuando le sugerí la posibilidad de mudarnos a Estados Unidos, no me cuestionó, simplemente empezó a hacer las maletas y me preguntó cuándo nos íbamos. Éramos inseparables.

Si eso no es la definición de codependencia, entonces no sé qué es.

—Espera. ¿Cómo están aquí? ¿En los Estados Unidos?

—Katja está aquí con un visado.

—¿Y qué hay de ti?

Sacude la cabeza.

—Vine con un visado de trabajo y luego me hice ciudadano tan rápido como pude. Como nos hemos casado, ella está ahora en una vía más rápida para convertirse en ciudadana también. Seguirá llevando tiempo, pero no tanto. —Hace una pausa—. No lo entiendes, y puede que nunca lo entiendas, pero después de todo lo que hemos pasado, sentí que se lo debía. No se lo puse fácil, ni siquiera cuando nos mudamos aquí, y sin embargo, ella siempre estuvo ahí para mí.

Mis cejas se disparan hasta la línea del cabello. ¿Todo este drama es porque él siente que se lo debe a ella? Porque cuando eran niños, la madre de ella se convirtió en una drogadicta y no podía ser madre, así que él sintió que era su problema. Luego sus estúpidas hormonas adolescentes los llevaron a follar por primera vez, luego su madre falleció, y él los trasladó aquí. A la tierra de las oportunidades. Así que se casó con ella. Porque sintió que se lo debía.

Sacudo la cabeza con incredulidad y miro el cielo negro con nubes blancas de humo dibujadas. Hay algo más en la historia, tiene que haberlo. Como que tal vez realmente la amaba. Falta una pieza, de lo contrario es indignante pensar que se ha casado con alguien porque siente que se lo *debe*. Nadie hace eso, y si lo hace, bueno, no sabe a dónde irá a parar porque entonces siempre habría sabido que se iba a casar con ella, y aun así se unió a mí.

—A mí me parece una motivación. Si ella tiene un hijo, está legalmente atada aquí, y a ti.

—No, ella sabe que no quiero tener hijos. Ella no me haría eso.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? ¿Qué es lo que no me dices? —pregunto, volviéndome hacia él—. Siento que hay más.

Kova suspira profundamente y se pasa una mano por el pelo. Mira hacia el oscuro océano y observa cómo las olas rugientes se estrellan contra la costa. La opresión se extiende por mi pecho cuando su mirada se aleja.

Tengo razón. Tengo la sensación que se esta guardando algo, y es obvio que lo hace.

—Es complicado —dice, con la voz baja.

Me burlo.

—¿Acaso la amas?

Me mira, con los ojos perdidos, moviéndose de un lado a otro.

—No la amo como se supone que debo hacerlo.

—¿Qué significa eso?

Kova toma mi mano entre las suyas y me besa la parte superior de los nudillos.

—Hubo un periodo de mi vida en el que creí estar enamorado de ella. Si soy sincero, hasta que te conocí a ti, la amaba. Pero las cosas cambiaron y ahora me pregunto si alguna vez estuve realmente enamorado. No me malinterpretes, aunque quiero a Katja y probablemente siempre lo haré, no estoy enamorado de ella.

Mi corazón late furiosamente contra mis costillas, mis oídos son como pequeñas bolas de fuego a los lados de mi cabeza. Nada tiene sentido. Nada cuadraba. Y me estoy volviendo jodidamente loca. Me esta dando las piezas de tres rompecabezas diferentes y me pide que las una para formar una imagen clara. Nunca lo conseguiré.

—Entonces, ¿por qué te casaste con ella? Si no la amas, ¿por qué te casaste con ella? —Mi voz tiembla de emoción. Aparto su mano y me pongo de pie, con el estómago revuelto. Entre la historia de su crianza y ahora esto, estoy lista para gritar—. ¿Por qué? Y no me des una razón de mierda, como que hicieron un estúpido pacto cuando eran jóvenes, porque no me lo creo. ¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué tuve que enterarme de la forma en que lo hice? ¿Y por qué sigues casado con ella si no la amas?

Siento que mi sangre sube, que mi presión arterial supera el ritmo normal. Mi pecho sube y baja, las palmas de las manos Sudán. Si me hubiera dicho que esta enamorado de ella, lo habría creído. Lo habría aceptado. Incluso eso sería mejor que esto. Pero no lo ha hecho, porque ni siquiera la ama.

—Adrianna. —Sacude la cabeza con tristeza. Kova da un paso hacia mí, pero yo retrocedo. Su frente se arruga y quise fijar la angustia en sus ojos—. La verdad. —Suspira, y frunzo el ceño cuando su voz empieza a perder fuerza. Suena destrozado y eso hce que me duela el pecho—. Hay algo más de la verdad, y no nos involucra solo a mí y a Kat. Te destruiría más de lo que yo lo he hecho, y no estoy dispuesto a arriesgarme. Cuando todo esté dicho y hecho, y los Juegos sean el pasado, entonces te lo diré. Hay una razón plausible, y nunca fue para hacerte daño. Aunque suene ridículo, lo que hice fue por ti. Tienes que creerme.

Sacudo la cabeza, mi corazón se rompe de nuevo.

Su mirada se fija en mi rostro y recorre todo mi cuerpo. Pasa los labios por los dientes y luego cambia a su lengua materna. Capto un atisbo de sonrisa y quiero arrancársela de un manotazo porque no es el momento de hacerlo.

—Ya lyublyu tebya. Ya lyublyu tebya, no eto nichego ne mozhet izmenit'[7].

Mi cabeza se inclina hacia un lado. Observo su boca y me acerco más.

—¿Qué has dicho?

[7] Te amo. Te amo, pero eso no puede cambiar nada.

Sacude la cabeza y la sonrisa se le borra de la cara.

—Realmente no importa lo que haya dicho. No puede cambiar el pasado ni el futuro.

Me acerco y le pongo una mano en el brazo.

—A mí me importa. La última vez dijiste *prosti* mientras teníamos sexo y al día siguiente me enteré que estabas casado. —No puedo decir hacer el amor porque ahora no estoy segura que Kova fuera capaz de amar.

—No debería haberlo dicho —dice, con la voz baja.

—No deberías haber hecho muchas cosas conmigo, y sin embargo, lo has hecho.

—Ya lyublyu tebya. Ya lyublyu tebya, no eto nichego ne mozhet izmenit'.

Me quedo mirando su boca.

—Otra vez.

Ojalá no me gustara oírle hablar en su lengua materna. Deseaba odiar el dialecto de la misma manera que odiaba otros idiomas. Las veces que me habló en ruso fueron momentos que acabaron por diezmar mi corazón. La forma en que su lengua golpea sus dientes, cómo se ahuecan sus mejillas al hablar, la forma en que se mueven sus labios, hay algo que decir sobre un hombre que habla un idioma extranjero con una voz profunda y gruesa.

—Ya me has dicho eso antes. ¿Qué has dicho?

—Cosas que no puedo decirte. —Traga, su manzana de Adán se balancea—. Me encantaría enseñarte ruso algún día.

Un día. Cerrando los ojos, sacudo la cabeza e ignoro su último comentario. Está desviando la conversación.

—¿Cómo… cómo puedes casarte con alguien de quien no estás enamorado? ¿Explícamelo? —vuelvo a suplicar. No puedo entenderlo, y no me veo dejándolo pasar pronto.



—Adrianna, ¿cómo se rompe con alguien con quien has estado unido toda tu vida? Más de treinta años. Eso es mucho tiempo para dejarlo ir y no mirar atrás. No es tan sencillo cuando nuestra historia está llena de secretos y mentiras y, en algún momento, de compasión y amor. Quieres creer que la misma persona de hace tiempo sigue ahí.

Reflexiono sobre sus palabras, en cierto modo, de acuerdo, en cierto modo no. Me encuentro en un punto intermedio, y como no conozco toda la historia es difícil formarme una opinión. Aun así, no me duele menos.

Al bostezar, mis ojos se vuelven repentinamente pesados. Me muerdo el labio mientras pienso en mis próximas palabras.

—Esto no es un ultimátum, pero después de lo poco que me has contado, y te quedas...

Me corta, sacudiendo la cabeza con vehemencia. La preocupación rodea sus ojos verdes.

—No lo hagas, Adrianna, por favor, no lo hagas. Sé lo que vas a decir, y por favor, no lo hagas. Todavía no.

—Entonces dame algo, lo que sea. Has sido tan justo con todos menos conmigo. Por favor.

Kova espera un largo minuto, con su mirada indecisa y llena de inquietud. Su mirada penetrante me dice que está entre la espada y la pared. O bien no puede decírmelo, o bien no sabe por dónde empezar, o simplemente no quiere hacerlo.

—¿Sabes qué? No importa. —Aparto el tema con un golpe de mano, fingiendo que no me importa cuando en realidad me está destrozando—. Debería haber sabido que no debía pedirte la verdad. Sabes, tenías razón. Hemos avanzado, pero parece que cada vez que lo hacemos, acabamos dando diez pasos atrás.

Me giro y me dirijo a la puerta corrediza de cristal cuando me llama por mi nombre:

—¿Quieres empezar con uno de los porqués, Adrianna? Empieza por tu madre. Ella es la raíz de todo el mal.



Capítulo 47

Empieza con tu madre.

Es lo único en lo que pienso después que Kova se fue esa noche. No hemos tenido tiempo de hablar entre los entrenamientos, y ahora estoy sentada en la consulta del médico, una vez más, con tiempo libre para analizar en exceso todos los aspectos de mi gran vida.

No puedo llamar a Joy y preguntarle qué tiene que ver con la boda de Kova y Katja. No después de saber que se había mudado. Para Joy, mi nacimiento es un recordatorio constante de la traición de mi padre. Llámenme loca, pero tengo la corazonada que si no me habla por el resto de mi vida no le costaría nada.

Definitivamente no puedo preguntarle a mi padre sobre el matrimonio de Kova. Eso está descartado, así que me quedo con demasiados pensamientos que pasan por mi cabeza y con el rápido correr de la paranoia llenando mi pecho. Me estoy ahogando en un mar de tiburones. La única persona a la que podría preguntar es la única que no quiere añadir más destrucción a mi vida. Lo entiendo, pero no me gusta.

Cuanto más pienso en ello, más deseo poder retroceder en el tiempo y no preguntar. Habría esperado a exigirle algo a Kova en ese momento porque lo único que hacía era encajarme en la incertidumbre. No debí haber presionado, pero la curiosidad me pudo. Hay demasiadas puertas abiertas, demasiadas opciones para elegir, y parece que todas llevan a una sola respuesta.

Si no estoy pensando en las manos mugrientas de Joy, estoy pensando en que Kova no ama a Katja y sin embargo, se ha casado con ella por obligación. Que Kova no este enamorado de Katja no es algo que yo considerara nunca. Me lleno la cabeza de tantas

preguntas que no sé por dónde empezar. Nada tiene sentido. Kova no es de los que se dejan acorralar en algo que no quiere, sobre todo en un matrimonio, y menos después de haberle prometido a su madre que viviría para los dos cuando ella muriera.

El momento lo es todo, ha dicho muchas veces, y tiene razón, pero yo dudo en confiar en él. La última vez que lo hice caí de bruces en el peor desamor que he sentido nunca.

Suspiro para mis adentros y bostezo, sintiéndome un poco cansada. Para colmo, había empezado a orinar sangre y eso me jode aún más la cabeza.

Durante dos días el agua del inodoro ha sido de un color carmesí intenso y no sé por qué. Al principio, pensé que se me había adelantado la regla, ya que soy muy irregular, pero el uso de algunos tampones me confirmó que no fue así. Naturalmente, busqué en Internet, pero la mayoría de lo que encontré decía que esta relacionado con mis riñones, lo que no me ayudó a tranquilizarme. Después de saber lo de Francesca, y de las preocupaciones de mi médico, además de mi investigación en Internet, estoy segura que tengo todas las enfermedades autoinmunes sobre las que he leído. Pero no me siento enferma, al menos no peor de lo que me suelo sentir. Claro que tengo algunos dolores y molestias, pero supongo que son por el campo de entrenamiento.

Mi cabeza es un lío y me están jodiendo desde siete direcciones diferentes.

—Hola, Adrianna —dice amablemente la Dra. DeLang cuando llama a la puerta y entra. Un hombre alto de rostro envejecido la sigue por detrás. Debe tener al menos diez años más que ella.

—Este es el Dr. Kozol. —Lo presenta mi doctora mientras se acerca a estrechar mi mano—. Es un colega mío al que le pedí que viniera a consultar.

Mis cejas se fruncen y mi corazón se acelera al instante. ¿Por qué mi doctora tiene que traer a otro médico?

—Hola —respondo vacilante, y enseguida miro a mi doctora.

La Dra. DeLang toma asiento detrás de su escritorio y coloca sobre él una carpeta, mientras que el nuevo médico saca la silla que esta a mi lado.

—Veo que el sarpullido ha pasado. —Mi doctora me sonríe, mientras sus suaves ojos observan mi rostro.

—Sí, ya no está mal, por suerte.

Miro al nuevo médico, no me gusta su presencia. Un equipo de médicos nunca es bueno y solo puede insinuar algo más grave.

Vuelvo a centrar mi atención en la Dra. DeLang.

—He descubierto algunos antecedentes familiares desde la última vez que estuve aquí. —le ofrezco.

—Son buenas noticias. Como…

—Mi madre era gemela, y su hermana tenía un tipo de diabetes, no recuerdo cuál, además de otra enfermedad autoinmune. —La Dra. DeLang lanza una rápida mirada al Dr. Kozol. Es una señal, como una confirmación, y mi estómago cae.

—¿Tiene dos enfermedades autoinmunes? ¿Sabe por casualidad el nombre de la otra autoinmune? —pregunta el Dr. Kozol, inclinándose hacia adelante en su silla.

Se me eriza el vello de los brazos. No me gusta el peculiar tono de su voz.

—Tejido mixto —digo.

El Dr. Kozol saca un pequeño bloc de notas del bolsillo de su abrigo y garabatea algo, mientras la Dra. DeLang abre la carpeta de expedientes de su escritorio. Se me hace un nudo en la garganta. No me gusta la reacción de ninguno de los dos. Estoy a punto de levantarme y exigir respuestas cuando el Dr. Kozol se adelanta.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta, con las cejas muy arqueadas.

—Ella murió... —Hace una nota en su pequeña libreta—. Tenía veinte años. Dijeron que fue debido a la diabetes.

—Hmmm. Eso ayuda. —¿Ayuda a qué? ¿Qué demonios esta pasando? No me da ninguna otra información, solo pasa directamente a su siguiente pregunta—. ¿Y tu madre?

—Está sana, no le pasa nada. —Miro a la Dra. DeLang—. Dijo que la revisan a menudo.

—¿Cómo estás en general? —me pregunta mi doctora en voz baja.

Me clavo los dientes en el labio inferior y lanzo una mirada nerviosa al Dr. Kozol antes de volver a mirarla.

—Bueno... el último par de días he empezado a notar sangre en la orina. —Mis oídos se calientan, la vergüenza baja por el puente de mi nariz. Es la primera vez que lo expreso en voz alta y me hace palpitar el pulso con verdadero miedo.

Su cara no se mueve, no expresa nada.

—¿Cada vez?

—Los últimos dos días ha sido casi siempre. Creo que hubo un tiempo anterior en el que pudo ocurrir una vez, pero no lo recuerdo.

—¿Alguna otra cosa? —Pasa algunas páginas de la carpeta y marca algo con un círculo.

Empiezo a negar con la cabeza y luego me detengo.

—Mi espalda me está matando.

—¿En qué parte de la espalda? —Señalo el lugar bajo mis costillas y el Dr. Kozol toma otra nota, luego se sienta de nuevo en su silla y me estudia.

El miedo se forma en mi estómago. Estoy segura que está señalando un órgano o tres allí atrás. Combinado con la sangre, no

hace falta ser un genio para saber que eso no es bueno. Miro fijamente a mi doctora, buscando respuestas.

Levanta la vista del expediente y se ajusta las gafas en la nariz.

—Vamos a repasar los resultados de tu laboratorio. —Mira hacia abajo—. Hicimos una prueba de anticuerpos antinucleares para comprobar la posibilidad de un trastorno autoinmune. También solicité los demás análisis, ya que el ANA puede utilizarse para diagnosticar múltiples enfermedades autoinmunes y si existe un trastorno autoinmune. —Hace una pausa y se me revuelve el estómago. No quiero escuchar el resto de lo que tiene que decir, pero tengo que hacerlo—. Adrianna, el ANA dio positivo. Tienes un trastorno autoinmune.

Sacudo la cabeza, sintiendo que me han metido el diagnóstico por la garganta. ¿Qué significa todo esto? ¿Que tengo lo mismo que Francesca? No lo entiendo. O tal vez la verdad es que no quiero entender.

—¿Así que tengo un trastorno? ¿Como el que tenía mi tía?

La Dra. DeLang inspira profundamente antes de continuar:

—Has dado un 87% de positivo en lupus. Eso está muy por encima del mínimo. Tu recuento de glóbulos rojos ha sido sistemáticamente bajo, demasiado bajo —repasa algunas otras pruebas, pero yo no tengo ni idea. Lo único que entiendo es que soy positiva y que estoy por debajo de lo normal, y que tengo lupus.

Mierda. Mi cabeza es un desastre.

—¿Recuerdas cuando mencioné que el lupus puede afectar a otros órganos? —La Dra. DeLang me mira y yo asiento—. Basándome en tus otros síntomas y en los altos niveles de los marcadores, hice que te examinaran la función renal. Y ahora me dices que orinas sangre y que tu tía materna falleció de una enfermedad autoinmune.

—Dijeron que fue por la diabetes.

—¿Sabes qué tipo de diabetes tenía? —pregunta el Dr. Kozol —. El tipo 1 es autoinmune, aunque, con el MTCD… Es una de las IA más raras, y la tasa de supervivencia es baja, incluso si se detecta a tiempo. Estoy dispuesto a tomar una conjetura educada que es una combinación de todo. Probablemente no sabes si afectó a sus órganos, ¿verdad? —Sacud9 la cabeza. ¿Por qué se me ocurriría preguntar algo así?

—¿Creo que era del tipo 1? —Parpadeo rápidamente y pregunto—: ¿Estás diciendo que tengo lo que tenía mi tía?

—Voy a dejar que el Dr. Kozol se haga cargo. —La Dra. DeLang se quita las gafas y sus ojos se dirigen al hombre que está a mi lado.

El miedo me consume las venas. Puedo sentir el peso de sus palabras suspendidas en el aire antes que las diga. Miro al doctor, pero ya me está observando. La piel de gallina cubre mis brazos y me abrazo a mí misma, ocultando mis puños. Quiero gritar y decir que no, porque si él va hacerse cargo, sé que no será bueno.

—La sangre proviene de tus riñones, y francamente, eso es extremadamente preocupante. Me gustaría que te admitieran en el hospital inmediatamente para empezar el tratamiento y hacer pruebas adicionales.

—No entiendo. ¿Qué pruebas y a qué se debe la sangre? ¿Tratamiento para qué?

—Adrianna. —Suspira—No hay otra forma de decirlo. Tus riñones están fallando.

Palidezco.

—¿Riñones? ¿Como los dos?

Asiente con la cabeza.

—¿Ambos están fallando? —Mi voz es baja, se quiebra. Tengo que repetirlo porque no puedo creer lo que oigo.

Y vuelve asentir.



Un temblor sacude mi cuerpo. Los escalofríos me atormentan los brazos y miro fijamente, sin pestañear, al médico, tratando de procesar lo que acaba de decir. ¿Mis riñones están fallando? Eso no es posible y estoy segura que están mal. Se sienten bien. *Yo me siento bien.* La histeria corre por mis venas y lucho por mantener la calma. Mis cejas se fruncen con fuerza y pregunto en voz baja:

—¿Qué… qué significa todo esto?

—Significa que tus riñones están fallando a un ritmo rápido y tenemos que ser proactivos ahora.

Un escalofrío me invade, anclándome a la silla. Tengo tanto frío y me duelen los huesos por la fragilidad que la magnitud de la situación no me afecta como debiera. El Dr. Kozol entra en detalles, diciéndome cuánta función renal me queda, pero no lo percibo. Tengo la cara de piedra, sin pestañear y sin emociones. Puedo oír su voz, pero no puedo procesar sus palabras en frases claras. Una pesada carga se asienta en la boca del estómago, extendiéndose por todo mi cuerpo. Aunque no conozco bien la anatomía humana, sé lo suficiente como para saber que si mis riñones están fallando y él tiene que actuar ya, estoy mucho más enferma de lo que hubiera podido imaginar.

El corazón me golpea el pecho y empiezo a sentir pánico. Ahora tiene sentido por qué está aquí. Es un especialista, uno al que me entregarán.

—¿Adrianna? —La Dra. DeLang se sienta hacia adelante—. ¿Has oído al Dr. Kozol?

Sacudo la cabeza y el Dr. Kozol tiene la amabilidad de repetir lo que ha dicho sin hacerme sentir mal por no haber escuchado la primera vez.

Las cifras son alarmantes. Asombrosas. El castillo de naipes que tanto me había costado construir está empezando a doblarse, y lo único que puedo hacer es ver cómo se cae al suelo. Este es un *giro* que no vi venir. No está planeado, no debería haber sucedido, y ahora no sé qué hacer porque la realidad es que va a suceder pase lo que pase.

—Y, ¿estás seguro? —pregunto, con la voz temblorosa.

Asiente con gravedad.

—Sin duda alguna. Honestamente, no estoy seguro de cómo has llegado hasta aquí sin visitar una sala de emergencias.

Parpadeo. Mi boca se seca de repente.

No había sido consciente de la gravedad de los síntomas y, de repente, me siento tan ingenua y estúpida. ¿Habían sido tan evidentes? Y, si lo hubieran sido, ¿lo habría reconocido?

No.

Quiero a mi padre. Quiero a Avery. Quiero a Kova. Quiero coger la mano de alguien y que me diga que todo va ir bien.

Pero nunca estará bien ahora.

En cambio, no tengo a nadie ni nada, excepto un ataque de ansiedad que me lanza a una espiral profunda y oscura que no puedo detener.

Ojalá no me hubiera enterado nunca.

—Bueno, ¿cuáles son mis opciones? ¿Qué tipo de tratamiento podemos iniciar? ¿Algún tipo de medicación?

—Tienes unas cuantas opciones —dice el Dr. Kozol.

Mientras pasa tratamiento tras tratamiento, mi estómago se estrecha de miedo y el mundo que me rodea se desvanece. La información da vueltas en mi cabeza, todo gira en torno a mis sueños. Los efectos secundarios. El riesgo de enfermar más. El hecho de quedarme sin jugar el resto de la temporada, posiblemente para siempre.

—¿Qué es lo siguiente? —lo interrumpo. Las lágrimas amenazan con subir, pero no las dejo. Me niego haber llegado tan lejos, a estar tan cerca de mi sueño, solo para que me lo arrebaten. No me rendiré sin luchar—. Esto no funcionará con mi horario. No puedo permitirme estar fuera así.

—Francamente, no hay otra opción.

Mis pulmones luchan por respirar mientras, la ira infunde mi sangre. Esto no es aceptable para mí.

—No puede haber solo dos opciones.

—Desafortunadamente, como esto fue detectado tan tarde, tus opciones son limitadas. Hasta que encuentres una coincidencia, realmente solo tienes una opción.

Inaceptable. Tendré que pedir una segunda opinión. Ambos tratamientos exigen demasiado de mí, o me harán enfermar extremadamente y me niego a lidiar con eso. La medicina ha avanzado mucho. No hay forma que saque tiempo para ninguna de las dos opciones si eso pone en peligro mi carrera como gimnasta. Seguramente unos meses más no supondrán una diferencia tan grande. Y, si me obligan a que me quiten la vida, será de algo que amo, no de estar sentada en una fría cama de hospital viendo pasar mis sueños.

—Solo tienes una vida, Adrianna. Elígela sabiamente.

Hago rodar los labios entre los dientes y considero lo que ha dicho.

—¿Y si posponemos el tratamiento durante un par de meses? —pregunto, manteniendo mi postura—. Eso estaría bien, ¿verdad? ¿Solo unos meses?

El Dr. Kozol y la Dra. DeLang se miran durante un largo momento, con rostros sombríos. Sé la respuesta incluso antes que la digan. Sin embargo, no estoy preparada para ello. Mi pecho se aprieta, el miedo se abre paso ante lo desconocido. Mis pulmones luchan por el aire y trago con fuerza, esperando una respuesta.

—No lo recomiendo. De hecho, estoy muy en contra. —El Dr. Kozol me mira fijamente sin juzgarme—. No hay ningún profesional médico que esté de acuerdo con eso.

Respirando con dificultad, trago más allá del nudo en la garganta.

—Voy a esperar. Estaré bien.

Echo los hombros hacia atrás. El Dr. Kozol se inclina hacia delante y baja la voz:

—Esto es muy grave. Estás muy enferma y necesitas buscar tratamiento. Esto no es jugar al conejillo de indias para ver qué medicación te ayudará. No puedes permitirte ese lujo. —Hace una pausa, con voz firme—. Tus riñones están fallando —lo dice lentamente, como si no le hubiera escuchado la primera vez. Se convierte en una visión borrosa mientras lágrimas silenciosas ruedan por mis mejillas—. No es cuestión de *si* vas a morir, sino de *cuándo* vas a morir. Esto tiene que ser tu principal prioridad.

Sacudo la cabeza, mis labios en una línea fina y plana. El Dr. Kozol se sienta mientras la Dra. DeLang escribe en mi expediente. Después coge el teléfono y empieza a marcar, probablemente para llamar a mi padre. Pero qué más da, no hay un alma en la tierra que pueda hacerme cambiar de opinión. Ni mi padre. Ni Kova. Nadie va a quitarme esto.

Mi amor por la gimnasia es lo que me impulsa, lo que me da la salida que necesito para expresar quién soy. No estoy preparada para decir adiós todavía, no cuando acabo de empezar.

Al igual que el rugido de los truenos en la distancia que oigo dirigirse hacia mí, siento que el nivel del agua aumenta, que se enrosca, la inminente ola que sin duda, me ahogara. La presión es ya demasiado grande y crece por momentos. Solo con pensar en lo que me espera me invade una ola de tristeza. He llegado demasiado lejos.

Y la cosa es que no voy a intentar detenerlo. Al menos no todavía, porque el momento no es el adecuado, y el momento lo es todo.

Lo arriesgare todo para alcanzar mi sueño.

Aunque me mate.



LUCIA FRANCO

release

LIBRO 3

Continuará...

¿Cuánto puedes caer antes de no poder volver a levantarte?